

SELECCION DE CUENTOS



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISION EDITORA

Prof. JUAN E PIVEL DEVOTO

Ministro de Instrucción Pública

MARÍA JULIA ARDAO

Directora Interina del Museo Histórico Nacional

DIONISIO TRILLO PAYS

Director de la Biblioteca Nacional

JUAN C. GÓMEZ ALZOLA

Director del Archivo General de la Nación

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol 106

YAMANDÚ RODRÍGUEZ

SELECCION DE CUENTOS

Tomo II

Cuidado del texto a cargo de
JOSÉ PEDRO BARBÁN y BENJAMÍN NAHUM

YAMANDU RODRIGUEZ

SELECCION DE CUENTOS

Tomo II

MONTEVIDEO
1966

D. 203.280

De "CIMARRONES"

LA DEFENSA

—¡Cabo de guardia!

—¡Listo!

—Haga pasar al acusado.

El Consejo de Guerra sesiona en la carpa del Estado Mayor. Preside el coronel Gomeza, oficial de bigote cano y mirar adusto. Viste uniforme de campaña. Sobre el pecho luce las cintas de dos condecoraciones extranjeras. Entre la tropa goza fama de ser un sable con un hombre al costado. Es severo, impasible, glacial. Este frío explica la nieve de su bigote. Bajo el fuego conserva la misma imperturbabilidad. No se perdona error. Tampoco lo perdona a los demás. Merece respeto y no inspira cariño. Le secundan dos capitanes ayudantes. Ambos son jóvenes. En un extremo, el Fiscal, oficial de artillería prepara el capítulo de cargos.

Son las seis de la tarde.

A las once de la mañana empezó el cañoneo. Desde esa hora hasta que la caballería salió en persecución del enemigo, los cuatro oficiales combatieron sin descanso. Cuando se prometían una hora de reposo, reciben orden de constituirse en Consejo. Abrochan sus casaquillas, ciñense los corrajes, en la puerta de la carpa dejan la fatiga para volvérsela a poner sobre sus hombros oportunamente, y se disponen a oír, juzgar y sentenciar.

—Permiso — dice el acusado.

—¡Avance!

Obedece.

—¡Siéntese! — ordena el coronel

Así lo hace. Es criollo y viejo. Está triste. Para presentarse ante sus jueces, sacó de las maletas la bombacha y el saco verdosos, llenos de arrugas. En las puntas de su golilla aparece el monograma bordado, atención de alguna comadre. Tiene tres galones en el chambergo: el primero, incoloro, el segundo verde, y dorado el tercero. La copa calada por un balazo. Sus botas piden agua y las espuelas antiguas de plata y oro, conservan en las rodajas pelos, sangre y vuyos. Mira a los oficiales mansamente. El coronel permanece impassible. Los ayudantes, no. Parecen apiarse. Reaccionan. Y consiguen resistir la simpatía de aquel lancero en desgracia.

El reo y sus jueces están separados por una mesa y un mundo.

El candil da más humo que luz.

Cierra la salida un imaginaria de raído uniforme.

De tanto en tanto, corre por el campamento el alerta de los centinelas.

Tras breve consulta a sus papeles, el coronel pregunta:

—¿Su nombre?

—Gabino Centurión.

—¿Edad?

El acusado ignora este detalle. Alguna vez oyó decir a las viejas que, cuando él nació, su difunto tata montaba en un pangaré de la marca para seguir a don César Díaz. De ese mismo caballo lo "apió" en Caseros una bala de Chilavert. Por culpa del humo y de su casaquilla sin galones, el nombre de ese voluntario entró "mesturao" con otros muchos en el etcétera de las crónicas. Los Centurión siempre dieron poco que hablar. Casi no costaron tinta. Caían de cara al suelo.

Los borraban: primero, la modestia, y luego los caranchos. A veces recién apagada la guerra y en otras ocasiones al año de haber terminado, llegaba a la estancia, que era grande entonces, un compañero del finado con la divisa y la recomendación de siempre: "Que no aflujeen". Ese día, el "mandao" ocupaba en la mesa el sitio del difunto y, sin perdonar detalle, relataba los últimos momentos. Por lo común "venían cargando hombro con hombro cuando él lo vido caír del montao. El tiempo andaba escasón. Le alcanzó justo para recibir un encargo, dar un santiguao y estribar". Después la comida terminaba en silencio. Las mujeres hacían lo posible por no llorar, y los varones, por sonreír. Cabino recuerda haber cebado mate al hombre que llevó la divisa de su tío Hermenegildo. Después, muchachón ya, desensilló el "sudao" del milico que recogiera el último aliento de su hermano Encarnación caído en la Libertadora. Y siendo mozo formal, a falta de mujeres, recibió la lanza de Casildo Centurión, su mellizo, que se hacía presente con aquella tacuara lustrosa, mucho más duradera que sus dueños. El arma "e'la familia" iba pasando de diestra en diestra. Todas las enfrió. Nunca se acostaba. No la dejaron. Dormía recostada bajo el poncho de polvo. Siempre la despertó el primer "barullo". Entonces salía al campo con un nuevo regatón de carne y cuando éste se aflojaba, ella seguía entre el fuego mostrando los colmillos.

—Vamo a poner setenta años, Coronel — es lo único que responde

—¿Céhe?

—¿Lo qué?

—¿Soltero? — aclara el presidente.

Y sonso, tiene ganas de agregar Centurión. En rea-

lidad, cuando mozo fue casi tan feo como lo es ahora. Siempre tuvo los ojos encapotados, y más cejas que bigotes. Nació para mirar "duro" y hablar suave. De su dentadura conserva el recuerdo y dos incisivos que parecen haber seguido creciendo desde entonces. Están amarillos, maduros, casi al caer. Es pequeño, delgado y calmoso. Sacó un espíritu más grande que el que correspondía a su osamenta. A pesar de su fealdad, pudo haberse "amigao" con más de una china impresionada por sus mentas. Y hasta casarse pudo. Nunca se decidió. Cierta es que le hicieron vacilar. Cuando con algunos compañeros y un "padre", llevó al camposanto la última vieja de su apelativo, la soledad le empujó contra las tranqueras. Tomó "dulces" con azahar y miradas. Lo primero para curar el mal de las segundas. Faltábanle agujas y le sobraban clavos a sus bancos. Suplió las mujeres con su asistente "Venceslao" era servidor viejo y hacía cada zurcido como abrojo. Más tarde, en cierta boda, dio con la paisana que hubo de "amancarronarle". Se juntaron en un descuido. Ella le pestañeaba. Abanicó su rescoldo. Centurión pasó noches enteras alegando. Y estuvo en la misma puerta de la iglesia; pero miró la de la sacristía y se empacó a tiempo. Si entraba por una, sería preciso entrar por la otra con un gurí en brazos. Frente a la pila, el sacerdote preguntaría.

—¿"Cuálo" es el padre?

—Un servidor.

—¿Cómo se va a llamar el niño?

—José Gervasio — diría él sin vacilar. Ese era punto discutido y resuelto.

—¿Centurión?

He ahí lo grave. Aquel apelativo ataría al infante a una lanza con nudo potriador. Hasta el momento,

ese lazo lo cortaba la muerte. Y Centurión no quiso criar más carne para los chimangos. Nunca lo confesó. Su propósito sentaría mal a los "agregaos", viejos amigos del renombre de su familia, "porción" de inútiles acampados en la estancia durante lustros a la espera del clarín. ¿Cómo hablar de eso? Podándose, castrando a la raza, faltó a la recomendación de todos los agonizantes ¿Aflojaba? Sí. Aflojaba, pero no él: después de él. Los "Centuriones" se acabarían antes que las guerras ¿Acaso él mismo era tan crudo? Degeneró. Le "preocupaban" los sembradíos. Dolíale pasar con su escuadrón trillando trigales verdes y quemar una alcantarilla para asar picanas de toros puros. No lo hacía por su campo. ¡Si ya no le quedaba estancia! Repartos, procuradores, "habilitaos"... Este potrero cedido a Melgarejo en premio de constancia. Aquel pedazo "cortao" como una achura, para que parase su asistente, cansado de tanto rodar... No conserva nada más que la azotea y lo que da de sombra: cuatro gemes "pastaos" y la fama. Al acabar en él con los suyos, se prometió la golosina de una buena muerte. Hizo el juramento. sonaría al caer, para que le oyesen hasta sus dijunto.

—¡Responda! — ordena el coronel.

—Soy soltero, en efecto — es cuanto dice.

—¿Uruguayo?

A don Gabino casi le ofende esta pregunta. ¿Acaso tiene laya de extranjero? Nadie sabe qué viento llevó al primero de su apelativo hasta la orilla de San Salvador, ni qué nube hizo barro para sembrarle allí. Brotó en mocetones lampiños y estoicos, de malas pulgas y buenas palabras. Acaso era indio, de lo que está seguro es que ya nació criollo.

—Oriental soy, a Dios gracias — dica.

—¿Alcanzó el grado de capitán a guerra?

Por milagro — piensa. Nunca creyó llegar a más nada que a “dijunto”. Con tal esperanza dejó su azotea por el campamento. Inició su primer campaña seguido de cuatro voluntarios. No los invitó. Ellos tranquieaban solos, amadrinados a su pangaré. Cuando se entreveraron miró hacia atrás y notó que le seguían dos caballos con sus lanceros y otros dos “vacidos”. Aquella vez, dentró a brazo arremangado. Lanceó. Se arrimaba mucho. Quemáronle las cejas a trabuco. Vio arremolinear un escuadrón, en enjambre erizado de moharras. Había caído el jefe. Se puso al frente. Extendió los brazos. Detrás de esa muralla de coraje, los hombres se rehacen. Carga. El nubarrón tropieza en todas partes con aquel tropero que le arrea en calle. Centurión pecha en los flancos. Rampante el pangaré desafía ahora las guampas. Brota. Se multiplica. Desde la culata picanea a los “cansaos”. Empuja. Es jefe, aguatero, confesor. . Todo a la vez. Sin gritos, sin improperios, casi silencioso; con un “¡hijo mío!” para el que cae de frente y otro “¡hijo mío!” con un lanzaso para el que vuelve el anca. Esa tarde, una china “tortera” cosió el primer galón en su divisa. En aquel entonces, tenía treinta años. Las moras le “cuerpiaban”. Alguna no se apartó a tiempo y pasó por el medio. Otras no quisieron salir de su carnadura. En vano el asistente “Venceslao”, a punta de cuchillo, agrandó la cueva para sacarlas. Sobre el campo de “Perseverano” le abandonaron por “dijunto”. La división se aleja. Pero un mes más tarde don Gabino resucita. Esquelético, desangrado, envuelto en la mortaja del poncho, aparece una noche. Tiene el alma cosida a costurones. Al verle, se desparrama el fogón. Ya es teniente. Wenceslao le trata de “usté”. No que-

ría envejecer. . Cobró miedo a los años. Notó que el roce con la gente y las cosas, sobaba su corazón. Para enfriarle se mesturó con el enemigo, mateaba en las guerrillas, dejó mudos a los compañeros, hizo hablar las guitarras y enlutó a las mujeres del pago. Parecía "retobao". Después de cada desarme, cuando el general daba las gracias, la mano y el "montao", contaba los suyos, y volvía detrás de todos arrastrando el lanzón. Las más de las veces se quedó en penitencia en cualquier rancho amigo. Y cuando calculó que las viudas no le saldrían al cruce, desensilló en su azotea sin tranquera y sin gurises. De la penúltima patriada regresó con una oreja menos y un grado más. Tenía sesenta y tantos años. Llevaba apenas medio siglo de guerrero. Encontró que eran demasiados galones los suyos. Después de todo, él nunca fue otra cosa que un pobre criollo redondo, sin letras, sin "maístro" y sin más mundo que el vislumbrado confusamente a través del humo de su ignorancia y de la pólvora. Le sobraron buenas intenciones, pero siempre se las pasmó la suerte. Hubiérale gustado leer, arar, sembrar trigo y muchachos para que se lo comieran ¡Pero no le dieron a elegir! De muy atrás venían los suyos dando lanza. ¿Cómo "resertar"?

—Soy capitán mesmo — dice — ¡Y hast'aura sé por qué méritos!

Hombres alcanzó a conocer como "Cuatí" que sabía ordenar una descubierta, tender en escalones un regimiento y atalayar cualquier pieza. Fue "trompa" hasta que de tanto soplar se le enderezó el clarín. Ingresa en los lanceros. Marcelino Sosa se lo presta a Fausto Aguilar. Este, medio le desnuda en Carpintería. Come butiá en Las Palmas. Mocha su tacuara en Cagancha y sus nazarenas en Arroyo Grande. Pasa

necesidades en el Sitio. Y para quedar quieto precisa que le hieran primero, le deguellen después y le saquen las botas. Nunca pasó de alférez, sin embargo ..

En esto piensa, cuando el coronel dice:

—¡Hable el señor fiscal!

—Acusado — pregunta éste, — ¿forma usted parte de la tercera brigada?

Don Gabino puede responder que él es paisano y manda un escuadrón de iguales. Se incorporó a la columna de su compadre el general Castro. Un mal día el Estado Mayor pide cien criollos para amansar tal caballada. Castro no se avino a consultarlo. Dispuso él. Las palmas le marcaron. Olvidó el sacramento. Hasta entonces habían sido amigos.. Cuando mozos se prestaron desde un peso hasta el anca del “cansao” .. Así, durante la campaña, sus muchachos se desafilaron entre baguales. Se amansaban amansando. Llegan las primeras escaramuzas, el bautismo. Centurión espera ese instante, donde es preciso entrar con las rodajas trabadas para que no lloren. Manda ensillar. Con los caballos de la rienda aguarda la orden de ataque. El fuego se apaga y esa orden no llega. Sus soldados eran casi todos “herejes” todavía. Las madres se los habían llevado de la mano. Al verlos tuvo ganas de pintarles bigotes con un tizón. Comprendió que aquello no podía seguir así. El fogón se parecía demasiado a la cocina de su estancia. Los muchachos acabarán por entumirle la voluntad .. Ya son poco menos que sus hijos. El necesita aprender a perderles y ellos a dejarse matar. Como se descuidasen, les faltaría valor a todos. El capitán sabe que el peligro “juede”. Es necesario soportar de a poco los tirones del instinto. La primera vez se entran de “carretiya cáida”. La segunda rompen muchas hojillas

para armar un solo cigarro y por último se avanza a encenderlo en el fogonazo del enemigo. Esa noche se "apió" en la carpa del general Castro.

—Mirá, Manuel — le dijo, — ¿vamos a sacarnos los gachos, con eso quedamos de criollo a criollo?

El compadre aceptó.

—¿Por qué cres que me incorporé a tu coluna?

—Vos sabrás, Centurión...

—Porque sos un paisano cuasi tan cerrao como yo; y te tuve por mi amigo.

—Lo soy.

—Disculpá: pero no es ansina. A un amigo que se aprecea no se le manda a cuidar mancarrones.

—¿Qué querés hacer?

—Servir.

Castro meditó un rato y en la punta de ese silencio, preguntó:

—¿Cuántos años tenés, Gabino?

—Muchos — repuso, — pero con ser tantos, son agatas los precisos pa saber que los honores cambian a las personas.

Y explicó al otro paisano al oído, "al alma", sus recelos. El compadre no tenía tiempo de general bastante como para haber olvidado que de domadores sólo salen mansos. Le amancarronaban su gente. El día de tormenta que necesitase "dentrar" con los reclutas quedaría en vergüenza. El mismo ya no era lo que fue. Tenía miedo de su corazón. ¡Quién sabe si podría reparar a chuza los errores de la comandancia!

Castro tenía los ojos húmedos cuando le abrazó.

—¡Qué viejos estamos, Gabino — le dijo.

—¿No es lástima que me disgracee, áura? Te pido una ucación, hermano, y después un "bendito". ¡Damelá!

El compadre quiso salvarlo. Tres meses más tarde Centurión seguía en retaguardia.

—Así es, don Fiscal — contesta.

—¿Hoy, capitán, recibió orden de alistar su tropa?

En efecto. Churrasqueaban cuando llegó el parte. Los soldados perdieron el apetito. El también Mas para dar ejemplo, continuó mascando su achura. Aparecieron escapularios y desaparecieron colores. Llegaba hasta ellos, entre el maullido de las granadas, el ronco toser de los cañones. Un chifle con caña corrió de boca en boca.

—¡Enfrenen!

Dividió el escuadrón en tres secciones. Tomó el mando de la primera. Confirió la segunda al teniente Melgarejo, lancero de toda su confianza. Su banderola era un trapo antes de la pelea y un coágulo después. Combatía con la boca sucia de insultos y de sangre. Dio el comando del tercer pelotón a su asistente "Venecslao", zorro de campamento, guasquero, "zafao" y comedido, un indio capaz de prender charamuscas en los relámpagos. Cebaba mate a caballo, bajo agua y en derrota. Puso a los "quemados" en la culata.

—Pa que rempujen — aclaró.

En el centro "mesturó" veteranos y reclutas.

—¡Pa qué meneen chuza al que da guelta! — repitió.

En las primeras filas, hombro con hombro, alineó a los más tiernos. Se puso al frente.

—Estean tranquilos — les dijo. — Yo los viá llevar a la boca'el horno.

—En efecto — responde al Fiscal.

—¿Qué ora era, capitán?

—L'áuna, serían ..

—Señores — agrega el artillero, — la tercera bri-

gada de infantería ocupó sus posiciones entre la azotea de don Pedro Delfino, donde apoyó a su ala izquierda, y el paso del Negro del arroyo Bravo. En el centro de esa línea combatía el cuarto batallón, haciendo espalda en una manguera de piedra. A la una de la tarde, precisamente, el enemigo logra romper el frente. Los batallones tercero y quinto pierden contacto. Son necesarias reservas de caballería para cerrar la brecha. Parte un ayudante en busca de los regimientos y, entre tanto, el capitán Centurión, de las milicias, recibe orden de cargar allí — se vuelve al acusado. — ¿Reconoce usted de haberla recibido?

El viejo no ha olvidado detalle. El cielo estaba azul y sucio de pólvora. El pitaba “callao”, pensando en demasiadas cosas. ¿Por qué los pobres que somos tantos nos hacemos matar por los políticos, que son tan pocos? En eso llegó el ayudante en un caballo rabicano, muy “mestizón”, medio “aplastao”.

—¡Cargue! — ordenó señalando.

—¡Está bien!

A través del humo alcanzaba a ver las guerrillas de los contrarios. A un lado se abre la manguera de piedra. Al otro, campo abierto. En el medio, un infierno de balas. Agazapados entre los trozos de granito, algunos infantes hacen fuego graneado. Entonces Centurión arremanga su brazo derecho.

—¡Alcanzame mi lanza, “Venceslao”! — dice al asistente.

El indio obedece.

—¡Acortame los estribos, Melgarejo! — agrega.

Una vez preparado, arenga.

—Tenemos que cerrar este ujero, mis hijos. ¡Síganme!

¡Enristran y avanzan al galope por aquella cuadra

de campo que no termina nunca! Van pálidos, encogidos, escudados en las cabezas de las bestias. La boca del teniente Melgarejo lastima antes que su media luna. Unos ruedan en los pozos y otros en la muerte. El enemigo forma cuadro. Centurión distingue el clarín que comunicaba la orden. Entre las descargas parece muda su boca de cobre. Les reciben en las bayonetas. Chocan. Pelean apretados los dientes y las zarpas. Retroceden. Tras la manguera, el viejo capitán reorganiza sus hombres.

Las reservas no llegan.

El ayudante reaparece.

—No les hicimos nada. ¿Qué mandan? — pregunta el lancero.

—¡Cargue otra vez, capitán!

—¡A caballo! — ordena.

Les mira. Son muchos aún. “Cuánto, cuánto, habrá dejado un par de docenas pa señalar el trillo” No dispone de tiempo “pa” más cuentas.

—¡Vamos!

El escuadrón abandona su refugio. Cruza a media rienda. Delante, cortado, el capitán. Detrás, un espacio lleno de gritos. Por último, en grupo, la perrada. Ya no hay escalones. Vienen cruzando los costillares. Cansan los rebenques. Las bestias se estiran. Alcanzan el cuadro. Muerden. Lo mellan; pero no consiguen romperle. Enredados en aquel alambre de púas que echaba fuego, mueren y matan, a ciegas. Centurión, de pie, pelea a cuchillo. Tiene más pena que odio. ¡Su pangaré agoniza mordiendo los yuyos! Entre la neblina que le circunda oye estallar las procacidades de Melgarejo. El teniente abre claro a chuza. Llega hasta don Gabino. Manotea la rienda de un caballo. A coraje, hace tiempo para que monte Centurión.

Pecha. El cuadro se lo traga. El capitán salta y continúa lanceando Rastrea a su amigo. No consigue verlo; más lo oye. El teniente está dentro del fuego Pisa las brasas. ¡Se quema, de gaucha! Al viejo le sobran nazarenas "pa" llegar hasta él. Reúne cuatro o cinco indios y empuja... empuja... Se corren por las malas palabras del veterano. Y, de pronto, dejan de oírle. Melgarejo ha tropezado con su silencio. ¿A qué seguir porfiando allí? Retrocede Le siguen Ahora descansa tras la manguera. Desmontan. A cada instante un proyectil da en las piedras y le empolva el gacho Cuenta los presentes. Queda medio escuadrón Mira a sus indios uno a uno Deja las pupilas largo rato en cada rostro inexpresivo Ellos no ven a su capitán. Ninguno se compadece de él Permanecen apoyados en los cojinitos, inmóviles, ausentes. Gotea sangre la fragua de las "verijas" Nadie fuma. Nadie habla. El socorro no llega. A Gabino se le nublan las vistas. Habrá que volver a salir al llano donde el viento voltea a sus hombres. ¿Cuántos quedarán esta vez? Se defiende No caben palabras. No tiene ganas de hablar, pero es preciso hacerlo. ¿Quién será el duro capaz de ayudarle a soportar un tema?

—¡"Venceslao"! — grita.

El asistente se acerca, sombrío.

—¡Ordene!

—¡Les hemos dao hacha y tiza! — exclama el viejo. — ¡No tendrán queja e nosotros!

Menea el indio la cabeza. Mira los restos de la centuria El jefe guiña. Wenceslao comprende Entonces, ambos sonríen.

—Nos venía haciendo falta un poco é gloria...

—¡Mesmo!

Pierden tiempo. Nadie les mira, ni oye.

—Melgarejo ha de haber cáido prisionero — comenta el asistente con otra guiñada.

—Sí ..., lo vide...

Saben que está frío, el pobre.

—Capitán. ¿quién va'comandar el segundo escalón, áura?

—¡Llamalo a Mauricio!

—Es muerto — dice en voz baja el asistente.

Centurión mira. Busca el hueco dejado por el caído. Entre los hombros de sus compañeros de fila, se le aparece la cara interrogante de la mujer del muerto. ¿Qué le dirá cuando se crucen?

—Era mozo de vergüenza — dice para que le escuchén

—Pero peleaba sin alivio ¡Bien se lo encará! . .
—y grita: — ¡Liberato!

Nadie responde

Se arrepiente. Debió buscarle entre los vivos antes de llamar. ¿Pero tiene la culpa de ver turbio todo?

—Es muerto — repite Wenceslao.

—¡Pucha que son chambones! ¡Se han dejao matar al ñudo! ¿Me asigurás que es cáido?

El interrogante enseña un reloj de níquel. Bajo la tapa, el capitán vuelve a encontrar un rostro de mujer.

—Era d'él .

Una tras otra aquellas sombras se van echando sobre el jefe. Hielan su "alegría". Se levanta. Saca fuerzas de las raíces del nombre. Restrega sus manos. Sonríe. Alza el tono como si fuera liviano gritar entre tanto mudo y tanto muerto .

—¡No es nada, paisanos!

Sólo Wenceslao responde:

—¡Claro que no!

—Dispués de todo, no precisamos oficiales. ¡Conmigo, el coraje y la satisfacción de pelear basta!

El ayudante llega por tercera vez. Pide agua. Bebe de la cantimplora que le alarga un soldado. Deja caer el líquido por el cuello hasta la guerrera, y, sin apartar el chifle de los labios, señala hacia el enemigo.

—¿Qué cargue? — interroga Centurión.

Asiente el oficial y continúa bebiendo.

Y don Gabino lleva sus pobres lanzas otra vez y otra más aún. “Recula”. Topa con treinta. Vuelve con un puñado. Resuella y pecha todavía. Ahora, a lo lejos, brillan al sol las armas de los regimientos que trotan hacia el punto de peligro. Tras la manguera, el capitán, rodeado de heridos, quema las últimas reservas. Siente cansado el brazo. Le pesa la tacuara y la vida. Falta “Venceslao”. El indio se dejó caer por el anca. ¡Le sobraron razones y agujeros! Tuvo ganas de sacudirle. Sabía que iba a encontrarse solo, cara a cara con ese pucho de “salvaos” ..

¿Por qué no galopean los rejueros?

Levanta los ojos al oír esta pregunta. El curioso es Julián Cáceres, su ahijado. Dejó la escuela por el ejército. Se le presentó en pelos sobre un “cacunda” y bajo un chambergó “hallao”. Quiso servir. El viejo le entregó un juguete: el clarín. Ahora el trompa habla oprimiendo el pecho con una de sus manos.

—¿Qué tenés, hijo?

—Estoy vandeao — responde — Si no me tapo ansina, se me escapa el resuello. — Mira hacia retaguardia e insiste. — ¿Por qué no galopean?

—¿Querés que dentren con los mancarrones transijaos?

—Es que si no se apuran ..

—¿Qué?



—¡Nos acabamos, padrino!

Centurión se enoja. El muchacho pasó muchos meses soñando con la guerra. Vino a jugar a los soldados y se quedaría allí. Piensa que bien pudo morir con los otros... ¿Por qué llegó hasta el resguardo? Es chico el sitio. Cuando caiga andará enredándose en las espuelas de los hombres... ¡El ya tiene poco entusiasmo para que ese niño se lo quite! Hace rato que anda con miedo de besarle en la frente...

—¿Qué tragás? — le grita.

—¡Y... sangre! — responde con los ojos muy redondos.

No puede más. Lo besa.

—¿Querés algo p'allá, Julián?

—No. ¡Si no es nada..., don Gabino!

—Tal vez...

—¡Jué un ujerito!

—Sí, claro .. — Ve llegar un nuevo ayudante.

—¿Golveremos a cargar, padrino?

—Dejuro — responde Centurión — Pero vos no montés esta guelta.

El ahijado se resiste. Quiere ir. Pone el pie en el estribo. Agarrado a las crines cuelga un instante. Se le cae el juguete. En seguida el chico rueda sobre los pastos.

—¡Cargue! — ordena el oficial.

—¿No ve que ya viene llegando la caballería? — objeta.

—¡Cargue! — repite el ayudante.

Don Gabino abandona el resguardo. Sale a descubierto. Se yergue entre las balas. Desde allí contempla los restos del que fue su escuadrón. son catorce heridos. Si les ordena, algunos caerán, pero otros montan. En ese momento, un proyectil agujerea su

gacho. Otro, mejor dirigido, quema su mejilla. Permanece inmóvil, ni desdeñoso ni entusiasta. Aquello no reza con él ¿Obedece? ¿Resiste? Tal vez alguna mora se sirva sacarle de dudas Desde el suelo, el ahijado le mira fijo, constantemente. Centurión encuentra que, en la agonía, los ojos de Julián se parecen a los de la "mama". ¿Qué dirá su comadre cuando sepa que dejó matar aquel cachorro? Busca una sola cara altiva. No la encuentra Este, de pie, vacilante, sólo espera el empujón que le acueste Otro, "abombao", escribe con el dedo una inicial en el polvo La borra y vuelve a empezar Aquél, herido en el labio, escupe a cada instante saliva roja Indiferente, encerrado en el agujero de la herida, estira el cuello para no manchar la golilla y así se está, inmóvil, mientras corren por las hebras de sus barbas gotas de sangre espesa, coaguladas...

Ahora los ojos de Julián quieren cerrarse. Pesan sus párpados. Ya el niño no puede con ellos. .

—¿Se niega a combatir, capitán Centurión?

—¡Yo! — responde — ¡Qué me viá negar! Pero no con esos pobres indios — señala. — Vaya y dígaló. Aquí lo espero Si el general quiere, sigo cargando solo, mientras me dea el caballo y el resuello.

—¡Falta usted a su deber!

—Gueno...

¡Aflojó!

Se aleja el ayudante. Las reservas pasan sobre los muertos Centurión monta y les sigue a espuela y rebenque. Sus moribundos parecen morder los garrones del caballo. Alcanza y lancea, lancea, sin asco, a la espera del tiro que acabe con él...

¡No tuvo esa muerte! Por esto, ahora, necesita responder al Fiscal:

—Recebí, mesmo, esa orden, señor.

—Capitán Centurión ¿reconoce usted haberse negado a cargar?

—Así es.

El artillero se pone de pie

—Señores jueces — dice — La desobediencia frente al enemigo se paga con la vida. El capitán Gabino Centurión merece pena de muerte.

Convencido de ello, el viejo lancero agrega.

—¡Claro!

—¿Desea usted nombrar defensor? — interroga el presidente

—No, coronel.

—¿Prefiere defenderse personalmente?

—Eso será...

—¡Hable!

¡Podría decir tantas cosas! Durante el juicio pensó mucho y habló poco. Acaso aquellos jueces no conozcan sus servicios. Ignoran que todos los Centurión vivieron mal y murieron bien. Les diría que su lanza viene guerreando desde la madrugada de la nación. El la recogió ya bastante mellada, hace más de medio siglo y la siguió gastando. Podría mentar hasta la décima que le dedicaron en un fogón de "Arbolito". Seis veces salió de su azotea seguido por un centenar de paisanos y otras seis veces volvió solo, de fumo en el chambergo. A ocasiones, la patriada lo sorprendió rico, enamorado, enfermo. Nunca titubeaba. En aquellos encuentros no esperó "ayudantes". Las divisiones combatían de voluntarias, gastando más valor que pólvora, sin ruido. Oíase hasta el clarín que "añudaba y desañudaba" las trenzas. Después, con los años, empezaron a "menudiar" uniformes. Se "dentró" a pelear "retirao", hoy sin oír al enemigo y mañana sin

verle. Cuando los brazos llegaban a las tacuaras, ya estaban envarados de tanto hacer la venia. Luego, podría decirles que él no se cansó de combatir, sino de hacer matar infelices. ¿Por qué salió a campaña la última vez? Obligado. Muchas noches consultó el asunto con su "chala". ¡Claro que se presentaría! ¿Acaso sirvió nunca para otra cosa? Cuando mozo, quiso trabajar. No le dieron tiempo. Entonces se salía de un barullo para entrar en otro. Después, de viejo, se resignó. Los galones no "decían bien con los guaves". Peligraba que se rieran de él los compañeros. . La noche que su compadre Suárez le mandó "envitar pa l'última", llamó a su asistente y a Melgarejo. Ninguno de los dos hacía otra cosa que fumar, de caballos "agarrao", en espera de aquel momento. Llevaban tres años aguardando ocasión de volver al "trabajo". No tenían más oficio que el de lancear. . Los tres saldrían en la noche, con mancarrones de tiro, chifles de caña y afición. . No pudo ser. El pago se enteró. La primera en llegar con dos de los hijos fue su prima Apolinaria.

—En tus manos los entrego — le dijo.

¡Cómo negarse!

—¿No estarán mejor arando, che?

—¡Ya lo creo! — repuso la "parienta".

—Dejalos aquí, entonces.

—¡Amalhaya pudiese! Lo mesmo se los van a llevar. Tal vez los saquen "pa" infantes...

Siquiera con Centurión tendrían caballo y alguien que velase por ellos. Les aceptó. Tras aquella madre empezaron a llegar otras. La presunta viuda de Mauricio, llena de orgullo, le entregó su marido. Y en el instante de marchar la columna, se puso a gemir por el hombre. El estaba dispuesto a dejarle. Fue el "finao".

quien se opuso, por no pasar la vergüenza de quedar solo entre tantas mujeres. Esta tarde, junto a la mangüera, en un ratito le mataron a casi todos. A esto, el acusado puede agregar que hay un solo culpable: el enemigo. ¡Debió comenzar por él! Aun no sabe con precisión por qué salvó aquel puñado de lanceros. Quizá lo hizo por las chacras del pago. Quizá por las mujeres... Quizá por ellos mismos, que le miraban con pupilas turbias, dilatadas, horribles, como si él fuese la muerte. Eran cristianos, criollos, amigos suyos. En determinado instante les creyó sus nietos. Posiblemente, todas esas razones, unidas a su fama, a las roturas de su camisa, de su cuero y al coágulo de su media luna, le salvasen ante un tribunal de paisanos. Pero aquellos militares no le van a entender. ¡No pueden entenderle! Están en la otra punta de su campo. Entonces. ¡a qué hablar!

Así, cuando por segunda vez el coronel pregunta:

—¿Qué tiene que decir en su defensa?

El acusado alza hacia el juez los ojos mansos y responde

—Nada, señor.

—¿Conviene usted en que su actitud de indisciplina merece castigo?

—Merecerá...

Deliberan. ¡Se ponen de pie! El acusado les imita.

—Capitán Gabino Centurión — dice solemnemente el coronel, — este Consejo le condena a sufrir la pena de muerte. A la salida del sol, será usted fusilado.

¡Piensa el reo que así se libra de volver al pago, tan lleno de mujeres enlutadas!... Que nadie le va a pedir cuentas... Que le queda "picadura" y "challas". Y responde

—Es justicia, señor.

LA VIUDEZ DE LARRIERA

Primitivo Larriera lleva cincuenta y tantos años mirando atardeceres. Solo por excepción ha perdido algunos, con el "chala" en una "punta" de la boca para que no estorbe el paso de cuento, interjección o suspiro; siempre lo "agarra" el crepúsculo. Ha visto ponientes de todo "pelo", desde el tímido otoño, cuando la tarde palidece y se "dentra" con una vinchita "punzona", hasta el majestuoso tramonto estival, donde el día muere a lo varón, como esquilador herido entre vellones que salpica de sangre. No se acostumbra a ellos. En su niñez les temía. Cuando adolescente le anunciaron la hora del loco y, ya novio, la del adiós. En la madurez aprovechaba el flechillal del poniente para pastorear recuerdos que la oración convertía en estrellas. Hoy, cincuentón, el tramonto le sorprende con miedo, hambre, malicia y melancolía, todo a un tiempo. Se niega a envejecer. Regaló la tropilla de sus recuerdos, porque todos porfiaban hacia la querencia. Desea seguir adelante. Le duele acampar en lo vivido. Su melancolía no es sonaja llorona de lazo tendido sobre el anca. Nace del pucho de porvenir, de lo que espera aún, del camino que presume demasiado corto . . . Está más muchacho que nunca, lleno de disparates y arrepentimientos. Reverdece. Es flor todavía. Flor de zapallo. No sirve para adornar la trenza de ninguna romántica, pero cualquier china sería, formal, de su casa, si la cultiva y deja que la flor se haga carne dulce, puede alimentarse con ella. Como es natural, Larriera ya no habla más que a los

estómagos Mas éstos mantienen el corazón, según se ha dicho. He ahí cómo la emoción tardía de Primitivo llega por las cocinas a las tranqueras Tenía una cocinera moza, apagada y bonitilla. La mantuvo con palabras y sueldo Era ambiciosa la peona quiso llevar el fogón a la sala Larriera se opuso. Entonces ella resolvió ofenderse A poco, su agravio se hizo venganza y ésta tuvo bigotes, ojos castaños y poncho calamaco. Se parecía mucho a Julián Arroyo, peón de la estancia. Una noche, Primitivo vio a la venganza entrar agachado en la alcoba de la cocinera ¿El galán pretendía pasar por lobizón? La estancia vieja había tenido una familia de ellos. Al más audaz Larriera le sorprendió con un cuero de oveja en la bolsa. Deshizo la nidada sin dejar un solo huevo. Seguro estaba de haber acabado con aquellos "pájaros". Por eso, tranquilo, sin ningún "santiguao", pero armado de positivo garrote, entró en el dormitorio de Robustiana. De un palo por poco deja seca el Arroyo aquél, y esa misma noche, la cocinera, llorosa, abandonaba el establecimiento Primitivo no creía en duendes ni en arrepentidas. La experiencia le movió a medicinar al derrengado peón. Consideraba con dolor viejo, que en lances de brujerías el varón es el menos culpable, aun cuando la vanidad suele asegurarle lo contrario. Por eso le curó con gusto de unto sin sal. En su concepto, Arroyo había saldado la deuda. El puso el garrote, el otro el costillar estaban a mano. Cuando, ya restablecido, Julián pidió su cuenta para marcharse, él se opuso Su rival continúa en "las casas" Robustiana fue puesta fuera de ley Al irse dejó dos vacíos la olla y el capricho del patrón Primitivo se apresuró a rellenar el primer hueco Llamó a "Piríncho", su ahijado, entenado o hijo, de lo cual ni él mismo

está muy seguro, y le mandó al rancho de los "ingleses". Llama así a una familia de negros que poblaron en la orilla del campo. Una morena con ojos de pascuas y trompa de viernes santo, se encargó de la cocina. El segundo agujero dejado por la peona, quedó sin rellenar. Quien cuenta medio siglo de feo y un año de viudo, no dispone, por lo común, de otro camino sentimental que el de las segundas nupcias. Primitivo contaba con ése y con alguno que otro campo traviesa. No quiere volver a casarse y el "feo" de Robustiana le quitó su afición por los atajos. Resolvió poner nudo a las diabluras. Aprovechó esa llave falsa para cerrar el último capítulo de su novela. Tiene páginas felices en el libro y páginas amargas. Casi todas sus heroínas son del tiempo en que las mujeres usaban una trenza y una palabra y faltaban a ella como ahora, pero con más recato. Para pasar de una hoja a otra, humedeció los dedos a veces en lágrimas y a veces en sangre. En una se detuvo a releer hasta que la aprendió de memoria. Casó. Y luego, cuando se aburría, que en su opinión era casi enviudar, inició nuevos episodios que su consorte llenaba de puntos suspensivos. En eso continuó hasta que Robustiana le mochó los puones. Por su culpa, Primitivo ha soltado sin bozal su caballo "de ancas". Desde que la moza se fue, atardece junto con la tarde. Pita para tener una estrella, suspira y duda. Hoy ni siquiera fuma. Hace rato que la tarde se apagó y su pucho también. Allá arriba empiezan a desparramarse sus luces. En la vía láctea queda el grueso del rodeo, pero las siete cabritas han hecho "punta" y cuatro tordillas se alejan en cruz hacia el sur. Primitivo no las costea. Ni siquiera las mira, y de todo ésto tiene la culpa el correo que a las seis llegó con carta de Robustiana.

Larrera deja el patio, entra en el comedor donde Pirincho desde hace una hora espera para escribir al dictado la contestación, y vuelve a leer la misiva:

“Patrón:

La presente tiene por motivo hacerle conocer la situación en que me veo por culpa e mi mala cabeza. Olvidé, sí, lo mucho que debo a su generosidá, y la que fue casi una hija pa usté, hoy se halla muy comprometida pa salir del paso. No quiero mentar lo mucho que lo extraño y las privaciones que' pasao; porque conozco su guen corazón y no quiero golver a su estancia por lástima, sino como perdonada. Estoy en lo de mi hermana Casilda en la costa del “Guarilay”. La pobre es muy gaucha, pero no así su esposo, joven laigo de manos y no mal parecido, quien pretende cobrarme la comida. Usté me conoce, patrón, y sabe que una muchacha honrada como su servidora, antes se deja morir de hambre por los caminos que cair en falta. Pero la necesidá, lo que se llama necesidá, es muy hereje, muy indecente y no hay que ponerla tan a prueba. De este mal a que me veo espuesta, sólo puede sacarme en ancas una palabra suya. Si la meresco entuavía, escriba en un papel: “vengasé”. Nada más. Eso basta pa que al otro día, me tenga en la estancia. .”

Primitivo estruja la carta. La tira a un rincón y empieza a pasearse por el cuarto. Responderá. Busca la palabra más elocuente. Asómase al marco de la ventana, como si la respuesta estuviese escrita en el pizarrón de la noche. Mira luego al amanuense. “Pirincho” traga saliva, baja los ojos, se agacha ..

—¡Escribí! — ordena al muchacho. — “China: la dispreceo”.

La moza quería una palabra y él le manda tres.

Mas no está conforme con la respuesta. Tal vez la frase refleje su estado de espíritu. Quedó muy lastimado. Lo está aún. Cuando el gurí repite lo escrito, Larriera se pregunta cuál es la razón de ese desprecio, dónde finca. Si se refiere a Robustiana cocinera, la frase no dice la verdad. Ninguna peona ha sabido como ella espolvorear de canela una mazamorra, ni hacer de cada pastel de hojaldra un verdadero librito. No conocerá la vergüenza, pero la cocina, sí. Como tal, no merece desprecio. Ahora falta averiguar si como mujer lo merece. Una tardecita, Primitivo, en lugar de tomar el mate, le tomó la mano. Ella no advirtió la equivocación, ni él tampoco. Ambos estaban muy entretenidos en elegir nubes encendidas. Jugaban a "cuála" se apagaría primero. Larriera ganó. Era baquiano en incendios crepusculares. Cuando la peona intentó retirar su diestra cautiva, recordó la viudez del atrevido y dio por perdida aquella primer "mano". Esperaba ganar la otra ante el Juez. Estableció condiciones. El establecimiento está situado a igual distancia de la iglesia que de la comisaría. El pleito debía terminar en bendición o escándalo. Si el cura no les hacía la cruz, ella haría la cruz a su patrón, por diablo canoso, con cara de hombre serio y atrevimientos de muchacho. Primitivo le prometió el altar y hasta la pila. Luego, faltó a su palabra y ella a su propósito. ¿Por qué, si no desprecia a la cocinera, "desprecea" a la pobre moza? ¿Será porque ella tuvo la desgracia de tropezar con su rabo y caer? No pudo ocurrir de otro modo. Robustiana, acosada, borracha, para defenderse de su simpatía, cerró los ojos, pero olvidó taparse las orejas. Por el conducto auditivo el sitiador hizo entrar sus razones en fila india, de punta, afiladas, intencionadas, irresistibles: piropos, que-

jas, arrullos. Entre adjetivo y adjetivo escalonó suspiros hondos. Tras éstos hizo avanzar consonantes, frases veteranas de efecto infalible flechas venenosas avispas de aguijón dulce que zumbaron músicas de siesta. El enjambre, el bochorno y el destino hicieron lo demás. La inocente, escuchó. Era curiosa, y Larriera, ladino. Por su parte, el Señor no puso párpados en el oído de sus criaturas. El sabrá por qué. Mandinga también lo sabe. Entonces, ¿por qué culpar a Robustiana? Por entre estos escrúpulos se abre paso la cara de Julián Arroyo. Con él la moza sólo ejerció venganza. Esta afirma la existencia de cariño. ¿Entonces Larriera desprecia a la pobre paisanita porque le ama?

—¡Borrá eso que escribiste, Pirincho! — ordena.

—¿Y qué pongo, padrino?

—Escriba — dicta — “Mujer, usted me ha faltao muy feo”.

Después de soltarla, encuentra que tampoco le gusta esa contestación. En primer lugar tiene sobra de palabras. Desearía encontrar una, sólo una, monosílaba, negativa, terminante. Pensó en el “no”, entre dos signos de admiración, puestos como estacas. Para que así, aun seco, no se arrolle, pues necesita que permanezca estirado en el tiempo. Se niega a usarla, porque tal respuesta carecería de color burlesco. Desea colocar entre Robustiana y él la distancia que separa a un estanciero de marca de una china “orejana”. Se arrepiente de no haber sabido guardarla, “culpa” de su corazón democrático. Busca insultos. Refuga los primeros que se le ocurren. Son demasiado ásperos, resortes para hacer saltar varones. Tienen punta y filo. No puede desenvainarles contra una dama. Después de todo, Robustiana es mujer y carece de hombre que “saque la cara” por ella. El marido

de Casilda es un "descarao", según de la carta se desprende, y Julian Arroyo prefirió la "salú" a jugarse por la moza Larriera continúa apartando insolencias. Ninguna le conviene. Desea, necesita ofender a la ingrata y al mismo tiempo sugerir el sabor melancólico de un romance "pasmao" "Usté me ha faltao muy feo", repite diez veces seguidas. Pero, en verdad, él la faltó primero. Estaban en paz. ¿Por qué prometió casarse con ella, sabiendo que no puede hacerlo? Debe quedar en viudo por respeto a su finada. En el lecho de muerte, ésta le arrancó tal juramento que ha de cumplirlo. Si es cierto que el alma de los difuntos vaga por los sitios donde moraron y asisten invisibles a los actos de sus deudos, la extinta no podrá llamarse a engaño. Primitivo no volverá a casarse. Para evitar malas interpretaciones, usa en el guardapelo del reloj, un retrato de la muerta. Así la lleva con él a todos los peligros. Por tan sagrada razón engañó a Robustiana. ¿Con qué derecho la enrostra faltas?

—Borrá lo que escribiste, Pirincho — dice ahora. — Poné. "Usté murió pa mí".

Renunció a la ironía. Sufre y no consigue la sonrisa amarga que deseaba. Esta respuesta es grave, solemne, fúnebre oracion, hisopo, puñado de cal. Con esas cuatro palabras ya tiene cruz la difunta Robustiana. ¡Lástima que no sean verdad! Porque la moza vive, de recuerdo presente, en las raíces de Primitivo. Toda vez que masca un churrasco chamuscado, piensa en la ausente y suspira, no sabe si por ella o por la carne. Despues de "sestiar", la "inglesa ensilla un cimarrón", pero el mate no tiene gusto a picardia; sino a yerba. En tiempos de Robustiana su galleta abría la boca y eran tres para iniciar un proceso. Cuando

la cebadora se alejaba diciéndole “adiós” con las chancletas. se rompía el tema. Zurcíanle a cada rato. Acababa el amargo por roncar y los dejaba solos, mano a mano. Y de noche, los ojos de la moza se le aparecen como luces malas. No ha muerto. La extraña. Atribuye su melancolía a cualquier pretexto digno. Jamás confesará que se “halla” sin ella.

El orgullo ha decidido su entierro. Para la hombría, Robustiana “juede” ya. El carancho de su vanidad, planea sobre ese cadáver. Pero el machismo de Primitivo no contó con la conciencia. En este instante le acosan remordimientos. La desgraciada, no tiene corazón. Es huérfana, pobre y, lo que es peor, “bonitilla”. Nació pequeña, escasa de músculos y sobrada de ojos. Siempre fue liviana. La ausencia, el hambre y el cuñado rondan esa oveja. No tiene otro sostén que el amor a Primitivo. Si la declara difunta, si corta ese tiento, la condena a caer. Piensa que la pobre cuenta veinte años “agatas”, que le sobran penas y le faltan malicias. Dio dos resbalones. Primitivo tomó parte en el primero. Por desgracia esa caída no tiene levante. No pasa lo mismo con la segunda. Julián Arroyo puede reparar la falta. No hay difunta que se lo impida. Es soltero, pobre y hasta un poco ambicioso. Al casarse con su víctima, purgará su pecado y el de su amigo y patrón. Larriera le propone salvar esa alma. Si Julián vacila, tal vez una majada criolla y el puesto vacante del Talar le decidiesen. No todos los casados inician la nueva vida con rancho hecho y animales propios. . . Tiene abiertos muchos caminos. Más para que el proyecto resulte, antes que nada es preciso salvar a la novia.

—¿Qué escribiste, ái? — pregunta al “gurí”

—La dejunción d’ella, padrino.

—¡Borrá!

¡Cuidado con lo que responda! No debe transar. Existe ese peligro. Su contestación ha de tocar en la generosidad; mas no en cobardía. Aquella hoja blanca no será mortaja de doncella; pero tampoco ha de ser bandera de parlamento. Basta con que resulte pañuelo para que la ausente enjague su llanto.

—“Te extraño” — dicta — “pero no vengás nunca”.

Ese “te extraño” alcanza. Con la confesión de su recuerdo Robustiana tiene lo suficiente “pa ir tirando”. Si Julián repara el mal que causó, siempre dispondrá de tiempo y licencia para ir al “Guaribay” en busca de su prometida. Se casarán por allá, en el rancho de Casilda, a vista y paciencia del cuñado y después Arroyo la traerá aguas abajo. Es conveniente que la joven desposada acampe directamente en el puesto del Talar. Luego de lo ocurrido, la ex peona no debe poner su planta en la azotea de los Larriera. Por fin Primitivo ha dado con la respuesta. En ella aparece romántico y altivo, hombre de corazón y de conducta. Entrega al correo una semilla para que se haga árbol y renuncia a su sombra. Pirincho alarga al patrón su lapicera. Sólo falta firmar Y, sin embargo, el estanciero no se resuelve .. Mas ahora no piensa en Robustiana, sino en su comadre Joaquina, viuda del teniente a guerra Don Hilarión Gaudencio; ¡He aquí el peligro! Su comadre no es bonita; se quedó en simpática. Tampoco es rica. Su marido la dejó dos suertes, la del campo y la de su viudez, porque dicen lenguas y atestiguan cicatrices que el difunto tenía pesada la mano. El campo está hipotecado y la viuda libre. Ni siquiera es joven Joaquina. Tiene treinta y cinco años. Representa más edad y confiesa menos. En opinión de Primitivo, la comadre está en la

época peligrosa, donde la mujer espera un diablo que la reconcilie con el mundo o un santo que la reconcilie con el cielo. Si no es joven ni bella, ¿por qué le atraerá? ¡Por desgracia! Hace años que pleitean. Sostuvieron las primeras escaramuzas en vida del teniente. La visitaba entonces, creyendo de buena fe cumplimentar al amigo. Ella jamás le dio pie. Cuando Gaudencio pasó a mejor vida dejando en mejor vida a su consorte, Primitivo se ilusionó. Lleno de esperanza cayó una tarde al rancho. Joaquina sentó entre ella y el compadre un "gurí empacao". Primitivo intentó comprar al muchacho. Ni reales, ni zalamerías, ni miradas furiosas conmovieron al nene. Entonces protestó. El era un paisano formal, no necesitaba testigos. Además, nunca le gustaron los "gurises" . . En la visita próxima pidió una vieja prestada y con ella sustituyó al pequeño. No quería contrariar al compadre. Este, ofendido, se marchó antes del segundo "amargo". Hace seis meses de esto. De tanto en tanto, la viuda le "torea" con algún dulce casero. Pasa la miel por sus labios. Días pasados mandó a la "azotea" una "sándia" con las iniciales del compadre. Alusiones . . Después de cada "invitación" Primitivo ordena que ensillen su caballo. Durante horas la coscoja le llama a misa. Cuando se disponía a estribar, siempre aparecía Robustiana con el mate, la manera y la sonrisa. Ella le salvaba. Pero desde que la cocinera se ausentó, Joaquina se acerca. Y ahora le agarra sin perros. Es la única mujer capaz de hacerle faltar a su promesa. Quiere matrimonio. Si la complace, empezará a temer el encuentro de ultratumba con la finada. Tendrá miedo a la muerte. Ya está viejo de soportar vejámenes, quiere conservar su derecho a morir en cualquier cancha, cuando el mal

humor, sus opiniones o un insolente lo dispongan. Por eso "cuerpea" a su comadre Joaquina. Entre las pretensiones de la viuda y su debilidad por las simpáticas, siempre puso como poncho a Robustiana. Arrolló en el brazo las polleras de la china y no hay mirada traicionera que le "dentre". La viuda vale más; pero la soltera se conforma con menos, pone paz en su conciencia y remiendos en su corazón. Si la escribe que no vuelva a la estancia, si la pobre obedece, si deja un portillo, una rendija para que la comadre introduzca por ella la punta de su mala intención, está perdido. Le espera el casamiento y después, ¿quién sabe qué vergüenza tendrá que sufrir con tal de diferir, en lo posible, su entrevista con el ánima!

—¡Pirincho — dice — borre lo último que escribió!

En tanto el niño obedece. Primitivo echa cuentas. Está cercado. Tiene que sacrificar o su orgullo o su libertad. ¿A cuál renuncia? ¿Es altanero? ¿Es arisco? Ama a su comadre. Le resulta halagador saber que ella nunca quiso al finado Gaudencio. Piensa que ha llegado al mediodía y quizás, quizás a la siesta de la vida sin haber encontrado el varón capaz de apasionarla. Tal vez espera a Primitivo. Acaso él resulta un príncipe que se retrasó por jugar en el camino casi todas las chucherías, pero que aún conserva algunas hebras de plata en las sienes para tejer el nido. Su comadre así se lo dio a entender con cuatro suspiros y un "vaya Dios a saberlo". Pero si cede, fuera del caso de conciencia, ¿como queda el criollo inocente, el Primitivo, el romántico capaz de perdonar! ¿Ya no conserva sano el espíritu? Es viudo. Goza reputación de tal. Usa luto aún. ¿Tiene edad para caer en un desposorio tardío con vistas al infierno? ¿Ya no merece amor al fiado? Hecho el balance agre-

ga, en favor de Robustiana, la partida de locros insulsos y el silencio que desde su ausencia lava los cimarrones del atardecer Pasa raya Se emociona. Busca la palabra que su cocinera quería La encuentra y dice al ahijado

—Escriba. “¡Venite!”

Y en el momento de firmar, como Pirincho sonríe, aprovecha para colocar un consejo

—¡Ahijao! —dice— el varón tiene muchas malicias y una sola concencia Cuando te veas en un pleito semejante, ¡poné una mano sobre el corazón y alargá la otra pa levantar al cáido!

LOS SANDOVALES

Gumersindo Sandoval se acerca a la cama del herido.

En respuesta, Timoteo abre los ojos y enseguida vuelve a cerrarlos. Tiene mucha fatiga. Respira a compas con el tic tac del reloj vecino. El padre torna a sus paseos. Hace horas que va y viene sin ruido por la habitación en penumbra. De tanto en tanto se acerca a la rendija de la puerta y de espaldas a la mujer y al moribundo, suspira. Luego, torna al ahogo. Desearía dar aire al hijo que se apaga. Es el único de los tres que sabe la verdad. La exigió al médico.

—¿Dotor — le dijo junto a la tranquera — me da esperanzas?

Al ver su angustia el facultativo tuvo lástima:

—Pocas — repuso, — pero el paciente es joven. .

Sandoval se irguió altanero. Era varón capaz de sobreponerse a cualquier desventura.

—¡Hable! — ordenó.

—El pobrecillo se muere.

—¿Cuándo?

—No pasa de esta noche.

Gumersindo empleó apenas minutos en preparar su semblante. Volvió al rancho. Sintió que los ojos inquisidores de Catalina empezaron a seguirle. No le daban cuartel. Sandoval quiso guardar silencio. Encendió un cigarro. Lo dejó apagar. Durante buen rato sorbió con rabia el pucho frío. Por fin, acorralado, dijo al oído de su mujer:

—Hay esperanzas.

Ella entonces cesó de acosarle Volvió a dejar caer su cabeza sobre el pecho y así continúa. Desde que dos vecinos llegaron con Timoteo en brazos y le dejaron sobre la cama para que volviese del largo, angustioso desmayo, la madre cayó sobre una silla, a los pies del lecho y permaneció allí, silenciosa, encogida, inútil. Es un bulto, un borrón, una sombra No reza, no llora, no habla No sirve para nada No existe

—And'a comer algo — le dijo el marido

No obtuvo respuesta. Horas después Gumersindo la reprendió.

—¿Querés enfermarte, aura? And'a dormir

Catalina levantó con esfuerzo sus ojos azules, destellidos de llorar durante tantos años y suplicó.

—¡Déjame!

Tiene en la falda su rosario. No lo usa. Le falta tiempo para pensar en el hijo. Se cae de fatiga Poco a poco se ha ido encorvando. Su frente toca en las rodillas Timoteo, cada tanto, la levanta con algún

—Coraje, mama .

Gumersindo ve brillar en el regazo de su compañera la cruz del rosario Catalina lo conserva desde la infancia Con él hizo la primera comunión. Después, por su intermedio, pidió novio. Desde lejos, Sandoval recibió la orden Y se puso en camino Creyó que su primer encuentro con la moza era fruto de la casualidad. Pasaba por el rancho de Catalina. Vio a ésta en la ventana orlada de madreselvas y se "entrepá" a pedirle una flor. Gumersindo no tenía miedo de ningún varón y le "ariscuaba" a las mujeres. Nació para soltero. Era de célibe su oficio, su inconstancia y su mal humor Pero "toreó" sin temores a

Catalina. La paisanita no era su enemiga. Carecía de armas. Faltabanle picardía, "trastienda", "segunda". Sus veinte abriles no habían provocado un solo requiebro. Era rubia, delgada, insípida, triste. Tenía ojos claros poco ladinos, dientes feos que la obligaban a permanecer siempre seria, manos lacias como sus cabellos, como su figura y "en ancas" padecía de timidez y de buena fe. La cortejó por broma. Deseaba despabilar aquella vela mortecina. La moza la aceptó. Gumersindo no sería mucho, pero ella estaba convencida de no merecer nada. Carecía de espejo, madre y fortuna. Cuando le previnieron que Sandoval se burlaba de ella, no lo creyó. El galán por criollo, por lindo, por fuerte, debía ser tres veces noble. Mal podía, entonces, escarnecer a una desdichada. Al tiempo lo temió, Gumersindo no levantaba ninguno de sus cargos. Luego, confirmó audazmente las "calumnias". Catalina debió exorcizar al pretendiente. No pudo. Aquel demonio la maneó con el rabo. ¡Qué iba a ser de ella sin celos, sin insomnios, sin disgustos! Había perdido el alma. Apeló al rosario. Solicitó de sus protectores celestiales fe para ella y ternura para el novio. Ambos lo necesitaban con urgencia. Gumersindo a pesar de todo seguía portándose como un hereje. La hizo cuanta "judiada" pudo. La más cruel de todas fue ordenarla que preparase el ajuar. Solía dejarla atada a una hebra de hilo, mientras él gastaba los tacos en bailes y trillas con "acordeón", cautivando "chinitas" y soltando chismosas. Catalina siempre le defendió. Sandoval jugador, mujeriego, "entrampao", llevaba miras de no casarse nunca. Y cuando nadie, ni siquiera la novia, creía en el caso, cumplió su palabra.

—¿Es verdá lo que se dice, Sandoval? -- preguntó con miedo la moza.

—¡Siempre andás con chismes, Catalina! — observó él — ¿Y qué has oído?

—Que nos casamos ..

—Ansí es.

—¿Podría preguntarte cuándo?

Gumersindo la reprendió. Despreciaba a las mujeres ladinas y curiosas.

—Vos — agregó — tenías una sola virtù: la modestia. Tratá de no perderla. El casorio será cuando se me antoje.

—No te quise ofender...

Al mes siguiente contrajeron enlace. Sandoval acabó por compadecerse de Catalina. La pobre merecía esa reparación. Estaba casi seguro de que serían felices. El con poco se conformaba un amargo, un puchero, mucha "obediencia" y ninguna contradicción. Ella había sido creada para someterse. Además era zonza, escasa de alma y consciente de su pequeñez. Gumersindo alquiló un rancho sin pretensiones. Cuidó que su hogar quedase próximo al boliche, donde siempre a dos dedos de perderla, ganaba la vida. Y en el nido, Catalina trató de ocupar el menor espacio posible. Achicada, flaca, incomodaba sin embargo, a Sandoval. Cada día sobrellevó una reprimenda. Jamás abandonó su mansedumbre. Vivían, el marido para alejarse con el último "cimarrón": la esposa para esperarle con otro "verde". Gumersindo no perdonaba día lluvioso, ni domingo. Se iba sin decir adonde. Volvía cuando se le antojaba. Unas veces en la noche alta, y otras su ausencia duró semanas. Al regresar encontró siempre la misma dulzura, la misma sonrisa melancólica que nunca comprendió Catalina, alejada de los suyos,

sola, aislada siempre, en presencia o ausencia de Sandoval, apeló al rosario. No pedía cariño No pedía imposibles. Deseó una hija para entregarle toda su ternura. Juntas se defenderían de la soledad. Tendrían menos miedo de "lo oscuro" y curarían mutuamente sus almas llagadas por la eterna aspereza de Gumersindo. Su ruego fue atendido a medias: tuvo un hijo varón.

Hoy Sandoval mira a su primogénito herido de muerte. Luego contempla la vieja, vencida por la desgracia, doblada, ofreciendo el cuello a nuevos golpes y quisiera pedirle perdón. Calla. No sería oído. A qué hablar ya, si sus palabras no remedian nada. .

—¡Rezá! — dice a Catalina

—Bueno — responde. Obedece por costumbre y, a poco, deja caer primero el rosario y luego los brazos.

Entra la tarde Sandoval abre la puerta. El silencio pone audacia en los gorriones que se aventuran por el patio. Gumersindo los espanta. Recuerda que cuando su hijo tenía pocos meses, tiraba manotones a los pájaros. Recuerda el detalle. Le imagina. Le ignora. Pero se enternece. El guri nació enclenque, llorón, "ruín", parecido a la madre. No pudo ser "diferente". Durante todo el embarazo, Catalina no comía nada. Además se puso miedosa. Velaba .. El no hizo caso. Combatió sus espavientos y se propuso curarla volviendo al rancho lo más tarde posible. Lo cierto es que a los dos años el infante no caminaba aún.

—Es débil, pobrecito — se atrevió a decir la madre.

—¡Haragán, dirás!

Catalina apretó al hijo contra su pecho.

—¡Y vos tenés la culpa! — gritó Sandoval.



—¡Sí, pero no me asustés por aura! ¡Teneme pacencia!

Sandoval tomó al gurí por su cuenta. A poco, su primogénito caminaba, pero quedó patizambo. Aquella deformidad ahondó el cariño de la madre. Catalina perdonó al bruto. Reconocía que el nene era de los dos. Lástima que esa propiedad no uniese a los socios.

Mientras el tata quería estirarle, ella deseaba que no creciese nunca. Era feliz llevándolo en brazos. Jamás se quejó de la carga.

—Yo créiba que como lo cargo —murmuró— me lo dejarías criar...

—¿No es macho?

—Lo es.

—¡Entonces es mío! —gritó Gumersindo.— ¿Lo has óido?

—Está bien.

Sacude la cabeza atormentada. Se aproxima a Timoteo. Contempla su rostro pálido. Piensa que nunca mimó al cachorro. A escondidas, retuerce las manos toscas ..

—¡Por qué no habrás nacido mujer, hijito! —murmura.

—¿Me habla, tata? —pregunta el agonizante.

—No, amigo.

Catalina deseaba bautizarle con el nombre de Nicomedes, en homenaje a su finada "mama". Sandoval se indignó. El hijo era varón y llevaría nombre de tal, el más áspero, el más feo del calendario. Algo que pareciese apodo, certificado de machismo. Nicomedes se presentaba a dudas. Ignoraba cual había sido el santo más valiente. Eso lo decidió a elegir, aquí abajo, entre sus conocidos. Buscó en pulperías

y carpetas nombre para su primogénito. Se acordó del tape Timoteo Centurión, atrevido, "crudo", jinete y mal "entrañao". Así deseaba que el hijo saliera, con olor a mugre, a sudor de ariscos, a cualquier cosa agria como el tocayo. Y cuando en la pila el cura solicitó el nombre, Gumersindo repuso

—¡Pongalé Timoteo!

Cargó el pequeño con el "mote". Creció temeroso, contagiado por la angustia materna. Amenazaba faltar a su nombre Eia la antitesis del homonimo. Hasta los siete años huía del "tata". Gumersindo esperó. Estaba seguro de conquistar su "apego". Tuvo sobra de razones para privarle de mimos. Cuando las manos se le iban, cerraba los puños. Catalina mal interpretó el aparente desamor de Sandoval y él no perdió tiempo en justificarse. ¿Para qué? Era mujer y no podía entenderle...

Una tarde sorprendió a Timoteo con la cabellera rubia cubierta de "toritos". El "mocoso" intentó dis-
parar

—¡Venga pa'cá! — ordenó.

—Mande, señor — dijo el pequeño adelantando de costado y por etapas

—¿Quién te hizo eso?

—Yo mismo, tata.

—¡Miente! Usté no puede hacerlo

Catalina se acercó cabizbaja.

—¡Perdoname! — suplicó al marido.

—¿Por qué amaricás a m'hijo?

La madre confesó que era una atrevida. El nene "de Gumersindo" tenía el cabello dorado, hermosísimo y ella quiso saber como le sentarían los rulos.

—¡Qué mujer! — bramó Sandoval. — ¿Nunca nos entenderemos? — Marchó a la cocina. Regresó con

una tijera de esquilar. Timoteo lloraba abrazado a las rodillas de la madre. Sandoval tiró del muchacho que, por poco, desnuda a Catalina y le hizo un tuse de "clavijas". La cabecita del niño quedó sin un bucle.

—Aura — dijo a la consorte, — si querés una gurisa, procurala.

Su hijo sería "ruín", pero macho. Antes lo prefería "dijunto" que mujerengo y al evocar aquella provocación al destino alarga la diestra "tembleque" y acaricia el pelo del agonizante. Hoy ese cabello es áspero, mate, oro muerto. Mira el piso de tierra, y a través de quince años, ve los papelillos que sembró Catalina continúa caída en su querencia, pero Sandoval la imagina arrodillada en el suelo. Recoge una a una las guedejas del niño y las oculta. Aquella noche de la poda, Timoteo estornudaba, mientras el tata dormía y la madre, rosario en mano, cerraba una oración para empezar la siguiente.

—¿Anda por aflojar, tata? — pregunta el herido

—¡Qué esperanza, amigo! — Sonríe. — Te hallo mejor.

—Lo estoy — dice Timoteo

Callan. Entran las voces del campo con sueño. En la higuera aletean las gallinas. Muge la "hosca" llamando a la cría encerrada en el corral.

—¡Catalina! — dice Sandoval tocando aquel lamentable atado de ropa.

—Qué querés — responde. — ¿Un amargo?

—Soltá el ternero pa que se mame

La mujer obedece. Sale con toda la prisa posible. Corre. Minutos después regresa y cae sobre su silla. Ese asiento era el preferido por Timoteo. En él pasó la infancia, pegado a la pollera de la madre. Así lo encontró siempre Gumersindo, con la camisa remen-

dada, el pantalón a media pierna sostenido por la deshilachada tira de trapo, medias zurcidas y alpargatas limpias. Gracias al pescuezo de pobre, un pañuelo de mano fue su golilla. Siempre tenía el pelo húmedo y rebelde. Al entrar su padre poníase de pie y esperaba permiso para volver a sentarse. Bien “mandao”, silencioso, pasaba el día acarreando “cimarrones”. La mañana que Sandoval resolvió mandarle al colegio, tuvo un disgusto con la “vieja”.

—¿Cuántos años tiene m'hujo, Catalina?

—Ocho cumplidos, con cinco meses y una semana.

—Pronto viá ponerlo en la escuela — declaró el “tata”.

—Yo pensaba llevarlo — insinuó la campañera.

—¿Por qué?

—El Colegio queda tan retirao ..

—Irá solo.

Así quedó resuelto Timoteo recibió la pizarra, el cuaderno cuadriculado y demás. Pasaban los días. Perdió muchas mañanas azules. ¿Qué esperaba Sandoval? Una tormenta Llegaron nubes cargadas de lluvia y relámpagos. Entonces, el tata ensilló un zaino arisco y ordenó:

—¡Monte, Timoteo!

Trató el niño de trepar. No podía. Sus pies resbaban en los nudos húmedos del zaino.

—¡No puedo, mama! — gimió.

—¡Porfíe!

—Sandoval — se atrevió a decir Catalina, — es demasiado grande ese caballo.

—¡Silencio!

Enarboló Gumersindo el rebenque. La mujer se puso en medio. Levantó al hijo. Y a pesar de su miedo, le “horquetó”.

—, Timoteo — dijo Sandoval, — vaya al colegio!

—, No sé ande queda, señor!

—Averigüe. Y cuidado con cáirse, eh!

Así fue Timoteo a la escuela, temblando de frío y miedo, sobre el zaino brioso que pedía rienda. Se orientó “solito”. Los relámpagos le cegaban. No pudo santiguarse siquiera, por no soltar “el charque”. Entre resbalones y bajo agua, llegó al colegio. Durante su ausencia Sandoval quemaba un “chala” en la cola de otro y en su rincón la pobre madre encanecía a cada “rejucilo”. Al caer aquella tarde, Timoteo, regresó con alegría. Clavaba en el flete los talones embarrados. Perdió el respeto al zaino. Y por primera vez, Gumersindo tendió la mano al cachorro.

—Estoy conforme de usted — le dijo.

Así empezó su amistad con el guri. Lo amaba mucho. No se lo dijo a tiempo. Quiso asegurarle la vida. Por desgracia, Timoteo no había salido a los “Sandovals”. Carecía de rudeza, de tórax, de audacia. A los catorce años ignoraba lo que era un calabozo y amenazó sentar el juicio. Era necesario injertarle el atrevimiento. De ahí que los mimos de Catalina desearasen a Gumersindo. Ella invocaba el cielo y él a mandinga. ¿Con qué podía topar un mozo gaucho y pobre? Con guapos y baguales, con guampas de cerriles y de miseria. Era fuerza curtirlo, entonces, “retobar” su espíritu, afilar su voluntad que se horquetara sobre el ambiente y lo amansase. Tenía lo principal verguenza. Nadie se lo llevaría por delante gracias a las “raíces” heredadas del padre. Esa dignidad de Timoteo amargó a Sandoval. Temía que cualquier “madrugador” acabase con el muchacho. Y buscó armas para defender el brote demasiado tierno.

—Vos — le dijo una “ucasión” — ¿dejarías que

un hombre grandote le faltase a tu mama? ¿Pelearías con él?

—Pa mí que sí, señor — repuso suavemente Timoteo

—¿Y te dejarías matar?

—Tal vez, señor ..

—Está bien, pero escuchá, hijo, mueren los son-
sos. ¿Has oído? Yo no te'criao pa diunto — le di-
jo — Preferí siempre el monte al hovo. Y para cuer-
piar las dos cosas hay algo mejor que ser guapo y
es serlo y parecerlo.

Por aquellos días llevó a Timoteo al bolche. Le
hizo beber ginebra. Quiso saber si el alcohol sacaba
a las manos del hijo los disparates heroicos de su
raza. No fue así. Timoteo tuvo una borrachera me-
lancólica. Recordó a la madre y vertió lágrimas en
el vaso.

Un quejido del cachorro lo llama a la realidad.
Catalina levanta la cabeza gris.

—¿Qué te duele, hijito? — pregunta.

—Nada, vieja — responde y cuando la madre ya
no puede verle, en voz baja confiesa al "tata": — Balo
en cuanto me distraigo

Gumersindo sacude la cabeza.

—¿Querés que te dé una mano pa que la estrujés?

—No, señor

Oscurece. Sandoval enciende el candil. Continúa sus
paseos. Ahora frente al fruto amargo de su sistema,
se pregunta si volvería a ensayarlo en otro hijo. Sí.
Sufre mas no remordimientos. ¿Acaso es un "desma-
drao"? Soportó en carne viva los dolores de Timoteo.
Era preciso ser muy hombre para guapear así durante
lustros, desde que su niño empezó a caminar hasta
que le entregó al primer potro. ¡Cuánto padeció en

la "ucasión"! Timoteo cumplía dieciocho años Sandoval salió de madrugada y a las ocho regresó con un bagual de tiro El animal era overo, abrojudo, de copete por el hocico y roncador

—Andás necesitando un caballo, ¿no es así, Timoteo?

—Ansí es, tata — convino el mozo.

—Aquí te truje uno. Pa vos lo compré

El obsequiado examinó el presente.

—Parece redomón — dijo

—No: es potro crudo. ¡Amansalo!

Catalina se encerró a llorar. Gumersindo quedó allí, por coraje, poniéndose a prueba Timoteo vacilaba

—¡Salte! — gritó el viejo

Al tercer corcovo el jinete cayó en tierra.

—¡Suba!

—¡Pa qué, tata! — exclamó Timoteo, sucio de polvo y sangre — ¡No puedo con él!

Gumersindo le desheredó. Un maula era indigno de usar su apellido. Ningún Sandoval fue maturrango

—Ya lo sabe — dijo. — No guelva a casa si no es sobre ese bagual arrocinao.

—¡Me falta fuerza, señor!

—Valor le falta

—¡Soy flojo'e piernas!

—Se doma con el corazón, ¿oye? Si usté no puede con ese animal, ¿cómo va a poder con la vida?

Timoteo hizo avanzar las reservas Quemó coraje. Diez veces fue "basureao" por el pantallazo del corcovo y otras diez se aferró a la "crinera". Afirmado en los piguelos y en el orgullo, luchó con el overo En yunta pecharon los alambres Rodaron en yunta. Y cuando el bellaco se entregó, volvieron "soldaos" a

la querencia. Los dos tambaleaban. Uno perdía sangre por las narices, el otro por las verijas aradas a espuela. Al verle, Gumersindo le dio su bendición. Algunos meses después de aquella hombrada, Timoteo entró en el comedor. Ceñía vincha. Olía a potro.

—Mama — dijo tendiendo la diestra a Catalina — aquí tiene estos pesos.

—¿Jugaste? — preguntó ella mirando de soslayo a Gumersindo.

—No, señora. Los he ganao trabajando.

—¿Y cuál es tu oficio? — intervino el tata.

—Domador.

La madre se puso a llorar. Llevó otra reprimenda del marido. Era inoportuno su llanto. Timoteo, varón, capaz de domarse y hasta de domar a los demás, merecía que ella, rosario en mano, diese gracias al cielo.

—¿No andás siempre rezando por los rincones? Hacélo hoy, mujer. Agradecé este milagro.

Desde entonces Catalina empezó a despedirse del “hijo de Sandoval”. No dormía por mirarle dormido. No “sestaba” por bombear el camino a la espera del muchacho que se le iba. Anteayer Timoteo se levantó con el lucero y encontró a la madre sentadita en un rincón.

—Vieja — dijo, — ¿qué hace aquí?

—Te espero — respondió.

—¿Quiere algo?

—Quisiera que hoy no jueses a domar. ¿Por qué no me hacés el gusto, hijito? ¡Hace tantos años que no te pido nada!

El la hubiese complacido. Pero Sandoval, desde la pieza vecina, oyó el ruego y se opuso. Ya era hora de que su consorte se dejase de aguerías y desmayos.

Si sugestionaba a Timoteo, resultaría causante de "cualquier lomazo".

—¡Yo — terminó — prefiero domar un burro que una mujer!

Bajo esos gritos se alejaron. El mozo montó en su overo y Catalina huyó al tambo a ordeñar. Ese día tomaron leche aguada.

Cuatro horas después, Timoteo cayó bajo las "manos" de un bagual. Se muere. Gumersindo lo sabe desde hace un rato. Catalina desde hace un año. Por eso está deshecha de cansancio. No puede con su alma. El marido continúa de pie, se acusa, quema tabaco y pasea, pasea...

—¡Mama! — dice ahora el herido — Acuestesé.

Con su voz más dulce, ella replica.

—Aquí no estorbo...

—¡Pero hace días que no duerme, vieja!

—No tengo sueño .

Entonces Timoteo se dirige a Gumersindo.

—Tata — dice con gran esfuerzo, — ¿la oye?

Sandoval siente que la muerte ha entrado en el rancho. El agonizante araña las ropas del lecho.

—¿Me precisa, hijito? — pregunta el viejo.

—Sí... Alleguesé más...

Obedece. Inclínase. Cuando la cabeza del progenitor le oculta de las miradas de su madre, Timoteo hace una guiñada al viejo:

—Estoy mejor — dice.

Gumersindo comprende y responde.

—¡Gracias a Dios, amigo!

Al rato, el moribundo logra hablar otra vez.

—Mandelá a dormir ..

—¿Has óido, mujer? — dice Sandoval con la poca aspereza que le resta.

Pero Catalina “se deja estar”. Sus dilatadas pupilas van del hijo al marido y luego bajan. .

—¡Apurelá ., señor! — suplica, crispando las manos.

Timoteo tiene prisa en alejarla de allí

—¡And’a costarte, pues! — ordena Gumersindo — ¿O querés que te lleve de un brazo?

Obedece. Sabe que el marido es bruto capaz de cumplir la amenaza. Se incorpora y camina encorvada, haciendo lo posible por apurarse. Desde la puerta del dormitorio vuelve a mirar al hijo y sale. Los dos varones esperan. Oyen crujir la chala del colchón. Entonces Timoteo deja caer su cabeza en la almohada. Sus párpados caen. La diestra busca asidero a tientas. Gumersindo, pálido, más blanco que el moribundo, toma aquella mano ciega. Timoteo lleva a sus labios la izquierda vacilante. Recomienda silencio. En seguida abre mucho los ojos y ya no vuelve a cerrarlos. Su mano, crispada un momento, se afloja, pesa. Gumersindo mira hacia la alcoba. Tiene miedo de que Catalina sienta pasar el frío y se asome. En seguida desea, necesita llamarla. ¡Que venga, que sufra con él, que le acompañe! Se ha quedado solo. Timoteo le ha “dejao” solo, maneado a su mano cada vez más fría. El hielo se corre por el brazo y llega a su corazón. Va a gritar. Calla. Faltaría a la recomendación del finado. ¡Engañaron a la vieja! Sacáronla de allí en yunta, a dos lazos, a dos corajes. Timoteo como un Sandoval que era. El, como hombre “probao”. Le veía morir y sonrió. El “niño” sentía la muerte y la detuvo, la aguantó sin resuello casi, para que su pobre “mama” no padeciese. Quedaron los varones no más. Entonces, sin aspavientos, sin gritos, dejó que el corazón se hiciera el gusto.

— ¡Qué decente juiste! — murmura.

Nota que sus palabras le enternecen, que va a sollozar si se descuida, que está llorando sin saberlo. Calla. Espera juntar calma. Y una vez rehecho, besa la frente del finado. En seguida entorna los párpados del hijo. ¡Qué duerma! Que no asista con pupilas vidriosas al regreso de la madre .

— ¡Basta con que yo estea presente! — piensa.

Siente ruido en la alcoba contigua Sandoval permanece inmóvil, conteniendo la respiración. Sabe que debe rendir cuentas a Catalina, la mansa. Teme su regreso. Ya Timoteo no puede ayudarle. Espera. La mujer no asoma. Tal vez duerme. Acaso se ganó con el alivio del sueño. Nunca fue muy vigorosa la "inocente" y lleva dos días de purgatorio. Gomer-sindo sigue alegando con la conciencia. Hasta hace poco creía estar en su derecho. Hizo a su hijo y lo deshizo. Ahora teme haberse equivocado. El dolor le serena. Comprueba así, en su carne, que Timoteo era suyo. Está pagando su muerte. Ha recibido un hachazo. Su dureza acaba de caer de filo sobre el leñador. Mereció el castigo, pero le duele el alma hendida hasta las "ráices" .

Un brazo del finadito cuelga al costado de la cama. Con gran esfuerzo Sandoval consigue levantarlo. Coloca en cruz las manos del hijo. Quisiera poner entre ellas algunas flores de yuyo. . Desiste. Timoteo, difunto, sigue siendo varón. Y su "tata" lo mismo. Jamás esquivó ninguna responsabilidad. Salió al encuentro de las desgracias para ahorrarles camino . ¿Y va a temblar hoy ante una pobre mujer? No necesita ni consolarla siquiera. Catalina sufre tanto como él; pero no más.

Se sienta a esperarla. Al ver el rosario caído en el

suelo recuerda que Catalina no ha rezado según costumbre. Lo recoge No cree en esas cosas .. Maquinalmente hace correr las cuentas entre sus dedos. Cobra ánimo Su mujer puede entrar cuando quiera.

—¡Rezále! — le dirá.

Mas en seguida presume que Catalina tiró el rosario. Encuentra que tuvo razones para hacerlo. Pero ese eclipse de fe desaloja a Sandoval del último reducto Tendrá que esperarla a mano limpia, a pie firme, a ojos secos. Pasan los minutos. Se acerca la hora. Su mujer llegará fatalmente. Cuando entre y con ojos nublados le pregunte por el hijo, ¿que dirá a la vieja? Nunca tuvo en cuenta su dolor A la resignación de novia, de mujer, de madre, respondió con "bufidos". En aquel rancho su voluntad fue ley. ¡Basta! Resuelve seguir legislando. Mira a Timoteo y del cadáver sube un frío que apaga su decisión. Teme a la compañera. En su dolor quedó un hueco para el miedo Comprende que el "niño" era de ella, de la madre, de Catalina sola. El se lo quitó Es inútil que exhiba sus muñones, el orgullo en tapera, el nombre "mocho" para siempre. Su vieja perdió más. Sabe que la madre del "finao" no le dirá nada, nunca ..

¿Por qué le teme entonces?

Sabe que seguirá calladita con su cruz a cuestas, que es incapaz de un alarido, de una imprecación, del menor reproche. Catalina, suave, resignada, se tenderá a sus pies. ¡Es tan poca cosa! Alzará hacia las suyas las pupilas interrogantes. Pero de todos los rincones, mientras dure la vida, siempre le saldrá al paso su silencio. Y él, ¿de dónde sacará fuerzas para soportarlo?

“EL SAPO”

La tarde no puede ser más fea Poco después de mediodía prometió abrir y allá en el oeste tendió a secar una cinta azul. En seguida las nubes zurcieron con hilos de lluvia el desgarrón. Desde entonces, a cada instante cae algún chubasco Se diría que el tiempo anda con ganas de fastidiar a los pobres, y al ver a Nicasio Valdenegro sin poncho y a Pantaleón sin paciencia, exprime “guelta a guelta” la esponja de las nubes. Entre uno y otro aguacero, sopla en la ceniza, se ahoga, tose y porfía hasta que el relámpago alza llama El viento llega por donde menos lo esperan Se agarra de las crines como para saltar a caballo; resbala Entonces tira manotones a las golillas La seda húmeda se escurre entre sus dedos Se horqueta en el anca No puede sostenerse Intenta prenderse de la cola. Cae y lleva a los dos troperos enredados entre flecos, cerdas y vellones

Aquí el “lunarejo” de Pantaleón amaga “plancharse” y en seguida la yegua rabona de Valdenegro se arrodilla y besa el barro por vigésima vez

—¿Viene cumpliendo alguna promesa la gatiada, ché?

Nicasio ríe, mostrando al mal tiempo su cara de pascua. Es un muchachón corpulento y zanguango, hijo único de matrimonio viejo. Vive con hambre de tortas fritas y de emociones. Gasta sueños durante el día, pero al caer las tardes, cuando los demás hajan a los recuerdos o se empinan en las esperanzas, Nicasio bosteza, masca y se duerme. Tiene cara de luna

llena, frente angosta, nariz "acarpinchada" y ojos redondos, saltones, brotados por el ansia de ver algo extraordinario. Sobre su boca apunta un bozo que Valdenegro tironea de continuo para sacarlo bigote. Su cutis rosado, terso por la gordura, su aspecto saludable y un tanto insulso hacen pensar en una manzana pintona.

—A'í viene otra manga — anuncia alegremente.

—¡Y que la llamen madre a la naturaleza! — exclama, con odio, Pantaleón.

La caballada se arremolina y acaba por detenerse en mitad del camino, dando el anca a la garúa. Son veinte animales. yeguas con cría, media docena de mulas y varios potrillos grandes. Agachan las cabezas y mosquean el castigo del agua, mientras los mamones, haciendo garabatos con las colitas ralas, se prenden a las ubres. Su glotonería lastima a las madres. A cada instante una cox abre abanicos de barro

—¿Por qué no arriás, Valdenegro?

—¿Y qué apuro traímos? — pregunta el muchachón escurriendo la gollilla.

El viejo señalaba el horizonte, cada vez más oscuro, donde el diablo sigue echando árboles enteros en el fogón.

—¡Con razón te apodan el "Sapo" a vos — exclama.

Lamenta su indiscreción, pero el mismo "Sapo" se apresura a consolarle.

—¿Conque me mal llaman ansina, viejo? — pregunta radiante.

—Parece...

—¿Y por qué?

—¡Vaya uno a saber!... Porque sos saltón de ojos no será. . digo yo. A lo mejor es por tu afición al

agua — Cierra piernas, rebolea el chicote. — ¡Vamos! — grita a la tropilla.

Los animales reinician la marcha al tranco y la mula tordilla se sienta; tirando coces y dentelladas pasa por entre ambos jinetes y galopa hacia la quereencia

— ¡Andá tráirla, pues! — grita Pantaleón.

El “Sapo” corre tras la fugitiva. Avanza, a ratos de costado, haciendo eses en la greda resbalosa, salta este pozo, se hunde en aquel. Apenas vuelve la espalda a Pantaleón, tan razonable siempre, el muchacho da suelta a uno de sus sueños familiares él no es aspirante a peón de estancia, ni persigue a una mula terca

Encarna al legendario capitán Pimienta, azote de gauchos alzados. Y en esa tordilla robada en la recua de “La Bruja”, cabalga nada menos que el temible cuatrero “Punta fina”. Precisamente anoche llegó a casa del “Sapo”, pidió hospitalidad y mientras dormía el huésped le carneó la “gaucha” más estimada y ganó el camino.

Sus voces avivan el galope de la mula.

— ¡Entrieguesé! — grita

— Dea cara y pelee — exclama, — que es un varón solo quien lo acosa.

Como el cuatrero no sofrena, Valdenegro desata sus boleadoras imaginarias, tiende las “tres marías”, y con esa corona silbante se acerca a la mula, adelántase y la arrea. Junto a Pantaleón, cierra el libro, guarda el quepis galoneado y se despide del capitán

El viejo paisano registra sus bolsillos en busca de la chupa. Sabe que no lleva tabaco, pero quiere darse pretexto para echar pestes, a falta de humo:

—¡Porque vos, Valdenegro, no tenés ni tabaco, siquiera!

—Le iba a pedir .

—¡Ah! ¿Pitás, aura? ¡Es l'único que falta!

Las mejillas de Nicasio pasan del rosa al "punzón".

—Estoy aprendiendo . ¿sabe? — se disculpa.

—¿Cuántos años contás?

—Quince

—¡Nada más! ¡Y qué planta bruta tenés! — Piensa que se ha ido en vicio. A esa edad él habia dado flor, fruto y hasta semilla. Se pregunta qué tiempo queda a Valdenegro para aprender las diabluras menores y olvidarlas y empezar con las grandes Compadece a su compañero de baño.

—No sos nada — dice — Y lo pior es que te quedarás ahí.

—¡Qué esperanza!

—¿Acaso escuchás la voz de la esperencia?

La mula tordilla se empaca de nuevo

—¿Vamo a sacarla en calle? — propone el viejo

Atropellan. Se colocan a los flancos del "maldito" animal y durante varias cuadras forman un borbotón de lluvia y barro donde estallan sin tregua los golpes Las soterías enlodadas convierten la mula en cebra. Por fin cesa el castigo Cuando "tornean" los caballos, Pantaleón palidece de rabia, toda la tropilla trota hacia la querencia

—¡Y que llamen nobles a los mancarrones, amigo!

—¡Qué quiere! — exclama el "Sapo", conteniendo la carcajada.

—¡Un rayo, quero!

Valdenegro se santigua.

Media hora después los troperos vuelven a pasar por el mismo sitio del camino Allí el tema espera a Pantaleón, y salta en ancas

—No escuchás a la querencia... — repite. — ¿Qué te previne ayer al salir del puesto'e tu padre?

—Que trujese poncho

—¡...porque iban a llover gatos! — agrega Pantaleón. — Eso te dije .. ¿Lluvió?

—Garugas... — responde el muchacho. — A más, de algún modo hay que lavarse... ¿no halla?

Pantaleón bufa y guarda silencio. Su mal humor crece con el camino andado. Si acampa y el callejón se orea y la mula no vuelve a las andadas y aparece un conocido con tabaco, puede ser que el viejo termine de renegar. "Rabea" por alcanzar la estancia. ¿Qué le espera allí? El mismo catre, el mismo aburrimiento, la misma gracia sobada del capataz a propósito de aquel turco que se le fue con la plata y la pulsera. A fuerza de oír esa historia, Pantaleón ha venido cobrando fastidio al mercachifle y tiene miedo de darle unos lonjazos donde le encuentre. La verdad es que aquella ocasión no estuvo juicioso. Vio a la peonada joven adquirir baratijas para las novias, olvidó sus canas y su soledad. Compró la famosa pulsera. Luego de pagarla, se encontró con que no tenía mujer a quien ofertar el adorno. Vaciló, y el gringo levantó vuelo con el santo y la limosna. Cuando "vidó" esa treta ya el comerciante iba lejos. No valía la pena ensillar y "dir" a las "guascas" por un peso. Dejó que el sinvergüenza se comprase luto con esa plata.

—¿Qué te parece a vos, Valdenegro? — pregunta de pronto.

—Y bien, no más

—¿Tan siquiera sabés a lo que me refiero?

—Entuavía no.

—¡Ah!

A poco el "Sapo" se suelta a reír. Va pensando en

la cara que puso su aparcero cuando, por sacar de vicio a la mula, casi pierden toda la tropilla. Siente que Pantaleón le mira de soslayo.

—Y aura, ¿quién te hace cosquillas?

—Naide . — Quiere dominar sus carcajadas, pero se atora, y para no reventar un “nervio” les da puerta franca. El metal de su risa disuena en la tarde gris, junto al viejo “alunao” y detrás de los animales ler-dos y tristes.

Pantaleón espera a que el “Sapo” se desinfla. Luego.

—¿Cuántos cobres llevás? — pregunta.

—Denguno

—¡Mirá! — Señala el viejo la pulpería de Corrales, emboscada entre dos higueras. El palenque, los troncos erizados de tumores, el terrón y las rejas, todo está barnizado por la lluvia.

Sofrenan frente al boliche.

—¿Querés allegarte, “Sapo”, y tomar alguna cosa?

—¿Pa qué?

—Y. . pa olvidar.

Valdenegro desearía beber, pero tiene apenas cuatro recuerdos, algunos agradables y otros útiles. No quisiera exponerse a perderlos. Sus “memorias”, bien administradas, “agatas” le alcanzan para entretener los ocios. Si, como dicen, la caña trae olvido, ¿con qué llenará el porrón? Antes de responder al envite pasa revista. evoca primero a Nicolasa, aparece con su pollera chinguda y la cabeza erizada de “toritos”. Tiene trece años, la visten como si contase diez y trabaja igual que una de veinte. Sueña con el primer amor desgraciado. ¿Qué prometió la niña a Valdenegro? Un vals. ¿Cuándo podran saborearlo? Alguna vez que haya baile en el pago y aprendan a danzar y sus tatas les otorguen permiso.

—¿Venís u qué? — dice Pantaleón echando pie a tierra.

—No se apure.

Ahora piensa en el reloj de níquel con dos tapas que le ofreció don Muros. El "Sapo" "alcanzó" a ver el regalo. Tenía seis años cuando su padrino le dijo "Algún día será tuyo" Pasó la infancia esperando el juguete. No veía la cara del padrino por mirar las manos. El regalo quedó en promesa Porque los recuerdos de Valdenegro apuntan, se hinchan, pintan y maduran en las ramas altas. El "Sapo" se empina y siempre está a dos dedos de alcanzarlos. Siquiera la "caña" borrarse el moretón de aquel palo que le dio el tata .. Hace varios meses don Nicomedes Valdenegro dormía la siesta, cuando Nicasio se acercó al cinto paterno con miras de robar un real. ¿Qué deseaba comprar con esa moneda? ¿Golosmas? ¿Tabaco? No un cuzco Vio al animal atado a la culata de una carreta Traía la cabeza hinchada de tanto forcejear y la grupa calva de tanto sentarse. El "Sapo" tenía perros de sobra más necesitaba uno pequeño para enseñarle pruebas. Además, pronto Nicasio saldría a conocer mundo, y como criollo de cepa deseaba llevar al rancho con él, a lo caracol. la cama, a los tientos las armas para ganarse la vida, en la cintura las armas "pa" perderla, delante del caballo su tropilla de ilusiones y en el anca el perrito que "las enchiquerase" Según voces, esa fue también la costumbre del capitán Pimiento El carrero pretendía dos reales por el cuzco. Alegaron cerca de una hora Luego el "antojao" fue por el dinero y Nicomedes, al sorprenderlo con las manos en el tirador, le curo para siempre las ambiciones costosas. El alcohol de Corrales puede hacerle perder cualquiera de esos recuerdos..

—¡No aceto! — responde. — Dentre usted. Yo viá seguir reparando los animales — Se aleja al tranquito. Otra vez “Punta fina” intenta hacer la “pat’ancha”.

—¿Quiere hacerse matar al ñudo? — grita al “cuatrero”.

Atropella a la mula. Rebolea el chicote La tordilla envaina y hace punta Valdenegro prosigue su sueño. ¡Lo que se hablará en todo el pago de esta captura! Cuando llegó el chasque a comunicar que el bandido había pasado con el cuero de la guacha, el temerario capitán saltó en su yegua, echó por delante una caballada y siguió a “Punta fina” a sol y a sombra, sin titubeos, a lo perro Al ñudo los arrovos, pretendiendo salvar al fugitivo, esperaron a Pimienta en las picadas. En balde la sierra hinchó el lomo El capitán las jineteó en todo el tiro, desde la primera ondulación hasta el último cerro Fue tan largo el acoso, que las yeguas parieron por el camino .

—¡Esperame, pues!

Al oír el grito de Pantaleón, sofrena la gatiada y larga a Rocinante.

—¿Cómo se halla aura, viejo?

—¡Muy aliviado, hijito!

Ahora divisan entre la cortina de agua un rancho sillón.

—¿Sabés quien vive a’í? — señala el viejo.

—No caigo .

—Amulcar.

—¿El pardo?

—Y allí lo tenés de cuerpo presente.

Recostado al marco de la puerta está el aludido, mulato chocarrero, capaz de matar un angelito para poder velarlo con “acordeona”

—Guenas tardes a Pantaleón y la compañía — dice riendo.

—Regulares, no más — responde el viejo.

—¿No llegan? — Y como los troperos siguen de largo, grita: — ¿Y p'ande van esos chivos?

Con la pregunta descomedida se propone pialar a Pantaleón. Sabe que el viejo, arisco, es capaz de volverse y sacar la cara por los animales. Disputarán. Luego que el ofendido se "apee", mientras le amansa y demás, habrán entretenido un buen rato. Se equivoca. Pantaleón festeja la ocurrencia. La "caña" le ha puesto un cencerro en el espíritu. Saluda al gracioso y dice a Valdenegro.

—Che, "Sapo", ¿te acordás la mona que cargó ese pardo aquella noche?

—¿Cuala?

—Cuando el casorio'e la hija

Valdenegro conoce todo lo que aconteció en la fiesta. Se hizo relatar una parte e inventó el resto. Sabe que al ser interrogado por el juez, la novia miró al padrino y soltó un "sí" "desconsolao"; que el aludido, criollo mano abierta, pagó los gastos de la boda, que el esposo "pagó el pato", según algunos calumniadores, y según otros lo dejó en cuenta; que en los cuatro rincones del rancho y otras tantas viejas estaquearon el cuero de la pardita. Con esos tientos el "Sapo" ha trenzado el romance. Empieza a referirlo, mas apenas invoca la inocencia de la desposada. Pantaleón le interrumpe.

—¡Bah, sos sonso que d'asco! ¿Estabas allí?

Valdenegro, encogido, responde:

—Envitao era, pero tata no me dejó concurrir.

—¿Por?

—Hizo cuestión de mi edá, ¿sabe? Dice que los

varones han de dir a bailes de los cuarenta años p'arriba.

—¿El jué?

—¡Claro!

—Y hasta jué solo, según ricuerdo — agrega Pantaleón.

—Ansí es. .

—¿Y por qué no llevó a doña Robustiana?

—Por lo mesmo. Tata dice que las mujeres han de dir a bailes de los cuarenta p'abajo.

—¡Ta gueno!. . Tu padre, Valdenegro, Dios te lo conservo, ha dao con lo que todos campiamos y muy pocos hallan. con inocencia

La observación hace sonreír al "Sapo". Baja el ala del chambergó para eclipsar su rostro lleno de malicia. Puede que Robustiana, su pobre vieja, criada en la ignorancia, sea como Pantaleón afirma, pero en cuanto a él, su compañero erró la picada. ¡Qué ha de ser inocente Nicasio! Es un Judas lleno de pecados y secretos Tiene infinidad de faltas en la conciencia, es, en primer lugar, derrochador. ¿Guarda, acaso el "rial" que sus tatas le regalan todos los domingos? La alcancía comprada por don Nicomedes se traga la moneda, pero después, a sola, el "Sapo" le introduce en la garganta el mango de una cuchara y la devuelve. Luego, Nicasio sabe que es vicioso. Todavía no juega ni bebe, pero fuma Pasa el día "jediendo a tabaco". Por ahora el humo le cuesta más de un dolor de cabeza. Durante la siesta del progenitor, el "muy pícaro" se encierra en el tambo y quema sin ganas y de prisa un par de cigarrillos Y como si esto fuera poco para abrirse el camino del purgatorio, tiene novia, además. Piensa en la cara que pondría Pantaleón si le contase que hace pocos días el

inocente y Nicolasa estuvieron dos minutos por lo menos con las manos entrelazadas. No debe confiar a nadie secreto tan comprometedor. Y a la vez le apena pasar por inofensivo. Lucha entre la vanidad y la prudencia. El demonio vence

—¿Usted es hombre reservao, Pantaleón? — dice

—Yo soy una sepultura, m'hijo

A pesar de todo, el "Sapo" titubea aún. Se trata de la reputación de una paisanita... Si el viejo demostrase curiosidad, si le tirara de la lengua. Espera. El aparcero guarda silencio, confirma sus propias palabras. Esta falta de interés que afirma sobra de discreción, provoca la confidencia:

—¿Por un casual, don, usted ha tratado a Nicolasa?

—¿Te referís a la hija e Bustillo?

—A la misma.

—¿Y qué tiene de particular la mocosa?

Aunque avanzan bajo un diluvio, el "Sapo" tiende la mano como para saber si llueve.

—¿Pa qué hacés eso, muchacho?

—Porque es pensar en Nicolasa, aparcero, y le juro que no sé si lo que caen son gotas o flores.

—¡Claro, m'hijo! Flores cómo y vamos de lo más perfumaos... ¡Jediondos ya!

Alcanzan la portera de la estancia.

—Abajate, "Sapo", y abrí — dice el viejo. Mientras Valdenegro obedece, Pantaleón se adelanta a la tropilla, la hace dar vuelta, y como la tordilla hace "punta" grita. — ¡Dale un mangazo!

—¿Pa qué?

Por fin toda la caballada entra en el potrero, se corre por el alambrado y galopa rumbo a laquerencia. Al llegar al esquinero encuentran seis alambres tendidos entre ellos y el pago. Y allí quedan con las cabezas levantadas y las crines tendidas al viento

—¿Galopiamos, Valdenegro?

—Como guste.

Toman el camino de las casas.

—¿Te quedás en el puesto 'e don Nicomedes o venís conmigo a la estancia?

—Yo me quedaría en casa, Pantaleón — insinúa el “Sapo”.

A poco el viejo bosteza y pregunta.

—¿No m'ibas a contar algo?

—Sí Pero bien mirao, es un secreto grande. . . , ¿sabe?

Esta promesa hace que Pantaleón acorte la marcha

—¿Algo escandaloso, m'hijo?

—¡Oh! .. tal vez ..

—¿Con la gurisa?

—¡Claro!

Ahora el confidente sofrena al “rabicano”.

—¿Hablarás u nó?

Valdenegro pasa un brazo por sobre el hombro del amigo, se inclina y murmura

—Andamos enamoraos .

—¿A espaldas de Bustillo?

Responde con una guiñada

—Y que le llamen inocente a la niñez — grita Pantaleón, efusivo. — ¡Seguí!

Ya no siente sueño ni fatiga.

—La primera vez que nos quedamos solos, hace cosa de un año — cuenta Valdenegro — Nicolasa, que no alza nunca los ojos del suelo .

—¿De vergonzosa?

—Tal vez .; u tal vez como son tan grandes le pesan mucho ., digo yo

Su ocurrencia merece un achuchón. Lo recibe tan estrecho que se ladea el recado.

—¿Y di'ái?

—Como le decía, viejo, apenas quedamos frente a frente, ella me apuntó con las vistas. En seguida se levantó para acercarse. .

—¿Y vos qué hiciste?

—Disparé.

Su interlocutor frunce el ceño.

—¿Palabra? — grita

—Sí, señor — gime el "Sapo".

Pantaleón levanta el chicote y lo descarga sobre el "rabicano" Reinicia la marcha Cuando el viejo logra serenarse

—¿Y eso jué todo? — pregunta.

—¿Qué ha de ser!

—¿Se acercaron, entonces?

Sí, desde aquella derrota el "Sapo" se rehizo y empezó a ganar terreno. Se "bombearon" a distancia. Luego él, "distráido", mandó un suspiro en descubierto Nicolasita lo aprovechó para endulzar el mate Entonces el galán avanzó hasta la portera e hizo pie firme entre los palos.

—Aquel mismo día nos pusimos a media vara — termina

—¿Tan lejos?

—Sí, pero agarraos . .

—¿Y la besaste?

La pregunta ofende a Valdenegro.

—¿Está loco! — exclama — Eso vendrá con los años. ¿No le parece?

Se detienen a pocos metros del puesto. El "Sapo" espera la felicitación del veterano Pantaleón le tiende la diestra, y al despedirse murmura:

—¿Sos un mandinga!

—¿En serio?

—Seguí por aí que vas bien. A ese paso 'e carga que llevás serás el remordimiento d' esa niña.

Valdenegro resplandece. Se apea en el galpón. Desensilla. Haciendo sonar las espuelas cruza el patio y entra en la alcoba de Nicomedes. El tata duerme.

—La bendición, señor — dice.

Abre el viejo uno de sus ojos.

—Dios lo ayude, m'hijo — rezonga; se vuelve y sigue roncando.

Entonces el "Sapo" se dirige a la cocina. Allí, sentada cerca del fogón y mirando hacia el campo, encuentra a Robustiana. Lluve seguido ahora, agua mansa.

Dentro cae de tanto en tanto una gotera. Parece que llora la quinchá.

—¡Vieja! — grita Nicasio.

Robustiana levanta los ojos. Apenas reconoce al hijo. ¡El llega tan sucio de barro y ella tiene en las "vistas" una neblina tan cerrada! Mira a su pobre niño que amanece lloviendo, sin poncho, sin maestro, en el último "puesto" de esa estancia sita en el pago donde el diablo perdió la "paciencia".

Siente otra vez deseos de pedirle disculpas por haberle traído al mundo tan amargo.

—¡Hijito! — exclama — Entrá.

El "Sapo" obedece. Estrecha a la "mama" entre los brazos.

—¿Que te pasó, niño?

—¡Y . nada! — responde.

—¿Por qué me abrazás tan alegre, entonces?

La mira con profunda emoción.

—Pa darle las gracias, señora. . . Dejémé que la abrace otra guelta. . . ¡Fucha que es cosa linda nacer!

“QUINTÍN”

A las cuatro de la mañana Jacinto sale al patio y no ve luz en la tapera del vecino.

—¿Andará enfermo?

¡Es tan “delicao” de costumbres Quintín! Lo sabe capaz de padecer solo toda la noche con tal de no originar molestias. “Maliciándolo” peor, Jacinto Cruz pasa por entre los alambres, corta al sesgo el camino y cuerpea al cardal. Mientras avanza, siente crecer sus sospechas. Porque el moreno madruga a lo pájaro .

¡Como que se acuesta cuando las gallinas! Además, los muchos años traen desvelos. Tal vez Quintín padece dolores en los “gucos”. . . ¡Ha soportado tantas “garugas” sin poncho! . Pero sólo sabe Dios lo que el pobre negro sufre o deja de sufrir. Sus ojos son invariablemente dulzones, aunque la boca esté siempre como enojada, trompuda, solemne . Cuando se distrae muestra los dientes de abajo. Suele pasar horas y horas silencioso, con los pies juanetudos bien afirmados en el suelo, las manos sobre las rodillas, las cejas grises enarcadas y el belfo caído. . . Si está enfermo y no pidió socorro merece una reprimenda

¿Acaso es perro para sufrir “tiraio en l'oscuro”? . Tanta humildá termina por ofender

Desde la puerta, Jacinto pregunta.

—¿Se durmió, Quintín?

Silencio Avanza. No necesita luz para guiarse De sobra conoce ese rancho rico en “guecos” y pobre de muebles. Sabe que la petaca está a la derecha. La

única silla, lunanca por ineptitud del constructor y mecedora por gracia del uso, "llena" el muro frontero. A la izquierda se encuentra el lecho, verdadero panal de polillas, una cama venerable e indestructible, a prueba de años y de insectos, de esas que decoran el mejor dormitorio de las fondas y a cuyas vistas nos preguntamos siempre cuanta gente habrá muerto en ellas

—¡Quintín!

Silencio Cruz permanece inmóvil. Por más que "para la oreja" no consigue percibir la respiración del anciano. Se aproxima al lecho y vuelve a escuchar . . . ¡Nada! Alarmado ya, inclínase a oscuras y su mejilla roza con una mano helada. Busca afanoso el candil. Hace luz. Mira y se saca el chambergo. Quintín es difunto. Murió como viniera solito . . .

—¡Por qué no habrá llamao! — piensa Jacinto. —¿Falta de tiempo? No: sobra de "corteda". Presume que el vecino se dejó morir para no dar trabajo, por entender que su vejez de negro inútil, de trasto herrumbroso, no merecía los desvelos de nadie.

Y Cruz disculpa al finado. No lamenta esa vida apagada después de haber ardido lo suyo . . . Ya Quintín, yerba de cimarrón, había soltado todo el jugo. Los patrones se aburrieron de sus servicios. El lobuno flaco también se le desertó en agosto. Quedó de a pie el moreno tembleque. Era muy resignado, pero quizá, a lo último deseaba morir. Y después de tanto reprochar, tenía derecho, ¡qué diablo! Por eso no es compasión lo que Jacinto siente. Es otra cosa vaga, imposible de explicar. . . Se sienta, pita y busca la causa de su sinsabor. ¡Hubiera querido hallarse junto al negro! . . .

—¡También . . . el finado era tan político!

Y su resignación no sería indiferencia

Cruz prosigue la búsqueda En todos los caminos tropieza y pisa la "humildá" del moreno. Quintín agotizó así, porque era así. Consecuencia de color, de enseñanzas, de "resabeos" En su cerebro de niño arraigó el deber de servir a los demás y hastante a sí propio Pero eso no conforma a Jacinto. Después de todo el difunto fue un "cristiano" Siendo tan vecinos, Cruz debió presentir la agonía del pobre. En este momento recuerda que, cuando se enfermó su caballo azulejo, él no necesitó aviso para correr al lugar donde el animal estaba . Esas serán brujerías sin explicación, pero innegables

Luego reacciona; el moribundo no necesitaba testigos, sino médico o sacerdote ¿Qué hubiera remediado Jacinto? Nada

—Tan solo que está el cristiano al morir — murmura — y tan triste como es para cualquiera abandonar a otro en ese trance

He ahí la verdad, pero no es menos cierto que, agarrado de la mano de Cruz, Quintín se habría ido en paz y Jacinto la tendría ahora. Luego, el anciano era creyente. Aún conserva puesto el escapulario . Cómo pudo creer ese infeliz después de haber padecido tanta carencia? Sin duda porque fue negro y negro a la antigua, de "tú", de cachimbo

¡Pensar que no tuvo ni un rezo!

Para colmo, Jacinto ha olvidado sus oraciones En Viernes Santo, cuando la mujer de Zarasola reúne a la peonada para el rosario, Cruz sale del compromiso con un "Ave María" bien pronunciado y el resto confuso, en rezongo . . Como el moreno ante una verdadera agonía, ¡cómo jugar así! No importa. Pudo si-

quiera arrodillarse en el suelo ¿Quintín habría permitido semejante postura?

¡Qué esperanza!

Entonces, de pie, abríale dicho muchas cosas: "Yo siento que se me vaya, vecino... A la vez comprendo que usted quiera dirse . Ya no vi'a poder tocar más la guitarra pa distracción suya". ¡En fin! Y si el negro, tan amigo de escuchar, pedía morir con música, Cruz hubiese cantado. ¿Por qué no?

Despabila el candil Abre la petaca. Allí está la viguela acostada como su dueño y llena de "zurcidos" también No la despierta Sonríe a pesar suyo, porque no obstante ser finado, Quintín tocaba muy mal. No era guitarrero, gaucho sí fue, y mozo . Sus dedos "macetas" iban por un lado y el sonido por otro Algunos días de estío, los de más calor, a la hora de la siesta, poníase a cantar por "cifra". Sólo conocía ese toque y un verso

Como guen hijo de tordo,
Salí negro y vagabundo
A esperar el perdigón
Que me saque d'este mundo

Pájaro humilde, le tocó en el reparto ese cantito feo y corto Lo repetía tanto que Cruz acabó por aprenderlo Cierta atardecer incurrió en la "maturragada" de cantarle esa cuarteta. Esperaba halagar a Quintín Y cuando le miró, "vido" que el anciano lloraba. ¿Qué pasaría por aquel corazón? Jacinto no era culpable: ¿lo fue el crepúsculo, tan triste siempre? Por algo Quintín sólo gemía a la hora de más luz, en la borrachera de sol ¡Chicharra mejor que torcaz! Después el negro confesó que el versito era

suyo allá con sus treinta años, cerca del Brasil, una vez que estuvo contento se sintió payador. Había ganado cinco pesos en las carreras, compró una guitarra de segunda mano y, por complacer el capricho de cierta parda, comenzó a componer la historia de su vida. Poco después la musa murió y el poema quedó trunco.

—¡Pobre moreno viejo!

Cruz se sienta al pie de la cama. No bien aclarar y pase alguno por el callejón lo enviará a la estancia con la noticia. Sería feo dejar solo al finado. Quisiera cumplir con él. ¿Cómo? Si Jacinto fuese hombre de luces continuaría el "compuesto" de Quintín. Pero muerto éste, ¿a quién interesa la historia?

—A naide.

Medita. Retrocede un año... Se borra la tapera y Jacinto vuelve a vivir aquella tarde otoñal. Está en la estancia. Cuatro o cinco de los peones, recostados en los alambres, fuman a lo lejos y callan. ¿De qué hablar cuando todo sigue lo mismo? Por la senda del potrero grande avanza un jinete. Su caballo es lobuno, esquelético, aperado con dos cueros y unas piolas. El desconocido trae a los tientos la maleta desinflada, pellejuda como el matungo, y apoya con precaución en las "cruces" algo envuelto, arrebujado en medio poncho.

—¿Será una criatura? — interroga Jacinto.

—No parece...

La bestia sin bríos, aquella cosa aterida y su dueño, hijastro de la suerte, llegan, por fin, al antepatio. El jinete se "abaja".

—¿De dónde vendrá? De algún pago con mucha seca.

—¿Cómo se llama? — Quintín. — No da apelativo.

A ocasiones usa el Sosa que le prestó un amo a cuya sombra el moreno creció torcido buscando sol.

—¿Qué será? — A la vista estaba pobre, anciano, criollo. tres desgracias.

Empieza por pedir agua Le traen. Luego, solicita trabajo. Sonríe al responderle que no hay. Entonces, tímido, pregunta si en esa estancia tan grande no sobraba algún pedacito donde un “desdichao” pudiese pasar la noche.

Los peones se miran. Será preciso consultar con el patrón del establecimiento... Por fin uno de los “muchachos” se comide.

Cae la tarde. En el antepatio queda el mancarrón peludo, de riendas y cabeza “cáidas” A su lado, Quintín, también cabizbajo, con el chambergó en la diestra y el envoltorio apretado contra el pecho Todos callan. Sin perder sus posturas cómodas, los peones observan al moreno: las alpargatas, la ausencia de calcetines, sus bombachas color miseria, la gollilla sucia, vainillada por el viento

—¿Dónde habrá perdido el saco?

—¿En qué espinas dejó la otra mitad del poncho?

—¿Qué delito o qué ternura oculta el forastero con el resto de su abrigo?

Un cachorro se estira para olfatear aquel envoltorio. ¡Y el comedido no se da prisa! Un cuarto de hora después regresa con el patrón El cuadro sigue igual. Unicamente el fondo está algo más gris.

También a don Dalmacio intriga el envoltorio.

—¿Es un gurí? — pregunta.

Quintín se “cuadra” y responde confuso

—Soy soltero. niño

—¿Y eso qué es, entonces?

—Una viguela.

Dalmacio Zarasola hace una guiñada a sus peones
—¡Sos payador, por lo visto!

Baja el negro los ojos. La pregunta es larga y difícil de responder. Para lograrlo sería preciso hablar de su difunta parda, describir aquellos calores de la frontera, pintar su alegría cuando se “vido” joven, con unos pesos en el tirador y una amiga caprichosa. En este momento la historia resultaría chocante. En “ancas”, anunciaba frutos que no cumplió: toda su versada se redujo a una cuarteta pobre. Si hablase de ella tal vez el niño lo haría cantar, aunque más no fuera “pa rairse”. Y después de todo, le gustaría divertir un rato a los presentes.

—Sé un versito sólo — responde.

—¡Cantalo!

¿Cómo desobedecer? Pone el gacho en el suelo. Desabriga la viguela constipada. Pide disculpas. Sin perder tiempo en afinar, rasguea, y en ese patio ajeno, bajo la noche destemplada y la voz destemplada, canta una y otra y muchas veces el mismo, el único verso

Como guen hijo de tordo. .

—¡Sujetá, si podés! — grita Dalmacio, riendo.

Obedece. Arropa la viguela y vuelve a su silencio. El cachorro, erizado, rezonga.

—¿Cuántos años tenés?

Dice que cuarenta o sesenta... No sabe fijo.

—¿Y de ande sos criollo?

—Yo soy de unos negros 'e la Crucesita.

Agrega que su “mama” los crió para servidores. De toda la familia sólo recuerda a tres hermanos: los de mota cerrada. Otros, más chicos, salieron fulos presumían y “le ladearon el caballo”. Apenas fallecida la morena vieja, un tal Agustín Sosa se apropió de él y, mientras pudo, “le sacó lustre”. Durante largo

tiempo Quintín se mantuvo atado al dueño y una noche se fue con la estaca.

—¿Pa mejorar?

—Cosas de negro, niño.

Anduvo de mal en peor, robando gallinas .. Juntaba más sustos que carne..

—¿Comiste hoy?

—Sí — Temprano halló una buena gente acampada en la costa del “Barrozo” A instancia, para no desairar, pegó “un tajo” Por suerte, los invitantes parecieron comprender su humildad y lo dejaron tranquilo. El se dio su lugar atrás del último, y en cuchillas, para no privar de luz a nadie, comió hasta con grosería, “si se quiere”

—Aura, niño — concluye — no tengo voluntá... ¡Gracias!

—Si sos de aquí cerca — dice Zarasola para dar pie a las “mentiras” del negro — debés conocerme como hombre hospitalario

Efectivamente Quintín ha oído ponderar el buen corazón del “niño” Esa misma tarde, sin “dir más lejos”, estuvieron haciéndole justicia como señor de muchas “riendas”.

—¿Quién te engañó ansina? — interrumpe Dalmacio.

Ignora el nombre de sus informantes En cambio les describe gráfica y detalladamente: pinta las personas, el paraje, el rancho... Esos desconocidos, al ver su desnudez, le aconsejaron que galopease en la estancia “como en su pecho”, pues Zarasola “es el poncho ’e los pobres”. Sin embargo, vaciló mucho antes de abrir la portera. ¿Cuáles son sus méritos para pretender dormir al reparo? ¡Si no los tiene!

Las "malicias" del moreno divierten al auditorio. Ahora la peonada se codea y ríe sin disimulo

A pesar de la hilaridad, Quintín, serio y triste continúa su relato. ¿Para qué sirve? Desde el invierno, apenas puede subir a caballo... Ya da trabajo en vez de ayuda. Dice haber dejado los últimos vigos en el establecimiento de doña Micaela Ortiz, viuda del difunto coronel Salustio Pérez sito en las puntas del "Zapallar", bien "pegado con la línea". Dicha señora le tuvo mucha "pacencia" pero finalmente se sintió delicada de "salú" y los suyos "la llevaron a Uropa, a la cuenta pa que la matasen los doctores y las ausencias". El campo quedó en manos de un verno. Doña Micaela olvidó recomendar a su "ahijao", y como para los indiferentes Quintín ya no servía, fue despedido. Bien "mirao, les hallaba razón"; por que, después de todo, él no era nada importante

—¿Verdá?

—¡De acuerdo! — exclama Zarasola. No hay dos opiniones. Todos ríen. Quintín mira a unos y a otros con dulzura. Espera que cese la chacota, y, establecido el silencio, prosigue:

—Entonces rejunte mis trapos..

Se despidió de sus escasas relaciones, y en el man-carrón maceta puso rumbo a "Crucesita". No dejó llantos en "Zapallar" ni esperaba ser recibido con muchas sonrisas. Está muy viejo para abrigar ilusiones. Dicen que la querencia siempre entona, pero él no tuvo esa suerte. Al ñudo campeo a sus hermanos. Temístocles, el mayor, estaba en el hospital, de donde — según los pronósticos — saldría para el hovo. Catalino andaba por "Cerros de Ojosmín" cuidando los gallos de un tal Varela, y Ciriaca había fallecido. Entonces el hijo pródigo volvió espaldas al pago. No

quiso ver al resto de la familia, pardos sin memoria... Tal vez ellos lo daban por difunto, y “¡pa qué desengañarlos!”. Carecía de parientes y protectores. La noche se le echaba encima. El lobuno se le echaba debajo... ¿Dentraría en la estancia de Zarasola? Recordó su desamparo ¡Nunca tuvo nido! “Era hijo de tordo”.

Temiendo que vuelva a cantar, Dalmacio lo interrumpe alegremente

—¿Qué milagro no tenés sueldo del gobierno?

—Yo no tengo nada, niño — responde.

—Porque vos has de haber guerreo mucho .. como cuasi todos los viejos pobres

¿Esta ironía escapa al moreno? Quizá la percibe, y como está curtido, no siente el arañón. Luego, Quintín es demasiado simple para replicar con agudeza. Rodó mucho. Ya no conserva puntas. Aun cuando pudiese, tampoco caería en semejante atrevimiento. Sabe diferenciar, Don Dalmacio puede darle confianza sin temor alguno.

—Juí soldao — dice.

—¡No ve! ¿Y hace mucho de eso?

—Cuando la del “setenta y dos”.

—Conservarás los papeles

El estanciero le pide que muestre sus despachos. Si “por casualidad” ha perdido esa documentación, peligra que ponga en duda su heroísmo

Quintín queda muy triste. Sólo guarda algunos recuerdos bastante desvaídos... Hizo la guerra en el escuadrón de lanzas que el “heroico” capitán don Lucas Zarasola, de limpia memoria, formó con sus peones y allegados.

—¿El hermano’e tata?

—El mismo sería, niño. . Digo yo . — Agrega

que el “finao” don Lucas era también de genio muy alegre. Con cualquier motivo rompía a reír. El presencié más de una “risada” de su capitán y fue causa de muchas. Hombres de carácter más lindo que el de aquel señor, no los puede haber. “Reiba” en el campamento y en el combate. Mostrando los dientes y el alma “dentraba” en pelea y así pasó a la mejor vida. La mañana de “Talar”, cuando buscaron su cuerpo “pa” darle debida sepultura, vieron que estaba “degollao”.

—¡De aquí, Dios libre y guarde — se toca una oreja, corre el dedo por la garganta y llega a la otra, — hasta aquí! ¡El desalmao que lo ultimó no sabía qué guena persona mataba!

Hace pausa Ninguno de los presentes llegó a conocer al extinto; pero todos asienten con gravedad.

—Yo — dice Quintín al rato — salí pa esa guerra, de curioso, con el contingente ‘e la “Crucesita”. — Eran veinte hombres al mando de un alférez, Amarillo “de nombre y cara” . Señor “alunao él”, que se pasaba las madrugadas tosiendo. El no recuerda cuál de las muchas batallas, forman cuadro para tratar de contener una ola de caballería El borbollón les alcanza, golpea los pechos, apaga los trabucos, acuchilla a derecha e izquierda, y cuando esa ola se retira queda sobre el campo la resaca. Quintín, vivo de milagro, busca el amparo de la retaguardia Vuelve solo, cubierto de tierra, brillante de sudor y con un “raspón de bala en las motas”. Al verle en tal figura, don Lucas Zarasola suelta la carcajada. El moreno “cuadro y en cabeza” como entonces, repite el diálogo:

—¿Estás asustado, negro? — me dijo aquel valiente.

—Bastante. patrón — contesté.

—¿Quieres que se te pase?

—Si es de su gusto...

—¡Cargá aura con nosotros!

Refiere que así lo hizo, aunque sin ganas, "por complacer al señor".

Aquella misma noche murió en "las carretas" el asistente de don Lucas, y éste se preparaba a cebar un cimarrón cuando Quintín le "arrebato" el mate de las manos. Nunca permitiría que su jefe cebase teniendo un negro cerca. Acarreó con cien amargos. Iba y venía del fogón a la carpa, siempre diciendo "Permiso" y luego, firme. "sívase el señor". Así le enseñaron a comportarse cuando gurí. Durante algunos meses "asistió" al capitán. No se atreve a decir por eso que fueran amigos.

—Juimos amo y criaio — dice.

Agrega que faltaría a la verdad si ocultara los retos recibidos. Bastantes veces mereció rezongos. Otra ocasión el capitán convalecía del tifus, y Quintín robó un pollo en la comandancia para dar caldo al enfermo. Don Lucas tomó el caldo y puso de plantón al ratero, "porque en eso era muy delicao aquel jefe". Pero el disgusto más grave Quintín se lo dio en la pelea de "Yaguareté". El no le faltó al respeto, como el "finao" sostenía. ¡Eso nunca! Si cuando cargaron allí se apareó al capitán, culpa fue del redomón que montaba, "muy desobediente e' la boca"... Es hombre de color... Sabe darse su sitio... ¿Acaso pudo permitirse tanto coraje como un señor rico y "graduao"? Por cierto que en dicha pelea Quintín recibió tal balazo entre los hombros que salió "refalao por el anca del arisco".

—¡Pobre moreno! — repite Cruz. Piensa que no dio crédito a sus hazañas. Supuso con los demás que

el finao Quintín mentía. Se rió del “soldao” viejo — ¡Sin maldá! — murmura, mirando los entreabiertos ojos del difunto. — ¡Sin denguna maldá! — insiste. Porque festejaban risueñamente la astucia del “retinto”. Era justo que el “desdichao” buscara alivio. Para “ganarse bajo el ala” de don Dalmacio, decidió hacerse “allegao” a la familia. Cuidó de don Lucas, fue su asistente, su hombre de confianza, su enfermero. . . A él se acercó en lo más reñido de la batalla, dejando entrever ideas de protección, y si aquella vez en el antepatio de la estancia sus oyentes le estimulan, Quintín hubiese salvado la vida de algún Zarasola.

Hoy, dispuesto a disculpar, Jacinto se pregunta ¿Y si el pobre decía la verdá? ¡Imposible! ¿Quién sabe dónde nació el moreno? Dijo ser de “Crucesita”, y para evitar desmentidos dejó en esa querencia difuntos y desmemoriados. Tampoco el alférez Amarillo puede atestiguar nada. ¡Ya padecía tisis “el setenta y dos”! Es evidente que el ladino eligió a don Lucas porque lo sabía herido, degollado y enterrado en “Talar”... Todos los testigos son difuntos hace cuarenta años... Sin embargo, Cruz ha visto las cicatrices del moreno. . . ¿Serían costurones heroicos o abolladuras del trabajo? ¿La herida del pecho era una cornada de toro cerril? Tal vez. . . En tiempos del finado debió haber mucho monte y sobra de reses chúcaras.

Minutos después, Jacinto se arrepiente de esas dudas. Quintín fue veraz. Quien sostenga lo contrario lo hace para acallar sus remordimientos. Cuando “la del setenta y dos” ya el extinto era negro, criollo y pobre. Voluntario o “a maneador”, por gusto o por fuerza, tuvo que servir. Siendo mozo, “silvestre”, desdichado

e ignorante, tenía motivos para “guapear” Sobráonle tentaciones y barullos Habrá sido humilde, poca cosa, algo más que un perro apenas; pero guapo y fiel. Cuanto contó a su llegada era verdad hoy que el pobre está muerto, es una herejía dudarlo.

—¡Lo cierto — dice — es que nos portamos bastante mal con el finao!

Cree oír ruido en el callejón Sale a la puerta. El sol también sale a la suya. Ya es de día Cruz no ve a nadie por el camino y vuelve al “velorio”

—¡El disjusto que v'a pasar don Dalmacio! — piensa Y “sobre el pucho” pregunta — ¿Lo sentirá realmente? — ¡Difícil! Zarasola tiene buen corazón, dio asilo a Quintín . En su estancia no se carnea ningún “guey jubilao”; los largan en el potrero del fondo y allí quedan los pobres engolosinando chimangos . . Además, el patrón nunca creyó en las historias del moreno.

—Quintín — le dijo un día de buen humor. — has sido guapo y leal con los míos. Pedí lo que creas merecer por tus fatigas.

Titubeó el negro . . Codiciaba una tapera que se defendía del cardal en la divisa del campo . . Le gustó ese nido de comadreja y “ánimas”.

—De acuerdo; pero sabé que allá se oyen ruidos por la noche.

Quintín “creiba” en aguerías Algunas veces por necesidad y otras “errao”, llegó a lugares “asombrados”. Durmió y también veló en casas con luces y duendes Confesaba no haber visto nunca cosas del otro mundo Oyó hablar de ellas y las temió, hasta que cierto hombre le enseñó “la oración contra el poder infernal”.

Con algunos cachivaches amueblaron el asilo. Zarsola le dio a Cruz la orden de proveer de alimento para el cuerpo, tabaco para el vicio y cordajes para el alma del "payador". Después, como es natural, olvidó al "agregao". Quintín, en cambio, recordaba siempre al "niño". Al nombrarle se ponía de pie y llevaba la mano al chambergo. Sano o enfermo, solo o en rueda, jamás "se dejó estar sentao". Una mañana lluviosa vio pasar a Dalmacio por el camino. Salíó afuera y allí estuvo, firme bajo el agua, hasta perderle de vista.

—¡Pobre negro!

Hoy Cruz no pronunciaría el nombre del patrón. ¿Teme que el finao se cuadre? Sonríe al imaginarlo. Enseguida se reprocha esa falta de respeto, y piensa que nadie... nadie llorará al difunto. Se fue callado, a oscuras, de a pie. Mira sus motas grises y su labio caído. No parece estar muerto, sino "distráido". Con esa misma expresión solía escaparse del lugar y del tema. Debe ser feliz. Jacinto está casi seguro de ello.

¿A qué obedece entonces esa melancolía?

Porque a pesar del amanecer y de la cara serena del difunto, Cruz continúa marchito. ¿De qué se acusa? No logra saberlo. Nada le remuerde... Retrocede en su memoria, para rodeo, busca algún instante de mal humor, cualquier grosería. ¿Desde que el estanciero le confió a Quintín, él descuidó al negro? Nunca. Antes dejaba a su azulejo sin "máiz" que al vecino en ayunas. ¿Y tabaco? Tuvo de sobra. Siempre andaba con un cigarro en la trompa y un pucho "reservao" en la oreja. De nada careció. ¿Y entonces? La preocupación empieza a fastidiar a Jacinto... ¡Siempre se hace "puesía" con los muertos! La verdad, lo

único positivo, demostrado, es que el pobre Quintín nació corto de alcances. No pudo sazonar por faltarle el calor del pago, del nombre y de la familia... ¿Quién tiene la culpa? Trabajó mucho, es innegable pero, ¡cuántos blancos más capaces sufren el aporreo y la miseria! . . Su misma resignación acusa falta de baquía, "conciencia" de no ser nada. Duró setenta años, no echó una sola "raiz" . . ¿Qué merecía? Caridad. La tuvo... ¿Y entonces? Cuando Jacinto lo conoció, el negro era "viejazo" ya . . No sentía bur-las, ni halagos, ni bichos. Estaba echo a todo Estas conclusiones tranquilizaron a Cruz. Cree haber ganado, y su conciencia "carga" con cinco preguntas escalonadas: ¿Y la humanidad? ¿Y el respeto? ¿Y la gratitud? ¿Y la inocencia del "finao"? Si era una cosa no más, por qué aquella tardecita al escuchar su propio canto, se puso a lagrimear?

—¡Pucha que lo quisimos poco! — exclama.

Necesita quedar bien con el finado y consigo mismo. Está en el deber de hacerlo. Busca la forma de mirar, de complacer en algo al paria.

Ahora oye claramente el ruido de un carro en el callejón. Sale. Reconoce a Isaías Núñez, el mercachifile, criollo metido a turco y célebre por sus "ñapas". Cuando alguna clienta se arrima a comprar cualquier chuchería, Isaías le regala, si es joven y linda, un pañuelo y un suspiro. Si es fea, suprime el suspiro; y si es vieja, el obsequio.

Al ver a Cruz detiene la marcha.

—¿Querés algo p'al pueblo? — interroga.

—Tal vez — responde Jacinto, aproximándose — ¿Te acordás de aquel moreno al que le diste las al-pargatas?

—Sí . . ¿Por? . .

—Murió

—¡Mirá! ¿Y cuándo?

—Esta noche. ¿Qué me decís? — Espera, y como Núñez nada dice, Jacinto agrega — Vélo al herrero ése que vive pegao al camposanto. . ¿Sabés cuál te digo?

—Sí. Ferrarini.

—¡Eso es! Y le encargás una cruz. No importa el costo. Hasta diez pesos, que es cuanto tengo, pagaselós nomás.

—Gueno ¿Y qué nombre tenía el finao?

—¡Quintín!

—¿Solo?

Sí. El difunto no gustaba del Sosa. Además, como era "honrao" y tenía ese apellido en préstamo, debió devolverlo.

—Mirá Núñez — dice — escribí en tu libreta — y dicta. — "Aquí yace Quintín". Debajo ha de dir esto

Como guen hijo de tordo,
saló negro y vagabundo,
a esperar el perdigón
que lo libró d'este mundo

Parte el mercachifle Jacinto vuelve a la tapera. En este momento el sol entra por una y sale por la otra puerta. Parece que buscaba al negro, y al no encontrarle siguió su camino. Jacinto respira. Está contento ahora. Ha conseguido que una cruz, pájaro zancudo de alas abiertas, cante a toda hora sobre la tumba del "finao" aquel verso compuesto en su minuto más hermoso, cuando Quintín se "vido" con treinta años, cinco pesos y el capricho de una parda

DOMINGO

— ¡Isidora!

Al oír el llamado de su abuelo, la muchacha se aleja del lavatorio, busca a tientas la ventana, asoma la cabeza y con los párpados apretados, para que el jabón no entre en sus ojos, responde.

— ¡Ya va!

Luego, sin prisa, reanuda su tarea. Cada domingo, apenas termina el lavado de los platos, mientras don Luciano sesteá, la nieta inicia su tocado. Los días de fiesta no consigue dormir. Hoy hace verdadero calor. Cada puerta parece la boca de un horno. Por momentos las nubes ocultan el sol. Las gallinas aprovechan ese toldo para dejar la sombra de los aleros y revolcarse en el polvo del patio. Pero de pronto el astro las acuchilla y todas, con los picos abiertos, vuelven a ponerse en línea al costado del rancho.

Durante los días hábiles, Isidora toma desquite. Apenas almuerza, no puede con sus párpados y se echa vestida sobre el catre. A las dos de la tarde el abuelo arroja contra la puerta el primer terronazo.

— ¡Che, haragana! — grita desde su alcoba

— ¿Qué?...

— ¡Levantate, pues!

— ¡Enseguida! — responde Y quisiera obedecer. Se sienta en el lecho. Busca "al rumbo" las alpargatas, para calzarlas, se tira de través y allí el sueño vuelve a rendirla. Cuando supone haber dormido un minuto, siente golpear las manos

— ¿Quién será? — se pregunta sobresaltada; por-

que la promesa de una visita en su rancho aislado siempre la impresionan. Corre a la puerta Lucha con la resolana. Pónese sobre la cabeza el delantal de arpillera. Mira hacia el camino No ve a nadie .

—¿Jué usted, aguelo? — pregunta, sin abandonar toda esperanza, pues el visitante pudo llegar de a pie. En el pago abundan gringos caminadores .

Entonces el viejo se asoma

—¿A qué no sabés quién acaba'e llegar? — grita

—¿Quién? — pregunta, ya despejada, mientras alisa su cabello renegrido

—Un conocido tuyo, Isidora . ¡Endivíná!

—¡Nuémbrelo, pues!

—Don "Mateo" — aclara riendo el anciano

Muchas veces cae en la celada que le tiende el viejo mateador Al enterarse de la broma, alborota de nuevo su cabellera, renuncia furiosa al improvisado quitasol, cruza el patio lentamente, llega a la cocina y, de rodillas, empieza a soplar el rescoldo. Lloran a causa del desencanto y del humo, siembra por el piso la cebadura usada y "ensilla" el amargo de cada tarde.

Podrá los lunes andar como borracha, bostezando en los rincones; pero el feriado despierta antes del día Un resplandor vago la obliga a abrir los ojos Es algo impreciso y promisorio que amanece dentro de ella. No sabe en qué consiste ese anuncio. Salta del catre Se viste de prisa Equivoca los ojales Ríe de su torpeza. Va y viene sin motivo, porque tiene fuerzas de sobra y necesita gastarlas. De pronto se inquieta. Abre la ventana y mira al cielo nublado. ¿Lloverá? Asoma la cara... Garúa en efecto No importa. Tiene algunas horas por delante. Para ella el domingo empieza después del almuerzo y se apaga a la oración Espera que a mediodía escampe. Otras

veces cuando abre los postigos y ve las últimas estrellas, respira. Sale al patio. Llama a su perro, un cachorro bayo, haragán y aburrido. Juntos salen a caza de lombrices para el almuerzo de las calandrias. Los gusanos fríos y húmedos se enroscan en sus dedos. Abren los pichones sus bocas, reciben la comida, a veces, por error, aprisionan con los picos blancos el meñique de la mozuela. En seguida se dirige al tambor. Por mucho que madrugue, siempre la "hosca" se le adelanta. Ordeña en cuchillas, con la cabeza apoyada en el vientre tibio de la vaca. El domingo Isidora quiere que todos sean felices como ella; por eso, antes que la ubre quede exhausta, suelta al ternero. Después lleva, a don Luciano su vaso de apoyo.

—¡Capitán Baeza! — dice desde el umbral.

—Teniente agatas, niña — responde el viejo.

Ella no lo ignora, pero el domingo la mueve a conceder ascensos.

—Si tuviese un grado por cada herida, ¿qué sería aura?

—Pa mí que coronel — contesta el veterano.

Entonces Baeza se incorpora, acaricia sus barbas amarillentas y dice:

—Yo era bien mozo cuando el finao Bastarrica me invitó pa guerriar con él.

La chica sabe de memoria el episodio. Mas le interesa ignorarlo. Desea entusiasmarse, distraer su impaciencia, acortar con algo las horas lerdas de la mañana. Por eso haciéndose de nuevas, pregunta:

—¿Cómo soldao?

—¡Dejuro! — limpia de espuma sus bigotes y agrega — Aceté la convidada, más que de partidario, de aburrido, pa decir la verdá. Agarré un caballo muy gueno que tenía.

—¿El gataio? — interrumpe la interlocutora.

—Justo. A ese pingo le debo el primer balazo que me acertaron... Jué en la "Horqueta". El escuadrón cargó a lanza contra una juerza de infantes. Yo no creas que de guapo, ¡qué esperanza! quise dir en el borbollón, pero a mi gataio aquello se le hizo penca. Se cortó adelante, pasó el mesmo capitán: "¡Apartate, animal!" me gritó Bastarrica endinao.

—¿Y de qué, aguelo?

—De mi atrevimiento, niña — explica el teniente. — Traté de obedecer, pero no pude. El enemigo nos hizo fuego y recibí una mora que me sacó por el anca del gataio ..

A esta altura del palique, Isidora deja de oír al veterano para elegir "in mente" la cinta que lucirá por la tarde. Pensando en ello, como el tema amenaza apagarse, arrima otra pregunta:

—¿Y nunca más se encontró con Bastarrica?

—Unos diez años después volvimos a vernos en otra patriada. El era ya comandante. .

—¿Se acordó de aquello?

—Y me lo afeó, nena; pero sonriyendosé. .

Entonces la nieta, maliciosa, se le adelanta:

—“¿Te han guelto a lastimar, Baeza?,” preguntó Bastarrica, ¿no es esto?

—Ansí jué.

—Y usted le respondió: “Tres u cuatro ucasiones, comandante. .” Entonces él quiso saber cómo usted seguía de soldao raso. “Sabe Dios”, respondió mi aguelito, “yo no guerreo por eso. .” — ríe, mostrando sus dientes sarrosos. Abre la puerta al sol y al perro. Toma el vaso, sale y desde el patio y a salvo de cualquier proyectil, pregunta al anciano

—¿Usté me querrá lo mesmo cuando sepa que no soy de su partido?

Anda con el diablo en el cuerpo. Cantando una vidalita arregla su alcoba. El cachorro sigue todos sus movimientos. Está tan alegre como la dueña. A cada instante Isidora se asoma al camino. ¿A quién espera? A nadie. Pero la vista del callejón polvoriento acelera su pulso.

—Muchacha — grita el anciano, — ¿no podés callarte un rato?

No puede, realmente. Durante toda la mañana anda con la vidalita y el perro. Luego, de tarde, a medida que avanzan las horas, se va poniendo grave como el día. Almuerza sin apetito. El abuelo la reprende.

—¡Comé, no seas tan novelera!

Obedece. Desea terminar de una vez para encerrarse con el espejo. En el correr de la semana emplea un par de minutos en su arreglo. Hoy tarda dos horas. Por lo pronto usa el jabón, y además de la cara llega a lavar sus orejas, y hasta la parte del cuello que no cubre el vestido. Luego humedece la cabellera, y hasta la escarda con su desdentada peñilla.

—Son las tres, Isidora — avisa Baeza.

—¡Ya va!

Sin prisa, se da dos manos de polvos. Parece una visión. Se pone el traje nuevo, de tela blanca a lunares verdes, con volados y puntillas. Hace dos años el abuelo se lo regaló para Reyes. Desde entonces la moza ha engordado y el vestido le queda estrecho en las sisas. Este detalle motiva en gran parte el ayuno de Isidora. Tiene que sacrificar la gula o el lujo. Si carece de otro traje, en cambio posee varios lazos de cinta para engalanar su trenza. Los usa según el

estado del tiempo. Hoy, como el día continúa indeciso y hay nubarrones en el poniente, opta por el lazo gris. Media hora después aun pasea en zapatillas por el cuarto, consulta el trozo de espejo, retoca su máscara de polvos, pasa por las cejas sus dedos húmedos . . Y por último se resuelve a soportar los zapatos. Empieza su martirio. Vuelve a preguntarse por qué los compraría.

—Te quedan chicos — afirmó el abuelo.

—¡Qué esperanza! — repuso — ¡Si se me salen de los pieses! — Después de pagos, confesó que la torturaban; pero el mercachifle ya se había marchado. Esperó domarlos con el tiempo. No lo ha conseguido. Los contrafuertes continúan sacándola ampollos y por culpa de las puntas estrechas siempre anda con los dedos en estiba. Durante los días hábiles ni siquiera intenta calzarlos. El domingo los sobrelleva durante varias horas y nos los sienten mientras queda un rayo de sol.

En atención a la tardanza de su nieta, el anciano acaba por preparar el mate.

—¡Isidora! — grita

—¿Aguelo?

—No vengás. Ya no te preciso. .

Entonces, haciendo repicar los tacos “piné”, Isidora entra en la cocina. Antes que nada consulta su “barómetro”:

—¿Cómo anda de sus heridas, aguelito?

—Regular, no más. . .

—¿Le duelen, entonces?

—Bastante. .

—¡Será posible que llueva hoy, señor! — exclama con angustia.

Para don Luciano todos los días son iguales. Desea el agua porque la necesitan los sembrados...

—Pero hasta la madrugada — agrega — no va'descargar el tiempo.

La mozueta respira hondamente.

—¿Me halla bien, capitán? — dice girando en redondo

—Cuasi no alcanzo a verte, muchacha, por motivo'e tantos polvos...

Ríen. A pesar de sus ojos grandes y luminosos, Isidora no es bonita. El alño le resta gracia. Cuando, por muerte de su asistente Gadea, don Luciano quedó solo, escribió a su hija Paula pidiéndole prestado uno de los gurises. Paula, que con su trabajo de lavandera alimentaba al marido y seis vástagos, consultó el punto con su primogénita, que acababa de cumplir doce años.

—Tata — le dijo — quiere que vayás con él. Se oferta a darte colegio y vestidos. ¿Sos gustosa?

—Sí señora — repuso

—Gueno, sí, entonces hacé tu atadito.

Con su pobre ajuar dentro de un pañuelo y los párpados hinchados de llorar, Isidora llegó a casa del teniente. Hace tres años que le acompaña. Son amigos. La nieta es alunada y el abuelo también. Los dos se tienen "pacencia". El la perdona sus "judiadas" y ella soporta sus relatos. Por lo común pasan el día como matrimonio él descansando, Isidora en la tarea, cada uno por su lado y sin cambiar palabra.

—¿Qué te sucede hoy? — pregunta don Luciano.

—¿Por?

—Estás muy alborotada .

La mozueta sacude los hombros. Mira hacia lo lejos. Se emociona, sin saber por qué. Es feliz. De

pronto salta hacia el anciano, lo besa. Siente deseos de hacer lo mismo con el cachorro. Se contiene a tiempo ..

—¿Querés un amargo, Isidora?

—No, gracias — responde, alisando por sobre el hombro la cinta de su trenza.

—¿Preferís un mate'e café?

Renuncia a esa golosina. No quiere perder tiempo. Toma un pedazo de pan, carga con la silla de su "andar" y se dirige al antepatio. Allí se sienta a la sombra, lo más cerca posible del camino. Tiende sobre sus faldas el pañuelo para que las migajas no caigan al suelo. Pasa revista a las uñas limpias. Sonríe. Uno de los malvones que adornan la ventana de la "sala" le ofrece su flor. No se decide a cortarla. Temе que el viejo se burle. Siempre don Luciano anda con "indirectas" y alusiones .. Renuncia al malvón y continúa comiendo su merienda, muy despacio, sin ganas, por hacer algo para distraer su impaciencia. Paso a paso la bataraza se acerca con los cinco pollos que le quedan. Isidora no tiene simpatía a esa clueca. Es una madre muy torpe: ha dejado perder casi toda la "echadura", y de los seis pollitos que sacó mató a uno de un pisotón.

—¡Juera, bruta! — la espanta

Pero la gallina, encrespada y terca, llama a sus hijos, avanza, salta sobre las faldas de Isidora, de ahí al suelo, se mete entre sus pies, pesca miguitas, las reparte... aturde .. Isidora concluye por arrojar lejos el pan, luego sacude su pollera y por último el pañuelo.

El teniente aparece con un banco y se sienta junto a la meta.

Pasan un cuarto de hora en silencio

—Che — dice él, — ¿cuándo es que saca la catalana?

Al rato Isidora se decide a preguntar

—¿Cuala?

—La que no acetó anidar en la cocina.

—Ha'e ser esta noche .. digo yo ..

El anciano mira hacia poniente.

—Los truenos — dice — van a matar esos pollos

Isidora permanece impasible. Ya hablarán de eso el lunes. Por el momento el tema carece de interés. Ella vive para el camino brujo, para el horizonte despejado en un rumbo y amenazante en otro, para la promesa que sube de todo el paisaje. ¿Qué será lo que espera? ¿Una visita, un regalo, un acontecimiento desusado? Aún lo ignora. Siente que está en marcha y los busca por el callejón, más desierto que nunca.

Entretanto, el abuelo saca el cuchillo, pica naco, escoge una chala, arma el cigarro, lo quema con pausa. Media hora después repite la operación, vuelve a llenar de ceniza las bombachas de merino, se cansa de mirar y entornar los ojos.

—¿Cuánto hace, che, que no viene el cartero?

La interrogada hace que medita la respuesta; mas en realidad sigue con los ojos a una mujer que cruza a gran distancia. Es imposible reconocerla. Se ve apenas una manchita oscura. Eso no obstante:

—Doña Camila — dice — ha hecho las paces con las Trujillo

—¿Cómo sabés?

—Va p'allá con un ramo'e flores . Hará dos años que murió el hermano.

—Cerca...

—Pues ya se alivió el luto Camila — continúa observando a la vecina, que recorre varias cuadras, lle-

ga a un rancho, salen a recibirla dos mujeres y cuatro perros. Y cuando estos entran, dice el viejo. — Hace meses que el cartero no llega.

¿Será una carta lo que Isidora se prometió recibir este domingo? ¿Fuera de su mamá, quién puede escribirle? Piensa en los suyos. ¿Hace tanto tiempo que abandonó el nido! Recuerda las miserias pasadas junto a su familia... ¿Qué alegría pueden mandarle de allá? Ninguna. No es el cartero lo que aguarda. ¿Acaso se encierra una luz en un sobre?

Vuelve a su centinela. Ahora un jinete de poncho claro desemboca en el callejón. Avanza al galope de un caballo "pampa". ¿Será ese el "propio" que le trae su estrella y corre para que no se apague? Se yergue, seca con el pañuelo sus manos sudorosas. Espera. A poco, se deja caer sobre la silla; porque el príncipe resulta ser un peón de Mirabal...

Mira al viejo de soslayo. El teniente aplasta en la uña del pulgar la ceniza del pucho y golpea el yesquero. Compadece al anciano. Se pregunta cómo podrá vivir ese hombre sin ambición, ni curiosidad, sin más recollo que el de cuatro recuerdos cada vez más apagados. Para él es igual un martes que un sábado. Se levanta a la misma hora, come siempre con ganas, pita, sesteaa... arrastra desde la mañana hasta la noche sus chancletas y su aburrimiento... ¿Habrá tenido domingos?

—¿En qué pensás, Isidora? — pregunta.

—En nada, señor... ¿Y usted?

Antes de responder, don Luciano bosteza, se santigua en la boca y dice.

—¿A que no acertás?

Para ella es casi seguro que su abuelo pensaba en cosas viejas, en algún oficial mal hablado que cono-

ció en el ejército o en el difunto tal, de quien ya no se acuerda ni su familia. Le gustaría mucho conversar sobre yerras y bailes. Sabe, por su mamá, que antiguamente la mozada era muy animosa. Nunca faltaba pretexto para una reunión con viguelas, "gueso" y pasteles. La llegada de algún cura, el velorio de cualquier angelito, un enlace, quebraban el hastío del pago. Hoy el vecindario vive pendiente del tiempo. El día no alcanza para empujar el arado y la noche para descansar. Hasta la costumbre de hacer visitas se ha perdido. Hace medio año que a lo de Baeza no llega un alma. Apenas diez cuabras lo separan del rancho más próximo, habitado por un casal de italianos labradores. Son viejos. Se aburren. El gringo pasa el día con la boca cerrada por la pipa. Su consorte lo emplea en tejer, siempre llorosa, siempre triste, quejándose de las lluvias o las secas. Mas allá, al abrigo de varios ombúes, asoma la azotea de los Mirabal. Son buena gente. Una de las mozas, fea y enamorada, suele cantar con guitarra al caer de las tardes. No tiene voz ni compromiso. Se lo cuenta en secreto al crepúsculo y el viento lo desparrama por el pago. Isidora desearía trabar relación con esos vecinos, pero el abuelo se opone, porque él y Mirabal se tirotearon una vez, hace de esto cincuenta años. Una cuarta de legua más allá aparece la pulpería de Corrales, lugar vedado a las mozas decentes de la comarca. Allí, el domingo, se reúnen los varones, corre la ginebra, ruedan la taba y los chismes. Con la noche, mientras los viudos continúan junto al mostrador, los casados, comunicativos y cargosos, regresan a sus hogares.

—¡Guenas noches, don Luciano! — gritan al pasar.

—Adiosito...

—¿Quiénes son, aguelo? — interroga la gurisa.

—¡Vay'a saber!

Durante buen rato los perros franquean al grupo de casa en casa

—¿Te das por vencida? — dice el teniente, cansado de esperar

Isidora había olvidado la pregunta

—Sí — responde.

—Pues yo pensaba en que tu aguela tenía tu misma edad cuando nos casamos.

—¿Y de'ái?

Vuelven a quedar en silencio Don Luciano sólo conserva tres recuerdos de su finada consorte Primero, cuando la conoció: ella andaba en el chiquero y, al verle, barbudo y de lanza, salió disparando Parlamentaron desde lejos y lograron entenderse Tampoco ha olvidado el disgusto que tuvo la difunta cuando sorprendió su enredo con una comadre Acabó por enojarse con aquélla, y un año después con la otra. Y por último, recuerda que galopó toda una noche para encontrar con vida a su esposa. y al apearse la halló de cuerpo presente Hasta ahora conserva su retrato de recién casada y un luto de recién muerta Entretanto, Isidora evoca a los suyos ve a su madre doblada de tanto lavar; al viejo, amarillo, sudoroso, tosiendo siempre y terminando cada acceso con un taco redondo, a los gurises aquerenciados en el arroyo, con las cabecitas mojadas y oliendo a bagre. Todos los días a esta hora la asaltan los mismos pensamientos Hoy se apresura a espantarlos.

—¿Sabés, lo que va a suceder cualquier día, che?

—¿Lo qué, aguelito?

—Te vas a salir casando — aclara el viejo.

—¿Y con quién? — pregunta alarmada.

—Con un varón, será

Distraídos con el palique, no han notado la cercanía de un jinete. A la moza se le ocurre que ese caballero avanza en su busca. Siente deseos de huir. La curiosidad la contiene. Trata de reconocer al viajero:

—Del pago no es — dice.

—Y el caballo tampoco. .

Ahora distinguen los rasgos del desconocido, paisano joven, arrogante, de faz tostada por el sol. Relampaguean el apero "chapiao" y los estribos de copa. Advierten que el forastero lleva una flor "punzón" en la solapa del saco. Avanza al trote del caballo zaino, coludo y baboso.

—¿Llegará? — se pregunta Isidora

El hombre sigue de largo.

—¡Adiós! — saluda al pasar.

—Guenas tardes .

Baeza sonríe y observa

—Es un novio.

Isidora asiente . . ¿Dios se habrá apiadado de la cantora? Parece que no, porque el mozo no se detiene en lo de Mirabal Tampoco toma el camino que conduce a la azotea de Trujillo. . Minutos después el galán se borra calle abajo. Entonces Isidora suspira y el veterano vuelve a bostezar:

—El domingo menos pensao — dice cortando las sílabas — viene un pájaro de esos y se posa aquí.

La mozueta baja los ojos. Pasa revista a los pocos solteros que frecuentan su rancho. "Refuga" el cartero, "zafao" y bastante mano larga. Cuando sale a recibirle, por no quedarle otro remedio, él gasta todas sus flores y ella sus espinas. Prefiere quedar soltera a casarse con ese tordo. ¿Quién llegará a sacarla de penitencia? ¿Tal vez sea Aniceto Almirón, el media-

nero de la huerta limítrofe? Siempre que se acerca a los alambres dice a sus bueves cosas dulces indirectas que Isidora simula no entender. Es teo, pestañado y tímido. La idea de pasar una hora de mano dada con Aniceto le causa gracia. Jamás podrá emocionarla. Por diversas razones la moza hace a un lado a todos sus pretendientes. No tiene ningún amador en vista. Ha oído hablar mucho del novio con que a su edad sueñan todas las mujeres. Sabe que unas lo esperan rubio y otras trigueño, que ésta sólo se conforma con un pavador y aquélla ha encargado un galán con alitas y lunar de pelo. Ella carece de preferencias. Es más: aún no la desvelan amores. Si cualquier mozo hiciese rayar al pingo en su tranquera, saldría huyendo como la "aguelita". El domingo le ha prometido algo más dulce que una declaración. Con el alma limpia de preocupaciones espera esa maravilla. ¿A qué hora llegará? ¿Por cuál de los caminos? ¿Qué calor la incuba?

Abuelo y nieta pasan otro largo rato en silencio. Luego, el anciano se levanta trabajosamente.

—Dentra'flojar la calor — dice

—Parece...

—¿Querés jugar a la escoba?

—Mañana sí, aguelo — contesta.

Avanza la tarde. Baeza entra en la sala. Isidora permanece en el antepatio. Durante una hora el viejo golpea varias veces su yesquero. Cada tanto cae afuera algún pucho. Un pollo voraz se quema el pico, lo resrega en los yuyos y se aleja. Ahora la barrera de nubes mella el sol. Isidora suspira porque la tormenta le acorta el domingo. El día cae y no ha pasado nada aún. Todo está igual. .

El zaino viejo se acerca a la portera Trisca. En el

silencio se oye su masticación. Paso a paso adelanta, arrancando gramillas. Allá adentro, Baeza acaba de sacar un "solitario". Suelta un suspiro de alivio. Una tras otra las gallinas trepan al árbol donde duermen. Isidora continúa mirando a lo lejos. Todo calla. El zaino, mimoso, abandona el yuyal, se acerca a la ventana y arranca la flor del malvón.

Isidora despierta. Levántase y espanta al matungo:

—¡Zaino!

El animal, sorprendido en falta, gira sobre las patas y queda inmóvil, dando frente al camino con el pescuezo estirado, la cabeza gacha y la flor entre los bellos.

—¿Qué diablura te hizo mi caballo? — pregunta Baeza desde la sala.

—¡Cuasi nada, arrancó el malvón!

Ríe don Luciano y observa.

—Disculpálo. Tal vez ande de novio él tamién..

La moza ni siquiera sonríe. Calla. Así transcurre otra media hora. Las nubes ocultan el sol. A medida que se apaga la tarde, destácase sobre el gris del horizonte la ramazón de los relámpagos. Oscurece y no ha ocurrido nada... A Isidora ya no le importa que llueva. Desdobla el pañuelo. Desearía agitarlo en el aire para despedir al domingo, un feriado más que, faltando a su palabra, pasó sin detenerse en el rancho.

El cachorro bayo avanza al trote por el callejón. Regresa triste, de rabo lacio. "Jiede" a zorrillo.

—¡Juera! — le grita Isidora.

Se refugia en la sala y de allí sale entreverado con una chancleta. Acaba por echarse en medio del patio.

A lo lejos oyen el chiflido y los gritos de un gurí que arrea la tropilla. Todas las tardes, a la misma

hora, con la misma impaciencia, ese muchacho suelta las mismas palabrotas

Al rato, los gringos encienden luz en la cocina

Isidora continúa en su silla y, a boca de noche, espera aún .

—¡Muchacha! — dice el viejo.

—Voy aguelo.

No se mueve, sin embargo Gracias a la virazón oye gemir la viguela de las Mirabal .

—¿Qué hacés en l'obscuro?

—Nada, responde mirando con pupilas brillantes el paisaje opaco.

—¿No pensás en la hora qu'es?

—Es temprano, teniente. .

El viejo se decide a encender luz. Se acoda en la mesa y permanece inmóvil, mientras la sala se llena de "cascarudos" y mosquitos.

—¿Entonces, Isidora, no cenaremos hoy?

La nieta se rinde Ya no ve nada.

—¡Levántate, pues! — grita don Luciano.

Obedece. Arrastra la silla. Intenta desperezarse, pero se acuerda que los domingos no puede hacerlo porque saltarían las costuras de su vestido nuevo Ahora que terminó su diversión empieza a sentir el dolor de sus pies ¿Cómo ha podido soportar los zapatos? Deja al zaino solo de cara al camino y entra en su alcoba Enciende el candil. Se mira en el espejo. Siente lástima del tocado, que nadie admiró. Primero se descalza. Luego muda sus galas por los trapitos de trabajo. Está desencantada, rendida, triste. Desea hacer la comida, mascar, acostarse, llegar pronto al lunes lerdito y recorrer toda la semana contando las horas que faltan para llegar al otro domingo.

PIRINCHO

—Don Primitivo — dice el “propio”, tape sin pelos en la lengua ni en la mejilla — ¿Esa es su respuesta?

—Sí, señor. . .

—Asigún ella, el comandante no contará en este barullo con el coraje probao de su amigo Don Larrera.

—Es verdá.

—¿Y la razón es. . ?

Primitivo le interrumpe

—¡De peso, creamé!

Es la centésima vez que el chasque formula esa pregunta. Aun no era de día claro cuando llegó a la estancia en un caballo “chupao”. Le invitaron a desensillar. No quiso. Manifestó llevar mucho apuro. Primitivo hizo disponer dos bancos en la tranquera y una pava caliente entre los dos bancos. Sabe que, en la mayor prisa conocida, aun en la mas apretada, caben una bombilla puesta de punta y un cigarro flaco. Prosearon. A las siete de la mañana el estanciero ordenó a “Pirincho” que echase una brazada de alfalfa al “gatiao” del visitante. A esa hora ya conocía la vida, historia y secretos del chasque. Supo que su correigionario se llamaba Cirilo Paredes, criollo del “chimango”, que una ingrata le habia dejado triste y una seca, pobre, que de sus desdichas sólo había salvado el coraje y ahora pensaba gastarlo todo en la próxima revolución. Por orden del caudillo Aldecoa galopó 20 leguas para traer a Primitivo la nueva del alzamiento e invitarle a la patriada. El estanciero

repuso que no les acompañaría. Reservó sus razones. Paredes deseaba conocerlas. Primitivo callarlas. En esa estan. Son las nueve. La tabaquera quedó "chupada" y el "gatiao" barrigón.

—¡Qué se va'cer! — exclama el tape. — Usté dice entonces que el motivo .

Hiérguese Larriera, da un paso hacia el curioso, y áspero pregunta:

—Don Cirilo, ¿quiere que sigamos amigos?

—¿Qué debo hacer para merecerlo?

—Vamos a darle un corte al tema, ¿no? Razones pa'no dir tengo. Motivo pa' callarlas, tamién.

Paredes ignora que sus nuevas ya eran conocidas hasta por las mujeres del pago. Hace medio mes un forastero, cortando higos y alambres llegó con la noticia. Se empollaba una revuelta. En segunda aparecieron "mariscales" y desaparecieron mancarrones. Las alarmas corren de rancho en rancho. Al oírlas, las viejas se hacen cruces y las mozas se deshacen en lágrimas. Cada charquito de llanto es pila donde se santigua un voluntario. Desde entonces nadie sale a trabajar. Todos los varones del "pelo" esperan que don Primitivo los invite. Larriera hace conocer su divisa. La peonada se despide de sus "viudas", desentierran las carabinas y agarra caballos.

Así pasan cuatro o cinco días.

—¿Qué aguardamos patrón? — Preguntó uno de los "agregaos", viejo e impaciente.

—¿Usté no es veterano? ¿No lo llojaron dijunto después de la pelea del Valentín? — dijo Larriera.

—Así jué.

—Entonces, ¿ánde quiere que vayamos? Espero la invitación de Aldecoa. Cuando sepa ande nos encontramos, será hora de marchar .

Pero pasó la primer semana, empezó la siguiente y el "propio" del comandante no aparecía. Hoy ven pasar caballada por el camino de la sierra. Más tarde, a hora de siesta se oye un clarín. Bombean. Frente a la "azotea" desfila un regimiento de artillería. "Pirrincho" cuenta los cañones. Los paisanos les enseñan los dientes y las chinas los puños. Después soportan la vista de varios milicos que intentan llevarse los caballos del establecimiento. Requisan cuatro burros y una manada; porque los animales de estimación estaban escondidos en un corral del monte. Todo el pago se eriza de lanzas, flamean banderines que hoy parecen pañuelos y mañana coagulos. Enronquecen las perradas y el hombre de Aldecoa no llega... Primitivo no habla con nadie. Pasa los fogones como una sombra. Gruñe. Vela. A toda hora su "cala" escintila en los rincones oscuros. Su Larriera, amigo de aventuras peligrosas, está resuelto a estribar. Pero su gaucho baqueano y razonable aconseja que se quede en las casas. Ya pasó la ocasión. Es tarde. El gobierno ha puesto ametralladora en todos los pasos. La muerte y la burla, que es peor, cierra los caminos. Revolución que no sorprende, aborta. Mas el lancero no se rinde a razones, objeta que en cualquier campo puede hacerse historia. Siempre queda espacio para arengar, embrazar, pechar, y caer. Nunca se muere al "ñudo", mientras quede un gurí que escuche, aprenda, monte y salga a cobrar la sangre. En ese punto, Primitivo lancero y Primitivo filósofo se juntan. Miran hacia atrás. Buscan el chorro que husmee el rastro de la carga y no lo encuentran. Enmudece. No tiene ni un hijo, él es el último de su nombre. ¿Puede salir a entregarse prisionero? No. Eso queda para los muchachos y para los partidarios del pueblo, que salen

de vacaciones a la guerra. El está viejo ya Siempre entró en pelea con sus prendas mejores para que los contrarios lo reconocieran y apuntasen al brillo del "chapiao". Esperó que no lo matasen de "refilón" sino a conciencia. Quien le "carchase" cobraría en plata y oro el servicio. Sabe que está obligado a jugarse hasta el pucho ¿Será útil su muerte? ¿Será por lo menos, hermosa? Piensa que nadie aprovechará su caída, ni recogerá del suelo su lanza Consulta el caso con su recuerdo de familia Los Larriera, tenían una deuda con la fama. La pagaron, ninguno envejeció, porque todos, mujeriegos y atrevidos, tuvieron algún brote que regar. El carece de cachorros. Hizo por merecerlos No se los dieron. Está cansado de esperar su amanecer Quiere, por lo menos, quedar para semilla. Sembrará relatos y consejos en gurises ajenos. Ha perdido. Afloja No irá. Recostó su lanza, reunió a los compañeros y les dijo.

—Muchachos, yo no monto El chasque se ha demorao. Pa mi gusto, la guerra está perdida. Ya estoy viejo pa cair prisionero. .

Si alguno de sus peones deseaba combatir podía marcharse Contaría con un caballo de la marca, unas varas de merino para la familia y su bendición Los viejos agregados pidieron la licencia Vivían esperando morir en ley Poco les importaba caer con utilidad Su divisas eran anticipo de vendaje Se agruparon y partieron, cimbreadas las tacuaras y en silencio El resto de la gente volvió al trabajo, Primitivo al descanso Entonces empezó su mal humor Desde el amanecer a oración abría sus labios lo justo para dar paso a la bombilla, un suspiro o el cigarro Era imposible que Aldecoa no le contase entre sus lanzas. Juntos habían entrado en más de un entrevero del

que salían por milagro, con las barbas chamuscadas y el lanzón de arrastro. El chasque tenía que llegar. Le presumió entusiasta, voluntario, suicida. Resultaría criminal desengañarle. Se impuso dos penitencias; callar y no enojarse. Sabe que si lo aprieta con preguntas destilará veneno y acabará por apagar al correigionario. Pero Cirilo Paredes resultó curioso. Insistía y Primitivo no tuvo otro remedio que encresparse.

—¿Usté habló de mí con Aldecoa? — le pregunta.

—Más de una ucación, señor.

—¿El es hombre que merece crédito u no?

—Lo es.

—Entonces — agrega con creciente fastidio — le habrá contaó que Primitivo Larriera es de los compañeros que no tienen miedo y van . ¿No es ansina. mozo?

Sorprendido, Paredes responde:

—Ansina.

—Gueno. Entonces ya hemos hablaó del asunto

El “propio” tira el cigarro que armó con “pica-dura” del estanciero, recuesta a la pava el mate a medio sorber, se levanta ceñudo, queda buen rato mirando el suelo y acaba por preguntar

—No sé en qué pude ofenderlo, don

Primitivo reacciona. Aquel indio no tiene culpa de su mal humor. Es criollo, es compañero y sobre todo es su huésped

—Haberá que disculparme ¿oye? — dice cordial.

—Esta bien.

—¡Desensille!

—No puedo, señor

—Es que tengo gusto que coma conmigo. — Insiste

Primitivo. — No quiero que se vaya enojao. Sestea en esta casa que es suya y sale con la fresca

—No puedo, gracias, — responde Paredes

—Como guste ..

El chasque aprieta la silla de su caballo Saluda y se marcha. Primitivo “pita” en silencio. Está hirviendo. Echa humo. Necesita descargar su mal humor Busca una víctima. Piensa en “Pirincho”. Ni siquiera necesita pretextos. El ahijado se encargo de darle razones Hace diez días que lo “cuerpea” No le buscó porque sabe que el asunto no se arreglará con palabras. Es preciso apelar al rebenque. Si alguna vez ha madurado una soba, nunca mejor que esta mañana.

—“¡Pirincho!” — grita.

Nadie responde.

—“Pirincho” — repite con un agregado expresivo, haciendo más llana y enérgica la voz

Esta vez, desde el galpón, el muchacho contesta

—¿Padrino?

—¿Has perdido el óido después de la vergüenza?
¡Alléguese!

Obedece La cara del ahijado denota inocencia; pero su cintura dice claramente que se reconoce culpable. Considerando que su delito le ocasionará disgustos y, acaso, golpes, “Pirincho” aparece de culero Al notarlo Primitivo se indigna, quiere decir muchas cosas feas a un tiempo. Los ojos de mozalbete siguen cada movimiento del padrino

—¿Digamé, muchacho, estoy loco?

—No lo creo, señor ..

—Entonces, ¿por qué me mira las manos?

No obtiene respuesta.

—¿Anda por pialar? — agrega.

—¿Por qué me lo pregunta, padrino? — dice el muchacho aleteando.

—Como viene de culero .

—Me lo puse por gusto, señor.

—Por disgusto será, — corrige Primitivo — Usted tiene demasiadas malicias

“Pirincho” finje asombro:

—¡Yo! — exclama.

—Si usted. Vaya a sacarse ese cuero

No esperaba salir tan bien librado. Agil, libre del peso de aquella sospecha que le embargó durante una semana, se vuelve y sonríe. Vuela, pero el padrino le “chumbea”:

—Oiga, “Pirincho” — grita el viejo — cuando no tenga el culero me trae el chicote.

“Pirincho” ni siquiera se defiende. Sabe que esta mañana huelgan las excusas. El padrino se ha levantado con la “mosca” erizada, señal de que pasó la noche en blanco. Para saber a qué atenerse, le bichó durante su palique con el tape. Inquieto comprobó que el chasque prosiaba y que Larrinera no arrimó más que los monosílabos necesarios para que no se apagara el tema. Anotó esos dos datos bajo la columna de sus sospechas. Hizo la suma. Le encontró olor a paliza. Entonces corrió al galpon, buscó primero el rebenque y en seguida echó mano al culero como anestesia.

—¡Muévase!

Cuando queda solo, Primitivo se pregunta si tendrá derecho a castigarle. Hasta ahora nunca lo hizo. En tales casos alzó el tono como un chicote y la soba no paso de amenaza. Le contenía la posibilidad de que “Pirincho” no fuese hijo suyo. A la vez que pensaba que la finada madre del niño podría esperarle en la sombra y pedir cuenta de esos golpes. Esta mañana

evoca a Liboria. Para el pago, tan averiguador y chismoso, ella pasaba por comadre de Primitivo. Entre los dos a escondidas, en secreto de la "concencia" tuvieron un capricho que duró un mes, un pecado que duró nueve y un purgatorio que ya lleva más de quince años. Pirincho. Según la paisana, el niño era Larriera. Así lo había jurado cuando tuvo que separarse de la "cría" para ir al hospital donde murió. El tono patético del juramento y las circunstancias que lo inspiraron, habrían convencido a cualquiera. Sin embargo, Primitivo lo puso en duda.

¿Por qué?

Se conocieron con Liboria cuando él no era viudo aún. Quería hijos. Necesitaba un varón a quien dejar la cuna de ganado criollo, la lengua sobada y el campo crudo. Su mujer no podía darle descendencia. Era "machorra". Por amor a su nombre, Primitivo salió de la azotea a engendrar un varón. Eligió madre. Durante meses anduvo con el diablo en bailes y rastrojos en procura de un alma a quien perder. Poco le importaba su belleza. En cambio elegía que fuese hija del "páis" fortacha y decente. Mandinga es dado a mantener apellidos. Lo probó. Hizo que a Larriera se le perdiese una vaquillona y a Liboria Barragán una prenda del "lavao". Los dos hechos ocurrieron en el mismo campo, en el mismo día y a la misma hora.

Así fue cómo los padres de "Pirincho" se conocieron arroyo por medio.

—¿En qué anda la guena moza? — curioseó el galán.

—Campiando un pañuelo — repuso ella.

—¿Pa'llorar a algún ingrato?

—¡Qué esperanza! — la paisana empezó a buscar

entre los yuyos y poco después preguntó: — ¿Y el cumplimentero en qué anda?

Para merecer el calificativo Larriera “campió” la contestación más romántica. No daba con ella. Tuvo, en su tiempo, un manojo de frases mareadoras. Al casarse, con miras de sentar juicio, colgó en un rincón su rosario de declaraciones. Sobre ellas cayó la gotera de los días y las puso “verdes”. En aquella ocasión desafinaban las malicias. Por el contrario, imponíase cualquier expresión inocente, tímida y hasta algo torpe.

—¿En qué ando, dice? — murmuró. — Es fácil de ver...

—¿Por rairse?

—¡Por desmayarme!

—¿Del susto e’ verme, Larriera?

—¡De admiración!

Ella siguió buscando, no sabía si la prenda o el piropo. Al inclinarse mostró el descote y sus cercanías. Así supo Primitivo que aquella paisana podría ser buena nodriza de su cachorro. El respeto a su casta le desató la lengua.

—Y un solo pañuelo, moza — dijo — ¿le alcanza pa los dos ojos?

—¿Tan grandes los halla?

—Y muy mal intencionados...

—Mejor sería, Larriera, que, en lugar de mentir tanto, me ayudara en la tarea.

El arroyo no daba paso. Liboria lo sabía y Primitivo también. Pero mediaba una provocación. Habló del peligro de aquellos ojos. No podía retroceder. Era asunto de honra y embrujo ¿Como llegar hasta ellos? Pudo dar un rodeo, galopar media legua y vadear la picada. Cortando a nado la corriente, acaso pescase

un catarro. Tal vez la moza le curase como si fuese pulmonía. Quizá hasta le conviniese tragar un poco de agua, poner una migaja de locura en el baño, llegar a la otra margen en estado de coma y dejarse salvar la vida.

Como además de todo esto, Primitivo sabía nadar...

—¡Aguardemé! — gritó.

—¿Qué va'cer? — gritó Liboria encantada.

—Zambullir.

—¿Y si se auga?

—Réceme...

No hizo más que santiguarse, cerrar espuelas, abrir la boca y desaparecer entre la espuma.

Nunca logró saber si el amor tomó parte en la gestación de "Pirincho". Liboria estaba segura de ello. Ya en aquel entonces era bastante fea. Una bala de "Perseverano" la había dejado huérfana y pobre. No estaba segura de ser honesta; pero sí de parecerlo. Hablaba bien y se conducía "regular". Acabó de resultar la única persona de su pago que creía en su decencia. De ésta se alabó cuando su encuentro con Primitivo. En tal creencia siguió cuando su embarazo, y la noche en que Larriera, al entrar en el rancho de su amante, encontró a Casimiro Gauna en alpargatas, Liboria continuaba convencida de su honestidad. Primitivo desafió al rival. Bajo una tormenta de "planchazos", Casimiro huyó de la tapera dejando un "carpido", las zapatillas y la vergüenza. Entonces el vencedor pretendió poner en tela de juicio la conducta de Liboria. Al oírse atacar en su honra, ella acometió con uñas y dientes al calumniador. Pasaron un lustro sin perdonarse los agravios mutuos. Cuando la paisana se sintió enferma de muerte, llamó al pre-

sunto padre de su criatura. Primitivo acudió, no por ella por el gurí. "Pirincho" era entonces un niño combado y triste. Para poder ver a quién se parecía, habría sido preciso antes que nada, lavarle. Luego, olvidar la historia de la mamá y, por último, poner la buena voluntad que hiciese falta para rellenar las diferencias. En aquel momento el hijo y el tata se asemejaban en que ambos tenían dos ojos, una nariz y ninguna belleza.

Liboria, desde la cama, empujó al gurí, diciéndole:

—Pida la bendición a su padrino, hijo

Avanzó sin ganas el "ahijado". Recibió un:

—¡Dios lo haga toro, amigo!

Cuando el casal quedó libre del muchacho, Liboria, emocionada, declaró:

—Es suyo Larriera

—¿Y quién podrá atestiguarlo, mujer?

—Dios, — repuso la enferma.

—Está demasiao lejos pa'dir a preguntarle.

—Yo, entonces.

Esta vez el testimonio resultaba demasiado cerca. Primitivo tampoco lo aceptó. No creía en las palabras de Liboria.

—Gueno — dijo ella entonces, — es justo. Pero queda un garante de mi gurí.

—¿Cualo?

—El mismo.

En seguida, solemne juró que "Pirincho" tenía sangre de Larriera y lo demostraría con el tiempo.

—¿Cómo? — interrogó el estanciero impresionado por el oráculo

—Con bondá

—No es bastante, mujer.

—Con guapeza.

Lo emplazó para entonces. Cuando esto ocurriese, ella esperaba que Primitivo le entregase el nombre, le estimase en vida y le olvidase en muerte. Poco le importaba que su varoncito no figurara en el testamento paterno. Le bastó que heredara de su tata el empuje legendario y de las Barragán la decencia legendaria también. Con ese patrimonio el niño conquistaría la tierra que no le dejase su progenitor. Aquellas razones tan elevadas alcanzaron el corazón de Primitivo. Siempre los suyos fueron fáciles a la emoción. Sintió un nudo en el tragadero. Miró a su amante con melancolía. En los atardeceres ambos lloraban la pérdida de un amor que nunca vivieron. Aquel día, olvidado de todo rencor, Larriera abrazó a su "comadre".

—Podés morirte cuando querás — le dijo

—¿Me prometés amparar al nene?

—Doy palabra de hacerlo. Si es mío ha de probarlo. Le saldrán lunares en el cuero. Cuando sus hechos lo acrediten Larriera, le entregaré el apelativo.

El vástago se cuajaría a la sombra de la vieja "azotea". Para que aprendiese a domar, darían potros las manadas. Sazonaría el sol sobre el campo de sus abuelos, entre bañados y cuchillas donde no se castra, donde nadie sembró, donde quien plantaba una semilla de paraíso, recogía un cardo. Aquella estancia nodriza de varones, le sacaría a las manos los disparates, el fundamento y la gracia que desde un siglo atrás hizo a todo Larriera vivir y morir en Ley. Como todos los de su nombre, el gurí sería dado a heroísmos y prestado a mujeres. En la juventud comulgaría con el diablo. En la madurez se casará. Esa cruz le pondrá bien con Dios.

—Si es mío agregó Larriera, tendrá un cencerro en el corazón. Ese campanilleo amadrinará junto al niño,

allegados, amigos y peones "Pirincho" se pondría al frente del pelotón y haría cantar las guitarras y llorar a las chinas. Será mozo de trato "cerrao" y mano abierta. Cuando resbale, será en un charco de sangre. Sus antepasados fueron desaparejos en muchas cosas; pero muy iguales en una. Tal salió ladino, aquel otro "callao", a éste le faltó campo para su ambición, aquél perdió un potrero a la taba; mas todos, con familia o plata, con salud o sin ella, mozos o viejos, fueron siempre, sin ventaja, sin titubeos, por encima de todo, a pesar de ellos mismos, del primero al último. ¡guapos!

—"Pirincho" lo será — afirmó la madre.

Aquella misma tarde el gurí acampó en la estancia. Durante años Larriera buscó en el rostro del niño el aire de familia. Cuando apareciese desollaría. Acabó por renunciar a su esperanza. "Pirincho" no se le parece. Tiene las orejas curiosas, los ojos pardos y la boca fruncida de los Barragán. Cada vez que sostiene su inocencia en alguna diablura, Primitivo cree oír la finada. Los labios del niño se cierran como una jareta. Parece que tomara mate. Es el retrato de la mamá. Al reír muestra hasta el estómago. Cualquier frase con punta le hace cosquillas. Cuando "Pirincho" cumplió diez años, Larriera seguía sin saber si era protector, padrino o padre del muchacho. Recordaba la profecía de Liboria.

—Es Larriera y lo atestiguará.

Pero el tiempo corría y la revelación no se operaba. A fuerza de rastrearlo supo que "Pirincho" era "judío" con los bichos, tímido con las mujeres y humilde con los hombres.

—No es mío — pensaba; — le asoma el alma e'los Gauna.

¿Cómo era aquel Casimiro? Le había visto la espalda Nada más. ¿De qué barro estaría hecho su rival? Se echó a buscarle. Supo que el preferido de Liboria había muerto. Preguntó cómo terminó su vida.

—En su cama, — le respondió un vecino.

—¿Tenía hijos?

Ni eso tenía. Averiguó que el finado fue paisano sin vergüenza ni campo. Había vivido como pudo No dejó otra cosa que polvaredas y cuentas.

De regreso a la estancia llamó al “ahijao”, luego a la cocinera y delante de aquellas polleras le reprendió con aspereza y sin razón Esperaba que el muchacho se le “alzase”. No fue así.

—¿Por qué acetás que te reprenda? — le preguntó

—Será porque es pa'mi bien, padrino

—¿No me tenés asco al oírme destrartarte?

—Respeto sí le tengo — repuso el niño.

—¿Cuántos años tenés?

—Dentro en los quince ..

Contaba tres lustros sin haber dado quehacer a mozas, rodrigonas, ni milicos. A esa edad Primitivo no conocía el miedo ni el trabajo.

—Sos un zanguango — le dijo — En mis quince yo sabía muchas cosas

—Yo esquilo ya, señor — se atrevió a decir “Pirrincho”.

—¡No ve!

—Si eso lo enoja, padrino, pronto estoy a olvidarlo

—¡Silencio! ¿Tenés siquiera un par de novias?

—No señor.

—¿Por qué?

—¿Cómo quiere que dentre en amores con el nombre que tengo? Se me van a rair, padrino.

—¡Es que una risa se corta, amigo, y un cuero

tamién! Si yo te castigase sin causa, de bruto nomás, ¿me peliarías?

—No.

—¿Y si fuese otro que yo?

—Entonces, tal vez...

Le gustó la respuesta. Tentado estuvo de soltarle uno de los peones para salir de dudas. Sin embargo no se resolvió. Si su pollo huía era muy posible que lo echase de la estancia. Sería la primera vez que ocurriese. Sus porteras seguían sin llave. En toda época a la estancia llegaron, de paso, hombres mozos que se hicieron viejos a su abrigo. Nadie les preguntó nombre, pago ni opinión siquiera. Cuando fue preciso, los cobijados y su providencia salían con rumbos y divisas diferentes. De la guerra volvían unos en el "montao" y otros en el recuerdo. La haraganería de las "visitas" se gastó algunas veces la hospitalidad de los Larriera nunca. El huésped que quiso morir allí, fue enterrado en el campo. Primitivo no podía faltar a esa ley. Antes de expulsar a "Pirincho" por cobarde, esperaba a que se hiciese hombre. Aguardó. Acaso el mal provenía de la época. Convino en que los tiempos han cambiado. Según muchos, la mudanza se operó para bien. En concepto de Primitivo, para empeorar. Los hombres achicaron la tierra. Ya no quedan montes. Los últimos, raleados y en derrota, huyen de las chacras. Con ellos se acabaron los ariscos. Las sierras han sido violadas por los trenes. Se entregaron también, hoy cualquiera las pisa. En sus tiempos, un muchacho "hereje" tenía más ocasiones. Por los caminos andaba todavía uno que otro loco con ganas de morir con lujo, por diversión, por entretenimiento. Pechaba en un mostrador primero, con un "alunao" después. Uno de los dos caía sin ruido

y se hacía polvo, el otro se hacía humo. Antes, un difunto quedaba "rodeao" de chimangos, hoy de milicos. Luego, el criollo está cada día más pobre. Le sobra orgullo, pero le falta campo. La miseria es amansadora. Se hace difícil vivir. Para lograrlo hay que hacer de todo, hasta trabajar. Críanse intereses y se amenguan famas. Bautízase la caña en las trastiendas. La bebida es mansa. Si "Pirincho" nació en época sin poesía, donde un paisano, para morir, necesita llamar un médico, él no tiene la culpa. Hay que achacar a los tiempos.

Esperó. Quién sabe si, a pesar de todo, el ahijado tenía la suerte de recibir alguna puñalada. En tal caso ganaba su nombre. Llevaría el Larriera cosido a cuchillo. Pero hace una semana ocurrió en la azotea un hecho inaudito. un robo. Primitivo conoce al culpable. Esa falta ha podado su raza "Pirincho" no es digno de su sangre. Aun cuando fuera hijo suyo, aun cuando Casimiro Gauna no hubiese compartido con él la "honestidad" de Liboria Barragán, aun cuando el gurí resultase guapo y noble, le negaría la paternidad. Ahora sabe ya que nunca podrá reverdecer. Al conocer el delito del muchacho se le cayeron los brazos y la lanza. Está viejo. Aflojó.

—"Pirincho" — grita.

Llega el culpable paso a paso y, desde lejos, le alcanza el chicote.

—Gueno, moquito — dice — ¿Usted sabe quién es?

—Claro .

—¿Ha pensao que no tiene apelativo?

—Muchas veces, señor...

—¿Sabe por qué le pasa eso?

No obtiene respuesta.

—¡Conteste! — ordena.

—Y... será por desgracia Tal vez no tuve tata.

—¿Nació plantao?

—No sé.

—Yo sí lo sé, en cambio... ¿Oye? Usté no trujo nombre, porque no lo merece Esa es la única razón

Inclina "Pirincho" la cabeza Los ojos se le llenan de lágrimas. Tiene entre sus manos el sombrero para recogerlas No sabía que era guacho Un paisano gracioso se lo dijo Entonces recordó que nunca tuvo juguetes ni santo. El hueco dejado por éste lo llenó con su mote, y el de aquellos, con tabas viejas, "pasadores" y suspiros. Como andaba siempre en cabeza, despeinábale el viento y por eso lo apodaron "Pirincho" Es tocayo de un pájaro feo, coludo de ridículo canto. No figura en el almanaque. Nunca esperó la llegada de su día Era forastero del calendario En cambio diéronle a elegir cualquier cumpleaños. Aunque no recibía obsequios de nadie, resolvió tener dos o tres santos cada año Cuando halló un vintén en el suelo, se escapó, compró cohetes en el boliche y a solas, perdido en el potrero más apartado, los quemó en honor suyo. Sin duda, por quién sabe que "judiada", el padrino le tendrá en penitencia. Pensó que, por lo visto, él era un gurí travieso Mal podía esperar mimos Acaso don Larriera deseaba criarle con apuro, de prisa. Un chiche detiene el crecimiento. La verdad es que siempre padeció sobra de consejos y falta de reales. Prefería los últimos. Le tentaban. Perseguíanle. Para huir de ellos, corría al fogón y tomaba asiento en la rueda. Aquellas sus manos eran las culpables. Luchó contra sí mismo. Cierta ocasión, pasó medio mes combatiendo contra un peso en plata, que se aguerenció con él. En la sombra veía el disco

reluciente. Fue luna en su insomnio y pupila abierta en su deseo.

Tanto le obsedió que cerraron un trato cuando supiese en qué gastar aquel peso, iría a robarle. Entonces la moneda se apagó

Hoy "Pirincho" ha sucumbido. Sabe que es un pícaro. Le consta que no merece ningún nombre.

—¡Defiéndase! — dice Larriera.

Calla.

—¡Responda!

Continúa mudo.

—Está bien. Aura quiero que usted sea juez, "Pirincho". Usted se ha puesto colorao, pero será del sol porque de vergüenza no es. ¿Dende que le mato el hambre, tuve motivo pa darle alguna soba?

—¡A qué negarlo! — asiente

—Nunca las dí. ¿No es ésto? Si lo perdoné jué por concencia.

"Pirincho" se enternece. Sabe que va a llorar. Desea que el padrino lo insulte. Espera el primer rebencazo. La soterá secará sus lágrimas. Desde que cometió el pecado se dispuso a soportar la penitencia sin queja, sin un solo ademán, a lo indio. Desearía odiar al padrino. No puede. A pesar de todo, le mira con ternura.

Primitivo mal interpreta la expresión de aquellos ojos fieles. La supone dictada por el miedo. Se indigna.

—Hace una semana — dice — yo dejé dos libras sobre la cómoda.

—Ansí es.

—Llegué a buscar una y las monedas ya no estaban allí. ¿Quién las agarró? ¿Habrá sido usted?

El niño quisiera responder la verdad. Lo ha resuelto. Creyó poder con ella. Pero tiene tal fama de pesada la mano del padrino, que responde:

—No lo sé.

—¡Miente!

—Yo soy honrao — gime.

—¡Sí, tan honrao como la finada!

¿Qué había querido decir don Larriera? Durante sus primeros años, "Pirincho" se acordó de su mamá muchas veces. Después, como tenía salud, comida y catre, la empezó a olvidar. Más tarde, cuando volvía de la escuela, al cometer errores en los deberes, llamó a la finada más de una vez. Entonces, se puso a imaginar que la maestra era parecida a Liboria. Poco después resolvió que fuese la misma. Al ir a clase llevaba flores a su madre, la nueva, la elegida por su ternura. La maestra era una solterona. La condujo al magisterio el deseo de hacer hombres de los niños que no pudo crear. Cierta día se marchó del pago "Pirincho" la lloró "dijunta". Acababa de quedar huérfano por segunda vez. Supo que su preceptora dirigía la escuela de Nandú Culeco. Esperó ganar algunos pesos para ir a visitarla. Marcharía hacia el pueblo con un manojo de madreselvas y una yunta de pollos. Entretanto escribía cartas que nunca puso en el correo. En una de las misivas confesaba su secreto, siendo gaucho y bastante "fiero", andaba falto de todo. Carecía de santo y escogió uno. No le tocó nada en el reparto y pensó en la señorita para subsanar el olvido. Pasó el tiempo a la espera de algunos cobres para franqueo. El papel estuvo muchos días escondido entre la quinchá del tambo. Lo humedeció la lluvia, y, cuando el niño poseyó el dinero para la estampilla, ya la tinta estaba borrosa y lo peor es que su fe

también. Jamás habló de esto. Vivió encogido, temeroso, dispuesto a pelear con el "desmadrao" que, delante suyo, faltase a la memoria de la difunta. Siquiera hubiese sabido dónde reposaba, tendría "ánde" ir a pasar los domingos. Pero Liboria murió en un hospital del pueblo, donde, según le dijera el padrino

—Los pobres tienen cruz en la vida, no la necesitan en muerte.

Esta mañana oye hablar mal de su difunta. Es el padrino quien la insulta. No puede pelearle ¿Y qué hacer entonces? Lloro.

—Yo sé — dice Primitivo — que falta ese oro y uno lo ha robao.

Insinúa "Pirincho" la posibilidad de un extravío.

—Usté — grita el estanciero — ni siquiera tiene el coraje de confesar una falta. Agache la cabeza, no lo creo. Llore como mujer, no lo creo. Busque las malicias que quiera, no lo creo ¿Oye?

—Sí, señor.

—Dende aquí pa'delante, puede quedar en la estancia, pero de pión ¡Comprendaló!

—¿Serviré, padrino?

—¡Poco me importa! Aquí hay mucho bicho que no sirve pa nada y come.

—Está bien...

Larriera le interrumpe.

—Como ahijado no lo quiero ya. En este concepto lo arranqué de aquí — ha llevado al pecho la diestra y cuando la retira, al descuajarla, sus dedos torcidos parecen raíces.

Palidece el muchacho.

—¿No me quiere más? — balbucea.

—Y me avergüenzo de usté — declara el viejo.

—¿Me echa, entonces? ..

—De mi afecto sí... de mi campo, no.

“Pirincho” se yergue. hay en sus ojos un brillo desconocido Chispea.

—Y yo, señor —dice con orgullo — ¿pa qué quiero su campo?

—¡Pa seguir comiendo!

—¡Prefiero el hambre! — grita.

Satisfecho. Larriera levanta la voz

—¿Lo qué?

—Que me voy de su casa, señor.

—¡Si yo lo dejo, mocoso!

—¿Y cómo va a impedirlo?

—¡Así!

Levanta el chicote, mas tampoco esta vez descarga el golpe. Espera. ¿Qué? Lo ignora. Acaso aceptar el arrepentimiento del culpable; pero será después de su confesión. Necesita encontrar en aquel gaucha un poco de estoicismo Dos lustros le tuvo a su lado. En ese tiempo la estancia dio centenares de potros. Las varas de sauce hicieronse ásperas. Todo se cuajó y aquel chiquilín, que el soñó endurecer con consejos y ejemplos, continua tierno.

—Gueno — exclama — lo dejaré dirse, pero será confesao. Yo soy un cura, aura. No tengo recelo Quiero agarrar al ladrón. He de dar con él. Si usted no fue, otro ha sido

Sabe que su ahijado es culpable. Ignora si para salvar su carne de mujer, “Pirincho” es capaz de acusar a un inocente. Le tiende una emboscada.

—¿De quién desconfía usted? — pregunta — ¡Hable! Delate sin asco Aquí, casualmente, acaba de conchabarse Nicanor López, ese pión que suele rairse de usted. Es un indio muy capaz de haber robao las dos libras... ¿Qué le parece?

Observa al tentado. Le siente vacilar entre la cobardía y la conciencia. Insiste. Prepara la delación Dolorido, empuja al muchacho contra el miedo. Obligado, acorralado, sin salida, "Pirincho" cierra los puños como si se agarrase del aire para soportar a pie firme el viento de los latigazos y declara:

—Fui yo el ladrón, señor.

—¿Usté!

—Yo Aura castigue.

Pero en vez de los golpes recibe quejas.

—No tiene pena por mí! — exclama el viejo gaucho.

Al ahijado le pesan los ojos y al padrino el rebenque.

—¿No le duele, amigo — continúa — pagar tan mal su deuda? Aquí se a crio; aquí tuvo pan y cariño ¡Y aura, cuando estoy viejo, cuando me aflueja el corazón, usté me priva de quererlo! Estoy cortao ., solo, entre dijunto. — Se enternece, esconde la cara y mirando hacia la tierra que pronto se quedaría sin dueño, agrega: — ¿Usté no precisaba un tata?

—Sí señor — responde ahogado el guacho

—Yo precisaba un hijo ., ¿oye? Debimos habernos ajuntao .

Cuenta sus proyectos Soñaba renacer en "Pirincho". Después de difunto, gracias al ahijado podría seguir dando una mano a todos los tristes. "Pirincho" mantendría hueco el nido de piedra, donde los criollos hallarían abrigo cuando les acosara la inundación rubia.

El día que en el país se perdiese el habla paisana, allí quedaría siempre una lengua pintoresca, capaz de resucitar la vieja picardía, el gracejo gaucho, la dulce

manera de pronunciar un amor y el sabor agrio con que pronunció un reto.

En la azotea quedaban cintas y trenzas de guitarras, divisas y compuestos. En el palenque temblaría un bagual crudo. Cuando gastasen las tacuaras, la zarpa de "Pirincho" les pondría un regatón...

—Y usted, amigo — termina con angustia — me castró la cría, la vendió por dos libras... ¿No le da compasión?

—Me da, padrino — responde entre sollozos.

—¿Por qué no me dejó en duda? ¿Por miedo a los palos?

—No, señor.

—¡Hable!

—¿Pa qué?

—Digaló...

—Por no condenar a Nicanor, padrino — responde — que es inocente

Callan. El niño acaba de soplar sobre el rescoldo. La duda vuelve. Se acerca, y a espaldas de Primitivo, murmura:

—Es tuyo...

El viejo permanece sombrío. Mira al mozalbete. Busca sus peones. No les encuentra. Reacciona. Su hijo podrá no ser bueno; pero ha de ser guapo. El no quiere dar su apelativo a cualquiera, como una cola para que la pisen. Le dará un caballo, dinero y licencia. Está dispuesto a entregar al ahijado todos sus ahorros.

Sólo le falta averiguar qué codicia tentó al muchacho.

—¿Usted es jugador, "Pirincho"?

—Tiro un algo la taba

—¿Por plata?

—De aficionao, señor — responde.

—¿Y a los gallos, juega?

—No, señor..

Lo comprende, esa es diversión de varones. ¿Por que robó, entonces?

¿Sería para comprar una muñeca, un trapo? Con odio, pregunta:

—¿Por qué no me pidió esa plata?

Tras buena pausa, "Pirincho" responde:

—Pa no enojarlo...

—¿Tanta prisa tenía de algo?

Silencio.

—¿Se le iba la ucación?

Como el ladrón continúa callado, Larriera le sacude con rabia:

—¿Qué compró con las libras? No dé gueltas...

¡Responda! ¿Un dedal? ¿Una pieza de zaraza pa vestirse?

"Pirincho" no se anima. Ve temblar el chicote en la zarpa del padrino. Su robo no tiene justificación. Compró caro un objeto que parece resultar demasiado largo y pesado para él. Se dejó llevar del entusiasmo. Una fuerza independiente de la voluntad, nacida de pronto, sin saber cómo ni cuándo, le venció. Fue algo que no puede explicar. Mas Larriera insiste en su pregunta. Por otra parte, el niño está cansado ya. Ha perdido todo. el nombre, el padrino, la querencia... Esto le decide a responder:

—Compré una lanza, señor.

A Primitivo se le cae el chicote.

—¿Una lanza? — grita. — ¿Y pa qué?

—Pa escaparme a guerrear, señor — contesta.

Salta el viejo hacia su gurí. Clava las manos en los hombros del niño, desgarra la gastada camisa, mira

durante varios segundos la carne que se amorata bajo sus dedos, la carne suya. Cuando consigue aflojar el nudo que aprieta su garganta y le ahoga:

— ¡Mi hijo! — dice temblando — ¡Aura sí!

Ya puede morir. Ya puede criar alas, alas, abrirlas en guerrilla y topar donde quiera con el viento de las "moras". Abraza a su cachorro. Sin soltarle, llama a los peones. Cuanto éstos llegan, señala al muchacho.

— Dende hoy — dice — este mozo se llama Pirincho Larriera. El se quedará aquí, como dueño e casa, pa que su padre y los amigos puedan ir a las cuchiyas, como juimos siempre. ¡Agarren los caballos y las chuzas!

De “HUMO DE MARLOS”

JUAN

Cuando Juan entra en la cocina, su padre y Teófilo enmudecen. El viejo saca el cuchillo, lo toma por la hoja y empieza a limpiarse las uñas. No se le ve la cara. Cada tanto, deja en el pantalón la pasta de sebo y polvo y vuelve a rascar. El peón, de "pava" entre pies y mate frío entre manos, tampoco mira a Juan. Este, una vez sentado, dice:

—Buenas tardes.

Y sólo Teófilo responde:

—Salú.

Allí no hay categorías, ni deberes, ni cumplimientos. Comen, tocándose los codos en torno de una sola mesa. Andan con la silla de arrastro. Cada cual busca su cómodo. Para el puestero todo está bien. Es hombre de sangre dulce. Teófilo ordeña porque le gusta desayunar con leche tibia que toma del mismo balde. Cuando se aburre, sale a recorrer los alambrados. El potrero es chico, pedregoso, pobre. Un camino nacional, lo cortó de la estancia Sirve de lazareto. El peón no tiene más trabajo que comer todos los días y "cuernar" a menudo. Si le falta ánimo o filo, quema. Juan no pregunta nada. El mismo patrón, tan "delicáo", pisa el "puesto" y cambia. Llegá, mira, y dice:

—Está bien.

Teófilo conoce a Juan. Sabe llevarlo. Es fácil: se reduce a conversarle sin esperar su atención y a cerrar los ojos ante sus rarezas. El tiene sus cosas. Nació así. Frío, suelto de toda parentela. Flojo. De

los suyos, conserva al padre únicamente. El anciano, vivía de favor, a una legua de la estancia. La peonada esperaba el domingo, para resollar en sus hogares. Juan nunca agarró caballo. Afeitado, vestía el traje mejor, sentaba la "acordiona" sobre sus rodillas y en el fondo del galpón desierto pasó las fiestas solo, callado, con el "estrumento" muchas veces dormido en su regazo. No era trabajador, pero haragan, tampoco. Hacía todo; ni prolijo, ni "chapució" con las manos. Sin alma. Si en algún arreo los otros llegaron a la pulpería, él entró con todos. Nunca tomaba. Casi siempre pagó el gasto. Fue su costumbre. Una vez, por broma, le dijeron:

—¡Juan, pague, pues!

—¡Gueno!

Nunca le tuvo amor a la plata. Después, en el camino, lo "chichoneaban" y Juan reía con ellos. Nadie lo vio enojado. Iba a los bailes, en "el anca" de algún divertido. No sabía danzar. Tocaba el acordeón. De balde. La noche entera, inmóvil, seco, silencioso.

—¡Tóquese otra, Juan!

—¡Gueno!

Al verlo, nadie diría la disposición que tiene para la música. Si la noche de su boda, alguien le chifla una pieza, olvida a Gervasia y se pasa hasta el amanecer "sacando" elailable. En eso pone pasión. Se sienta y hasta que no la toca de corrido, sin tartamudeos, nadie lo levanta. Otros usan ese pretexto para hilvanar ideas. Juan, no piensa ni siente; toca. ¡Así se prenda fuego el rancho! Afuera llora su "guirisa", se cae, la madre lanza uno de esos chillidos que cortan el resuello, él prosigue acunando sobre sus rodillas al único pariente: "la acordiona". Habla

con los dedos. Tiene la boca para comer. Y traga tanto, que "repuna" verle. Al terminar el almuerzo apenas le cabe el mondadientes. Reguelda. Sale despacio, llega al lecho, duerme tres horas de siesta y no engorda. Desde que Teófilo le conoció, está siempre igual. Muchos, a los treinta años, echan panza. Juan sigue como era: alto, huesudo, lleno de abolladuras. Le han engordado los pies. Acaso de estar siempre quieto en esa cocina. Es angosto de hombros. Le salen como del pescuezo, dos brazos anudados por las manazas velludas y sudorosas. Frías. Nunca las da: las presta. Anda siempre de gacho puesto. Listo para irse del todo, pues no está por completo en ninguna parte. Carece de vicios. Vive conforme con él. Le pone el lomo a lo que venga. Debe ser pura carne: un "guey" con oído de calandria. Si no fuese artista, Teófilo le tendría asco; pero lo oye tocar y perdona, olvida, hasta justifica lo otro. Hoy Juan entró en mal momento; hablaban de él. Es jueves. Está por llegar el patrón. Estos días, Juan debiera irse. Es lo que el viejo censura, lo que no puede soportar.

¿Por qué su hijo se queda en casa?

Hace más de un año Don Rufino llamó aparte a Juan.

—¿Vos tenés novia? — le preguntó.

—No, señor

—¿Y plata, tenés?

—No.

—¿Y ambiciones?

—Tampoco.

—¿Querés casarte?

—¡Pa qué!

—Pa'cerme un servicio, Juan.

—Siendo ansina, hable . . . a ver .

Entonces el patrón le dijo que Gervasia, la peona, estaba en cinta. Buscó un amigo que reparase su falta. Para el caso, nadie mejor que Juan, soltero, pobre y agradecido. Si casaba con la moza les daría “el puesto de las piedras” permiso para llevar al padre y un peón. Además, el propio Don Rufino, sacaría de pila al “gurí”, e iría a visitarles una vez por semana. Juan, sobre el pucho respondió.

—Gueno.

Pocos meses después nació la gurisa. Ya tiene un año “Trujo” los ojos negros de la madre. Llena la casa. Va y viene sobre sus piernecitas combas. Pecha. Se cae y ríe o llora, según quien acuda a levantarla. A cada instante, le cambian el chiripá costroso de barro. Porque es como un cuzco. Sus ropas bailan en el alambre. Alegran el puesto. Ahora nomás aparece. Afirma una manito en la puerta, pasa el umbral, mira el “aguelo”, al “tata” y al peón, escoge a uno de los tres y se arrima anadeando. El favorecido le acaricia, mientras piensa en otra cosa.

El viejo sigue cabizbajo, “empacáo”, presentando las guampas.

Juan toma el acordeón.

—Ché, Teófilo — dice — escuchá.

Suenan los primeros compases de una polca.

—Es la de Batista — exclama el peón — ¿Ande la oíste?

—¿No la estabas chiflando vos, esta mañana?

—¡Justo!

—¡Gueno, silbá la segunda!

Y cuando empieza el “trasporte”, aparece Gervasia. Saluda por lo bajo para no interrumpir. Toma un taburete y se sienta junto al esposo. Tiene die-

ciocho años. No es bonita; pero sus ojos luminosos dejan en penumbra sus imperfecciones. Tiene movimientos de soltera. Frente a la opacidad de los tres hombres, da la sensación de tener las manos brillantes. Admiró a Juan. Cree que, si le hubieran dado escuela, ese hombre sería un gran músico. Entre tanto, él toma las notas del aire y las va metiendo en su acordeón. Para ella es un cazador con la jaula llena de pájaros. No mira al ejecutante. Sigue el moverse de los dedos. No oye. Ve las posturas difíciles, la velocidad, la destreza. Y, a cada rato, busca con la mirada, la aprobación de los circunstantes. Ya el viejo está saliendo del eclipse del gacho. Muestra un ojo. Sonríe. Teófilo no puede admirarse. Permanece serio; porque chifla. Hinchó los carrillos y el buche de notas lo espurria en un chorro finito, sobre la oreja de Juan. Entonces, los perros atropellan hacia el camino; pero en silencio. Se oye una coscoja. Nadie dice palabra. Ya saben. Viene llegando el patrón. Gervasia se levanta, alisa sus cabellos y sale. Teófilo deja de silbar. Juan sigue tocando. «No van a darle importancia, ahora, a esa visita! Además, Don Rufino, viene a ver a Gervasia. Ese fue el trato. El patrón cumplió y el esposo cumple. No son chiquilines. Gracias a Dios, todo sigue lo mismo. Juan no ama a esa mujer. Ella nunca le inspiró ni simpatía. Tiene un solo dormitorio, porque al darle el dinero para los muebles, Don Rufino le dijo: "Comprá una cama grande". Dos lechos, darían que hablar a las visitas. La gente es mal pensada. Y "rumbéa". Por otra parte, Gervasia vive para ella. No le preocupa la hija, ni el marido, ni el otro. Tiene su espejo. Se acicala para alguno que el camino ha de traerle. Suspira llamándole. Cuando Juan se enferma, ella tiende cama en el comedor. Siempre

tiene apetito y cansancio. Quizás desprecia al compañero de pieza. Quizás le estima Ninguno de los dos sabe nada al respecto. Por eso, tranquilo, acostumbrado. Juan empieza a repasar la segunda parte de la polca. Ya casi la domina. Pero da con tres notas rebeldes. Son un brujón. Una raíz. Al llegar a ellas "trompieza". Trastabilla. Tiene que alisarlas. No puede seguir adelante dejando ese pedacito sucio. Y pasa, repasa e insiste sobre la dificultad. El acompañamiento es una nota grave, masculina, que se alarga como un bramido de toro a la luna. Juan vuelve al principio de la parte. Retrocede para tomar impulso. En los "bajos", parece echarse tierra sobre el lomo. Desde allá corre en desorden. Teófilo ayuda al músico. Su atención tiene algo tenso, musculoso.

—¡Dale!

Asoma la gurisa. La esperaban. Cuando el patrón llega, la nena sobra. Gervasia la pone en el patio, de cara a la pared. Ella camina de costado, se apoya en los terrones y así consigue alcanzar la cocina. Entra. Se dirige al "padre". El viejo alarga una mano y desvía a la pequeña que vacila, agarrada del dedo. Trae la espalda al aire. Sin duda Gervasia la vistió de prisa y se la manda al marido para que la abroche. Juan no advierte el detalle, ni parece comprender el sarcasmo con que el viejo le dice

—¡Prendé a tu hija, pues!

El no obedece. Sus dedos tenaces, siguen oprimiendo las tres teclas. El bajo sostiene su rezongo. Angustia. Parece salir del pecho del acordeonista, y que necesitase cortarlo para respirar. Sobre ese trueno obsesionante, Juan porfía en las tres notas. Toca mirando el piso, sin pestañear, rígido, torvo, mientras sus dedos luchan por aflojar el nudo. ¡Lo des-

ata, por fin! Teófilo y el viejo respiran. Pero él repite la frase una, diez, cien veces. Pasa varios minutos así, como si estuviese loco.

—¡Basta! —suplica Teófilo. — ¡Tocála entera!

—Gueno.

Esta vez la polca sale de corrido, bordada. Invita al baile El viejo, amansado, hamaca a la gurisa. Danzan. La niña primero se asusta y luego ríe. Teófilo, entusiasmado, se pone a decir procacidades. La música, generosa, se llevó los malos pensamientos. Son felices. En ese instante la niña es nieta del anciano, algo de su sangre, un muñeco que sabe danzar levantando los piececillos sucios. Pero, de pronto, al llegar a la frase rebelde, ya domada, sin tropiezo alguno, Juan se pone a repetir las tres notas, una vez y otra y otra . mientras en los bajos se alarga el bramido. . Entonces deja el acordeón sobre la silla Sale. Ellos lo siguen con los ojos. Y quedan inmóviles, esperando a que regrese para acompañarle con las miradas, hasta el banco. Pasan segundos. Allá, en la alcoba, se oye un alarido. Gervasia se aleja gritando, gritando... Juan vuelve. No le hablan. Esperan que él aclare. Y como se sienta, toma el acordeón y reinicia la polca, sin decir palabra.

—¿Qué es esa mancha de tu camisa? — le grita el viejo.

—Sangre — responde Juan.

SEQUIA

El rancho de Basilio Ycasuriaga parece tuerto, porque en su frente sólo tiene, junto a la puerta, una ventana. Ambas aberturas, con sus recuadros de cal, dan a un patio cubierto de latas enmohecidas, panzudas éstas, abolladas las otras, ollas sin más fondo que el suelo, vasos rotos, cajones y todos los cacharros jubilados desde la época del casamiento de Basilio y Jacobita. En cada recipiente hay algún arbusto, planta, gajo o yema. Se derraman los helechos, "jiede" la ruda, el romero empolva a las violetas. Hay rosas apasionadas y ariscas. Aljabas friolentas. Mirasoles que se ahorcan en el primer rayo de luna. Cartuchos. Campánulas. Dalias que parecen panales. Lirios cárdenos. Guías muy útiles en tal confusión. Entre hoja y hoja tejen arañas. A medio tronco abundan apósitos de lana contra las hormigas. En los huecos crecen yuyos. En las tinas dentadas y con caries, hay rosarios de caracoles. Por los vericuetos, hojas secas, sapos, verdín, pétalos y golpes en las "canillas". De muchas ramas penden botellas con gajos de jazmín en el interior. Algunos cascotes empotrados en la tierra conducen al corazón del laberinto. Delante del jardín, corre un pital. Carlanca. Ahorro de perros. Después pasa el camino que viene cansado, porque ha hecho diez leguas desde "Crucecita". Frente a lo de Ycasuriaga tuerce y se aleja buscando la picada del "Sargento". Por el festón de pitas se alcanza a ver cómo la calle baja afirmándose en los codos, llega al arroyo y muere en la boca del monte.

En la "culata" del rancho está la cocina, querencia del matrimonio. Doña Jacoba pasa las tardes en el jardín; pero de mañana y durante el tramonto nadie la mueve de junto al fogón. En verano con el abanico, en invierno con la pañoleta y en todo tiempo con su calma chicha. Sude su pestorejo o se amorante, ya pueden caer goteras en la sartén y el viento destapar las ollas que la paisana no abandona su silla, ni deja de mandar, a gritos a su prole. Y no por indolencia. Cuando Basilio conoció a Jacobita, ésta era la peona, el "piquete" de su hogar Flaca, joven. Sin muchos nervios, pero "dispuesta" y, en especial, ordenada. Durante las visitas del novio se hacía de tiempo para cumplimentarle, cebar el cimarrón, atender al "aguelo", y dar unos escobazos al patio y unos pellizcos a los rosales mustios. Era romántica entonces. Su placer consistía en cortar flores; no para adorno de su trenza, recurso vulgar para deshojarlas al desmayarse la tardecita. El matrimonio y sus resultas la aplastaron. Está gorda. "Achanchada". Para adornarse hoy necesitaría una flor de zapallo. Aun suspira mientras deshoja alcauciles durante el crepúsculo. Pero a esa hora Basilio regresa del campo y a las muchachas les da por salir al camino. El marido trae hambre. Las hijas nunca tienen. La dueña de casa se desgañita pidiendo a los niños que se apuren y al marido, que espere. Y por gritar, toser, sofocarse, pierde los mejores momentos.

A pocos pasos de la cocina hay un galpón criollo: barro y totoras. Allí cada cual guarda lo suyo: Jacobita el brasero, su alivio invernal. El chisme no tiene querencia. Siempre está en medio del paso con sus patas y bordes agresivos. Allí Basilio guarda el yugo, las cadenas, las coyundas. De madrugada, mientras la

familia duerme, sale con ellos en hombros, como una cruz. Y al terminar la tarea, todas las tardes vuelve a entrarlos con resignación de buey.

Entonces sabe encontrar "su recazo" en el suelo y el caballete convertido en tendalero de ropas de color. Con toda calma recoge las camisas, levanta el apero y sacude la cabeza. Si sus hijas supiesen cómo estima esas "guascas". Resuelve llamar a las mozas y pedirles más delicadeza y respeto. Sobre ese "cirigote" él ha dormido y ha soñado con Jacobita. Debe muchas "gauchadas" al cinchón que nunca se cortó cuando los ariscos hincharon el lomo. En el "fiador" descansaba. Con el pretal amigo por delante y la cidera amiga al "costao" entró a ganarse la vida. .
¡En fin!

Y hasta hoy la lección no ha pasado de proyecto. Junto a la picana del "viejo", Juanillo pone sus cañas de pescar. Tiene también un jaulón donde aprisiona "torcazas" que algún gato aprovecha. Es el "guri", el varoncito de la familia. Pronto cumplirá doce años. Es coloradote. Peludo. Niño en los ojos y hombre en la voz. No ayuda al padre, porque va al colegio. Si no hay "mandaos" ni llueve y el sol es tolerable, Juanillo sale en la petisa con su pizarra y el cachorro. Regresa tarde oliendo a viscacha. Ayer pasó el día trabajando cuando iba para el colegio, halló un cuchillo en la calle. La prenda, de mango partido y la hoja mellada, exigía urgentes reparaciones. Como es natural, el muchacho volvió riendas. Obtuvo de Jacobita permiso para faltar. Y con amoladora, escofina y tiempo se hizo de un arma grande, "pero" peligrosa. Esta criatura "malengestada", huraña, agresiva en sus respuestas, es la debilidad de su madre. Siempre anda solo, callado, en lo suyo. Entra y sale

seguido del cachorro, peludo y muy desobediente también Almuerza en silencio... Seste a si quiere. Come por dos, con la cara metida en el plato, sin mirar a nadie. Mastica tan ruidosamente como el cerdo. Entre viandas succiona sus molares Después retira el cubierto se acoda en la mesa, escarba su dentadura con la punta del cuchillo pringoso y espera un silencio para soltar algún ducharacho procaz aprendido en la pulpería Al oírle, Ycasuriaga da un puñetazo en la mesa Rosita permanece grave Coca baja los ojos traviesos. Doña Jacobita se apresura a hablar de otra cosa. Espera hasta que Juanillo sale. Entonces hace acercar al esposo y, en su oído, pregunta. "qué-rés decirme ánde aprende esos disparates tu hijo". (Ríe).

Tiembla su vientre blando El hombre permanece grave.

Si Juanillo le diese una "mano", si empleara el tiempo en romper tierra, no sería tan boca sucia. En esto piensa, mas no lo dice. Porque el gurí no está en sus manos. Todavía anda en las de la preceptora Esa mujer de anteojos gruesos, delgadita y suave, que habla con el índice extendido, siembra bien. Con ese dedo, hunde en la conciencia de los alumnos, semillas de trabajo, de buenos modos, de amor a la familia Tampoco lo dice. Ha de esperar aún. Los desplantes del mocoso, su cuchillo "atravesao" en la cintura, su indiferencia, son "cosas de la edá..." Pasarán... No es esto lo que preocupa a Basilio. Hoy estuvo horas en la chacra, caminando... caminando... A cada instante recogía un terrón y lo pulverizaba con odio entre sus dedos

Caía la ganga reseca y siempre dejó prisioneros granos sin germinar Anda tormentoso por culpa del

buen tiempo Hay seca. Hace dos meses que cayó la postrer garúa. Un buche de agua. Los "soles castigan". Y el trigo no asoma... Durante las últimas noches aparecen nubes relampagueantes en poniente. Avanzan pesadas. Truena. Prometen. Hasta que sale la luna y las borra. Si descargase el tiempo, Basilio sería feliz. Casi lo es mientras sigue a los "hoscós" de sol a sol. Se cansa. Deshace terrones y hace sueño. Porque le angustian las viglias, el desvelo de cada noche, cuando "pita" en la oscuridad, mientras su mujer ronca. Debe estarse quieto, suda, se cansa y no duerme. Tiene noción clara de su responsabilidad.

Sacó una moza de su hogar y trajo tres hijos al mundo. Debe hacerles felices. En su concepto y cariño, la quinchá, el catre y el pan, no son suficientes. Jacobita tiene derecho a verle feliz... Pensaban casar a Rosa este año... Juanillo necesita ilustrarse... Coca ya entró en edad de "merecer". Hay que proporcionarla "ocasiones" y vestidos mejores que los de sus competidoras. Su mancera mágica hace esos milagros. La sequía los malogra. He ahí su "veneno" actual. Muchas veces Jacobita se queda mirándole con asombro. Entonces el labriego reacciona, sonríe, miente. "Las mujeres dan poca importancia a tales asuntos". Además, él sabe que las penas crecen comentándolas. Y su problema lo resuelve una lluvia; el llanto de su consorte no alcanza para todo el trigo. ¿A qué hablar entonces? felizmente las muchachas viven aparte, en su mundo: Rosa entre nubes de tul nupcial, Coca entre las nubes de polvo del callejón. En estos días de inquietud, Basilio agradece ese aislamiento. Cuando es dichoso, quisiera por el contrario vivir con todos en apretado grupo: su "patrona" a la diestra, la hija mayor de pie tras la silla de Jacoba,

abrazando a Coca por la cintura Juanillo sentado en el suelo. Faltaría el fotografo. Antes que Julián se lleve a la "mayor", quiere tener un retrato grande, de toda la familia, así, juntos, tocándose, uno con otro, felices... más cerca que como viven realmente. Está envejecido Ycasuriaga. Tendrá veinte años en los puños nudosos; pero más de cincuenta en la espalda corva. Y aspecto de infeliz. Usa bigotes caídos. Anda con los brazos sueltos y el busto echado hacia adelante. Cuando se aleja por el sendero, da la sensación exacta de que cincha su rancho. Del extinto padre heredó la decencia. De su progenitora el estoicismo. Fuera del hogar goza nombradía de "varón". Fue atrevido en la mocedad. Amansó baguales y paró algunos puntazos con el poncho o el cuero. Después de sentar fama, sentó el juicio. Contrajo enlace, deudas y amores.

Atardece.

Basilio. — (Entra en el galpón a dejar una bolsa con maíz. Tropieza en el brasero. Gime. Da varios saltitos en un pie y por el desgarrón de la bombachas, fricciona vigorosamente su "canilla") ¡Pa... jionales!

Jacoba — (Desde su silla.) ¿Te cáiste, Ycasuriaga?

Basilio. — (Entre apagados ayes.) ¡Todos los días me sale como a morder este maldito brasero!... Sé verlo a tiempo y llevarlo a un rincón pa'que otros no se lastimen .. Hoy, por mirar el cielo, no precaví y me pialó!

Jacoba. — (Inquieta) ¿Estás lastimao?

Basilio. — Un magullón...

Jacoba — (Grita) ¡Rosaa!

Rosa. — (Rubia como su tía Eloisa. Flemática. Amanerada Voz y ademanes lánguidos. "Distingui-

da". Ojos grises, fríos. Labios gruesos, vehementes. Cierta propensión a engordar, a pesar del noviazgo, la dieta y sus continuas carreras al cerco vecino donde su prometido, Julián Ceballos, se asoma veinte veces durante el día a traerle, billetes, saludos y donde ella le llama veinte veces más para llevarle "amargos", respuesta, flores y otras cosas tan importantes. El resto de su tiempo, los ratos perdidos entre palique y palique, lo emplea en la confección de su ajuar.

Cose en la "sala". Sobre la mesa siempre tiene a mano el costurero, la peinilla, el cisne, alguna respuesta empezada y un vaso con las rosas más bellas del jardín) ¿Por qué grita en esa forma? ¡Julián va pensar que ésta es una casa de locos!

Jacoba. — (Mientras abanica el fuego.) ¡Corré que se ha caído tu padre!

Rosa — Voy . (Sale prendiendo una aguja en su bata. Se dirige al galpón, pero a mitad de camino advierte que las voces de Jacoba han atraído a Ceballos. El galán, muchachón "sanote", siempre descubierta, siempre bien peinado y siempre con la preocupación de su "jopo", se acerca a los alambres)

Julián. — ¿Qué ha pasado, rubia?

Rosa — (Se detiene indecisa . . Por fin, obedece al corazón va hacia el novio.) Alarmas de mamita... ¿Te asustaste?

Basilio. — (Desde la puerta del galpón) Quedate cómoda, Jacobita. No es pa'tanto . ¡Guenas noches, Julián! (Cruza rengueando. Entra en la cocina) Mujer ¿Quién diablos pone ese brasero en el camino?

Jacoba — (Consternada.) ¡Qué muchachos! . . (Alza la voz) ¡Rosaa!

Rosa. — (Sin desviar los ojos mortecinos de las otras cercanas y brillantes pupilas.) ¿Mamita?

Jacoba. — ¿Vos anduviste hoy con el brasero?

Rosa. — (*Suspira. Se niega a descender, a vulgarizar ese minuto a tiznarle con carbonilla.*) Después averiguaremos eso, mamita comprenda. .

Jacoba. — (*Quedo.*) Esta no jué, Ycasuriaga. La pobre se ha pasao el día en la costura... (*buscando, a tientas el pañuelo.*) Yo es sentir la tijera y es como si me cortase l'alma... No consigo olvidar que la perdemos... ¡que se nos va este año . (*El marido estira la pierna lastimada y arruga la nariz Transición.*) Ha sido la negrita... (*Alza el tono*) ¡Cocaa!

Coca — (*Sacó una silla a la tranquera y allí, custodiada por el pitul, ejecuta vidalitas en la vihuela*

Es morocha. Nata El labio superior corto la mueve a sonreír de continuo. Usa dos trenzas recogidas y sujetas sobre la frente con un moño aludo Viste ropas claras, porque se lo permite su esbeltez Lleva la falda corta. No pierde fiesta ni velorio. Apenas llega a los bailes, algún aficionado al canto o a la cantora, pone en sus manecitas la guitarra de estimación.

Coca no se hace de "rogar". Cruza sus piernas torneadas, las exhibe inocentemente y canta con voz nasal y temblona, tonadas que velan los ojos del viejo y abrillantan las pupilas del mozo.) ¿Mama?

Jacoba. — ¿Ande estás?

Coca — Aquí.

Jacoba — ¿Qué hacés a'i cuasi escura ya?

Coca. — (*Impaciente.*) Repaso la vidalita nueva

¿Por?

Jacoba. — ¿Vos no anduviste calentando las tijeras en mi brasero?

Coca. — (*Acerca la guitarra a su pecho.*) ¿Y por semejante pavada me tiene a gritos? ¿No piensa en

mi garganta? ¡Dispués quedrá que esta noche los haga lucir a todos!... (*Tras breves "punteos", canta.*)

Otras busquen novio,
vidalítá,
no nació el varón
capaz de besarme
vidalítá,
la boca punzó...

Jacoba. — (*La sorprende notar que Ycasuriaga, tan aficionado a coplas permanece ceñudo y sordo ante el "redoble" de la calandria hogareña.*) Pero decime viejo, ¿pa'qué porfías en saber cuál jué el descuidao?

Basilio. — (*Está lejos. No oye el canto. Anda por los sembradíos sedientos. Vuelve. Dispone de pretexto para meditar tranquilo y lo gasta.*) ¡Es que el culpable, debe zurcir el rajón de mis bombachas!

Jacoba. — ¡Ave María, Basilio! Se te'sta envenenando el humo... Vos no eras ansina... ¿Qué te aluna?

Basilio. — Nada mujer... (*Y se pone a mirar el campo*)

Jacoba. — (*Imitándole.*) ¿Será que no llueve?

Basilio. — No mujer...

Jacoba. — (*Después de larga pausa*) Es que una hace cuanto puede por tal de tenerte contento. Mirá tráme aguja... via'ver si puedo remendarlo yo...

Basilio. — ¡No faltaría más vieja! ¡Hay dos niñas en la casa!

Jacoba. — Gueno, entonces dentrá en el dormitorio, sacate la bombacha y me la tirás... ¿Querés?

(*El marido entra en la alcoba contigua. A poco entreabre la puerta, hace una pelota de las bombachas, tira la prenda, y vuelve a cerrar.*)

Jacoba. — (*A gritos.*) ¿Cuál quiere pegar unas puntadas aquí?

Rosa. — (*En víctima.*) ¡Voy!... (*Tiende al novio sus manos fatigadas.*) ¡No tardés mucho!

Julián. — (*Reteniéndola.*) ¿Por qué no dejás que Coca haga algo también?

Rosa. — No puedo, querido. Acá todos descansan en mí .. Coca, vos sabés vive p'al camino Se levanta con la guitarra y en cuanto oye pasar uno, ya está en la tranquera. ¡Por ella se puede cáir el rancho! Si es mamita, impedida con sus achaques, hace lo que puede .. y demasiao . El viejo es visita aquí. No deja el arao más que pa'comer y acostarse... Con Juanillo no podés contar. Lo mandás por huevos a la pulpería y guelve con los pollitos ya criados...

Julián. — ¡Es que rabio viéndote de piona!

Rosa. — (*Insinuante*) Ya soy una dueñita de casa...

Jacoba. — ¡Rosaa!...

Rosa. — (*Suave.*) ¡Qué apuro! ¿Se sigue abriendo el ujero?

Jacoba. — ¡No, pero tengo a tu padre encerrao!

Julián. — (*Soltando el tesoro.*) ¡Andá! Pronto va concluir tu suplicio.

(*Empiezan a separarse con esfuerzo. Se vuelven a una. Quedan inmóviles, mirándose como si partiesen: él para la guerra; y ella, para el convento. Otra vida-lita, canción de ausentes, se abre a consolarlos...*)

Como una paloma
vidalitá,
de cualquier barranca,
mandame en el viento,
vidalitá,
tu golilla blanca

Julán — (*En voz baja*) ¿Vamos al bautismo?

Rosa — (*Oye, pero da dos pasos hacia el galán.*)
¿Qué decías?

Julán. — (*A corta distancia.*) Si esta noche te veré en lo de tío Melitón. .

Rosa. — Antes tenemos que hablar muy seriamente nosotros.

Julán. — ¿Porqué no aura?

Rosa — ¿Sabías que la Julia Palacios va'dir esta noche?

Julán — (*Indiferente.*) Me dijeron.

Rosa. — Esa está acostumbrada a romper compromisos. ¡Como si la viera que te va'buscar!

Julán. — (*Enarca las cejas Acaricia el jopo Sonríe*) ¿Anda gustando'e mí?

Rosa — (*Compasiva.*) No. Lo hará porque me envidia. . Ya tuvimos un roce la vez pasada . Yo soy culpable por andar mejor vestida. Ella es libre de poner los ojos feos ande quiera No pienso darme por enterada . . Aura vos ya es diferente si la consentís esta noche, hay un desmayo en la fiesta.

Julán — No será pa'tanto .

Jacoba — ¡Cocaa'! . . ¡Fíjate si vez a Juanillo por a'í!

Coca. — (*A tono*) ¿Lo precisa?

Jacoba. — ¡Tiene que hacer los deberes!

Coca — (*Aprieta el cuello de su guitarra Escucha . Oye ladrar muy lejos al cuzco del hermano.*)

¡Ha de estar en lo 'e primo Nicanor'! . .

Jacoba — ¡Dejalo entonces! (*Sobre sus rodillas duermen las bombachas. Aletea sin cesar el abanico. Cada tanto la señora pasa un pañuelo por su descote sudoroso*) Tené un poco 'e pacencia vos, Ycasuariaga... .

Basilio. — (De saco puesto y en calzoncillos rosados muy "bombachudos" está de codos en la ventana que da al poniente y mira avanzar la engañosa tormenta de cada noche. Siente, tras el tabique, el abanico de Jacoba que parece avivar los relámpagos. Por suerte, la luna está débil. Si el tiempo descarga esta madrugada, caerá oro sobre los huertos. Habrá que salir a juntarlo en las manos agradecidas.) No te preocupés.

Jacobita. — (Confidencial.) Rosa ya viene. Se demora con razón. Los estoy oyendo. Sucede que en la fiesta se van a encontrar con la hija del zurdo Palacios. Desde que Rosa le sacó al finadito Ruperto, Julia la evitó siempre. Quedó con la marca ardiendo. ¿Sabés? ¡Pavadas de muchachas! Y la nuestra se malicea que su rival de entonces, buscando el desquite, dentre a enamorarle a Julián esta noche..

Basilio. — Con no dir a la fiesta.

Jacobita. — ¡No faltaría más! Julia lleva una pretención nueva. Rosa un novio nuevo. Las dos van a lucirse. Si discuten un hombre, que lo gane la mejor.

Basilio. — También es verdad.

(Entra Coca. Deja la guitarra. Y de pie en la puerta, saluda con la mano a un "pucho" que se ve en el camino.)

Jacobita. — ¿Quién es, che?

Coca. — (Sin volverse.) No sé...

Jacobita. — ¡Cómo!

Coca. — (Gira sobre sus tacos. El abanico de su pollera levanta algunas hojas del piso siempre sucio.) Forastero me pareció. Atrevido también. Al verme con la guitarra se entreparó a decirme sonseras, y me dentre.

Jacobita. — ¿Por qué saludás, entonces?

Coca — *(Toma asiento Estriba sus pies en las patas delanteras del banco, y mientras se hamaca murmura)* Eso me pregunto... Cómo es una, ¿eh?...
(Pausa.)

Jacoba. — *(Por las bombachas.)* ¡Tomá, surcilas!

Coca — *(Sin moverse)* ¿Aquí no pueden verme sin hacer nada?

Jacobo — ¿Cómo quieres que tu padre las lleve esta noche? ¿En ropas menores?

Coca — *(Salta, golpea con los nudillos en el tabique)* ¡Tata!

Basilio. — *(Entreabre la puerta, saca una mano, la agita en el aire)* ¡Traí, pues!

Coca. — Aguarde Diga: ¿usted piensa dir con nosotras?

Basilio. — Uno tiene que representarlas. ., digo yo .

Coca — ¿De bombachas?

Basilio — ¿Es prenda que deshonra, acaso?

Coca — ¡Yo no voy más bien! *(Se aleja, furiosa, desbaratando sus afeites. Las bombachas vuelven a descansar en la falda de Jacoba.)*

Basilio. — Está dimasiao creida esta chiquilina.

¡Cualquier momento me agarra mal y le doy un merecido, eh!

Jacoba. — Andás amargo, Ycasuriaga.. ¡Ya no se te puede ni hablar! ¿Qué sería si aquí las cosas no marchasen derechas?. Otros padres hay más castigaos, acordate 'e don Eudoro...

(El reconoce la justicia de esa reprimenda Tiene motivos para estar "amargo", mas los oculta y sus penas parecen caprichos. ¡Quiere tanto a su familia! ¿Cómo entonces llenar de bordonas la guitarra de

Coca? Tendría que abrir en esa cabecita llena de pájaros lugar para pensamientos graves

Plantar allí semillas tardas. ¿Puede sacar a Juanillo de sus deberes de colegial y sus derechos de "gurí", romperle las "cimbras", sus juguetes caseros de niño pobre, para darle una mancerá y enterrar en los surcos su finada infancia?

Y Jacobita, "buenaza", con el alma gorda, sin otro halago que recibir la visita de tres comadres, cebarle un dulce y amargarlo hablando del ajuar de Rosa, tan precioso! Las inocentes no tienen porque saber que esos trapos, la yerba y las bordonas primero fueron trigo y antes sudores. Creen que el pulpero se las da por "sus lindas caras", por galanterías de mercachifle. Su justificación causará desencantos, sin aliviar su angustia. ¿Si aplacara el polvo reseco que le ahoga!). .

Rosa — (Entra detrás de su naricilla muy colorada y brillante Golpea en el tabique) ¡Papa! (Aparece de nuevo la mano callosa Busca. .) ¿Por qué se encapricha en humillarme?

Jacoba. — Muchacha, vos has llorao .

Rosa — (Luego de suplicarle silencio) Conteste, papá. ¡Ya ni los negros salen de bombachas! ¿Quiere dir llamando la atención? (Coca se acerca de puntillas y sigue con interés el diálogo. Las tres se miran, preocupadas. Entra el cachorro de Juanillo Tiene escamas de lodo Se sienta y escucha.) ¡Siempre nosotras tenemos que ser menos que las demás!

Basilio. — Gueno... Basta. . Iré de pantalón. (Ellas cambian guiños. El cuzco se pone a mover la cola.)

Jacoba — (Entrega las bombachas.) Coselas Rosa.

Basilio — Es que mi traje debe estar mascao..
¡lleva meses en el baúl!

Jacoba. — Se plancha en un santiamén . ¡Mire!
¿Pa'que tenés tres mujeres aquí? Alcanzalo por la
rendija...

Coca. — Y a todo esto, ¿qué horas serán?

Basilio — Cómo las ocho (Y alcanza su traje
negro, mohoso en las costuras Más que planchado
necesitaría "estacas". Ha encogido Tiene "patas" de
gallo en las corvas Es una funda a propósito para
destacar los "abollones" que el labriego y el jinete
disimulan tan bien bajo el vuelo de sus bombachas y
chiripaes Jacobita aparta la olla Trae Coca una plan-
cha Rosa desprende la aguja Va a zurcir el famoso
desgarrón Pero sólo tiene a mano una hebra de
hilo rojo .)

Jacoba — ¡Yo, con el alboroto, no tengo más que
agua en el fuego! (Alza el tono) ¿Querés cenar ya,
Ycasuriaga?

Basilio — Gracias . V1 a ver si me purgo este
domingo

Coca — (Haciendo correr escupitinas por la plan-
cha) Yo no como aquí.

Rosa — (Ya decidida a zurcir con rojo la bomba-
cha oscura) ¡Claro! Acuerdesé, mamita, como es
"tío" Melitón tira la casa por la ventana Allí pre-
sentan pavos y lechones.

Juanillo — (Interrumpe, desde el patio) Sí ,
pero yo tengo hambre.

(El cuzco rueda en su prisa por acudir donde su
amo Juanillo sentado en el suelo, descortez a cuchi-
llo una horqueta de sauce)

Jacoba. — (Al hijo.) ¡Güenas noches, señor!
¡Venga!

Juanillo. — (Se arrastra hasta la puerta. No interrumpe su ocupación) Che Rosa, a'í te aguarda el "empalago", en el cerco.

Rosa. — (Emocionada) ¡Julián! (Deja caer las bombachas a medio zurcir Sale, presurosa. La tormenta respira en su cara un "rejucilo" azul)

Jacoba — ¡Santa Bárbara bendita!

Coca. — (Planchando) yo no quiero novio,
vidalita,
no nació varón .

Juanillo. — (Canta) Que no escupa al verte,
vidalita,
en el callejón. .

Jacoba. — (Riendo) Guaranguillo, ¿vas a la fiesta?

Juanillo — Asígún .

Coca — (Por el desquite) Es rogao este , ¡que se crée! Y eso que anda de amores con la mocosa de don Eudoro .. En el baile. .

Juanillo — (Furioso) ¡Mirá, callate, mejor! ¿Eh? Porque te vide cuando .

Jacoba — (Ceñuda) ¡Silencio! ¿Usté es el hermano varón u el enemigo de estas niñas?

Juanillo — Que no se meta, entonces .

(Entra otro relámpago, seguido a distancia por un trueno.)

Jacoba — ¡Jesús! (Se persigna) ¡Che, Ycasuriaga, ¿el tiempo no les aguará la fiesta?

Coca — No Todas las noches viene con bromas, y después serena. . .

(Ya está planchado el traje Basilio lo "calza" al tanteo Por la ventana del dormitorio entran bocanadas de luz húmeda Anda en la brisa el suspiro de alivio de los árboles. Hay olor a lluvia Basilio tiene ganas de cantar, ahora Es sapo, el pobre. Pero agu-

za el oído nadie habla en la cocina. Presume la consternación de Coca y el "guri". Esto lo mueve a callar. Pasa otro relámpago deslumbrador, esta vez seguido de cerca por el trueno. Luego corren algunos apareados Caen las primeras gotas. ¡El oro! Ycasuriaga abandona su encierro Poniéndose el saco entra en la cocina Al llegar a la puerta, Rosa se lo lleva por delante. Juanillo entra gateando Se sacude el cachorro Arrecia el agua Pone rejas al fogón Borra el paisaje y consagra el asilo hogareño El labriego oye crecer sus trigales. Nadie habla. Coca, para no soltarse a llorar. Juanillo, por no decir la zafaduría que tiene a flor de labios Rosa, en su deseo de ver si el novio "ganó las casas". Basilio no se atreve a mirarles. Disfruta de una serenidad religiosa, y la esconde Ahora llueve torrencialmente. Al castigo del chaparrón se deshojan las flores. El agua corre blanca de pétalos. Homenaje del jardín a la lluvia Esta, a la vez lleva en su escoba, cáscaras de zapallo, plumas, tronchos homenaje del tiempo a la dueña de casa Ycasuriaga desea que sus vástagos le rodeen, apoyen las cabezas en su pecho y compartan con él esa especie de anestesia que nos invade cuando miramos llover Los llamaría para decirles. "Hijitos, Dios es bueno. ¡Aprovechemos el encierro de garuga pa' abrazarnos una vez, todos, en largo apretón, mientras las nubes trabajan pa'nosotros! .." Se vuelve, enternecido, y choca con la incomprensión de su "patrona". Jacoba no es de perder una fiesta Ve los ojos irritados de Coca, su guitarra destemplada por la humedad ; las cintas mustias del clavijero. . Advierte el rencor de Rosa, a quien la tormenta priva de ser "chocante" con Julia..., de ese placer infinito que una dama disfruta únicamente cuando "envenena" a otra

Piensa en Juanillo, de tan buen diente, mientras allá en casa de Melitón, los pasteles fríos se pegan en el fondo de los platos. Si les llama, se expone a un desaire. No debe perder su autoridad, la cabecera, el altar mayor, su preeminencia de dueño de casa. Además, con su enojo, esos inocentes no cortan la bendición de la lluvia. ¿A qué torearles? .. El viento ha caído con las alas mojadas y le asegura toda una noche de agua mansa, milagrosa, buena .. Por eso, con semblante avinagrado, grita.)

—Qué fastidio, ¿no? ¡Vaya un llover poco oportuno, mesmo!...

LA CASA

El cliente es un chacarero pobre, muy flaco. Gris De boina sucia y "picada" donde asoman pelos duros como espartillos entre una boñiga Camiseta. Cinto flojo Pantalón de montar y zuecos Bajo el puño del "briche" las "caniñas" moradas van a clavar-se en los chanclos. Anda tieso, de cabeza erguida. Parece colgado por la nariz, con nudos en las mangas y que le pusieron dos zapallos en los tobillos, para que no flamease.

Camina gravemente Llega al mostrador, tras el cual hay un hombre triste. Alarga la diestra y murmura

—Don Facundo. Lo acompaño en el sentimiento

El comerciante continúa solo. Tiene las vistas "paradas" de estupor. Los brazos en cruz sobre el pecho. La camisa negra, flamante, con olor a luto. La piel erizada Crespa. Un halo de neblina deforma, desdibuja, todo su exterior. Y está como vacío. Desnudo por dentro. Tiene la sensación de ser una cáscara. Siente el presagio de lo que le ha ocurrido. Hay, en ese olor a tinte de su camisa, un aviso brutal que quiere entrarse por la rendija del olfato. Toda vez que un parroquiano venga a comprar lutos y el pulpero abra ese cajón "de los merinos", va a vivir esto que ahora no vive. No sabe lo que siente, pero sabe lo que sentirá

Sin mover los ojos redondos, impávidos, de pez, don Facundo descruza lentamente los brazos El izquierdo cae y oscila La mano derecha, apática, recibe un apretón tembloroso. .

—Apreceo, Rafael..

Y deja esa mano olvidada, como si descansase sobre un objeto. Sigue buen rato así. Hace poco pasó media hora en cucullas junto al tercio de la yerba. Se agacha a recoger el cucharón de guampa y queda allí arrugado, distraído, ausente. Halla cómoda la posición molesta cierta armonía. siente el dolor de sus coyunturas, pero en los oídos. Es como un chirriar de bisagras mohosas. Al enderezarse, el viento dejó de sacudir aquella puerta baja. Entonces, al ver el cucharón en la mano, recordó que andaba por ensillar un “verde” y que no tenía ningún deseo de “matear”.

Pero el reloj dio las diez “Ese” sigue marchando. Todas las mañanas, Facundo cimarroneaba con la patrona. Al llegar esa hora, Hilaria dejaba lo que fuese; ella atendía el mostrador y su marido el mate. Era “el” costumbre. La luna de miel, picada en terrones, seguía endulzando el cimarrón. La primer mañana de casados, el esposo se apareció en la alcoba con el primer amargo.

—A ver si lo halla dulce — la dijo.

—Es un beso..

Y durante los quince años de matrimonio, Facundo regó la “galleta” como un tiesto y la brindó a su Hilaria, con la misma pregunta. Durante el día pueden alegar y aburrirse, ser marido y mujer; pero a las diez de la mañana son novios.

Hace tiempo, Hilaria empezó a sentir molestias. habla de una “durez” en el vientre. Vómitos. Se pone amarilla. Antoñada.

—Pa mi gusto — dice al esposo, — esto es algo grave.

—¿Qué?

—Me parece un tumor.

Facundo rompe a reír.

—¡No estás viendo, vieja que es embarazo!

Entonces ella ríe, también Sana de repente. Recobra el apetito. Está ágil. Voluntaria. Conversa mucho, como si quisiera distraerse.

Facundo era soltero cuando se “estableció” y ya pensaba en un hijo, razón romántica del comercio. Le nombraría socio. Se casa y lo espera durante años. Una tarde lluviosa propone a Hilaria sacar un infante del hospicio. Ella está de pie tras el mostrador, mirando el humo del agua...

—Y... vieja.

—¡No!

Después, con tiempo, Hilaria “desenrolla” sus razones. Son muchas, atendibles, sin levante. De pronto alla en el fogón, se le aparece el cabo de otro argumento, lo pesca y corre a mostrarlo al marido. El hombre, a su vez, sin apuro, sobándose las manos, madura las réplicas. Así pasan meses. Al final, la mujer, luego de razonar con elocuencia contra la adopción del guacho, pide al esposo que le traiga “un pobre” “guerfanito”, pero lo quiere mamón, bien pequeño, todo en blanco. El gurí ha de tener los ojos opalinos, turbios aún. Ella se inclinará sobre la cuna a esperar que las pupilas se aclaren.

—Así me ve primero, ¿sabés? Antes que a la otra ..

Pero Facundo quedó indeciso.

Al suponer pesada a Hilaria, se sintió liviano. Ahora trabajarían para otro. Todas las noches, al trancar el boliche, le asaltaba la misma pregunta.

—¿Y todo esto, pa quién?

Parece que hubiera nacido nocherniego, trashumante, haragán. Y al darle a los astros con la puerta en las narices, la mujer suspiraba también. Los dos necesitaban vender algo, nacieron comerciantes. Si les sacan del negocio se mueren. Y, sin embargo, no eran felices. Había en el matrimonio cierto escrúpulo, un malestar impreciso, una "cosa"· eso Nunca lo comentaron, ni sabrían meterle en palabras; porque no era en verdad, sentimiento ni pensamiento. Para expresarle, sería preciso encargar vocablos. Tienen mucho "surtido", pero les falta un "renglón". poesía.

Hilaria va a ser madre

—¿Sabés lo que era aquello? — le pregunta Facundo.

—¡Decí!

—Que ya no vamos a sembrar en el viento.

Y la mujer, que teje un escarpín rosado, con la esperanza de trocar un tumor en feto, grita

—¡Me lo sacaste de la boca!

Una noche Hilaria se siente peor Abandona las "inútiles" agujas de tejer. Y gana el lecho. El marido se asusta porque conoce el estoicismo de su compañera. Presume gravedad. Revienta un caballo, pero trae al "dotor". El facultativo examina a la enferma, y deja cuatro líneas para un colega de Buenos Aires. En la portera, dice a Facundo:

—Hay que operar.

Y el marido camina. La noche tiene una paz insultante. Entra en su alcoba. Ha resuelto cerrar el almacén e ir con su vieja a la capital. La mujer se opone. Después, mientras termina su labor de lanas "que ya comenzó y es lastimoso abandonar a medio ser", enhebra razones: El viaje del marido y su es-

tada, originaría gastos Eso no importaría, son unos cuantos pesos, los tienen...

—... pero con todo...

Facundo no se rinde. Durante varios días la enferma "porfea": si ella fuese a pasear, no permitiría que el marido quedase en el boliche, pero va del tren a una cama y de esta a otro tren. Facundo solo podrá estar junto a su lecho, durante las horas de visita Además, por las noches, ella no podría dormir, pensando que él anda "suelto" por la ciudad, con inocencia, con plata, con "salú"... Al oirla, el hombre quiso ofenderse. No pudo. Sonrió. A Hilaria que le estaba observando, se le "aguaron las vistas" Facundo no se rinde.

Además, con el alba, bajo estrellas o relámpagos, la casa de Facundo Ortiz abre sus puertas a la sed del vecino que trasnocha o del que madruga. No es un boliche: "es una farmacia". No hay insomnio, reyerta, ni ternura que impida a sus dueños cumplir con ese deber. Llegla la hora establecida y se levantan, porque un enfermo puede venir en camino a procurar la caña con guaco, el fernet o el "rial" de yerba mate medicinal que alivia las dolencias del alma. Si la mujer se aleja "malherida", el hombre debe quedar al pie del cañón...

—Semos soldados, mi amigo. ¡No se olvide!

Facundo se rindió.

Una vieja del pago, doña Laura Cruz, "hizo" viaje para la capital, donde su primogénita acaba de dar a luz un varón Hilaria ya tiene "compañía". Entre tanto, distrae sus nervios con la aguja y termina el juego de lana rosa Dan las nueve cuando Misia Laura llega con el "tílbury", el equipaje y el cochero,

que, a la vez, es su marido. Ve el ajuar, se enamora de él y pide precio

—Es que no lo hice pa vender . .

Pero la “ropita” es rosa. Y su nieto es varón. Y la anciana no quisiera llegar con las manos “vacías”. Hace una oferta tentadora. Hilaria apela a Facundo. El marido oye, pero no entiende. Desea que no se vayan y está impaciente porque se marchen de una vez. Todo le resulta nuevo, un poco extraño: ese tilbury inmóvil al sol. El esposo de la vecina, sonriente, tranquilo. La chenta “emperrada” en comprar esos “trapos”. Su mujer defendiendo con ternura el ajuar inútil. Las sombras tan quietas, en día tan inquieto. Hilaria que dice:

—Más bien se lo regalo, señora.

Doña Laura que responde.

—¡No, eso no, Hilaria! ¡Me ofiende!

—¿Por qué? — se pregunta el matrimonio.

—Vendido sí, lo llevo. Regalao, nunca.

Todo eso sería muy natural en un atardecer. Pero son las nueve de la mañana. Entonces Facundo empieza a sentir odio contra la “ropita” de lana. Es el vestido de un “tumor”.

—¡Vendéselo, querida! — grita a su mujer.

Sale “mariao”. Busca el fogón. Se deja caer sobre un banco y presenta sus ojos secos al humo acre de las charamuscas. Estando así halla alivio. Hilaria aprovecha para apresurar la partida. Las viajeras salen en silencio. Facundo “se deja estar” en la cocina, hasta que alguien golpea las manos en el boliche. Su cliente es un gurí. Pequeño. Grave. Mira muy fijo en los ojos del pulpero. Sale mirándoles. Tropezaba en el marco. Trastabilla. Y el hombre, tan “medido” siempre, le sostuvo con un grito angustioso.

—¡Hijo de mi alma!

Y el pequeño huye.

Al otro día, a las diez en punto, empieza el cimarrón. Sabe que su Hilaria, donde “esté”, ha mirado la hora y suspira. Anteayer se lo sebió. Y ayer . . . , pero hoy, la pobre “es” muerta. Ya no hay mate de novios.

Al rato, “Rafael se rasca” y pone una moneda sobre el mostrador. Las manos del viudo, “al tanteo” encuentran una copa y el frasco de la caña. Logran escanciar. Después pasan minutos luchando por embocar el tapón. Rafael se santigua con la copa y bebe.

—Se jué la pobre... — dice

—¡No es un día, amigo!... ¡Son quince años! — y sin “soltar las vistas”, mientras estrangula el frasco y los dedos pacientes “porfean” con el corcho rechinante, Facundo saca la boca por un agujero del estupor. Hilaria vive. Es moza. Pobre Amiga de su humildad. Previsora por timidez. Hoy sacrifica un gusto, por pensar en un mañana, en “cualquier enfermedad”, porque la juventú se marcha y el estómago queda...

—¡Oh! Y es así... es así, — repite Rafael.

Sus palabras se enredan con las del doliente. Facundo no ha oído. Ahora habla, habla. Pasa por encima de la interrupción y sigue entrando en los recuerdos. No para alejarse del dolor: para encontrarlos. Su tristeza está allá, en aquellos días luminosos, perdidos, en la vida gastada “por no gastar”. Cuando “trujo” a Hilaria, vestida de novia, el almacén era pequeño. Después se agrandó con lo que les iba quitando de la ilusión y de la juventud. Ahora hay en los estantes mercaderías de sobra. Tiene de todo, desde baberos hasta lutos. Hay allí, azúcar, soledad,

biberones, lo que pidan Todo para la venta. A "ocasiones", el cliente halla elevado el precio del "artículo". Cree llevar un comestible. .

—Y es mi alegría lo que se lleva por unos centavos . — termina.

—¡Oh!... Y es así Es así. — repite "el canario", mientras don Facundo amargo, rectifica:

No es su ilusión lo que vende. Es algo más valioso: la salud de Hilaria. Tres lustros pasó la pobre en esa cárcel, tras la "reja". Siempre dulce, atractiva, sonriente presentando la "misma" cara de ángel al "mamao", al tramposo, al abusador, a las tormentas. Tuvo "pa tanto veneno" su educación, la sonrisa, la máscara. Vive "traga que traga" amargura. Y adentro, en el vientre, tantos malos humores se juntan, forman tumor y la matan . .

—¡Trabajar! ¡Reunir dinero!... ¡Pa qué!

El cliente suele tomar una sola caña; pero hoy, la desesperación de ese cristiano, su "topada bruta" con la verdad; "porque es así", le ha dado sed. Necesita otro trago de alcohol.

—Eche una caña más amigo, — dice — mañana se la pago.

—No puedo. La casa no fía, Rafael — y continúa preguntándose — ¿pá qué he luchao la vida entera?

JUDAS

A las cinco de la tarde, doña Asunción ya no tendría que hacer. Pero no sabe estar quieta. Quien la siente, la toma por una ardilla. Quien la ve, por un horno. Es baja y redonda. Anda de arriba para abajo, dura, con paso menudo, ligerito. Tiene cuerda para doce horas, se levanta con marido y todo.

Mientras Prudencio tose, suspira al "orejar" las botas, bufa en la palangana y sale, por fin, en camisa, a "levantar" los bueyes, ya la señora ha ordeñado. Todo echa humo: la nariz de la vaca, el "apoyo", el amanecer, el estiércol... Y después, en la cocina, las charamuscas. Hasta que "dentra" con su paz y su pachorra, el "apagador" familiar. Prudencio. Ese hombre no tiene "prencipio", ni fin. Como esta ahora está siempre. Toma su desayuno, lo quema arando. A las doce, vuelve a buscar carbón. Almuerza en silencio. Sestea con ruido. Y marcha a consumir el combustible. A las cinco, deja la "yunta" al sol. Pero entonces, no llega a "las casas". Se guarece a la sombra de un "paraíso" del fondo. Allí Maruja, la hija le espera con un "bollo", la "pava" y el mate. El viejo sorbe, "de parao nomás". La moza se mira las uñas, anhelando encontrar en ellas el anuncio de un viaje. Siempre esta distraída con alguna "pavada". Muchas veces, teniendo el padre a un paso, dialoga, a gritos, con Asuncion, que contesta desde el portillo y en seguida, desde la alcoba. Hablan de asuntos que Prudencio desconoce. Ríen. Bromean. A cada rato,

el viejo estira el brazo con el mate vacío y tiene que "traer" a la "niña" con un:

—¡Tomá, pues!

Ayer, la señora deja de zurcir, asoma en la ventana del comedor y dice a la mozuela:

—¿Adiviná a quién tengo enfrente?

Maruja llena el mate, lo brinda al tata, aventa un moscón que se "freía" en sus cabellos y pregunta

—¿A quién?

—¿No acertás? ¡Al Judas!

—¡Dele con la puerta en las narices! --- grita

—¡Pero si ya está ñato de lo mismo!

—¡Es hombre repunante!

Por "motivo" del "Judas", que madre e hija "que-man" tarde a tarde, Don Prudencio tiene que repetir a cada rato su:

—¡Tomá, pues!

El se "mete" en el surco y nada más. Confió a su "patrona" la educación de Maruja. Entiende que el hombre no sirve para cuidar a sus hijas. Es demasiado inocente o malicioso "de más". Para conocerlas tiene que salirse, y la mama, por el contrario, que entrarse. Resulta mas difícil de engañar. Por eso fió en la luz de su mujer. Y nunca dijo una palabra. Si la compañera ve algún peligro, un ñudo de esos que no se aflojan con meter la aguja y es menester cortarlo, ya irá a la chacra a pedirle el cuchillo. Hasta ahora, gracias a Dios, no hubo necesidad. Maruja es muy "señorita". Ya cumplió catorce años. Anda de novio. El galán es hombre serio, de treinta abriles "arriba" y una cabeza más arriba. Por ese lado Prudencio está tranquilo. Pero tarde a tarde, la moza "alude al tal Judas", con tan agrio desprecio, que no pudo contener la lengua.

—Sos muy pobre, hijita; para destratar así a quien... juese.

Maruja, "crespa", olvida con quien habla

—¡Usté qué sabe!

—No sé. mesmo... Un vecino parece. . Por aquí duques no hay... Ha'e ser humilde como nosotros... ¿Te faltó?

—¡Es un antipático!

—Entonces... está bien fundada tu grosería — y no dice más. Echa al bolsillo el resto del bollo Se aleja ceñudo.

La moza le alcanzó.

—¡Tata! — pone las manos en los hombros del padre, — ¡míremé! — y ofrece su carita redonda. de cutis lustroso. Encendido La nariz aleteante. Las pupilas violetas, muy mansas bajo la hurañez del entrecejo. La boca húmeda y gruesa, de criatura que contiene el llanto. — No lo viá'cer más. ¿Oye? ¡Nunca más!

El viejo le toma una mano que aprieta allá abajo, a escondidas, como sin saber. Porque él es poco amigo de efusiones y, además, no quiere que Asunción conozca ese asunto.

Hoy, están a la sombra Callados. Miran un hormiguero. El hombre, de pie, enflaquecido por la bombilla. La mozuela, arrodillada. En eso, oyen el chasquido de un portazo. Doña Asunción asoma por allá y grita:

—¡Ya sabrás a quien termino'e darle un bife con la puerta!

Maruja al escuchar esto se incorpora rápidamente.

—¡Al Judas' ¡A qué otro!

Se vuelve, recoge sus faldas, estira las medias y hace chasquear la liga. El novio "llega" dos veces

por mes. Durante su ausencia, la moza usa cintas y elásticos celestes. Por ser el color de la distancia. Para recibir a Hipólito viste de blanco. Entonces sus ligas son "inocentes". Y tan ingenua la novia, que, durante la visita, se entretiene en hacerlas sonar.

—¡Ansí va'prender ese guarango! — dice Asunción.

—Después de todo — observa Maruja, mirando a Prudencio, — es un vecino...

La señora mira al esposo. Sacude la cabeza y marcha. "Judas" es el apodo del peón de la herrería, un hombre hercúleo, tiznado y silencioso. Viven calle por medio. Maruja deja el lecho, abre su alcoba y tropieza con el chisperío de la fragua. Mira; porque el fuego atrae. Flota polvo de cisco y de hierro. La hoguera abre un túnel entre la cerrazón y en el fondo de ese agujero aparecen los ojos del hombre. Es "mandinga". Maneja el fuelle. Dispone "a gusto" de los relámpagos. La niña desea ver las brasas, oír la canción del yunque, aspirar ese olor honrado que sale del hierro en la forja. El Judas no la deja. Deforma. Retuerce. Encarna todo. Al rato, en aquel aire sucio, en el fondo gris de la caverna, la fragua es una boca. Respira. Maruja recibe en el rostro su aliento áspero. Después el dragón pasa la lengua por los labios resecos. Ella siente que si el monstruo aspira la absorbe. Tal vez por eso llama a doña Asunción. Se pone de espaldas a la bestia jadeante. Y rompe a reír. Otras veces, el hombre se mueve por allá con el tórax desnudo, porque su "camisilla" empapada en sudor transparente vellos y musculatura. Hunde la tenaza en el brasero. Muerde una herradura al rojo y camina mirando a la mozueta. Viene con el pecho velludo y el mandil. En equilibrio. Sobre dos

patas. El hierro candente es su tercer pezuña. La niña se esconde. "Judas" apoya el ascua en el yunque y empieza a darle martillazos. Saltan chispas sangre. Golpea y golpea, hasta que consigue cortar esa garra y la tira al montón de hierros apagados. Porque ya hace meses que se mutila. Don Remigio, el patrón, forja herraduras. Da gusto verle. Hace un juego limpio de luces y campanas. El Judas parece hecho con retazos de pesadillas patas de chivo, cuello de toro, tórax de hombre. Rojizo en los relieves. Violáceo en los huecos. La tenaza es su cola con dientes en la punta. El martillo, un puño. Huele a fósforo y a cuerno quemado. Para Asunción es "tremendo" mozo. Biceps aceitados por el sudor. Ojeras. Dentadura muy blanca y pupilas verdes. Cuando abre, a punzón, en el hierro encendido, los agujeros para los clavos, sus ojos fosforecen y "pulsan", como luciérnagas.

—¡Mirá, mirá los ojos! —dice entonces la madre. Maruja no obedece.

Cuando Remigio "herra", Judas, prendido de la cola del animal, hunde un muslo en el "garrón" y sostiene el vaso. Muchas veces dan con algún burro desconfiado y "roncador", de esos que "un dos por tres" hacen volar la caja de las herramientas. Cubren sus ojos con una bolsa. Pero se desvía un clavo. Hiere. El animal da la vuelta al poste. Forcejeando. Sus patadas aflojan la herradura. La escupen. Judas no cede. Arranca cerdas. Crujen sus dientes, el mandil, los músculos. "Echan" ruda pulsada vibrante, garrón y rodilla. Hasta que el cuadrupedo se rinde. Entonces, el vencedor mira "pa'lo é don Prudencio". Busca los ojos de la mozuela y "murmura"

—¡Puedo con este burro!...

Es de noche.

Las matas de "romerillo" semejan arboledas distantes. Maruja está sola, arropada en penumbras. Tranquila. Y en eso, frente a ella, alguien prende un fósforo. Y lo arrima al pucho. Y se alumbra los ojos. Es el Judas. Está allí. La mira...

—Tomá el mate, ché — dice don Prudencio — No me deas más

Y se vuelve a la chacra.

Maruja va hasta la cocina, regando la senda. Allí deja la "pava". Toma un taburete y corre al patio. Doña Asunción limpia el jardín. Hay diez conos de hojarasca en erupción. La mozueta le quita el rastro.

—Usté se sienta aquí — ordena. — ¡Basta por hoy!

Asunción refunfuña, pero obedece. Luego, hace inclinar a Maruja y la dice al "oído".

—No le hagas caso a Prudencio.

—¡Bah!

—¿Qué te dijo?

Maruja sonríe. Asunción continúa "de oreja parada", esperando. Conoce a la hijita. Ellas no tienen secretos. ¡También! Más que madre e hija son aparceras, hermanas: una. La misma sangre, igual ambiente. Una estuvo casi un año adentro de la otra y catorce más al lado. Para conversar, ya no necesitan palabras. Dialogan con cualquier visitante, sin interrumpir la clave particular de miradas y suspiros. Maruja no conoce el "desimulo". La hipocresía de la mujer nace de su trato con el varón. Y la mozueta no habla con más hombre que Prudencio e Hipólito. Es muy "simple". Recibe a su novio en la "sala". El conversa "bajito", con la boca en el "oído" de la chica. Esta, como Asunción se aburre junto a ellos, se "amaña" y la trasmite por "clave" sus impresio-

nes. Las manos, los pies, los ojos no dejan el “conmutador”. Hace pocos días, contó a la madre que Hipólito, en la tranquera, le había pedido un beso.

—¿Y vos que hiciste Maruja?

—Nada... No sé. . Tal vez se lo doy. ., pero como usté no estaba allí Y, entre las burlas de la señora, declaró que accedería a besarlo, pero en presencia de su madre. Porque un beso no es delito, “pa’cerlo a escondidas”.

—¿Qué te dijo tu padre? — repite la vieja.

—¿Usté no sabe cómo es él?... Habló de... — y con un movimiento de cabeza señala la herrería.

No es preciso decir más. Ya la señora sabe

—¡Este Prudencio! — pausa — Crevó que podía oírme el Judas, ¿no? ¡Ojalá!

Maruja rompe a reír.

—¿Le erré? — pregunta Asunción — Entonces no conozco a tu padre

—¡Le erró; pero le ha sacao plumitas! A tata lo fastidia oírme dispreciar a . — y con la cabeza vuelve a señalar la herrería.

La señora guarda silencio. Compadece al marido. “Este” Prudencio vive en otro mundo. ¡Mire que aconsejar así a la muchacha! El Judas no es un peligro. Con mirar no hace daño a nadie. Y es Asunción la primera en saberlo, porque conoce a su hija. Tampoco siente contra ese hombre, ni repugnancia, ni fastidio, ni “cosa” que una vecina no pueda disimular. Habla de eso a cada instante; porque el peón de Remigio “codicéa” a su Maruja. Y una madre, por segura que esté de la pureza de la moza, debe poner entre el “hocico” y la flor un cerco bien opaco de insultos. Y al rato, dice.

—Envitalo a tomar mate.

Maruja ya está lejos.

—¿A quién? — interroga

—¡Al Judas!

—A veneno, sí, lo invitaría — exclama

Sale corriendo. Llega hasta el límite del jardín Allí se inclina. Corta, a diente, un malvón rojo. Vuelve a la carrera, con la boca agrandada por la flor. Y la pasa, como un cisne, por el rostro de la madre...

—¡Tené juicio, che! ¡Mire qué novia!

Entonces, la niña sale caminando, lentamente, con las manecitas detrás de la cabeza. Cuando supone que la puede ver el Judas, balancea el cuerpo, demora, se endulza y así pasa por la boca de la herrería. Más allá, hace un guiño a la madre. Luego, vuelve a pasar. Ahora el sol da de lleno en el busto tembloroso, lame sus caderas, la "reviene". Ella camina con más desgano..., la cabeza inclinada..., los párpados pesados... , las mangas corridas hasta el hombro... Doña Asunción se tapa la boca para ahogar la risa...

LAS COSAS DE MATEO

De Encarnación a Mateo Bailén.

Ñandú Culeco, febrero de 1910.

Señor Mateo Bailén

En Estación Pedregales.

Mi querido hermano:

¿Será cierto que vivís entuavía?

Atendé: hoy de tarde, estando en la cancha de Umpiérrez, ande por cierto gané con uno'e mis pa-rejeros y empaté con el otro, un tal Escolástico Pérez, viejo cambao él y lleno'e pinturas, que dice tener campo arriendao a'i por "Pedregales" me dio seme-jante alegrón.

Estábamos en la pulpería del vasco. ¿A qué cuento pronuncié tu nombre? No ricuerdo. Lo que tengo bien presente es que al oirlo don Pérez me preguntó:

—“Ese Mateo Bailén, y me disculpa la curiosidá, ¿qué años podrá tener aura?”

—“Unos treinta...” — le contesté.

—“¿Es rubio, alto, medio acacundao y muy des-pacioso?”

El retrato podía ser tuyo... Me arrimé al foras-tero y con algunas esperanzas.

—“Entonces, ¿mi hermano es vivo?” — pegué un grito.

—“Si es el mesmo Bailén que conozco, está gordo y sano allá por la estación “Pedregales”. .

¡Gueno! ¡Ni vide la puerta! De galope arranqué pa casa y desde ella me apresuro a escrebirte

¿Sos Mateo Bailén, hijo segundo del finao Anacleto?

¿Naciste y te criaste hasta los veinte años en las chacras de “Ñandú Culeco”?

Si Dios quisiera que tal risultases, date prisa a contestar cuatro líneas Fijate bien que no te pido una carta, ni tu historia; dos palabras agatas No bien las recibas te golveré a escrebir para comunicarte una cuestión muy seria. Tal vez te preguntes por qué, si el asunto es grave, no lo largo sobre el pucho. La respuesta es fácil. ¡si no sos Bailén, el dueño de un campo en Ñandú, a que te salgo contando lo que con tal tierra pasa! Por las dudas recibí un abrazo muy juerte de tu hermano

Encarnación.

De Mateo a Encarnación Bailén.

Pedregales, mayo de 1910.

Mi querido hermano:

¿Conque el viejo Escolástico Pérez dijo al cabo una verdá? ¡Te prevengo que tenés suerte! Porque ese “domador de barricas”, como lo apodan por aquí a causa é sus piernas, es más mentiroso que un diario . .

Soy tu hermano Mateo. Sigo vivo y sigo cacunda. Podés escribirme y darme esa, al parecer, tan mala noticia Tengo el lomo ancho, Encarna, y, como guen criollo, estoy más hecho a rigores que a zalamerías.

A la vista'e tu carta muy estimada, me pregunto por qué no te escribí en tantos años, queriendoté de veras y cuando en muchas ucaciones necesité un corazón lial pa medio descargar el propio. Hasta aura lo sé. Hoy por mañana y mañana por más tarde pasó el tiempo y no jué mi carta. Carcularás las veces que me habré preguntao por vos: "¿Qué será de Encarnación?"

En fija que se ha casao y tendrá una tropilla'e gurises. . Cualesquier día, el menos pensao, agarro caballo y al tranquito me les aparesco por allá a pegarles un susto"...

¿Por qué no me risolví a ensillar?

Tampoco lo sé De Pedregales a Ñandú Culeco haberán, cuanto más, cuarenta leguas ¡Es un tirón, claro!

Y sería un imposible pa culesquier cristiano aman-carronao: pero vos sabés que a mí no me asustan tirones Lo único que me cuesta un algo es arremangarme; mas una vez risuelto, soy como los números: no tengo fin. Y es hasta curioso, si se quiere, lo que me acontece sobre el particular: tengo la cabeza voluntaria y la osamenta lerdísima. Siendo preciso, me picanéo, voy y dentro al propio corazón de las empresas, sin asco ni piedá pa conmigo mismo. Aura que, como hay tan pocas cosas importantes en esta vida, risulto un quedao. No soy novelero, ni curioso, ni bala perdida. Más que con las patas llego a un sitio con las ideas Mi cabeza es el único lugar ande mis cosas salen a gusto. En ella trato gente guena, aco-modo los hechos, remiendo, aliego y sin moverme, en el tiempo que va de un mate a otro, risuelvo cualesquier dificultá.

Gueno. Pa lo que vos pedías en tu carta, la pre-

siente ya va muy vandeada. Te mando cuatro renglones bien despachaos. Date prisa a risponder, porque se mi hace que lo del campo aprieta y, a lo mejor, no da pa perder tiempo. En ancas, tengo juerte deseo'e saber lo que pasa en mi querencia.

¿Cómo está Nandú Culeco..., siempre tan chismoso?

¿Quién murió allí pa lamentarlo?

Y, pa festejarlo a cuenta, ¿quién nació en ese pago tan querido?

Recibí un apretón de manos de

Mateo

De Encarnación a su hermano Mateo.

Nandú Culeco, mayo de 1910.

Señor Mateo Bailén.

En Estación Pedregales.

Hermanito:

¡Sos bien loco vos! Mandás una misiva a quién te lloró finao y no explicás nada, ni nada contás.

¿Te parece natural que haiga corrido tanto tiempo? ¿Pensás que jué ayer que dejaste este pago con un "hasta luego"?

Son diez los años de tu ausencia . ¡Diez años!

¡Capaz que ni ricuerdes cuándo saliste, ni a qué!

¿Sabés que dejaste un campo'e cien cuadras abandonao aquí?

¿Tenés presente entuavía que en este pueblo hubo una moza llamada Rita Alonso? ¿Alguna vez pensaste que la pobre quedó esperando tu guelta?

Sí, Mateo, esa niña pasó un guen redículo, hasta que el padre se la llevó de este purgatorio y creo que pararon a unas diez leguas de aquí.

Y aura paso a referirte, juera de broma, lo que sabemos de vos: allá por el mil novecientos, no bien recibiste la herencia que te dejó la finada mama, que en gloria estea, vos te dispersaste una mañana con el diablo en el cuerpo. Querías hacer fortuna y lo más pronto posible. En tal caso, un chacarero cualesquiera agaira cuatro gueyes, los une por yuntas, conchaba peones y dentra a peliar con la tierra. Pero pa un criollo con tu apuro eso no bastaba, eran fuerza máquinas. Faltándote plata para comprarlas, risolviste que tu padrino don Nicolás Albarenque te ayudase en la ucación. Con rumbo a lo'e don Nicolás saliste cierta madrugada en un caballo lobuno y... ¡hasta aura!

El primero que se cansó de esperararte jué el alambrado de tu campo, visto que se acostó en cuatro u más sitios. Por estos ujeros se dentraron en tu propiedad ciertos Giulita, dueños de la chacra lindera. Lo pior es que una vez adentro golvieron a cerrar los portillos, sacaron la divisa haciendo é los pedazos un solo campo y comenzaron a labrarlo.

—¿Qué te parece?

Por aquel entonces, una tardecita, lo paré al gringo más viejo dispuesto a exigirle una esphicación.

—¿Y usté cómo se permite romper este campo?
— le dije.

—Porque es mío — jué su rispuesta.

—¡Amuestreme el título!

Al nación le dentró a temblar el pito. Con todo, rispondió que enseñaría esos papeles si el juez lo mandaba. Y yo no pude bellaquiar, Mateo; porqué, d'spués de todo, vos sos muy curioso y a lo mejor, en

camino de comprar máquinas pa trabajar tu campo saliste vendiendo el campo pa comprar máquinas. Entonces, Giulita podía decir verdá. Marché a ver al juez. Con él nos vinimos y de la entrevista saqué en limpio que el nación no había alquirido nada y se gano en lo tuyo de atrevidísimo, nomás! Pa colmo, llevaba hecho mejoras en lo ajeno un molino, plantaciones, trojas...

Asigún el juez, sólo un hombre podía sacar al gringo de allí. vos ¡Aura, hermano, carculá si te habré campiao! Escribí veintimás cartas atajé como a mil troperos. . ¡Qué se yo! ¡Todo al ñudo! A mi hermano Mateo Bailén se lo tragó la tierra. Y pasaban los años pa bien de Giulita, quien hundía cada vez más las raíces en tu campo.

Cierta ucación un mercachifle me asiguró que eras dijunto. Asigún él, te alcanzaron con un balazo, cuando aquellas elecciones muy regueltas de hace un lustro. Dijo que vos estabas en el borbollón que se llevó la urna de "Venadito". Hasta allá me juí a buscar tus guesos. En la misma comisaría estuve y perdí el tiempo felizmente; porque risultó que heridos hubo en la trenza; pero dijunto ninguno.

Menos mal que te hallé al fin..

¡Ya no podrán robarte esos pícaros! Bien malicéo la endinación que tendrás. Cómo estarás vos de ardiendo, cuando yo, que no soy la víctima, ando como rabioso. No se me va'cocinar el pan —valga el dicho— hasta que no vea salir de tu campo al Giulita y los gringuillos — dijera Palacio.

Al recibo 'e la presente dejá todo y venite pa'aquí sin titubeos.

Y, dentro a calmar tu curiosidá, me casé con Serapia Almirón. Seríamos felices si el italiano y su

pito no jediesen tan cerca 'e nosotros. El pueblo sigue en un ser los sonsos muy estiraos y los dispier-tos muy encogidos, por saber que en Ñandú Culeco, al que levanta cabeza se la abajan de un palo Ha muerto mucha gente; tío Pancho entre ellos El camposantero ha trabajado más que la partera Nacieron tres pichones míos en dos echaduras. Pintan bien Mi cuñada Agustina tuvo una "chancleta" que se le murió mamona...

Mucho queda por referirte, pero ¿a qué escribir mal lo que puede hablarse caldera por medio?

Te aguardamos con impaciencia.

Encarnación

De Mateo a Encarnación.

Pedregales, setiembre de 1910

Señor Encarnación Bailén

En Ñandú Culeco.

Indio

¡Te suebran razones pa réirte 'mí! Sin embargo, tengo mis disculpas. En efecto: salí con gran ilusión, confíao en que padrino, criollo 'e fortuna, me em-priestase aquella plata pa trabajar.. ¡Qué cáida sufrí, hermanito! Don Nicolás me tuvo engañao, a las gueltas, y muchos días después salió con que él no hacía favores en dinero, "pa no perder los cobres y el amigo".

Así peché por primera vez con el desengaño. Me redotó Salí mal, sin coraje y sin rumbo, risuelto a dejarme dir tiempo abajo.

¿A qué hacer fortuna? ¿Y si la riqueza me yelaba el corazón? Preferí ser pobre y servicial.

Con tales pensamientos golvía a la querencia cuando, a'i por el estero 'e Manrique me encontré con un accidentao. Verlo, tirarme del lobuno y hacer por él cuanto estaba en mí, jué todo seguido. El enfermo resultó ser Agapito Cruz, criollo é' Pedregales, viudo y pobre.

¿Podía dejarlo en el callejón?

¿Vos lo hubieras hecho? Yo tampoco. Cuasi en brazos lo traje hasta la casa. Aquí tallé todo como a mí me gusta: patas pa'arriba. Ni allegaos, ni sirvienta ni gurí. ¡naide! Acampamos bien solos. Los primeros días, la muerte se acercó y anduvo arañando la puerta... ¿Cómo Agapito y yo hicimos guerra pareja, siendo tan disparejos? Cruz anda siempre apurao. Yo siempre tengo tiempo. El, por todo rabea. Yo, de todo me río. Estamos en las dos puntas; pero rellenamos con respeto esa diferencia.

Noto que corté la hebra del rilato; hago ñudo y prosigo. Mi aparcero estuvo en cama algunos meses. Durante ellos yo juí su curandero, su alivio, su pión. Dispués sanó y me dejé estar aquí quasi un año re-juntando juerzas pa' dirme. Hasta que una madrugada agarré el lobuno. Agapito me dejó hacer sin decir palabra. Até la maleta a los tientos y él seguía pitando callao. Por fin me le acerqué y al tenderle la mano:

—¡Adiós! — le dije

—¿Viene á almorzar?

—No, amigazo: me voy.

Quiso saber p'ande y pa qué. Y cuando se lo dije, me pidió que lo acompañase un año más. Asigún él, mi pago no se iba'dir de ande está y en su rancho.

“como no eramos casaos” seguíamos cabiendo bolgaditos. Le hallé razon. Solté el matungo. Tiempo después me aprietó un arisco. Cruz se entregó a cuidar-me. Y aquí me tenés, hallao siempre con un pie en el estribo, siempre por dirme y siempre en lo mesmo. Pa Cruz todo está regular. Pa mí -todo esta bien. Soy cuzco y ande quiera hago querencia.

De esta paz vino a sacarme tu carta. ¿Qué me tironaba pa Ñandú Culeco? “Yo — pensarás — tu único pariente”. ¿Acaso me has presisao temiendo salú, mujer y felicidad? Hoy es distinto. va no debe cruzarme 'e brazos pa ver pasar recuerdos. Iré. Aunque te previendo que me gustaría seguir ausente. Cuando lo vea en efeto, voy a estriñar, cuasi a echar de menos mi pago viejo. Desde aquí, esa querencia es lindaza y conserva olor a mocedá. Y vos sos pa mí, como eras hace años: joven, libre, risueño. ¡Qué sé yo!

¡No li hace, hermanito, voy! Que Cruz tenga pacencia, mi lobuno también y mis asentaderas. Siendo necesario hay que dejar el cómodo, sin lástima. ¡Se trata nada menos que de mis intereses, che! ¿Decís que se llama Giulita ese nación?

¿Y de ande sacó ese tal, que puede apropiarse 'e lo ajeno?

El gringo resulta largo de uñas y va a morir en la uña como los piojos.

¡Qué dijusto me espera con Agapito! ¡Y qué alegrón contigo al rejuntarnos! ¡Esperame!

Recibe otro abrazo a cuenta.

Mateo

¡Ah! Tenés mala memoria; yo dejé ese pago en el 99. Vale.

De Encarnación a Mateo.

Ñandú Culeco, febrero de 1914.

Señor Mateo Bailén.

En Pedregales.

Hermano:

Otra guelta escribo a rumbo.

¿Ande andarás?

¿Esta carta dará contigo?

No puedo creer que sigás muy sí señor, engolosi-
nando moscas en casa 'e don Agapito. Por más que
l'alma se te pasee en la osamenta, me duele pensar
en eso. Debo entender que, hace cuatro años saliste,
de Pedregales con miras de llegar a mi tapera... ¿Te
haberás cansao a medio camino? ¿Te perdiste? Ese
es el miedo mío. Vos no podés estar junto a Cruz. Lo
digo, porque te'mandao cartas y recados con propios
y alertas. ¡Todo al cuete!

Aquí mi mujer está que ni quiere oírte nombrar
¡Y con razón, Mateo! Pa esperarte, rigolucionamos la
casa, malvendimos un maíz, mudamos de cama a los
gurises... Serapia enriqueció a un turco mercachi-
fle (vos sabés cómo son las mujeres), y espere y
aguarde al cuñao, un mes, un año, dos. La pobre ha
pasao la vida bombiando el camino... ¿Qué te pasó
esta vez?

¿Andás tan rico, que no te importa perder cien
cuadras de campo flor?

Y vamos a dejar a un lado el bolsillo. Vos nunca
juiste descastao, óime Mateo en esa tapera viniste al
mundo, con dolor de la finada mamá. En ese patio
lonjiado ande hoy juegan mocosos rubios, vos co-

miste tierra al gatear. El trillo que ata al molinete con la portera del camino lo hicieron tus alpargatas al dir y golver del colegio. Bajo el "guaribay" grande nos hemos trompiaio muchas ucaciones. Allí los yuyos te dieron flores pa la primer novia y los cardos espinas en el primer basureo. Los primeros veinte años de tu vida, se jueron de vos ya y no se han ido de allí.

¿Vas a dejar que Giulita se quede con eso? ¿Permitirás, de puro abandonao, semejante herejía? Hay tanto criollo pobre con ganas de trabajar y sin tierra. Siquiera unos de estos aprovechase la tuya...

¡Dejate estar nomás! Pero ni el diablo, ni el tiempo se paran nunca. ¡No lo olvidés! A mi alerta, enrabo otro de Serapia. ¡Hacé algo una vez en la vida! ¡Llegá a tiempo! ¡Probá eso, aunque no sea más que pa saber qué gusto tiene una risolución!

Y no te abrazo. ¡Hoy estoy malísimo contigo!

Encarna.

De Mateo a su hermano.

Señor Encarnación Bailén.

Pedregales, febrero de 1914

Ñandú Culeco.

Viejo:

En la última decís algo que me ofiende. "¡hay tanto criollo". ¿Vos te pensás que yo no trabajo aquí? ¡Erraste, Encarna! Trabajo y no como pión como un patrón. No viá permitir que Agapito se deslome solo, che. Lo acompaño en todas, desde el copeo al arao. Cierto es qu'él a veces se aluna, cuando estoy

medio culeco y salgo a sudar Yo procedo igual con él en tales casos. Siempre me ha gustao ganarme el sueño y el hambre. Mi ambición va un poco más allá; pero se echa cerquita Vivo modesto, ¿no? Ando encerrao en una cáscara humilde Semejante al camuatí, tengo barro ajuera y miel adentro. En lo que no se ve, no me cambeo ni por un comisario.

Y paso adelante: a raíz de escribirte, dentré en un arretrato 'e juria tan grande contra ese Giulita, que hice la maleta, ensillé mi lobuno viejo, cargué un rególver del cuarenta y estuve a un gеме 'e dir p'ahí. No a pleitiar, ni a discutir a dentrar derecho a mi casa. apretar el gatillo y hacer un desparramo 'e gringos. Tales jueron mis intenciones, pero a mí siempre se me atraviesa algo en el camino, y esa vez el ostáculo jué nada menos que el propio Agapito. ¡Como l'ois! Cruz es mi amigo, y yendo yo a peligrar él quiso estar a mi lao. Lo que sobre el particular alegamos nos llevó una porción de días. El feo de esos naciones bien vale una pelea. Por mi campo doy gustoso mi sangre; pero la de Agapito no. ¿Interpretás?

Pasaba el tiempo y mi socio y yo nos bombiamos por debajo el ala. Los dos anduvimos de caballo agarrao esperando un descuido pa'estribar. Denguno afluejaba... Hasta que este pájaro 'e Cruz me desafiló el cuchillo.

¿Cómo?

Verás: hace dos años, cuando yo más me lambía por dir a sacudirme con los Giulita, Agapito me hizo pegar un galope de cinco leguas en la punta 'e las cuales había un rancho emponchao de madre selvas Allí nos apiamos Salió a recebirnos una paisanita trigueña, delgadona, ñata, la cual lucía, emprestaos,

por favor muy especial del cielo, los ojos claros más grandes que "Tata Dios" tuvo a mano aquel día.

—Mi hermana Julia — presientó, Agapito

Yo, Encarna, he de haberme puesto pálido visto que la moza riendo, me ofreció un mate 'e cedrón. Gueno a la media hora 'e palique con ella, el arisco se mudó en rocín. Desde entonces hasta aura, te juro que sólo de tarde en tarde entre hostezos, me acordaba del campo en peligro, de mi querencia, tan llena de luces malas y guenas, de vos, de mí y de todo lo que no juese Julia.

Enojate si querés pero es ansina Estoy enamorado con patas y todo Yo no sé si a vos te sucederá lo propio, pero lo que es a mí, el amor me adormece la goluntá Ando flojo che, como en l'aire por las nubes, asigún dicen Lo llevo como una cunita en l'alma Tanto es ansina que, muchos domingos por tal de pensar en mi novia, me olvido de ensillar pa dir a verla. ¿Es curioso, mesmo, no? Y redepente me pongo a carcular las leguas que nos separan, veo que á revienta caballo viá perder dos horas pa llegar al rancho 'e las madresevas y con el bozal en la mano, me acodo en los palos del corral y allí me estoy horas y horas...

¡Es curioso, che!...

Debés disculparme. Por ese amor no juí a verte Una vez a caballo, agarro siempre pa lo 'e Julia. Ya mi lobuno lo sabe .

Pero eso se acabó. ¡Basta!

Quiero ser ambicioso y decidido Si vieran cómo yo tengo todo arreglado en mi cabeza. ya tengo limpio mi campo, ya pinté el nido hace tiempo, tanto que comienza a despintarse otra guelta, ya nos casa-

mos y vivimos con Julia allí, en familia con la sombra 'e mama y mis cosas del colegio.

No pasés cuidao, hermanito. Aura sí voy de verdá Felizmente, entuavía estamos a tiempo

¿Cómo he podido olvidarme así?

Mañana agarro pa'nde vos. Sin falta Debo darle comodidades a mi china. No te pensés que los ojos de ella caben en cualisquier pañuelo... Quiero decirte con esto que mis cien cuabras apenas alcanzan pa lo que Julia merece. Decile a tu mujer que no arregle nada ¿ois? Lejos de mi novia, ande quiera y como quiera me hallo desacomodao. Y a más, no puedo quedarme junto a ustedes, juera del tiempo preciso, pa dir con el juez, desalojar a los invasores, poner llaves en las porteras y dejar un criollo con jusil pa chumbiar a cuanto gorrión dentre

¡Pucha que viá sufrir al dejarte 'e nuevo! ¡porque te quiero hondo, hermano!

Hasta aura nomás...

Mateo

De Encarnación a Mateo.

Nándú Culeco, julio de 1920

Señor Mateo Bailén.

Pedregales.

¡Bendito e' Dios!

¿Será posible que te dejés churrasquear de sentao?

Esta es la octava y última carta mía. Si ni siquiera me has de contestar, ¿a qué porfío? Ya no sé con qué espuela pincharte. Llamé a tu interés y no respondiste. Golpié las manos en tu corazón y no salió

naide Hoy tengo un solo portillo pa dentrar en vos tu verguenza. Todo este pago ha dao en mermurar Aquí se pone en duda tu coraje. Hay quien afirma que vos te dejás estar en Pedregales de miedo a los Giulita, quienes parece que hicieron una muerte allá en Uropa. Ayer, sin dir más lejos, tuve un altercao por salir a defender el guen nombre e' nuestra familia. De paso, saqué la cara por vos, aunque no estoy muy allá de pensar como todos.

Aura, hacé lo que te cuadre.

Los gringos se rain de vos, de mí y del juez, y tienen motivo mesmo, puesto que llevan por veinte años ocupando con valentía y muy tranquilos, el campo que unos criollos viejos le dejaron a un criollo dormilón. ¿Es el amor lo que te manca ansina? Yo me pierdo la pacencia preguntando de que cosa cansada y blanda juiste hecho, y, entuavía no he dao en el clavo. Ese amor que da alas a las tortugas, asigún dicen esa brujería del corazón que cambea los burros en parejeros y es nazarena clavada en la goluntá, a vos te amancarrona Mateo!

Y lo más raro de esto es que no sos ni negro, ni indiferente. Parece que solo querés a las personas y las cosas que tenés al alcance e' la mano Estoy seguro, pongo por caso, que pensás en mí muy seguido y me estimás deveras; como lo estoy también de que serías capaz de cruzar a media legua e' casa sin allegarte a darme un abrazo. Si me muriese reventarías tu lobuno por alcanzar mi entierro. Lo sé Tal vez, de pronto, se te haga ñudo en el tragadero ver que va cuento más de cuarenta años, que me dejaste mozo y he maduraó lejos de vos, que tengo gris el bigote y se nos gasta la vida a cada uno por nuestro lado. Eramos dos nomás. Ramas del mesmo tronco Nos

quemamos separaos calentando vos una cocina ajena y yo la propia, ande hirve l'agua pa un puchero que mi hermano ni ha probao.. En fin .. no quiero ponerme triste. Esta es la carta de un extraño, con el siguiente aviso: Mateo: pa sacar los invasores de tu campo ya van a hacer falta palas, pacencia, suerte y oro ¿Porque no me mandás un poder pa comenzar el juicio? Si no me hubieses tenido engañao con tu llegada, eso pudo hacerse con tiempo. No importa. Hacelo igual y tal vez nos remedee. Carculo te haberás casao hace añares Te agradezco la invitación que, a la cuenta, pensaste mandarme Si tenés algún gurí dejalo venir a pasar unos meses con nosotros; ansina desde casa, le enseño el campo que pudo ser suyo ..

¡Con los Giulita estamos a matarnos!

¿Vas a escribir el poder?

¿Serás tan hombre? ¿U seguís porquería?

Encarnación.

De Mateo a su hermano

Pedregales, mayo de 1925.

Señor Encarnación Bailén.

En Ñandú Culeco

Querido:

¡Pucha que estabas enojao aura cosa de cinco años!

¡Ayer, primer día crudo e' frío, pa no sacar una lechiguana, metí mano en mi baúl buscando en esa gatera un saco de abrigo Agarré uno a vuelo, tanteo los bolsillos y me encuentro con tu carta de Julio del

20' ¡Nunca sabrás lo mal que me agarró entonces, esa misiva! Ya estoy mejor. ¡Encarnación he cambiao mucho en tan poco tiempo!

Hace un lustro agatas, era novio, tenía ilusiones, ambición, juerza como pa llevarme el mundo de arrastro. Hoy sí que no sirvo pa nada. ¡Soy una porquería! Llevabas razón hermano Estoy con las raíces pa'arriba, sin sombra, sin pajaritos, caído del todo Con ser tan grande esta disgracia, cabe en cinco palabras Julia me dejó por otro. Y el desengaño me agarró débil, che Cuando hay juventú un palo es un maistro, mas a los cuarenta y tantos inviernos ¿pa qué sirve la lección?

Vos comprenderás que, cuando se sufren tales tormentos, los intereses y las cosas se achican mucho Estando grave el alma es hasta redículo sentir salú en el cuerpo ¡Plata! ¡Bienes!... ¡Bah! ¿Si ya no tengo con quién disfrutarlos, pa que los quiero!

La ingratitú de Julia me ha tenido sin juerzas pa nada. Esa mujer me empriestó calor... Por ella alzó llama mi tronco. De todo aquello quedó un tizón apagao...

Recién aura dentro a desperezarme. Ya recuperé algo del paladar. Verdeo. ¿De ande saco juerzas nuevas? ¡Dios sabe! Lo digo porque yo, que no creiba en nada de este mundo, hoy creo en la justicia .. ¡ya ves! Tengo fe en mí y en las leyes. Estamos en tiempo. Ni Giulita ni naide puede quedarse con una propiedá ajena. ¿La ocupó veinticinco años? Pués ha de lanzarla cuanto lo aprietemos entre el juez y yo. ¿En qué país vivimos?

No te mando el poder solicitao. Voy yo mesmo y ya verás lo que es tu hermano.

Mateo.

De Encarnación a Mateo.

Ñandú Culeco, marzo de 1928.

Señor M. Bailén.

Pedregales.

Hermano.

¡Ni viniste, ni mandaste poder! ¡Seguí nomás!

Serapia me tiene loco en juerza de pedirme que vaya a verte y te traiga a los tirones u te arranque el poder p'al juez. La pobre pasa el día llorando de pena, por la miseria en que te vas a ver, y de rabia, porque los gringos se salen con la de ellos.

¡Yo no pienso dir a verte, qué demonio! ¡Viá rezar más que el fraile! ¡Pa qué!

Mi deber es avisarte. Ansí lo hago. Además, e nombre e los míos, te ofrezco en mi casa un rincón pa que agonizés bajo techo y en mi campo un pedazo pa que descanses con los otros finaos de la familia.

Vos no te apurés...

Encarnación.

De Mateo a su hermano.

Pedregales, abril de 1928.

Señor Encarnación Bailén.

En Ñandú Culeco.

Hermanito.

¡Gracias! Esa oferta de tu última me ha llegado al corazón. Dende ya aceto pa mañana, pa cualquier día e' lluvia. ¡Casualmente ando tan triste! Me acusás,

cuando debías indagar el porqué no estoy ya en Ñandú Culeco. ¿No sabés que se me murió el lobuno? Ese amigo me dejó de a pie y enlutaó. Lo he sentido y lo siento mas que a un cristiano. Era todo lo que me quedaba de la querencia. Con él me vine y parece que se me han helao las piernas, ¡te juro, Encarnación!

A otro asunto. Te suebra cariño. A mí, lo propio. Pero yo soy más guapo que vos. ¿Por que te dejás redotar antes de la pelea? ¡Hay que tener más coraje, amigo! ¡Si la suerte no es tan mala con los criollos como parece! De aquí a tu rancho no hay más que dos u tres días de camino. Esta vez no te digo voy; pero viá dir sin decirte

Mateo.

De Encarnación a Mateo.

Ñandú Culeco, mayo de 1930

Señor M. Bailén

Pedregales.

Mi hermano.

Ya no vengás. ¿Pa qué? Ayer el gringo Giulita obtuvo el título de tu campo, fruto del esjuerzo suyo y de la cachaza tuya. Ellos tuvieron vino y acordiona. Nosotros, llanto y la puerta entornada. Te acompaño en el sentimiento. Ya no tenés donde cárte dijunto.

Encarnación

De Mateo a su hermano

Pedregales, mayo de 1930.

Señor Encarnación Bailén

Nandú Culeco

Encarna·

¡Qué me decís! ¡Qué injusticia! ¡Me han robao el campo! ¡Dispués de todo lo que hemos hecho!... Pero consolate, hermano, pensando en que estaba de Dios...

Mateo.

DE PASO

Apolinario toca en la espalda al mayoral.

—Me abajo aquí — dice. — ¡Asujete!

—¿Pero usted no venía a lo'e Morales?

—Cierto.

—La tranquera está unas cuadras más allá.

A pesar de eso el pasajero insiste en descender. Es fuerza complacerle. El mayoral afirma ambos pies en el pescante. En vez de recoger los brazos, se tira hacia atrás con todo el cuerpo, desvía el rostro, y aprovecha la postura para hacer una guiñada a la más bonita de las viajeras. Después de tironear mucho, consigue detener al caballo, las tres yeguas y la mula zaina del "tiro".

—¡Apéese!

Apolinario da la mano a cada uno de los ocho viajeros. Sus ocho.

—¡Guen viaje!

Provocan otros tantos.

—¡Hasta la vista!

Luego tropieza con las rodillas de una señora, pisa a otra, pide disculpas, suda y por fin descende entre el rechinar de los elásticos. Sin reparar en que lleva una pierna del pantalón recogida y muestra el botín alto, la media rosada y la cinta del calzoncillo, avanza hacia el pescante.

—¿Cuánto le debo, mayoral? — pregunta.

Cruza la pierna el interrogado. Saca su tabaquera. Arma. Ofrece. Apolnario, fatigadísimo agradece por señas. Sin asomo de apuro, el mayoral da tres o cua-

tro humadas. Los tábanos aprovechan la detención. Cébanse en las bestias. La "delantera" anuncia cada "puazo" con un cascabeleo. Son las diez de la mañana. Cae un sol de justicia que incuba a los pasajeros. En el interior de la diligencia aparecen pañuelos y abanicos. El mayoral no se apura. Parece calcular el precio del pasaje. Al cabo, pregunta:

—¿Usté es de por aquí?

—Sí, señor — responde Apolinario — Soy Morales, pa servirlo... Apolinario Morales.

—¡Tanto gusto!

Cambian un apretón de manos.

—¿Será pariente e' doña Isabelita, usté?

—Con ella semos hermanos de padre — contesta Apolinario.

Eso dicho, vuelve la cabeza y se pone a contemplar, con visible emoción los ranchos donde nació. El mayoral aprovecha para examinarle a gusto. Apolinario, con su cabeza gris, su bigote casi negro, pero alicaído, su delgadez y sus ojos mansos y húmedos, se le antoja un infeliz. Observa las manos curtidas, deformadas, grandes. Son como dos nudos hechos a los brazos demasiado largos, cuando las mangas del saco empezaron a acortarse. Su ropa fue negra. Habla de un luto lejano, remoto, desteñido también. El curioso renuncia a contar las manchas de aquel traje. Le faltaría tiempo. Nota que algunas son frescas porque "ajuntan" moscas. Otras han sido remozadas por el polvo del camino. Cuenta los botones que faltan al chaleco y los que necesita urgentemente el pantalón y deduce que Apolinario o es viudo o se casó con una mujer indiferente. Su voz, su manera de juntar muchas palabras y dar suelta a muy pocas confirman sus presunciones. Morales "jiede" a desventura. Esto

averiguado, nota que el infeliz continúa respirando con dificultad.

—¿Estuvo enfermo, y disculpe?

—De los bofes, mayoral — responde Morales, — pero ya voy mejor.

—¡Ah — espera que deje de toser, e interroga.

—¿Viene por pocos días?

—Traigo miras de quedarme por aquí.

—Porque de nó, podíamos arreglarnos a la vuelta, don Apolinario.

—Eso es..., pero vengo a vivir con mi hermana — saca del bolsillo un portamonedas de vieja — ¿Cuánto dijo?

—Entonces, Morales, son... — descubre tanta inquietud en el enfermo, que, compadecido, rebaja la deuda — ... tres pesos. ¿Está conforme?

—¡Ya lo creo! — saca una a una las tres monedas Paga.

—¿No trai equipajes, Morales?

Se arrepiente de la pregunta. Apolinario baja las "vistas" y con gran embarazo, responde:

—Traíba un atadito... — palpa sus bolsillos, mira el callejón. — ¿Lo habré perdido?

Mientras todos buscan el "baúl" de Morales, un "asoliao" dice al mayoral:

—¿Por qué no arrima la diligencia a la sombra de aquel ombú?

Aunque la enorme sombrilla se abre a pocas varas del vehículo, el conductor sigue "pitando".

—Ya vamos, amigo — dice. — Tenga un poco 'e pacencia...

Por fin "hallan" en el piso del coche el bultito de Apolinario.

—¡Aquí está! —grita un voluntario. — ¡Sírvase!
— Por la ventanilla alcanza a su dueño el equipaje, grande como un puño, envuelto en papel de diario y atado con un tiento.

—¡Gracias!

—Adiosito...

—¡Vamos!

Las bestias arrancan y el empolvado vehículo se aleja con sus víctimas.

Apolinario pasa varios minutos inmóvil. Cuando la diligencia se desdibuja entre el polvo, busca la sombra del ombú. Alcanza los alambres y allí reposa como un pájaro. Desearía lagrimear. No lo consigue. Siente ardor en las "vistas", y nada más. ¿Será posible que "este" tan reseco? Le atemorizó la idea de topar "redepen" con Isabelita. Pensaba que al verle, ella lloraría. Está seguro de conmoverla. Cuando vea su cabeza casi blanca, lo reprenderá. Y con razón. Se quieren mucho, debieron probarlo constantemente, estaban solos en el mundo y sin embargo pasaron veinte años alejados. Ella perdió a un Apolinario, mozo, fuerte, lleno de confianza, y la vida se lo devuelve tísico, envejecido, en derrota. Morales necesita prepararse para el encuentro. Por fin respira en su pago. Percibe el aroma del aire. Allí, en el bajo, está su nido perfumado de malvones y humo. Entró en mil cocinas criollas, de trashoguero y llanta, y en ninguna "halló" el olor inolvidable de la leña del pago. Muchos ladinos se burlaron de sus manías. Dijéronle que el agua de todos los pozos tiene idéntico gusto. A pesar de ello, Apolinario extrañaba el cimarrón de su casa. Era sabroso de juventud y dulce aquel amargo. Sus pupilas encandiladas buscan el pozo que abrió el "finao su padre". Allí está. Con-

tinúa siendo fiel servidor de los suyos. Pronto hundirá la cara en el balde abollado. Trae sed vieja, sed de cansancio y fiebre, sed de perro. Solo esa agua la puede apagar. Enseguida contempla el galpón. Se le ocurre que ha crecido. Luego, comprende ese rancho grande, forrao de zinc, no es suyo. El otro era de barro y paja. ¿Quién se lo llevó? ¿Un viento indiferente? Recuerda que cierta mañana su madrastra le dio allí buena tunda de palos. El se reía. Era mocetón, ya. Andaba de novio. Pudo quitar el garrote a la viuda y dominarla. Recordó que su tata había querido mucho a esa mujer y, por respeto a la memoria del finado, dio el lomo a la tormenta. Hizo mal. Su "madrastra" se envició. Por cualquier pretexto empuñaba, después, el chicote. En vano Isabelita poníase en medio, se abrazaba del hermano, gemía ..

—¡Apartate!

Porque la hermana siempre tuvo un alma "especial" Apolinario la evoca. rubia, de doble trenza, con muchas pecas y los ojos un tanto "saltones". Ella soportó la mitad de los palos, puso un beso en cada cardenal y se declaraba responsable de toda diablura. Una tarde Apolinario le preguntó:

—¿Por qué me odeas tu mamá, Isabelita?

—¡Y sos guenazo, vos! — repuso la niña. — ¡Y trabajás como negro!

Sí. El araba de sol a sol para enriquecer con energía el campo flaco. Recordó a Isabel, que como hijo del finado, era dueño de una parte de la chacra. Poseía veinte cuadras. Acababa de cumplir la mayoría de edad y si la madrastra porfiaba en mortificarle, iba a pedir división de bienes. La Nata le animó.

—¡Haceló! — dijo. — Prefiero padecer miseria antes que verte forastero en lo tuyo.

—¿Y si me juese, hermanita? — preguntó.

—¿Lejos?

—¡Ande Dios sabe!

Isabelita se abrazó de su cuello Nunca olvidará Morales el angustiado rostro de la chica. Fue hermosa su cara durante un minuto. Porque, al revés del común de la gente, la Nata se embellecía al llorar. Apacible, era fea. Sonriendo, mostraba las encías largas. Esta carencia de atractivos aciduló el carácter de la madre y dulcificó el del hermano.

—No te me vayás — dijo — ¡Pensalo!

Y no encontrando, para retenerle, mejor manea que sus ilusiones, habló de ella:

Contaba quince años. Pronto iría al primer baile, donde estaba segura de dar con su pretendiente Este sería criollo, trabajador y pobre La viuda trataría de apagar esos amores. Tuvo los suyos a disgusto Cansada estaba de vivir mal y soñaba con yerno acaudalado.

—Vos, Apolinario, serás amigo de “él”, ¿cierto?

—¡Claro! — exclamó.

—A tu amparo nos veremos — agregó la fea. — Me llevarás las cartas... ¡Quedate!

Y esto le decidió a partir. Isabel tenía un solo encanto: su chacra. Creíase bella y era generoso mantenerla en el engaño. Acaso algún ambicioso llegase a su tranquera Apolinario no temía el casamiento por interés. Quien tratase íntimamente a su hermana no podía menos que respetarla y quererla. Decidió empobrecerse para aumentar en veinte hectáreas la carnada

—Hermanita — le dijo, — ¿me empréstas tu lobuno?

—¿Ande vas?

—Al pueblo — repuso.

—Llévalo; pero no lo castigues...

En la notaría del pueblo vecino hizo cesión de su patrimonio en favor de Isabel. La envió la escritura con cuatro líneas: "Ñata: Acetá ese presente Deseo "que en lo que jué tierra mía trabaje pa vos tu novio "pobre. Casate pronto y ricordame. Me voy pa poner "paz en casa. — Apolinario."

Así dejó su rancho, sin bienes triste y caballero en un potrillo lobuno que porfiaba hacia la querencia. Había olvidado en absoluto a ese compañero de su salida. Hoy lo recuerda. Durante un año anduvieron juntos de chacra en estancia, trabajando y pasando trabajo. Se querían. Soportaron garúas, heladas y sol. Ese lobuno había nacido en la chacra paterna. Una mañana lluviosa, Apolinario lo encontró en el fondo del campo. La yegua murió en la parición, y el potrillo amenazaba seguirla. Con mamadera lo salvaron Isabelita y él. Se crió guacho, mimoso, "artero". Le seguía como un cuzco. A su tiempo lo amansó para la "Ñata". Y en ese pingo se fue a ganar la vida. Cierta día, Apolinario harto de miserias entró en la primer pulpería del camino. Allí le estaba esperando la desgracia. ¿Quién agotó su proverbial mansedumbre? ¿Fue la caña, la ausencia o el finado insolente? Sabe que alegraron, que recibió una bofetada, y que mató al manolarga. Tuvo tiempo para saltar sobre el lobuno, amenazar con su revólver a varios comedidos y huir. Un policía le persiguió. Disparaba al rumbo, buscando sierra, estero o monte crudo que le amparase. El lobuno empezaba a sudar, cuando lo "rayó" en una tranquera. Era linda y buena la moza que salió a darle ánimo.

—¿Ande queda el monte? — preguntó.

A la vista del milico ella le dio las señas Apolinario cerró espuelas Al volver la cara, la china le tiró un beso. A poco el fugitivo apretó alambres y cortó campo. El policía le imitó. Continuaron corriendo Notó que el lobuno se fatigaba Le habló como a una persona.

—¿Qué es eso, amigo?

Tuvo que castigar. Dolíanle los rebencazos ¿Mataría al guachito de Isabel. Temblaba el pingo; pero seguía a media rienda, sangrante las verijas, estirando el pescuezo. Recordó, entonces, a la dueña. La prometió cuidarlo Temió que su libertad no valiera lo que el potrillo. Este era inocente y él, en cambio, acababa de cometer un delito Convino en que había matado en ley, acosado, ofendido y a lo varón ¿Por qué huía, entonces? Empezó a ver la línea oscura del monte. Ahora pasaba entre talas y pitangas. Sólo faltaría una legua más. Pero sintió que el pobre pingo se moría. Quejábase. Galopaba ahogado por el corazón demasiado grande, propio de caballo criollo que no afloja nunca. ¿Para qué sacrificar a ese guapo? ¿Quién esperaba a Morales en ningún pago?

—Naides — se dijo.

Pensó en Isabelita, ¡tan cariñosa con su lobuno! Y para quedar bien con ella, sofrenó.

—¡Ríndase! — gritó el policía apuntándole con el máuser.

—Estoy entregao — repuso.

¿Qué fue de su caballo? Quedó a la buena de Dios en una comisaría. Ni siquiera pudo devolverlo a su propietaria. Pensó en ello, pero temió que Isabel se asustase al ver llegar el potrillo con recado y sin jinete. Además, era “justo” que la “Ñatita” ignorase lo ocurrido Apolinario quería pagar solo su deuda.

Tal vez la hermana fue quién armó su brazo, porque ella estaba presente en toda altivez del paisano, mas si le dio coraje en la ocasión, por ello merecía sonrisas y no lágrimas. Para evitar verguenzas a su hermanita, calló su apelativo, negó su familia, dijo haber olvidado hasta el lugar de su cuna. Y con fama de taimado, insolente y mentiroso, marchó bajo custodia a la Capital. Al salir de la comisaría para tomar el tren, vio por última vez al lobuno. El potrillo, muy flaco y muy sucio, lo reconoció.

—Centinela —rogó Morales,— ¿me deja dir a palmiar a ese caballo?

—No, señor ¡Siga!

Y siguió

Apolinario fue condenado a diez años de presidio. Esta mañana, bañado por el sol, recibiendo en la cara el aire caliente del pago, no consigue revivir la asfixia del largo encierro. Recuerda que en la cárcel aprendió un oficio. Al terminar su condena, esperaba trabajar mucho y rehacerse. Nadie lo fue a consolar. Durante dos lustros, cada día de visita aguardó la llegada de Isabel, su única amiga. ¿Pretendía que ella adivinase su situación? Sí. Al avanzar el tiempo comprendió su error. Sin embargo, a pesar de extrañarla mucho, no le escribió nunca. Tuvo el valor de no llamarla. La "Ñata" sufriría demasiado al verle entre rejas, con el uniforme del penal y el número pintado sobre el corazón. Además, estaba enfermo. No quiso cuidarse un constipado tenaz. Tosía. Tuvo temperatura. Ocultó su dolencia. Meses después fue llevado al hospital. Y allí, un compañero de miseria le habló de los suyos...

—,Usté es de mi pago, mesmo?

—De muy cerca, sí señor — repuso el otro enfermo.

De cama a cama unieron sus manos sudorosas.

—, Conoció a los Morales?

—Ya no queda más que uno — observó el paisano. Apolinario perdió el habla. Al mucho rato pudo preguntar, temblando de miedo:

—¿Cuál de ellas es la finada?

—La viuda.

—¡Ah!, — rió en silencio. — Pronto podría volver a su rancho. Isabelita quedaba en libertad de casarse con el criollo humilde. ¿Andaría en amores ya? — ¿Y la moza? — interrogó.

—Ha mejorao mucho.

—¿De qué mal?

—De su feo.

La franqueza del informante le entristeció. Para todos los indiferentes su hermanita era poco agradada. Sólo Apolinario podía “hallarla” bella, adornada con virtudes y valores ignorados de todos.

—¿Será que engordó, paisano?

—Mesmo. Desde el casorio comenzó a echar carnes... Parece muy feliz. — interrumpió su charla para mirar al tísico que había roto a llorar. — Perdóneme — dijo — si lo he lastimao.

Apolinario le animó. Pidió disculpas. Se avergonzaba de aquellos “aflojes”. Los achacó a la dolencia que padecía. Entonces el vecino, pintoresco, le condujo a su hogar. Borráronse los muros, cesaron los lamentos y Apolinario vio a Isabelita feliz. Había llegado al nido. El la tendió su mano. Luego, para darle cancha, se encerró entre hierros. Desde entonces empezó Morales a revivir. No tenía nada más que su tisis. Faltábale todo: dinero, salud, mujer, y hasta ilusión para buscarla. Reharía todo. Para conseguirlo contaba con la dicha de la hermana.

—¿Quién es el marido de Isabelita?

—Perucho Barcala.

Según informes, el cuñado reunía dos de las condiciones ambicionadas: pobreza y amor al trabajo. Era criollo "agatas". Nació cuando el transatlántico avistaba las costas de América. Su escasez de raigambre gaucha estaba compensada con su sobra de laboriosidad. Barcala parecía salvo de vicios; "pitaba ajeno" y tomaba "convidao". Era aficionado al mate cocido, que agrada y permite trabajar. Teníanle por maturrango, caminador y "pájaro" en los negocios. Desde que entró a la chacra de su consorte todo lo que "tranquiaba" empezó a galopar. Los peones que servían de estorbo fueron despedidos. Un viejo inútil que se encorvó de tanto inclinarse para llenar el cunarrón fue a morir en el rancho vecino.

—¿Es tan duro el Barcala? — dijo con amargura Apolinario.

—No es eso, don. Lo han criado en otras costumbres, ¿comprende?

Comprendió. Desconocía a Barcala; pero no ignoraba el poder de Isabelita. El gringo sería lo que su consorte resolviese. Apolinario le imaginaba tomando, dentro de poco, cimarrones muy "conversaos". Un año bastaría a la "Ñata" para sacarle domador. Creía verla llegar al surco llevando de la mano a cualquier haragán con hambre. Era imposible negarle nada, porque sabía pedir abriendo mucho los ojos húmedos, a un paso del sollozo. Tranquilizado al respecto, Morales, sólo hizo al enfermo dos preguntas más:

—¿Se quieren los recién casaos?

—¡Mucho!

—¿Han encargao algún hijo?

—Creo que sí . .

Han pasado dos lustros desde entonces. Apolinario confía encontrarse con media docena de sobrinos. Sus ojos los buscan por el patio. Entre las primeras parvas; no da con ningún gurí. Recorre luego el campo arado, escudriña aquel maizal, registra el trigo y vuelve a fracasar. Cuenta hasta diez hombres que van y vienen sobre los surcos. Todos son varones hechos. Nota gran movimiento en el galpón. Acaso los niños jueguen allí, en la misma querencia infantil de su mamá y el tío Apolinario. Le atrae. Cabestrea y empieza a caminar. Sufre rudo ataque de tos. Jadeando prosigue la marcha.

— ¡Menos mal que estoy llegando! — murmura.

Temió “reventar” en algún rincón del boliche. Se puso en camino administrando las energías. Ya está en la tranquera. Vuelve más pobre que cuando partió. La vida fue su segunda madrastra.

Trabajar. Hasta último momento esperó hacer fortuna. Soñó demasiado. He ahí su enemigo. Primero proyectaba llegar a lo de la “Ñata” en un caballo puro, aperado con rumbo. Se apeó de esa ilusión cuando “vido” que ya no podía estribar. Entonces resolvió efectuar el regreso en coche propio, tirado por dos yeguas lobunas, parejas y amaestradas en el trote. A su llegada, los peones bajarían del pescante infinidad de regalos. ¡Sueños! Ese castillo se lo voltió un golpe de tos. No tiene salud ni cura, ni dinero. Para obsequio de los suyos sólo pudo comprar algunos bizcochos. A esto quedó reducida su magnificencia. Le resultó horrible presentarse con las manos afiebradas y vacías. Avanza. Recuerda la generosidad de Isabelita y cobra ánimos. Sabe que está en su casa. Que es dueño de los corazones. Su estrella le debía esta reparación. Están a mano, en paz.

Se aproxima a la población. Ahora cruza cerca de dos peones que le miran sin curiosidad y siguen arando. Al llegar al patio grita con toda el alma

—¡Isabel!

En la ventana de la cocina asoma la cabeza una mujer.

—Ahí la buscan, señora —dice volviendo la cara. — A poco pregunta al visitante: — ¿Quién es usted?

—¡Dígale que está Apolnario!

Se oye un grito, Isabelita sale a la puerta. Se miran

—¡Vos! — grita ella ahogando el llanto.

—¡Natita!

Apolnario no puede moverse. El atado cae de su diestra. Se desparraman por el suelo los bizcochos. Se abrazan. Pasan largo rato así, trémulos, enternecidos, silenciosos. En todas las puertas aparecen extraños que miran, sonríen y cambian preguntas. Los dos hermanos olvidan separarse. El no consigue dar con la palabra bastante dulce; ella busca la queja, el reproche más tierno. Renuncia a encontrarlo. Sin embargo, es la primera en reponerse.

—Liandra — dice a la peona — ¡cuidá vos el puchero!

Y la sirvienta, con el delantal en los ojos, entra a la cocina.

Isabel toma la diestra del hermano, se inclina y besa la mano curtida.

—¡Apolnario! — dice, — ¡Ingrato! ¡Cómo has tardao!

De aquella “Ñata” suya, sólo quedan los ojos. Isabelita acaso conserve el alma “especial”, pero perdió su coquetería. Usa pañuelo de algodón. Viste ropa remendada. Calza chancletas.

—¿Me creibas dijunto? — le pregunta.

La hermana no oye por atender a un muchacho que grita desde un petiso “sillón”:

—Patrona, le manda recomendar don Barcala que no les pierda pisada a los deschaladores.

—Decile que bueno — responde la dueña de casa.

Y cuando el gurí tornea a su montura, agrega: — ¡Y avisále que llegó mi hermano Apolinario! — Enseguida lleva al tisico al galpón, donde una máquina y varios peones trabajan entre cerros de mazorcas. — ¡A ver si no aflojan! — dice, autoritaria — Y al volver al patio, suspira con desahiento y se queja a Morales:

—¡Pa que hagan algo, hay que estarles siempre encima a los criollos, che!

¡Habrá oído bien Apolinario? ¿Le habrán cambiado a Isabelita por esa mujer gorda, de alma exigente, agringada!

—Aquí, hermano — dice — todo el mundo cincha. Empezando por tu cuñado, que es un hombre duro con él mismo. Y vos comprenderás: ¡jaramos ciento ciencuenta cuabras! — agrega que cada mes emplean un capital en jornales. Su marido, de raza extranjera, gana mucho, gana tiempo, gana siempre. Historia su vida conyugal. El primer año exprimieron la ubre del matrimonio. Recuerda que su tierra era flaca, pequeña: un pañuelo; “algo redícula” subraya despectivamente. Dios les puso a prueba. Envío contra el casal una sequía “baguala”. Perdieron la cosecha. Mas no se entregaron Barcala enflaqueció Ella misma hubo de salir al campo. Porfiaron en yunta como bueyes. Y vencieron al fin Entonces sintió los síntomas del embarazo. Mientras pudo, no abandonó la mansera. Hasta que, demasiado pesada, no tuvo otro

remedio que ganar el lecho. Haraganeó una semana. Llegó el primogénito.

—¿Sabés cómo se llama?

—¿Cómo el tata?

—No; Apolinario, como el descastao del tío.

Morales se emociona. Enseguida deja de pensar en el tocayo porque le preocupa encontrar manera de referir sus propias desdichas. Con angustia siente crecer en el palique, la riqueza y la vanidad de su hermana. Teme que la suerte de Isabel, el brillo de tanta reja pulida con el uso y el oro de los trigos, le acobarden. El también tiene orgullo. Fue lo único que no perdió. ¿Le permitiría confesar su fracaso? Si la "Ñata" callase ahora, aun le sería posible contar sus miserias, mas Isabelita continúa hablando de lo suyo. Canta la mansedumbre boyuna del marido. Destaca que jamás tuvieron ningún altercado. "El" no se mete en nada. Es tolerante y silencioso. Vive pensando en el porvenir. Al hablar de Barcala, Isabel sonríe, sugiriendo que domina al compañero. Lleva la "orejera". Sin gritos, dulcemente, maneja su máquina de hacer oro. A pesar de ésto, reconoce que los años han modificado su carácter. Era una paisanita romántica, mano abierta, "créida". Ha cerrado los puños. Por el pago vagan más indolentes que hambrientos. Antes de ayudarles es preciso averiguar si carecen de pan o de verguenza. Antaño no lo hacía; pero hoy considera injusto que su marido se "deslome" para costear "cebaduras" a los haraganes. "El" no se opondría a ninguna criollada de su consorte. Es incapaz de eso. Tiene plata, podría sentir orgullo y, sin embargo, continúa tan modesto como antes, gastando las mismas botas y la misma sencillez. Apolinario se "arrolla". Le aplasta el peso de dos trilladoras, un tractor y quinientas

fanegas de maíz. La co-propietaria de tal fortuna sube sobre las espigas y desde lo alto pregunta:

—¿Y vos, hermanito, miraste por tu mañana?

Morales quisiera decir la verdad. Es demasiado tarde. No puede disminuirse. Quizá vencería su orgullo; pero hablando humillaría a Isabel. Apela a su imaginación. Rescata el catre que vendió para pagar su asiento en la diligencia. Con él amuebla un rancho que nunca tuvo. Sitúa su casa en medio de un campo que hizo crecer junto con la propiedad de la "Ñata". Ya tendrá tiempo de achicar su "estancia". .

—Tengo mi cruz, como dicen — responde.

—¿Chacra?

—No; pastoreo. Muy chico; no llegan a doscientas mis cuadras. .

Impresionada, la madre de Apolnario Barcala, exclama:

—¡Dios te las conserve! ¡Y andás vestido como un piñón! ¿A todos nos pondrá iguales la plata? — Medita breve espacio y, pensando en su hijo, pregunta:

—¿Enviudaste?

—Sigo soltero...

—¡Ah! — tras otra pausa. — ¿No tenés hijos, entonces?

—Por suerte, che — responde y, como le apena la codicia de Isabel, desvía el tema. — ¿Ande andan mis sobrinos?

—Perdí la niña. No me queda más que el mayorcito. Barcala y yo queríamos que vos jueses el padrino; ¡pero demoraste tanto!

—¡Llamalo! — ruega el tío.

—Está en el colegio. ¡Qué alegrón va tener al verte!

La llegada de Barcala interrumpe el diálogo. El chacarero es hombre alto, delgado, de barba inculta, color trigo maduro.

Avanza examinando una semilla.

—¡Viejo — grita Isabel, — te presiento a mi hermano!

Barcala entrega las semillas a su colaboradora.

—Son del bajo grande — dice Enseguida tiende al cuñado su diestra efusiva. Y calmoso, agrega — ¡Por fin se acordó de su familia!

—Era tiempo, ¿no?

El dueño de casa reprende a la consorte.

—¿Tenés a don Apolinario en el patio? — mujer.

—¿Vió gastar cumplidos con él?

Entran en la sala. Se sientan. Isabel ocupa un lugar junto al esposo. En seguida le abandona para instalarse a la vera de Apolinario.

—¡Esta — dice Barcala por la señora — tiene alegría pa'rato!

—¿Y vos, viejo?

Sonríe el chacarero. Es simpático. Respira franqueza y amor a su compañera. Callan. Apolinario seca el sudor de su frente. Está triste. No sabe por qué. Le han recibido con el corazón en la mano. Siente que la "Ñata" vive un día de fiesta. Encontró seres felices, acaso demasiado felices. ¿Qué esperaba? Isabel está junto a él, y la siente muy lejos. Los separan el marido, el hijo, los peones, el campo y la dicha. Comprende la mudanza de su hermana. Acaso ésta logre comprenderle a su vez. Disponen de tiempo. Apolinario no se hace muchas ilusiones al respecto. Pero confía vivir un año más. Eso bastaría. En su hogar, querido, auxiliado por la ternura de cada día, puede ser que el plazo se estire...

¡Lástima — observa el cuñado — que usted llegue cuando no podemos atenderlo como se merece.

—Yo soy buen pobre — contesta.

—Y, a mas nos quiere y desimulará —tercia Isabelita — ¡Tenemos la casa llena 'e piones!

—¡Bah! — suelta el marido.

—¡Claro!

La “Ñata” no separa los ojos del “ingrato”. Pasa de la ternura a la risa, sin transición. A cada instante echa mano del pañuelo Barcala habla mucho Nunca le han oído decir tantas palabras juntas. Agradece el arribo del cuñado. Convienen que, de vez en cuando, es bueno emocionarse. Al oírle, Isabel rompe a llorar. Los sollozos sacuden sus carnes blandas.

—¿Y por qué te contenés, mujer? ¡Desaugate!

Para no imitar a Isabelita, Apolinario piensa en cosas que le agrian el humor. ¡Por qué estará condenado a su optimismo! Nada le apaga ni la derrota, ni los sudores fríos, ni la “vichera”. Sigue mozo, desprevenido, bien “pensao”. La hermana, entre tanto, hizo rancho aparte, mientras él, como no tiene porvenir, como no ha vivido, continúa niño.

Pasan varios minutos en silencio .

Isabelita se incorpora:

—¡Apolinario — dice, — no pensés en que te me vas a dir!, ¿has oído?

“Resuella”.

—No pretendás juirte — continúa la “Ñata”. — Viá tenderte cama en un rincón. Pasarás aquí, en tu casa — subraya ésto, y luego de consultar con los ojos al marido, termina, — un par de días.

Barcala se adhiere al pedido. Entusiasmado, alarga hasta una semana su hospitalidad.

—¡No me contrariés, hermanito .. — ruega Isabel.

Apolinario baja la cabeza, mira sus botines empolvados en tantos caminos sin posada y responde

—¿Estás loca?... Me voy esta misma tarde Yo, la verdad, es que vine de paso...

MOCEDA

—¿Cuál le gusta, paisano?

Cirilo examina primero el “montao”, después el apero y por último la cara del interlocutor. Este, hombre flaco, de ojos hundidos y nuez brotada, espera, paciente, la contestación. Cirilo Mezquita “rumea”. Antes de comprometer opinión, mira largo rato a los parejeros. El pronóstico resulta difícil ..

—¿En qué tiro corren? — pregunta.

—Cuatrocientas varas.

—¡Ah!...

Vuelve a estudiar el punto. ¿Cuál de los pingos ganará? Uno es picaso de patas blancas cruzadas, el otro alazán. Ignora sus marcas y condiciones. A juzgar por el “cruzao”, puede que el caballo picaso, tal vez, quien sabe, a lo mejor, acaso gane. No lo dice, sin embargo, porque el otro pingo va en muy buenas manos.

—El alazán — interroga — lo corre “Saguaipé”, ¿no es esto?

—Ansí es.

—¡Hum!...

“Saguaipé” es monta de mucha experiencia. Corre a la antigua usanza: con malicia en el “vamos” y caballo en el tiro. Mezquita pesa indicios y condiciones, balancea el “pro” y el “contra”, mide a conciencia las probabilidades.

Entretanto empiezan las partidas. Uno de los parejeros sale atravesado, mientras el otro “pica” derecho, manso, “muy formal” .. Entonces Mezquita lleva la diestra al bolsillo y responde:

—Me jugaría con el alazán.

—¿Cuánto?

—¡Todo lo que tengo! — exclama resueltamente.

Ahora el jinete vacila. Estudia al vecino Cirilo Mezquita anda a pie, y a juzgar por los bigotes de sus alpargatas, el caballo debió morírsele cuando la última seca. Usa calcetines azules sobre las bombachas angostas color gris, desteñidas en las rodillas y vigorosas en las asentaderas. Su gacho fue negro en tiempos mejores y parece que los bolsillos de su chaleco quedaron de boca abierta cuando vieron el primer billete de un peso. Sin embargo, como a pesar del raído indumento, el mozo pudiera tener en que fundar su soberbia, el jinete pregunta.

—¿Y cuánto es lo que tiene?

—¿Pa jugar?

—Sí, señor.

—Un rial.

Al oír esto, el paisano de la nuez, disimula una sonrisa. Siente “comezón” de aceptar la apuesta y hasta de ofrecer “luz” con el “picaso”; porque entiende que un criollo, mozo y bien parecido, no debiera andar tan pobre. No se decide... Teme que Mezquita se ofenda. Y en esto oyen confuso el grito:

—¡Largaron!

Abandonan el diálogo para seguir la carrera. El vocerío apaga el chasquear de los rebenques. Frente a ellos pasan los parejeros en una línea; pero sobre la “raya” el alazán guaopea, se estira y gana por el hocico.

—¡No le dije, criollo!

El otro aprovecha.

—¡Ha ganao, amigo! — dice llevando la diestra al tirador.

Cirilo enrojece y responde

—¡Avisé! Si no llegamos a cerrar la jugada

—Tiene razón — responde el jinete, taloneando para alejarse — ¡Adiosito!

—¡Salú!

Mezquita permanece en el sitio, haciendo sonar su real en níquel. Vuelve el ganador custodiado por el agente de policía. Falta apenas una hora para la entrada del sol y parte de la concurrencia inicia el desbande. Cirilo continuaría presenciando las “cuadreras” que faltan; porque con el día se acortan los tiros y las pretensiones de la afición. Desde ese momento entrará a divertirse el pobrerío y él, entre los suvos, acaso consiga un “aporreo” que apueste contra su real y hasta se lo gane. Ha tenido una hermosa tarde. Pocas veces se divirtió tanto. En “ancas”, llegó a la fiesta y sale de ella con ganancia. Cierto es que un real no le alcanza para comprar el caballo que tanto necesita; pero basta para alquilar por cuatro o cinco horas la satisfacción de vocear a un candidato, enronquecer de entusiasmo, codearse con gente de rumbo, sentir un nudo en el tragadero y soltar alaridos indios al ver que su caballo ganó y pudo sacarle de pobre. Todo esto adquirió Cirilo con un solo real. En seis carreras acertó con los seis ganadores. Su primer alegría la debe al “bayo del abra”. En la segunda carrera se desgañitó ofreciendo usura con el lobuno. Luego dio “real y medio y luz”. Nadie se dignó aceptar. Quizá el verle tan en derrota temieron que el real resultase falso. El lobuno triunfó al galope, tal como Cirilo presumía. Así, desairado siempre y alegre a pesar de todo, “echó buena” cuatro veces más. Poco le importa no haber aumentado la ganancia. No es ambicioso.

Ahora, junto al "bandera", se alinean los cinco portillos de una "california". A Cirilo le gusta el oscuro. Ya no intenta jugar ¿Para qué? Largan la penca. El oscuro se queda "parao" y cruza luego entre el polvo y la rechifla. Entonces Mezquita comprende que la fortuna lo abandona. Ha pasado ya su racha y decide retirarse. Es lo prudente.

Con las manos en los bolsillos y "chiflando" una polca chacarera, se dirige al callejón. Saluda afectuoso a cuanto desconocido encuentra. Se siente amigo de todo el mundo. Paso tras paso, acércase a una carpa donde, entre el tintineo de las copas, alguien templea una viguela. La operación resulta larga. Tanto, que Cirilo tiene tiempo de mirar otra largada de "pirracos", ver la carrera, asistir desde lejos a la disputa de los sentenciadores, presenciar el retorno de los caballos y el músico sigue estirando la "prima". Mezquita intenta pasar de largo, cuando desde la carpa le gritan:

—¡Cuñao!

Se vuelve y encuentra a Ruperto Colmán, domador de flacos. Nunca pasaron de simple conocidos; pero hoy la caña en uno y el regocijo en el otro, los llevan a tutearse e intimar.

—¿Vas en ganancia, Cirilo? — pregunta Ruperto sin soltar la diestra de su amigazo

Mezquita observa de reojo al guitarrero, negro con mota a prueba de rastrillo. Deja al músico y, disimuladamente, pónese a bichar al comerciante gringo, de cejas unidas, bigote lunar de pelo y calvo. Después examina uno tras otro a los bebedores y entonces, como necesita su mano derecha para subrayar la contestación, tira de la diestra, la libera, y responde:

—Ansí... Ansí

Callan porque el moreno se compone el pecho y empieza a rasguear. Pero la "prima" sigue trasteando .. Es preciso aflojarla y volver a empezar. Nadie da la menor señal de impaciencia. Al fin, Cirilo, dice al oído del domador:

—¿En qué caballo viniste?

—¿Porqué lo preguntás?

—Pa saber si me llevaría en ancas ..

—No me parece, hermano traje el redomón.

Al saber esto, Mezquita decide perder el canto y ganar camino. Entonces el moreno arranca de las raíces del pecho un lamento agudo. Tiembla su voz, tal vez de encontrarse tan en lo alto de repente. Ese grito despierta a la ingrata que resulta ser rubia, por más señas. El consonante obliga al payador a irse por las nubes en busca de la lluvia que rime con el pelo de la heroína. Luego soporta bajo agua sus desdenes. Sin embargo, ni la indiferencia ni el mal tiempo, consiguen apagar su pasión. Las cuartetitas se suceden y Cirilo olvida la prisa para evocar su drama. El también sobrelleva entre pecho y "lomo" un amor infeliz: quiere y no es correspondido. ¡Si al menos supiera cantar para balarle a su china! Nació "des-templao". Sacude las alitas del corazón, pónese colorado, estira el pescuezo, y, a lo último, siempre se atora. Envidia al moreno. Desearía alquilarlo para que cantara en su nombre bajo la ventana de Francisca.

Cuando el payador deja de cantar, Cirilo dice en secreto a Ruperto:

—¿Cuánto pedirá ese jilguero por una serenata de encargo?

—¿Querés que te desempeñe con aquella?

—Tal vez a lo mejor vaya a saber —baja

las "vistas", tortura el bigote pintón, y no resuelve nada. Ruperto lo anima. En su concepto el cantor es muy gauchó. Se apresta a comunicar el pedido, pero Mezquita, rojo hasta las orejas, se opone.

—No le digas nada — ruega.

—¿Y eso?

—Dispués mejor. . ¿Sabés? Hay dimasiada gente aquí — tiende su mano al amigo — Ya te hablaré. .

Empieza a retirarse de espaldas, cohibido.

—¿Cómo anda tu cuestión?

—Mal hermano — responde. — Dispués te cuento . ¿Vamos juntos?

—Es temprano, che Nos estamos divirtiendo como ves . .

Cirilo tropieza con una estaca. Ríe antes que los demás, y, por fin, sudoroso y dolorido, logra salir de la carpa. Ya en la calle, vuelve a encontrar la polca y, con esta compañera, que le recuerda el baile donde cayó preso en los rigores de la Pancha, hace un buen trecho de camino. Marcha de cara al sol, muy grande ahora y fastidioso, pues rasa el horizonte limpio de nubes. Cirilo lleva de tiro su sombra larguísima. En los repechos cincha de ella. Siente deseo de pedirla que se apure y le alcance. ¿Para qué ir en fila cuando la calle es tan ancha? Escalona etapas que facilitan su avance. Ahora es un ombú recortado por la luz del poniente. Cuando llega al ombú, busca otra querencia. A lo lejos, entre el cardal azul, descubre un ranchito. Camina hacia él, pero antes de llegar, es alcanzado por los primeros jinetes que vuelven de las carreras. Pasan al galope. Son seis o siete. Algunos llevan cara de entierro y otros de bautizo.

Entre éstos, Mezquita reconoce al paisano de la "nuez".

—¿Qué tal, amigo — grita al peatón.

—Y... ¡lindo, no más! — responde.

A poco, recibe el saludo de un tape que lleva del cabestro al famoso "bayo del abra" Mezquita, emocionado, palmea el anca del flete. Desearía trotar junto a ese amigo. Desde hace un mes, el recuerdo del parejero le ha seguido a todas partes como un cuzco Recostado a los alambres de su huerta. Cirilo presencié cada vareo y aun cada corrida del bayo. Entre la aparcería no faltó quien dudase del triunfo unos por la excesiva longitud del "tiro", otros, bachellos, ponían reparos a la monta, porque Aniceto Benítez, mal llamado "Saguapé", no les inspiraba confianza. El único que jamás dudó de la victoria, fue Cirilo. El día de la carrera, con buen o mal tiempo, se jugaría hasta la ropa. Y esta mañana se encontró tan pobre como siempre. Para conseguir cinco pesos, pasó la vergüenza de pedirlos prestados. Después de mucho vacilar, formuló el petitório y no tuvo éxito. Hasta medio día esperó la llegada de algún amigo, para pedirle no ya dinero, ni siquiera caballo; sólo un pedazo de éste: el anca. Ningún jinete pasó por la huerta. Entonces Cirilo tomó solo, pobre y de a pie, en dirección a la cancha. Cuando llegó, los parejeros empezaban a partir. Entusiasmado, se abrió camino por entre los curiosos, desafiando las coces de los ariscos, alcanzó la primera fila y un milico grosero se lo llevó por delante. Alegaron. Por poco acaba el día en las "guascas". Pensó presenciar la justa. Tenía de su parte la razón y la simpatía de los mirones, pero se calló la boca... ¿Qué podía hacer? Con la cabeza gacha pasó a retaguardia. Mar-

chito, caminó hasta la "sentencia" en procura de algún claro. Todo el concurso cruzaba apuestas. A poco, el entusiasmo general contagió a Cirilo. A media voz, con miedo de ser oído en el fondo, olvidada su pobreza, empezó a ofrecer:

— ¡Cinco pesos al bayo!

— ¡Van! — repuso un criollo

Al ver que el desconocido llevaba la mano al tirador, Mezquita se dio prisa a prevenir:

— La verdad, don, que yo apuesto sobre mi palabra...

— ¿Cómo dijo?

— Como l' oye.

El otro le miró desde el gacho descolorido hasta las alpargatas:

— Ansina no van — dijo — y disculpe. .

— No hay de qué . Otra vez será...

Desde ese momento, Cirilo empezó a rebajar el monto de la apuesta. Ofreció un peso. Nadie aceptó.

Bajó a cinco reales Nada La gente estaba por el depósito inmediato. Por fin, desesperado, ofreció un real, uno sólo y otro paisano, tan pobre como él, le tomó la palabra.

Han pasado varias horas desde entonces y Mezquita continúa enternecido.

— ¿Cuál es su gracia? — preguntó al cobrar la apuesta.

— Ustaquio Sosa — repuso el perdedor. — ¿Y la de usted, si no es curiosidá?

Dio su nombre. Cambiaron algunas preguntas. Sosa resultó ser pariente lejano de un compadre de Mezquita. Dijo que acababa de perder a la esposa, muerta de pasmo. Cirilo notó entonces sobre el saco de brin, un brazal de crespón y en el sombrero de paja

to-tada, el fumo ancho y lleno de polvo Aprovechó para darle el pésame Antes de la otra carrera va sabía que "Ustaquio" quedó con cuatro criaturas y la suegra que "cuasi" hacía la quinta por sus choche-ces. .

—¿Quiere desquite? — preguntó al viudo. —

—En esta carrera no tengo preferencias, Mezquita.

Por su gusto hubiera seguido toda la tarde con el nuevo amigo. Sin embargo, se alejó para que Sosa jugase libremente. Antes de separarse, le dijo:

—Yo, don Ustaquio, cuido aura una guerta'e fruta a'i en la costa.

—¿Cerca?

—Sí, señor.

—¿Cuándo va' dir por allá a matiar un rato?

Sosa se disculpó Ahora resultaban difíciles sus salidas. Tenía que valerse de una vecina para que cuidase de los muchachos y, además, precisaba ir con tiempo bueno y no muy caluroso...

—¿Me comprende? — termina.

—Es justo — convino Mezquita — Pero vea de dir el domingo .. ¿Oye? Y lleve maletas, así se traí un par de sándias pa sus niños. . Ya están pintonas ..

Pasado el alboroto del día, vuelve a recordar al buen criollo Sosa Paladea por anticipado el palique del domingo Desde que Pancha empezó a despreciarle, Cirilo busca un hombre de experiencia a quien pedir consejo Hoy está seguro de haberle encontrado. A solas con su ignorancia, ¿cómo saber la verdad? ¿Y cómo hablar de la moza ante un mostrador de bolche? No cuenta con allegados ni parientes. Cuando perdió el "tata", no supo lo que perdía. Recuerda que era muy "guri", que le pusieron un delantal de

luto y que su tío político, Nicasio, le reprendió porque no lloraba. Después, al cumplir once años, la tía Esmeralda lo llevó a su rancho para que jugase con el primo Pedrito, que no caminaba aún. El peso del pariente lo dejó "cacunda". Con el infante siempre en brazos y la cara llena de arañoses, Cirilo se "divirtió" durante varios meses. Dejó al niño en el suelo para hacerse cargo de Isabel, primita recién traída de "Uropa". Fue sonajero, andador y cabeza de turco. Perdió el uso de un brazo, destinado únicamente a cargar con la pequeña, que lloraba de continuo como si tuviese hormigas negras entre los pañales. Con la mano libre aprendió a manejar la escoba, la cuchara y, de noche, la pluma. Así aprendió a leer en letras de imprenta y a contar hasta cien. Una tarde, mientras sus tíos sesteaban, Cirilo se durmió a la sombra de un paraíso. Isabel aprovechó el sueño del sirviente para recoger una semilla del suelo e introducírsela en la nariz. Los berridos de la niña despertaron a Esmeralda. Esta vivía bombeando al sobrino porque se le había puesto que "el muy judas de Cirilo" pellizcaba a la mamona. Aquella tarde, Mezquita fue acusado como autor de la diablura. En vano el muchacho protestó su cariño por la nena, refirió lo ocurrido y demostró su inocencia. Los tíos decidieron devolverlo a su madre. Conocido el mal genio de la "mama", la fortaleza de su brazo y su debilidad por Esmeralda, el chico previó que iba a madurar bajo los golpes. Por eso cuando lo despacharon a pie y con la "carta del negro", Cirilo resolvió equivocar el camino del rancho materno. Desde entonces campó por sus respetos. Conoció mundo y hambre. Fue gurí de chacra, aspirante a peón y "golondrina". Después encontró querencia, tuvo "cue-

ros" y hasta caballo Y en vías de mejorar, ya mozo, resolvió seguir a una comparsa de esquiladores. Hizo economías, las remitió a su mama en carta donde pedía perdón y recibió del pago noticias de su orfandad y las cuentas del entierro de la finada Pagó esas deudas. Luego cambió su "montao" por un potrillo Tuvo la desgracia de descubrirle condiciones. Le dio maíz y a la terminación de la esquila, perdió la carrera, los ahorros y el parejero. Sólo conservó el apetito y la confianza en el desquite. Tuvo que volver a empezar, ofreciéronle sociedad en la huerta y aceptó a la desesperada. Nunca estuvo mejor que ahora; porque esa medianería supone para su optimismo un negocio importante Las "sándias" están pintando. El socio Cantalicio Baez, es "bruja" muy capaz de encontrar comprador para la cosecha. Si el interesado aparece y resulta hombre formal, y el tiempo sigue portándose bien, la sociedad "a lo mejor, tal vez, quién sabe, puede ser" que saliera ganando cien pesos. Pago el arriendo y efectuado el reparto, se encontrará dueño muy pronto de un buen capital.

—¿Qué pensás hacer con tanta plata? —le preguntó, hace tiempo, el socio. —Porque vos risultás medio alocao, Mezquita . .

—Ya senté cabeza — aseguró.

—Contestá . .

—Pienso casarme, Cantalicio . .

—De a pié — interrumpió Baez

— . . después de comprar un mancarrón.

—¿Y el rancho?

—Me queda la tapera que jué de la difunta mama . .

Tenía en vista, efectivamente, la novia y el caballo. Ambos consuelos se le hacían indispensables, aquélla para salir de la soledad y el matungo para salir

del paso. Ella era Pancha Fagúndez, morocha, bastante ligera de manos. El caballo en vista, era tordillo y bastante lerdo. Durante algún tiempo, la moza pareció inclinada a reirse del pretendiente. Después se puso grave, melancólica y adelgazó bastante. Más tarde, Cirilo supo, para su mal, que la causa de ese cambio era un mozo Rocamora, soltero, rumboso y decididor. A pesar de todo, Mezquita continúa suspirando por la ingrata. Aún conserva ilusiones.

—¿Probaré la indiferencia? — se pregunta, mientras avanza a boca de noche — ¿Seguiré pasando frente a Pancha todos los días como un remordimiento?

Decide esperar hasta el domingo próximo, fiado en la “esperencia” de don Sosa.

Por el callejón avanza un “tilbury”. El vehículo testerea al trote menudo de un petiso moro. Cirilo se acerca al costado y grita al conductor:

—¡Diga, amigo!

El interrogado, sin acortar la marcha, responde.

—¿Qué le pasa?

—¿Va todo derecho?

Entre dos hamacones, el otro previene.

—Hasta la tranquera e’ Porruá, no más. ¿Por qué?

—¿Me lleva?

—Yo no — dice el gracioso — pero mi petiso, tal vez .. Si quiere, suba.

Por milagro Cirilo acierta con el estribo. Sube. Trata de equilibrar la carga. Al menor descuido las varas oscilan. Es evidente que falta caballo o sobra “bairiguera”. Durante buen rato, Cirilo trata de preguntar al conductor por qué no acortó los arreos. No lo consigue. El hombre reconoció en su compañero al paisano que tuvo el incidente con el milico.

Empieza por felicitarse de haber presenciado tal alegación. En seguida, sin perdonar detalle, describe el suceso. Es inútil que el protagonista sacuda los hombros, demuestre fatiga y trate de restar importancia al hecho. El cronista no parece enterarse. Está en lo suyo. Carraspea, escupe y continúa charlando. Poco le interesa la opinión de la víctima; adelanta su parecer, prevé el de los otros testigos, se exalta. Cuando el asunto termina, lo anuda con otro no muy parecido, pero donde "dentran" el sable de cierto guardia civil y el lomo de otro pobre paisano Resuella y, a renglón seguido, ataca los procedimientos policiales. A cada adjetivo maloliente, descarga rebencazos sobre el petiso que se arrolla, dispara y "mosquea". Mezquita se arrepiente de haber subido porque, si bien ya no padece de los pies, en cambio lleva rota la cintura. El compañero no lo advierte. Por décima vez suelta su frase favorita.

—Es "repunante" lo que pasa con esos sarnosos...
¿No es cierto, amigo?

Salta sobre la conversación y empieza otra siembra de "ajos".

Por fin alcanza la portera de Porrúa.

—¡Llegamos! — exclama Cirilo.

—¿Lástima, no?

—¡Así será. pero.. que se va 'cer!

Desciende. Lleva ambas manos a la cintura y aprovecha:

—¿Por qué, Don y disculpe, no acorta esa "barriguera"?

—Eso mismo me pregunto — dice el paisano. —
Agrega que compró los arreos para un animal "panipa", grandote. Hace algunos meses el caballo se man-

có del encuentro Tuvo que prender al petiso y, un día por otro, se ha dejado ir sin efectuar el arreglo.

Cirilo respira, abre la portera.

—¡Quedo agradecido! — grita mientras el “tilbury” se aleja.

—¡No hay de qué!

Ha cerrado la noche. Mezquita reanuda su marcha. Siente hambre. Se propone comprar en el almacén de Patiño un medio de galleta y otro de queso. Para desgansarse hasta entonces, apela al recurso infalible: la evocación de Pancha. Su moza acude a la cita y el estómago de Cirilo enmudece. ¿Qué habrá encontrado ella en Rocamora? El rival tendrá labia, dinero, mundo; pero nada más. Sus aduladores dicen que “sabe” escribir a la paisana con muy buena caligrafía, cartas “profundas”, donde la dice cosas como para cantar con guitarra. Hay quien afirma que es mozo “pájaro”, de palabras tímidas y manos audaces. Según voces, dejó en mal estado a una inocente de “Mariscal Grande”. Puede que todo no pase de cuento, mas es casi seguro que esa rivalidad, esa lucha por el corazón del tordo, el tira y afloja con otra mujer, mal aconsejaron a Francisca.

—¡Es posible — murmura — que la ñata haiga olvidao sus promesas?

Recién llegado a la huerta, Mezquita salió a caminar sin rumbo y vio en una ventana algo que le privó del habla. Primero — según dijo al socio — tomó a la moza por un “fenómeno celeste”. Recién al otro día pudo acostumbrarse a la luz y vido a Pancha. Después supo que tenía treinta y cinco años, tatas vivos y un hermano sonso. Resolvió hacer suya esa flor, aun cuando para lograrlo tuviese que cargar con toda la planta. Durante varios meses bordó su

declaración. Por fin, en cierta trilla con "acordeo-na" y peine, bailó una polca con su "prometida" Y sin mediar mirada, presentación ni suspiro, de repente, tartamudeó.

—Moza, yo tal vez, quien sabe, quisiera pasar por su rancho.

Ella soltó una carcajada y repuso

—El camino es pa todos.

¿Acaso Cirilo podía esperar mayor halago? Abandonó la sala. Una hora pasó al sereno, bajo la noche estrellada, tratando de apaciguar los balances de su corazón. Recostado al marco de la puerta, bombeó a Francisca, a la flor silvestre que ya casi era suya y en el momento oportuno, cuando ella y la futura suegra se despedían de la reunión, atropelló otra vez.

—¿Entonces, moza, —le dijo— puedo esperar?

—Por mí, espere.

No hablaron más, ni era preciso. Al día siguiente Cirilo pidió ropa prestada; lavó hasta sus orejas y haciéndose el distraído pasó por el rancho de Fa-gúndez. A tiempo, bichó con el rabillo y no vio a nadie. Al regreso cruzó silbando la polca que bailaron juntos. Al oirla, Pancha se asomaría. Pero la puerta continuó entornada y la niña no apareció. ¿Estaba enferma Francisca? ¿Se abichó de amor? Cirilo perdió el sueño, mas todas las tardes, a la hora del crepúsculo fue a depositar el suspiro de cada día. Y cuando menos esperaba, encontró atado a la portera el tordillo de Rocamora. Dudaba aún. Vio salir al rival, notó que avanzaba de mano agarrada, que ella buscó un beso y encontró dos y Cirilo siguió dudando. Todavía no se rinde. Espera. ¿Qué? ¡Vaya a saber, a lo mejor, tal vez, quién sabe! Puede que el tenorio se burle de la pobre y él dentre

a consolarla. Quizá está escrito que no se casen y aún si después de mucho tiempo la prienda enviude..

— ¡Cuidao! — grita alguien ..

Se aparta para que pase un carro. Dentro del vehículo viajan tres mujeres y un hombre. La más joven de ellas sostiene un farol de ahumados cristales. Cirilo reconoce a Cupertino Zanabria, viejo indiscreto, viudo reincidente y padrastro de tres señoritas a cual más desesperada por casarse. Vuelven de las carreras donde no vieron nada de la fiesta por mirar a sus pretendidos. Las mayores tuvieron a la menor en corrientes de aire a fuerza de cambiar suspiros con el escribiente de la comisaría y un forastero. Ambas regresan dormidas, o adormiladas y soñando. Angela, en cambio, aburrída en la reunión, está ahora despabilada. Tiene sed. Los galanes de sus hermanas olvidaron convidarla con cerveza y cuando quisieron reparar la omisión ella se negó por orgullo, a beber.

— ¿En que va pensando, mozo? — dice don Cupertino.

— Salú don Zanabria — responde el peatón.

— ¿Quién sos vos, entonces?

— Mezquita, soy

— ¿El de la guerta? — interroga Angela.

— El mismo, pa servirla...

Entonces Angela se corre hacia el pescante y ofrece al mozo un asiento a su lado. Cirilo teme incomodar. No se anima a aceptar. Ella insiste.

— Suba — tercia Zanabria. — No le tenga miedo. Si fuera sola no digo que no...

— ¡Tata! — exclama ruborosa

Por fin Mezquita sube. Las otras muchachas permanecen en la luna. Cirilo soporta a pie firme los

avances de su compañera, junta los codos, luego las rodillas, se encoge, y arrollado y sudoroso trata de ocupar el menor espacio posible. Angela aprovecha cada barquinazo para asustarse, perder el equilibrio y aprovechar la protección del huertero.

—Usted — le dice — es de los pocos varones con los que una puede franquearse sin ningún disimulo.

Antes de que la víctima responda, Zanabria pregunta:

—¿Y se puede saber en que se lo conociste, hija?

—En el modo como mira, tata. .

—¡Ah! — continúa el implacable viejo. — ¿Conque te va mirando en l'oscuro? Andate con tiento, Angela. mirá que ese diablo tiene un amor atravesao... ¡Hacé luz!

Angela sube el farol y baja el tono

—Un cariño se deja por otro ¿No es cierto?

Entre las directas del carrero y las indirectas de la moza, sólo queda espacio para alguna agudeza que Cirilo busca sin éxito. El, más bien es mocho, infeliz, "redondiao" de tanto rodar por el mundo Renuncia a defenderse. Le saca punta al bozo, estira el pescuezo, sonríe con la mayor picardía posible y traga saliva El carro avanza pesadamente

Angela vuelve al ataque.

—¡A ucasiones sola en la tranquera — dice — me pregunto porque seremos tan ingratas las mujeres!

—No con todos — tercia Zanabria.

—¡Claro! — suspira y confiesa que ella podrá despenar a cualquier varón que le arrastre el ala, mientras no llegue de alpargatas, con timidez y sin caballo .

—Abrió el óido Mezquita — aconseja el conductor.

Angela protesta. Las hermanas se miran y sonríen.

El aludido busca a tientas la mano de la enamorada. Consigue asirla sin que la dueña se entere. Desde este momento el calor sube y entibia el diálogo. Cirilo se propone dar celos a la Pancha. Angela solo quiere fastidiar a sus hermanas. Además, desea que su "caballero" "envite" con cerveza. Y después, Mezquita será aburrido pero es varón y ha demostrado instintos matrimoniales.

Siempre que el palique se torna romántico, Zanabria dice a los mancarrones alguna insolencia que rompe el embrujo.

—¿Ché, Mezquita — pregunta ahora — Patiño habrá cerrao Palmacén?

—Pa mi gusto que no.

—Dios l'oiga — dice Angela.

Ella se inclina y al oído del galán cuchichea mimosa. Destaca la grosería de sus presuntos cuñados; porque pasó la tarde sin probar los refrescos, mientras las hermanas, llenas de remilgos y frunciendo las bocas, se "encharcaron". Entre el sol y los desaires, corrió peligro de secarse. Ningún guarango se allegó a consolarla.

—Gracias — agrega — que redepente, a medio camino, cuando una cuasi rabea de sed, encuentra la osequiosidá.

Cirilo no responde. Echa cuentas . . . ¿Zanabria tomará ginebra? Anota el precio. Angela preferirá cerveza y tal vez la "corte" con alguna "bolita". Nueva anotación. ¿Sus futuras cuñadas tendrán "la" coraje de servirse algo?

Estando tan apasionadas harán cuestión de colores. Pedirán bebida verde, esperanzada . . . ¿Pipermínes? Carga este gasto, suma y desespera. ¿Su real no al-

canza para tanto convite, y por desgracia el tal Patiño no trabaja a crédito!

—Veo luz en la pulpería — anuncia Zanabria.

Mezquita empieza a batirse en retirada. Suelta la mano de su amor ahora imposible. Con explicable esfuerzo se corre hacia la culata. Luce en la hombrera del saco un manchón blanquecino. ¿Polvos? ¿Plumas de las alitas de Angela? ¿Escarcha de ese idiio helado a poco de nacer?

Llegan.

El mozo descende Se aproxima al pescante.

—¿Don Zanabria — dice ruboroso, — hasta otra vuelta, no?

Mirando a la menor de sus hijastras, el viejo pregunta

—¿Cómo, Cirilo! ¿Te vas?

Sí, huye Por ahora Pancha se ha librado de pesadillas y celos ..

—Sucedé que es medio tarde. . — contesta.

—¿Dentrá a tomar algo con nosotros, no seas chúcaro!

—Otra vez será ..

Angela le vuelve la espalda. Cirilo saluda al “barrer” y toma el rumbo de su huerta. ¡Ha pasado mucho calor! La Zanabria se le escapó arañando. Si él hubiera poseído un par de reales nada más, ocasiona a Pancha el gran sinsabor. Por casualidad la “sándia” viene tardía este año, ¡que si no!...

Ya distingue su tapera al pie del médano. Pasa por entre los alambres de un vecino Corta campo. El perro del gringo Bautista avanza y le sigue ladrando, hasta que de otra población sale el segundo perro, barcino y ronco Aquel se vuelve entonces y el sustituto flanquea a Mezquita durante varias cuadras.

Cirilo vuelve a chiflar su polca caminadora. Está contentísimo. No creyó pasar un día tan feliz. Porque Angela fue un "regalo agatas" flor que apuntaba y se despintó dejando su aroma en la "experiencia" saber que gusta a las mujeres... Y Mezquita pasa balance, en pocas horas ha vivido una "barbaridá"; conocó a Don Eustaquio Sosa, criollo sin "emparde" posible, vio triunfar al "bayo del abra"; luego acertó con cinco ganadores.

Teme que tanta suerte en el juego apareje desgracia en su "idilio". El dato de Angela le reconforta. Piensa que sólo cuenta diecinueve años y conviene en que, para ser criollo, huérfano y poco instruido, posee bastante... Además, su palabra vale plata, poca es cierto pero..., y su constancia tal vez le valga algo también. Al fin Pancha, acaso, a lo mejor, quién sabe, puede que se ablande ..

DON LAURO

—Ramón, sea gueno con mi Silvina

—¡Pero mama!...

Acaba de unirlos un cura, el más barato que pudo conseguirse. La novia está de luto fresco por el padre. El novio no pudo estrenar ropa. Se casa antes de sazón, porque el “dijunto”, que prometía tirar, se jué de un día pa otro”. El rancho, enfermo también, tiene “semejante” costra de musgo sobre la matadura de la quinchá. En la sala queda olor a flores mustias y a estearina. De allí no se fue el velorio. Los padrinos, la viuda y los contrayentes empujaron el aire triste, abrieron un hueco y pegando con los codos en la memoria del muerto, el sacerdote bendijo al casal. Entonces, Ramón y Silvina se sueltan las manos transpiradas. El cura enmudece. Todos quedan en círculo, preocupados, quietos. Nadie “acierta” a romper ese silencio tan “delicado”. La enhorabuena resulta mal, un pésame, peor. Por fin, el novio hace punta. Sale. Los otros le siguen. En la puerta, dan con la tarde rumbosa de sol, único lujo del casorio. Este encontronazo los detiene en el umbral. Mientras Ramón acerca el “tumbero”, la anciana y la moza dan unos pasos. Mudan. Miran los yuyos. Esperan. La joven, torcida por un atado de ropa, la viuda con un chal “llovido”, las dos sordas, rellenas de merino opaco, de insomnio, sin poderse explicar todavía, esa “helada” a destiempo que achaparró los azahares mustios de la mama.

—Subí, Silvina — dice el marido, ya a caballo.

Doña Manuela da un abrazo a la hija, ésta responde con medio. Echa el lio sobre el carrito. Se sienta encima de la ropa y "escarba" hasta hacer nidal.

—Ramón, sea considerao con la pobre...

—¡Pero mama'...

—Gueno; gracias a todos, ¿eh? — dice el recién casado.

Los amigos le saludan con la mano. Un tirón del matungo. Una "testerada" del vehículo. Y se alejan. Minutos después "agarran" el callejón. Miran; está el rancho solo, con la puerta cerrada para que no escape el duelo.

Entonces la moza suspira. Ramón comprende se imponen unas palabras de amor. Había hilvanado muchas para obsequiar en este viaje a su novia vestida de blanco, que imaginó "tentada" de sol y malicias. Hay en los postes del camino "horneros" recién casados. En los alambres de algunas casas "saben" colgar prendas de ropa interior, con puntillas y traviesas de viento. Al verlas se proponía dar a su señora un pellizco en las pantorrillas. Ella, granate de verguenza, tal vez quisiese apearse del carrito. Entonces él haría galopar el caballo y reiría a carcajadas viéndola a los tumbos, dando vueltas, hecha un tornillo de género blanco. Pero blanco. He ahí la dificultad. Todas sus "locuras" las tejó con seda de ese color. Además, el noviazgo se le acortó y por la cola, donde se hace la confianza. Hubo que apresurar todo... Casi no tiene dinero "juntao".. Anteaver sacó el difunto. Ayer, mal dormido, trajo los muebles. Hoy trae la mujer, cansada, borrosa. ¡Cómo la pellizca así, de luto! Hay un cambio tan grande de una a

otra que, para reconocer a Silvina, ayuda a los ojos con el pensamiento.

Embarullaron su plan las pisadas de médicos, acompañantes, dolientes . . . Además, el amor hizo querencia en el rancho de la novia. Allí nació El palenque le prestaba apoyo. Los rincones, sombra. Las madreselvas, poesía Cupido acaba de pasar varias noches en vela. Ve que, de pronto, Silvina sube a un "tumbero" y parte, dejando allí esas cosas El cariño titubea entre el pago y la muchacha No sabe a cuál seguir. Por fin, viene tras ellos, pero atrás, entre la "polvareda" que levantan. No les alcanzó aún...

Observa a su mujer; Silvina está triste Mas ya entreabrió la curiosidad. Ahora mira de soslayo el paisaje.

La huella se hunde en un cardal reseco .

—¿Ramón?

—¿Qué?

—¿Y ande nos espera "Don" Lauro?

—En casa

Ella no le conoce, aunque hizo por tratarle El nunca se prestó A cada invitación del aparcero, respondía con su:

—¡Pa qué!

Y Ramón, sencillote, no disfrazaba a su novia la verdad. "Don" Lauro es "así". Siempre habla seco y sacude los hombros. Con esas "alitas" pega un "volido y se aposa" lejos de la pregunta siguiente. Tampoco le preocupa causar buena impresión El no es mujer "pa" estarse mirando la cara en el primer espejo que llegue Se da mucho con los "guri-ses". Le place mirarlos; pero desde lejos. Pasa horas haciendo cimbras que cuelgan en algún poste del ca-

mino y después, sonriente, bicha al muchacho que se las roba. Cuando "cae" gente, si hay lugar, dispara. Y, a "ucasiones", se queda y atiende a las visitas con toda "pacencia". Fuma y oye. Y es como si conversara. Posee la ciencia de escuchar. Es tan expresivo en su silencio, que los monólogos resultan diálogos. Pero si llegan mujeres, con sol o tormenta "Don" Lauro salta por encima de la "maroma" y huye.

—Saben... —explica Ramón a las visitantes— él es así . . No lo hace por mal. — Los dos iban al colegio en un solo petiso. Cuando Lauro quedó en penitencia, Ramón lo esperaba por el "matungo". Si era Ramón el penitente, Lauro lo esperaba por Ramón. Eso ha seguido. Entonces vivían en dos ranchos. Más tarde araban, camino por medio, tirándose dichos y terrones. Durante la siesta se corrían al callejón y allí rodaban, enredados en juegos de cachorros. Los sábados por la noche, Ramón iba a bailes con el amigo a la grupa. Lauro jamás pisaba el salón. Siempre quedó afuera, en la sombra. Pitando. Chúcaro. Ruborizándose por el "ridículo" del otro, sintiendo en la desnudez de su cortedad, las miradas "asquerosas" que las mujeres dirigían a Ramón. A media noche, desde una puerta, empezaba con su

—¡Vamos, che!

Y, por lo común con día abierto, ensillaba el mancarrón, casi siempre flaco, de los de tres puntas en "Panca".

—Ché, Lauro —decía el bailarín, — áura te corresponde dir en el lomillo

—No, subí vos.

Durante toda la "guelta", hablaba..., hablaba. El

fast dio le pone locuaz La angustia, rezongón Como el tiempo, truena al "atormentarse". Parece que su orgullo estriba en no tener sentimientos. Cuando alguno aparece, él se da prisa a teparle con palabras, con tierra, como hace el gato. Ramón le conoce mucho. Sabe "costiarlo"; asiente y piensa en otra cosa Aquellas madrugadas, "Don" Lauro solía decir. "Amigos pueden ser dos curas, dos gueyes o dos viejos, amigos así, de vivir juntos y reventar cuasi a la vez. En los hombres mozos no hay amistá. Esa muchacha bonitilla que bailó mucho contigo, Ramón, debe ser un ángel" — escupía y agregaba: — "No ha'e tener vel, ni achuras, carece de relleno, es pura cáscara, las alitas y los ujeros pa los ojos. . Casi ni boca tiene. ¡Pa qué! Come con solo mirarte. No conoce el daño, ni el mundo, ni otra cosa que el amor. Si su novio, por ejemplo, tiene un amigo, ella se considera robada.

No compriende que dos cristianos se quieran sin porquerías. Y, pa podrirles el agua, tira un pedazo'e carne en el manantial. ¡Cela!... No es maldá la suya; es amor Precisa todo el pecho de su hombre. Casa con él. Lo rodea con las mangas del batón tibio y entre caricias, dulcemente, dentra a "caluniarle" al otro. Ansí tantea hasta dar con las "cosquillas". Ande halló la amistá, carga, ensiste, machuca, hace ampolla, la pincha y agusana Si su aguijón se duebla sin romper la pureza musculosa del macho, ella, por despecho, disprecia al marido, busca querer a otro, al primero que se presiente ¿Quién llega allí? El amigo. Y de éste se enamora. . y ensucéa a la punta..."

Frente a los ranchos, Ramón paraba el matungo. —Abajate, hermanito — le decía entre un bostezo.

Después se asocian para trabajar esta chacra Es chica. El rancho también: un aposento que ellos duplicaron con un tabique de arpillera. Dos hombres se "acomodan" siempre

No usan secretos ni "pavadas". Lauro dormía allá en su catre. Ramón aquí, sobre el "recao". Esperando los muebles para el casorio pasó un lustro tendiendo noche a noche los "cueros" El tema "escasón". El sueño grande. Comían Luego "Don" Lauro descolgaba el candil de la cocina. Al poco, siempre descomedido, sin consultar al socio, ni responder a sus "guenas noches", el soplo y el silencio

—Ramón, —pregunta Silvina — ¿por qué no estuvo "Don" Lauro en el casamiento? ¿Será que no le gusto? Como él es tan contrario 'e nosotras...

—Pero vos sos mi mujer. Nata.

Ella no entiende. Ramón sabe lo que quiso decir. Eso basta. Un domingo de noche fue a la cocina y dijo al aparcerero.

—Tengo novia.

Supuso que la nueva le arrancase un bufido, "aquel ni pestaño". ¡Es tan quedao! ¡O tan indiferente! Siguiéron en la gueya. Los días de "visita", el novio andaba más ágil Lauro siempre igual, arando en su despego, con un chiflido de perdiz entre el rastrojo de la barba. El no sale nunca. No va ni a los velorios. Pasaba esas tardes sentado, quieto, entre gorriones audaces. ¿Feliz? ¿Aburrido? No: esperando al compañero como siempre. Meses después, están los dos en la cocina. Es de noche Se han sentado lejos, según acostumbran con el sombrero sobre el piso, el pan en la falda y el plato de sopa en la mano

—Che, pa diciembre me caso — le dice Ramón.

El amigo continúa traga que traga. Silvina quiere

que "Don" Lauro viva con ellos. Serán tres a cinchar .. Por suerte, el rancho es chico y les obligará a estar juntos.. Con su mujer, tan considerada, lleva otro varón .. La pobre es "flaquita", no abulta mayormente... Ella sabe que los hombres necesitan, como es natural, decir de vez en cuando, alguna palabra "jedionda"... Tampoco ignora la endeblez y los agujeros del tabique... Presume que a "Don" Lauro las zalamerías le provocan "gómicos"... Promete desvestirse a oscuras, hablar por mímica, ser sorda... Cuando Ramón calla esperando, ansioso, una respuesta, "Don" Lauro se despereza, toma el candil y propone:

—¿Vamos a dormir?

Esa vez Ramón queda "caliente". Lo deja marchar. Pasa horas en la cocina, llagado por la aspereza del compañero. A oscuras. Se agrisa el rescoldo del fogón. El de su cabeza sigue en ascuas. Para enfriarse, toma un trozo de aquellas escarchas rotas con Lauro, con el "guey hosco", en yunta, y se la pasa mucho por la frente .. Varios días después, al contar a su novia esa "ingratitud" tornó a enfurecerse con el amigo. Y como Silvina dijera:

—¡Es un indiferente!

—¿Qué? — saltó Ramón contradictorio, apasionado, agresivo casi — ¡Lauro tiene más sentimientos que naides! ¡No hay otro tan gueno!

—¿Y entonces? .. — preguntó, llorosa, la prometida.

—¡El es así!

Ahora van a su encuentro. "El", está en el rancho. Quedó sobre la echadura para que no se enfriase Su presencia dulcifica la casa, mocha las puntas del mobiliario flamante, mantiene el fogón, "soba" un poco

el lecho, siembra de migas el mantel... Así la novia no llega, vuelve.

—¿Te acordás, Nata — pregunta Ramón — lo que te dije aquella tarde?

—No lo olvidé . ¡Por cuasi me pegás!

El novio traía ganas de emocionarse. Buscaba en los recodos del alma y del camino, algo dulce palabra, macachín, llanto. El compañero lo "avía". Debe a Lauro, solterón, la primera ternura de su viaje de bodas. Desea que Silvina llegue a la casa con un pañuelito lleno de amistad y regale al amigo esos confites de la fiesta ..

—Aprendé a estimarlo — le dice — él no jué al casorio por quedarse eligiéndonos las plumitas del nido...

—¿Qué gueno es!

Sí. Lauro pasó la mañana arreglando la alcoba nupcial. "Aquel", tan "desacomodao" siempre, acomodaba el dormitorio. Estuvo horas en eso. Porque movía un mueble y se dejaba caer en el banco, a mirar las cosas, con el encanto melancólico del gurí frente a las "chicherías". Frunció con piolín los agujeros del tabique. Después, pasó una escoba por el piso. Era otro ser. Parecía nostálgico. Como si "ausentíase" un amor que nunca tuvo y se le fue. Quien no le conozca pudo suponerle triste. No lo estaba. El es "ansí".

Tiene cierto pudor En su alegría, cierra herméticamente la cara y se emborracha adentro. Ni una vecina pudo mostrar más tino en la tarea. Ni mejor gusto. "Don" Lauro dejó allí lo mejor que tenía Delicadeza crecida por descuido entre sus pajas bravas. él la arranco para ponerla en los floreros. Trajo de sus tunas, cantos de cachirlas. Después, al final, se

fue al campo y de allá volvió con un manojo de verbenas Ramón lo miraba. Tenía un nudo en el tragadero. Aquellas flores tan suaves, brotadas en las "manoplas" del amigo, le hicieron pensar con angustia, que no conocía a Lauro. Entonces miró el tabique de lona: era una pared que se había ido formando con las barreduras de un día y otro. Y tuvo ganas de pedir perdón al compañero. De prometerle una amistad más delicada que antes; de echarle los brazos al cuello y temblar, diciéndole muchas veces:

— "¡Hermano!... ¡Hermano!..." — Se aguantó, "Don" Lauro no es afecto a esas "mariconadas" Calla Cruza una pierna sobre el lomillo para poder "hombiar" los ojos de Silvina: la pobre viene "lloriqueando".

— Lo vas a querer, ¿eh? — la dice.

— Sí — responde ella — Sí. — Y ofrece al marido su carita dulce. Espera un beso. Ramón le da algo más expresivo. su emoción varonil, casta. No puede ensuciar con baboseos la pureza de este minuto. Ahora viene con su amigo a la grupa.

Necesita hablar con él. Aprovechar la ternura del momento para expresarle muchas cosas dulces que nunca le dirá; porque Lauro se aluna si lo destapan. Pondera al amigo. Lo aroma. Es un vaso turbio, de vidrio ordinario, lleno de margaritas silvestres; aquel florero que el "otro" adornó. Luego se humilla es el piso de tierra. En dos pocitos ha quedado agua. Agradece a los ojos húmedos de Silvina la evocación "patente" del detalle. Se escancia cariño. Vierte una palabra y otra y otra, hasta que su ternura llega al borde...

— ¡Callate!... — suplica la mujer.

— Vas a tratarlo bien, ¿eh?

—Sí...

—Tenele paciencia. ¿eh?

Y siguen en silencio. Muy juntos Tan generosos, tan unidos por la misma emoción, que Lauro se achica entre ellos. Es un gurí Es el hijo

Ya ven la cumbreira del rancho. A pesar de tantas prevenciones. Silvina siente que "aquel" está esperándoles en el camino Será la primera en abrazarle. Aunque él se enoje. Ahora distingue el patio.

—¡Ramón!

—¿Qué?

—¡Aquel no nos aguarda!

El marido sonríe Lauro nunca se ofrece. En fija que está bien barbudo, en el rincón más desprolijo, con su cara más displcente.

—¡Las onzas de oro no se hallan en el camino'.

Llegan. Descienden. Miran. nadie Se dan la mano Avanzan de puntillas. A Ramón le tiembla algo la voz, al llamar naturalmente.

—¡Don Lauro!

El no responde Entonces entran en el dormitorio Allí tampoco está Ramón suelta a la mujer, va con paso ligero a la cocina. Esta voz llama fuerte

—¡Don Lauro!

Silencio A la carrera mira todos los rincones. Salta aquí. Abre allá Da la vuelta a la casa vacía Sale al camino y alargando las vocales para alcanzarlo, sigue llamando en favor del viento

—¡Lauro! ¡Laurooo!

PA CONTAR EN LAS CASAS

—Marchamos al paso de los matungos, entre flanqueadores y “descubiertas”.

—¿P’ande nos llevarán?

El nuestro es el batalloncito é los entenaos ¡Palabra! No bien terminó la pelea, comenzó pa’ cuasi todos el descanso Dianas. Sobre el pucho, a carnear. Mi división echó pie a tierra. Las doce serían. El sol bajó a pegar un tajo en los asaos. Quedaron muy palidas las brasas. Y se hizo un silencio imponente. ¡Nunca he oído otro igual! Salía é los muertos, de la boca é los jusiles, tibiones aún, de los árboles quietos, pasmaos. Dentraba tan hondo que ni los ayes podían sacarlo del alma. Algunos camilleros andaban callaos y como en alpargatas, levantando dijuntos. Una porción de infantes nos dejamos cáir de cara al cielo azul. La luz me obligó a poner un brazo é pantalla. ¿Dormí? A la cuenta. De pronto, unas manos me agarraban por los tobillos, otras por la cabeza. Abro los ojos... Son camilleros.

—¡Epa! — les grito, impresionao

Dí que reír a todos los mirones. Y en eso, el clarín tocó “atención”.

—¡Atención!

—¡A formar!

Nos atoramos con los churrascos. Poco después, estribe y marche. El cuerpo ha quedao lo que se dice en ramazón. Clariando. Van cuasi más sombras que vivos. P’ande usted mire topa con un ausente

¡Y el tiempo amaula de tan hermoso! . .

¿P'ande nos llevarán? Y, bien visto: ¿qué me importa? Dispués del "naco" me puse una vida flamante. Llevo ganas de rair, de pegar alaridos, de trompiar a los compañeros. Estoy nuevo y aguenao. Soy gurí. Me cristianaron en el combate que ganamos hoy. Mejor dicho: ganaron los generales, pa' quienes, y con justicia, son todas las maduras de cada cosecha. La fruta pintona se repartió entre la oficialada, dos doctores que nunca faltan y los ambiciosos. Al paisanaje del montón nos tocaron las verdes. Cierto es que juimos insultaos a grito y palo durante el fuego; pero en las arengas, dispués del triunfo, nos aponderaron de lo lindo. Lástima que algunos infelices oyeron aquellos "ajos" y ya estaban sordos pa cuando los piropos . Yo ni gané ni perdí. estoy en mi plata. tengo las dos piernas, un matungo y agradecimiento. Me dejo dir aguas abajo. Cuando los mancarrones se paran, el mío también. Los otros siguen y él acompaña. Voy muy cómodo obedeciendo al reyuno. Es la costumbre de acatar, de dir perdiendo ya el habla, ya los deseos, ya las pretensiones... Eso lo saca a uno a la orilla, al manso . Ajunta lama y al último, todo pasa refalando...

Dende mi entrada en la coluna he sido mandao por los superiores primero, los veteranos dispués y los atrevidos más tarde. Sólo uno no me mandó nunca. yo. Ricuerdo siempre el primer tropezón que pegué sobre este particular. Jué la noche 'e mi llegada. Pocas he pasao tan frías como aquélla. Estaba desensillando mi "peludo" cuando se priesentó un oficialito, todo nervioso él.

—¡A ver. un hombre! — gritó.

Como yo recién caiba y era mucho lo que el

mozo pedía, ¡un hombre!, no me comedí. ¡Y lo hice mas bien por rispeto! Pero él se conjundió a la cuenta.

—¿Por qué no se mueve? — me dijo.

—Yo pienso . — comencé a explicarme, sombrero en mano. — ¡Cuasi me pasa por encima!

—¡Piensa! — bramó. — ¿Y quién es usté pa'tre-verse a pensar aquí?

Gueno. Aquello bastó No pensé nunca más. Ni tuve espacio pa'tanto Hoy veo la prudencia de tal medida. Porque como el "raso" comprenda que los dolores son suyos y los premios ajenos, en fija agarra pa' sus casas y entonces sería imposible la guerra... ¡Una lástima!

Aura voy en la fila entre el tape Giménez y un voluntario, Spaventa, rubio mujeriego y muy gaucho, no ostante el apelativo. Siempre me habla de una moza a quien olvidó. Denguno'e los tres hablamos Los veo encerraos y me encierro a recordar .. Mientras duró la pelea, no creo haber gastao un solo pensamiento. Pero en cuanto se enfrió aquel horno, la cabeza dentró a despertarse y estuve haciendomé guen rato esta mesma pregunta ¿Quién me trujo al infierno? . Ambición no tenía. Soy cuasi analfabeto y no es prudente subir mucho pa' que todos le vean a uno la morancia.. ¿Jué curiosidá? Puede .. Aura, razonándolo mejor, creo que vine a guerriar pa'sentirme hombre. ¿Acerté? . Más curtido estoy En las marchas, cuando l'agua escasea y l'hambre sobra, dentró a incomodarme la delicadeza. Me la saqué y la puse en l' anca e' mi caballo. Poco después en no sé qué aprietura, se refaló y la perdí Tal vez cuando se haga la paz déa con ella otra guelta...

Sí .. soy rigolucionario por puesía. En mi pais es fuerza ser valiente Y acreditarlo. Como cuasi todos los criollos, me crié a la sombra de un apelativo mentao. Siempre los Casallas, de Ñandú Culeco, vivieron apretados y murieron anchos Dende gurí oiba apreciar a los hombres asigún su valentía A la pregunta:

—¿Es gueno, fulano?

Sabían risponder.

—¡Sí es guapo!

Los varones sasonaban entre el humo, como los chorizos. Por allá, quien no salía a buscar goluntariamente las alegrías de esta vida palos, piojos, balas, espinazos de "patrias" y después olvido, era refugao entre el gringaje Esta obligación de ser "gueno" y la ley jurada al más guapo del pago, sacó a los Casallas viejos a gauchiar detrás de sus caudillos. A más, el criollo es arrogante. Siempre creyó servir de algo con su muerte Ansina se lo dieron a entender los doctores al hablarle de patria .

Este puñao de razones, propias y ajenas, me trujeron a guerriar.

—Déame un consejo, señor —dije a tata, ya con el caballo de la rienda y la divisa en el chambergo.

—Portesé como quién es, amigo —rispondió el viejo, mientras ponía todo su orgullo en estar alegre.

—¿Y vos, mi novia?

—Golvé con un galón — contestó Rosaura mientras ponía todo su orgullo en estar triste.

—Falta usté, mama. .

Pero la pobre nada dijo. Y puertí. Tata con su risita y mi novia con su llanto saheron a la tranquera. Allí se apoyaron uno en otro. La vieja no se movió'e su silla.. Y yo, alborotado con la propia

lana corté alambres y campo, impac.ente con la altivez del anciano y la codicia e la moza De mi madre me acordé mucho después, cuando sonó el primer tiro y me achiqué como pa'caber otra guelta en la cuna En toda la pelea la tuve presente Es más medio abombao po'el ruido creo que hasta prometí dirme pa'casa, alcanzarle a la viejita mi propio rebenque y de lomo agachao decirle.

—Mama ¡deme unos lazasos por sonso!

Aura me río de eso ¿Me asusté feo, entonces? No sabría decirlo . Naide me pregunte lo que jué la pelea Si busco pintura pa' medio representar aquello, dov contra una paré ceniza de pólvora, estampidos y susto Aquí y allá, ande quiera, pecha el milico con su morancia ¿Nos vencen? ¿Esas sombras que aparecen y se borran por mágica entre el humo, son amigos u contrarios? Redepente uno, le mosquea a esta mora Se arrima a otra, malicea una tercera más ganosa, se tira al suelo, juega, se enfría, trepa por un pedacito gueno.

—¡Avance!. . ¡Avance!

El teniente Almirón, un curtido, me sacudió con el mango'e la pistola, bien entre las dos paletas. Tosí. Yo me hacía el muerto y ese animal cuasi me confirma dijunto. ¡Cómo estaría yo de ñublao que recibí el golpe y no supe lo que era! Pensé juese una orden de palabra, un grito junto al lomo.. Sentí un resorte Me levanté y anduve encogido, arrollao, buscando un hoyo amigo, una arruga cualisquiera, chiquita nomás, ande ganarme ..

Ver vide poco, cuasi nada: fogonazos.. ñeblinas. algún tropezón ajeno.. Cierta infelz que pa'no cair buscó agarrarse del aire... Almirón, conjundido, le dio un palo a ese dijunto.

Chiflan seguido las moras. Era estar en un campanario lleno de lechuzas. Todo empañaba mis vistas. Allí supe cuanto se quiere uno mismo... Sentí cariño de hijo por un tronco que me amparó guen rato y después por un contrario que hallé frío ya y me emprestó su calor... ¿Qué cosa tan extraña! Hoy puedo afirmar que el cristiano en pelea muda hasta las raíces. ¿Se le acaban los pensamientos pa'dar cancha a sentimientos? tampoco. No via conseguir la palabra justa. Es como si uno padeciera un estraveo de los sentidos. En el trance, el cañón se oye con todo el pellejo. Tiene orejas el cuero. Los ojos ven llegar desde lejos las moras. Si así no juese, si no las cuerpiase, sin saber con la conciencia, pero sabiéndolo con el istinto, naide saldría vivo de allá. ¡Si pa'mi gusto no quedó una pulgada de aire sin cribar! Caresco e labia pa'referir estos extraños y así juese ladino me hallaría en la propia dificultá. Porque esa prosa que usamos pa'sacar ajuera lo que sentimos a diario no puede servirnos de mucho en la ucación.

En el combate de hoy estuve así como vacido. Me juí de yo mesmo. Parecía que el alma, al ver el cuerpo en tan gran peligro, se jué y lo dejó en la estacada. Quedó mi carnadura gaucha. Entonces pareció que me dentra en el pasao. Golví a la niñez... Olvidé el habla.

¿Duró un minuto o unas horas?

—Después, poco a poco, golví al presente y envejecí en una tarde. A ratos, la conciencia se me arri-maba. Eran como rejucilos. Con ese rejuerzo sentía crecer mi decencia, el orgullo, los consejos de tata. Sacaba el cuerpo a la cincha de esas altiveces viejas. Pa'sufrir al poco las descargas del susto... si bien cada vez más débiles. He vivido mucho. Era un vvv

hondo como si el istinto cavase en la vida. Y cortao, con luz entre el ayer y sombra entre el mañana. Presente solo. Denguna idea. Dengún sentimiento. Igual que finao ya .. De esos lagunones ande boyé entre el mosquerío'e las balas, me sacaba limpito el

—¡Avance! ¡Avance!

Y en dingún momento era yo mesmo; yo del todo

¿Esa estravagancia me habrá acontecido a mí solo?

¿Seré menos duro que los demás?

Ya es hora de aclararlo. Toco en un hombro al tape Giménez.

El compinche guelve la cara con gran esfuerzo. Le oigo chirriar las coyonturas del cogote..

—Ché, tape...

Mira. No me vé...

—¿Qué efecto te hizo dentrar en pelea?

—¿Eh?

Y cuando repito mi pregunta, sale con otra.

—¿Vos sabés, Casalla, que ayer compré unas botas?

—¿Y de a'í?

—Me salieron chicas

—¿Eso qué rilación tiene?

—Verás: esta madrugada las estrené. Jué poner-melas pararme y golver a cair. Sudando por sacar-melas andaba cuando, cayó el capitán con la orden ¡Firmes! ¡De frente. Marchen! ¡Los primeros pasos hermanito! Mis pieses acuñaos. . Un andar de mula... Me puse a sudar frío. ¡Pálido! Al verme, el sargento Udaquiola, dijo con asco. ¿Tiene miedo, Giménez? Ni le contesté. En seguida comenzaron a tirotiarnos... Cayó Julianillo junto a mí... Y a propósito ¿ande estabas vos?

—¡Yo qué sé...! Allí estaría

—Sobre el pucho, el enemigo dentró a rempujar por el frente, nuestros clases por la espalda, y en aquel apretón tan cerrao, ¿querés creer que dejé'e sentir las botas?

—Te creo.

—Ese jué el efeto que me hizo la pelea.

Dende que abrimos la marcha, el tape viene pasando de mano en mano unarienda. Al comienzo, cuando entuavía estaba abombao, pensé juese algún rosario ¿Rezaba Giménez? Si tal supuse jué con fundamento. De mis compañeros de fogón, este indio, es la borra. Denguno más fiero. Denguno más decente. El tape es un feo, sin simpático ojos largos y atravezaos, al enojarse, las vistas se le estiran como a liebre colgada'e las orejas. Tiene un pelo'e bigote a cada lao de la boca brotada. Su nariz se viene p'abajo en refalón. Es sobrao de encías y corto é dientes. Pa' remache, salió no cabezón, sino carretiyudo. Total un chino de esos que hacen malparir a las mujeres. ¡Pero qué corazón el suyo! Cayó al campamento en un potrillo gatao, flaquerón y mimoso. Los demás andábamos en gordos. Al mes de marcha, los nuestros se derritieron y el gatiadito en su ser. ¿Cómo? Brujería del cariño. Amistá de un caballo y un criollo.

—¿Usté lo amansó? — curiosé una vez.

—Sí — repuso el tape; — me lo dieron cuando era un poquito más de bacaray. . . Nos queremos mucho con él. . .

Aquello me pintó a Giménez.

Veníamos otra mañana cayendo al paso'e la Taquarita en el Arapey. En eso, a mano derecha del trillo hallamos un hombre caído entre un cardal. Más de una ucasión he oído decir que algunos conjun-

dieron un finao con un dormido No sé cómo se confunden. El dijunto está caído más a plomo, más pa' siempre. Bajo sus ropas los ojos hallan la durez de la muerte. Pero esto no es del caso Aquel caído e la Tacuarita estaba muerto. A diez varas de distancia lo vide. Descansaba boca abajo, con los brazos estiraos y las suelas de las zapatillas muy lustrosas p'a al lado ande nosotros desfilábamos. . No podía vestir más pobre . Véia su melena blanca. las manos acalambradas ¿A quién me hacían recordar?... Cerca pasó medio batallón Al ver al dijunto, algunos llevaron la mano al gacho Nuestro clarín, finao aura, se santiguó Hubieron guñadas A mí, hombre sin mundo, entonces, esas burlas me achucharon. . Y los indios pasaban Quienes en silencio, otros sin soltar el tema. Asujeté mi caballo

—¿Qué hace ahí? — me gritó Udaquiola a la pasada

—Saludo un finao sargento.

—¡Siga .. Siga!

¿A quién me ricordaría el dijunto? Sentí una comezón bagual por verle la cara. En eso, el tape Giménez se apió del gatiño, tiró sobre los yuvos el chambergo y me dijo:

—Viá darle postura decente al pobre

Lo puso boca arriba Me arrimé a verle la cara cuasi no se la hallo El viejo estaba degollao de oreja a oreja Tenía el cuero del cogote arrollao en la barba. Los pelos duros de sangre, eran agallas. El otro borde'e la herida estaba corrido hasta el pecho. En el medio, una olla negra ande platiaban los cabos de las venas entre las telarañas del cuajarón Yo veía la degolladura. Nada más. No podia alejar mis vistas de aquel ujero Cuando conseguí cortar el asombro y

vide al viejecito derrotao, debil, manso por fuerza, dentré a pensar en mi padre. Y de a'í, tormentoso, haciendo mío al finao, me encaré con el primer oficial.

—¡Vido eso! — le dije

—Son los males de la guerra — me contestó.

—Lo pior — añadí — es que uno puede andar tomando mate con un asesino

—El culpable, un hombre de la vanguardia, ha sido ajustado ya . ¡Marchen!

Seguimos. El tape tenía los ojos más atravezaos que nunca. Al rato, yo había olvidao al infeliz, cuando redepente. Giménez arrugando con mano crispada mi poncho bramó

—¡Vengo amargao, hermanito!

—¿Por?

—No soy fraile . Juí críao a campo. ¿Estoy curtido no? Pero hay acciones que no las licencia ni la guerra. Carchar robar a un muerto, faltarle, teniendo finaos en la familia . . . — hizo rechinar los dientes, sacó una voz profunda, cual si de la misma concencia la trujese y siguió. — Hay quién deguella viejos . . . ; pero que no lo hagan a mi vista, porque pelea. ¡Te juro — cruzó dos dedos y los besó — por ésta!

Han pasao dende entonces algunos meses. Ricuerdo aquel juramento de gaucho cristiano. Veo al tape hacer correr algo entre los dedos y estoy cuasi seguro que es un rosario. A la cuenta, Giménez rezará por tanto finao. . . ¡Hoy ha cáido más gente! Mi fogón está en ruinas. . . Acampábamos y se hacía una rueda con eje de brasas. Allí al apiarnos de los mancarrones desocaos, nos echábamos a estrañar. . . Y salíamos ricuerdo adentro rodando, rodando pa'las querencias . . . Eramos diez varones venidos de pagos

muy lejos. Nos arrimó la guerra el peligro que rempuja como un viento . la garúa.. Nuestra madrestra, misia Necesidá recogió ese puñao de forasteros y nos dió un pago el fogón. .

¡Y está mellada la rueda! El sargento Udaquiola, tan duro consigo mesmo y con los demás, ya no viene al frente e' la sección. Unos dicen que lo vieron cair mal herido. Tampoco falta quién niegue ese dicho, por haber hablao con Udaquiola sano y salvo, en las filas de retaguardia. La verdá es que el clase no está entre nosotros, ni figura entre los muertos .. Cerca de donde cayó hay un cañaveral que ensucea la picada del "Pelao" . A lo mejor se arrastró a morir allí . ¡Vaya uno a saber!

Este sargento era un paisano de la otra hornada. Siempre anduvo disgustao con la paz Vivía con una llave de coitar alambres escondida entre los cojinillos. Su fiesta era combatir... Créiba el pobre que lo hacía por la patria

—Que haiga pa'todos u pa denguno — solía decir.

Su fin es un desconsuelo: ni prisionero, ni dijunto, ni haliao Disaparecido .. Su familia no sabrá si llorar u esperarlo

El moreno Baena también quedó entre los yuyos. Creo haberlo visto un momento Iba a la par del comandante, con el clarín en la trompa . El soplabá: pero el toque no se oía ¡Me quedé pasmao! Claro que era mucho ruido el de la artillería y el rajar constante de el aire en los oídos. . Entuavía cuando cubijao po' el sol, medio me duermo en el caballo, sientto los mismos chiflidos Gueno, pués no pensé en eso No colegí que el barullo ahugase el toque'e clarín... Si estaría juera' e mí, que me paré a mirar al negro y preguntarme: ¿por qué estará muda esa

corneta? En seguida dejé de atender al moreno. Unos pasos más adelante, el más humilde del fogón, se encontró con la muerte... Baena era de lo mejor que teníamos. ¡Un niño!... En lo más cerrado de la noche y de la necesidad, siempre vimos brillar sus ojos de perro amigo.

—Che, Rubio — pregunta Spaventa, — ¿viste a mi primo Inacio?

—Viene en las carretas...

—¿Muy lastimao?

—En las últimas. .

—¡Mirá! ¡Mirá!

—Cuasi ni lo siento. No es que sea malo mi pariente, pero estaba trabajando habilitao en una chacra y dejó mujer guena y cuatro gurises lindísimos por meterse a político.

—¿Y el rengo Vera, ánde quedó?

—Sobre la picada — responde el rubio.

—¿Dijunto?

—¡Qué esperanza! Le asertó una bala'e cañón en la barriga — detalla, burlándose'e mí. — Hasta áura han de estar rejuntandoló.

—¡Mirá! ¡Mirá!

Maliceo que Giménez mora la muerte'e Baena.

Ganas llevo de tantiarlo al rispeto.. Y no me animo.

¡Eran tan aparceros con el finado! .. En cierta ucasión, el moreno probó ser amigo del tape. Este cometió una falta y el otro la declaró suya. Con tal motivo recibió cincuenta palos a lomo pelao.

—¿Por qué te acusaste? — pregunté al negro.

—Giménez es demasiado altivo — contestó el pobre.

— Si lo apalean, siguro que se risierta.. Y yo diba a estrañarlo mucho...

Era tierno el asunto..

Hoy su recuerdo me deja frío, porque gasté muchas impresiones..., pero mañana, cuando lo relate en casa, me añadirá en fija el tragadero..

Viá sacudirlo al tape:

—¿Rezás hermanito?

Al oirme, Giménez sienta al montao.

Los de retaguardia dentran a pararse.

Hay una hilera de paisanos dormidos en mancarrones lerdos ..

—¿Qué dijiste? — grita mi compinche

—¡Sigán pués! — nos ordenaron varios a un tiempo.

Talonamos y el tape se larga a reír.

—¿No es un rosario eso que traís?

Entre risadas me pasa el ojetó. es un relós grande, de cobre al parecer.

Está deshecho por una bala. Su cadena, del mismo metal, tiene dos eslabones aboyados, pero sirve.

La miro y remiro guen rato...

—Yo he visto esto en un chaleco...

—Cansao estarás — responde Giménez Y se queda bombiandome pa ver si adivino. Busco en los recuerdos.. Paso revista a los chalecos. . ¡Doy!

—¡Era del finao Baena! — le grito.

—¡Justo!

Esperaba ucasión pa' compañarlo en el sentimiento; ¡mas lo hallo tan resignao! ¡Mejor! Esa es la defensa del guerrero.

Los muertos quedaron atrás, sobre el campo ande los sembró la disgracia.

¿A qué entonces trair uno de cuerpo presente en el tema?

A lo mejor Giménez desimula su pena con esas risas y ese aturdimiento .

Yo, que personalmente sólo debía al negro algunas cebaduras de yerba, no tengo por qué enlutarme.

Ya endivino el mal rato que habrá pasao el tape: asistió a Baena..., recogió sus últimas palabras ..., espuso la vida por ayudar al amigo a bien morir...

—Te compadesco, hermano, — le digo.

—¿Por?

—Esos encargos son feos de cumplir.

Me clava las vistas, sacude los hombros

—¡No te compriendo, Casalla!

—Baena te dió ese relós pa' que se lo llevases a la familia, ¿no es así?

Guelvo a errar la picada.

Giménez sacude la cabeza, juega un rato con el reloj. Lo despiende

—¿Ves este balazo? — señala.

—Sí...

—Gueno traiba mi nombre escrito

—¡Era pa' mí — tira lejos el "tacho", se pone la cadena, suspira y mermura — Sólo le falta un medallón con algún retrato' e mujer...

Hallo natural su deseo.

La guerra trai esperanzas de amor.

Digo yo que sera pa' reparar los daños con carne nueva.

El suspiro del tape aventa el polvo'e seis meses, que cubría la cara'e Rosaura.

Habia olvidao a mi china. ¿Cómo pudo ser esto?

A la cuenta me dió su codicia o su bobera al pedirme un galón..

Por alcanzar el "fideo" deja un pobre la salú, aprieta a los amigos, se estira, sube estribando hasta

la vergüenza y cuando alarga la mano, halla la fuente vacía. ¡Cosas de mujeres lindas!... Recuerdo la mirada que le soltó mi vieja...

—¡Alto!

Ubedezco.

Largo las memorias y veo el campo.

A mano derecha tres sauces muy llovidos entristecen un ranchito sillón

Pa' colmo, el alambrado aparece caído y la tranquera cerrada... ¿Contra quién?

Mas adelante se tiende un llano lunarejo de espartillos.

Después la sierra de Ojosmín apuntala el horizonte. A este lado, viene con nosotros desde hace rato el arroyo "Quebra Yugos"...

—¿Querés saber mesmo cómo alquirité esta cadena?...

—Si sos gustoso, tape — rispuendo

—Lo soy, hermano. Aunque no me explique como no viste todo vos... ¿No venías precisamente a mi lado cuando cayó el finadito Baena?

—Iría tal vez, pero no me acuerdo 'e nada.

—El moreno cayó como ser tres pasos delante mío... Le pegaron un tiro, Dios libre y guarde, aquí — señala el entrecejo, — jué igual que si hubiese pisado una bosta. Refaló con las dos patas a un tiempo, chicoteó el lomo. ¿y querés creer que ni ansina soltó el clarín?

—¡Negro lindo! — grita Spaventa, cruzando una pierna sobre el lomillo pa escuchar mas comodo.

—¿Qué hiciste, Giménez?

—Me arrodillé junto a él...

—Siempre era un alivio — interrumpió el rubio.

—No, che: jué gauchada mía. Si Baena estaba

herido nomás lo hubiese llevao a lomo hasta las carretas... Si me pedía un despene: cierro los ojos le aboco mi pistola en la sien y hago fuego . Decí que el pobre boquiaba.. ¡Lo dejé y olvidé allí cerquita, porque la polka dentró a ponerse pesada!

—¿Jué cuando nos doblaron, tape?

—Sí, Spaventa .

Asigún Giménez venía reculando y dele chumbo cuando se enriedó en un finao.

Riconoció al negro

Lo puso de trinchera y peliaba a su abrigo, hasta que nos llevaron una protección..

—En tales agonías estaba... — prosigue — con l' agua al cogote En eso sentí que el dijunto negro recibía otro balazo. La mora dió contra el relós... y se lo carché. Miré p'atrás .. llegaban rejuerzos .. Afluejaron el lazo. Jué un lindo resuello.

—¿Y las botas? — le priegunto

—¡Me quedaban hasta grandes entonces, hermanito! — confiesa.

Reímos con ganas.

A lo pobre en fiesta.

Spaventa mira las botas que el compinche trai a los tientos, agarradas por las orejas.

¡Ricuerda mi comparación del tape con una fiebre y por cuasi se cai del caballo!

—¡Silencio! — ordena el alférez.

Sigo callao guen trecho...

Delante e'mí renguea un caballo ..

Es el de Leocadio Oliva ..

Cada tanto arrolla esta pata, como si le tirasen de un piolín...

—¡Che! — le aviso. — ¡Pa mí que tu mancarrón está bahao!

Sin golver la cara, Oliva responde:

—¡Qué aguante!... Yo también vengo lastimao y no balo . ¡Y lo está nomás!

Me fijo dispacio. tiene semejante caladura en la caña de una bota.

Por el ujero corre un hilo e'sangre...

¿No pensará dar parte de herido?

Y estoy por aconsejarselo..., pero Giménez me distrái.

—¿Habré estao bien, che?

—¿En qué tape?

—Al sacarle esta cadena al finadito — aclara

—Dispués de todo, es un carcheo... ¿Qué decís?

No me animo a opinar ..

Esas son cuestiones con dos puntas...

Una se clava en el interés y otra en la concencia ..

Cierto que se la robó ya dijunto... ¿Pero no sería pior que se la hubiese robao en vida?...

Con un poco e' guena intención, el carcheo se convierte en un ricuerdo del amigo

Y en la guerra las cosas saben mudar .

¿Luego, quién asegura que de pronto no va'precisar caña u yerba?

Una prienda así, siempre puede convenirle a un pulpero.

—La verdá es que el negro ya no precisaba lujos.

—apunta Giménez. — ¿Verdá Spaventa?

—¡Claro, hombre!

Aura los dos se miran... Esperan... Tengo que sentenciar.

—Si lo hubieses asesinao pa quitarle esa prienda, — digo — cabería una duda... Pero ya muerto, ¿ánde está el mal?

—¡Bah!

—¡Es lo que me decía! ..

Ya vamos alegres otra vez

¡Es tan lindo respirar y en un día tan hermoso!

Con el rabo del ojo miro y almiro la tan comen-
tada cadena...

Es un lujo... vale el trabajo que dió. .

¡Aquí se vive tan inseguro!...

A lo mejor, mañana peliamos..

Giménez tiene la desgracia e' perder la vida y
sabe Dios si no soy yo el llamao a disfrutar de esa
rienda...

La guerra es así...

¡Lo que ví'a tener pa'contar en las casas!...

JUAN, EL PORFIAO

Desde la tranquera, siempre caída y sucia de abono y barro, Catalino, “gurí” casi tan sucio como la tranquera y más feo que una mala palabra, grita.

—¿A qué no sabe quién viene, tata?

En la cocina una voz grave responde

—¿Cómo querés que sepa, idiota? ¡Hablá!

—¡Juan el “porfiao”, tata!

Recaredo no cree. Sin moverse, pasa el aviso.

—¡Pancha!

La mujer atareada cerca del chiquero, no abandona tampoco su quehacer. Limitase a preguntar.

—¿Eh?

Espera. En la tina de lavar, da una buena mano de jabón al hermanito de Catalino, niño ventrudo y flaco, de melena rubia veteada, dientes de leche y ojos tristes.

El matrimonio sabe que perderá a ese angelito. Ya le lloró difunto. Cuando tenía tres meses diéronle agua del socorro. El de hoy es el segundo baño.

—Salí, pués, a ver si es cierto lo que dice tu hijo . .

—¿Y qué dice? — pregunta Pancha con las polleras sujetas entre las piernas y sin pensar en moverse

—Que viene mi compadre Juan el “porfiao”

—¡No puede ser!

¡Claro que no!

El matrimonio continúa en su tarea.

—¡Catalino! — pregunta al rato Recaredo, — ¿llega de a caballo?

—De a pie, tata — grita el ahijado de Juan. — Parece un dijunto .. ¡Yo tengo ganas de salir disparando! Le pide licencia a una pierna pa'mover la otra...

—¡Callate, guarango! — dice Pancha. — ¡Peligra que te oiga! — y sin bajar la voz, pregunta al marido. — ¿Sabés a qué viene, Recaredo?

—A que lo mate el "malacara".

—¡Clavao!

Y el visitante aparece en la portera. Entonces su vecino, compadre y amigo, abandona el bozalejo que trenza entre dos y dos "amargos". La familia se agrupa en la cocina. Juan el "porfiao" da la mano a Recaredo. Luego, estrecha la húmeda diestra de su comadre, en seguida la del ahijado y por último la del "angelito".

—Sientese, compadre. — Juan accede. Se queja y permanece pensativo, silencioso, ausente, encarcelado dentro de su ingle "charquiada". El matrimonio le contempla compadecido.

—¿No es el mesmo hombre, verdá Pancha?

—Verdá que no, ché?

Desde la puerta, Catalino da su opinión.

—¡Qué esperanza! — grita — ¡No es el mesmo!

Esperan el voto del "angelito". El "gurí" no se pronuncia. Dragonea un pozo del patio labrado como un ala de carona por las patas de las gallinas. Como la familia de Recaredo ha dado su parecer, Juan suspira y murmura:

—Pa qué sirvo ahura .

Nadie le contradice. ¡Es tan evidente la inutilidad del enfermo! En fila de mayor a menor, desde Recaredo al angelito le miran en silencio. Frente a ellos

el "ex hombre" contempla los tizones que se apagan y parecen "bicharle" bajo la ceniza.

Minutos después. Recaredo suelta un taco y grita a su primogénito:

—¿Quedó caña en el frasco?

—Se acabó ricién

—Andá corriendo al boliche y te tráis un rial fiao

Con un ademán Juan detiene al "guri"

—¿Pa osequiarme, compadre? — interroga.

—¿Justo?

—No se incomode, entonces. .

—¿Dejó el vino?

—El doctor me privó d'el. . La bebida es pa los hombres —y agrega con amargura:— ¡Yo soy una porquería ya!

No puede ni siquiera tomar. Esta nueva desgracia arranca a Pancha un:

—¡Quién lo vido al "porfiao"! . .

—No lo reconoce — termina Recaredo.

—¡Ni qué hablar! — abrocha Catalino.

En todo el "Rincón de Ramírez" no se conoció paisano más bruto que Juan "el porfiao". Su padre, don Ataliva Basualdo, fue famoso jinete. Domó baguales grandes y chicos, burros, mulas, cuanto arisco encontró. Y fue domado por su consorte. Cuando el viejo Basualdo formó en la revolución del noventa, su mujer le siguió y dio a luz a Juan el "Porfiao" bajo una carreta, a la vista del campamento. La madre murió de sobreparto y el niño creció como Dios quiso, entre soldados, pólvora y perros. Al cumplir los 14 años, su tata lo sentó sobre el primer bagual. Apadrinó con un buen rebenque al aprendiz. Cuando su hijo caía "lo levantaba en la sotera". Desde entonces, Juan siguió las huellas del progenitor. Si hizo

mozo, jineteando. Domaba entonces por lujo, por alarde de pujanza, por satisfacción de su carácter altanero. Cuando un bagual le "basurió", Juan se impuso el deber de arrocinarle Bajaba los "cueros", tiraba al suelo el "bocao" y en pelo. a puñetazos, prendido con las nazarenas, con los talones atornillados en las paletas del presuntuoso bruto, no cejó hasta vencerle. Bufaba la bestia. Enronquecían los mirones Estallaban las cachetadas y las risas del domador.

Cuando el potro se rendía, sangrantes los "costillares", Basualdo le volteaba de un argollazo por la cabeza y "caía parao" entre los aplausos del concurso Así conquistó su apodo. Un día don Ataliva Basualdo marchó al infierno en busca de su finada esposa y Juan dejó de domar por afición para domar por oficio Pasaba la vida de estancia en estancia, "cortao" con un bellaco entre las rodillas y otro en el palenque. Gastaba más rodajas que cumplidos De tanto en tanto, volvía a su ranchito de el "Rincón de Ramírez" con algún redomón de mucha sangre para amansar con cariño No se le conoció mujer propia ni ajena. Recaredo, su vecino más próximo, llegó a la cueva de Juan y le pidió que apadrinase a Catalino. El domador, emocionado, aceptó Tenía la esperanza de "sacar" jinete al gurí. El día del bautismo le regaló un par de espuelas El niño, apenas veinte años después podría calzar el juguete.

—Yo quiero subir a un bagual, padrino — dijo cierto día el ahijado.

—¿Cuántos años tenés?

—Ya cumplí ocho.

—Aguardá más hijito — respondió el domador — Un potro y este — agregó mostrando el talero — te van a sacar de ley.

La amenaza no pudo cumplirse. Hace algunos meses, Juan Basualdo entró en la estancia de Fariña a domar unos baguales. Allí encontró su desgracia. De diez potros que confiaron a su "ciencia", hizo nueve caballos. El décimo animal quedó a mitad de camino entre "reservao" y demonio. Era un "malacara" del "medio", bachiller en picardías. Hasta entonces Juan no había encontrado el bellaco que lo venciese. Lucharon. Fue la de ellos pelea a muerte. Veinte veces el "reservao" se boleó para asesinar a su enemigo y otras tantas Juan le "pisó la oreja". Gruñían ambos. Batiéronse a dentelladas y sotería. Ninguno se rendía. Al caer de cada tarde el domador regresaba "a las casas" con el brazo y el rebenque cansados. En la estancia cruzáronse apuestas. ¿Cuál de los dos animales vencería? Basualdo demostró su apodo y el "malacara" su pelo. Fatigado, tembloroso, con los ijares goteando sudor sanguinolento, el animal parecía entregarse. En tal estado desensillábale al atardecer. Y al día siguiente Juan volvía a enfrenarle. El "malacara" soportaba el recado. Quejábase como un vencido. Y al primer rebencazo, hacíase un ovillo para arrastrarse a bellaquear cuadras y cuadras, mordiendo el estribo, gruñendo. Giraba sobre las patas. Con las manos, se espantaba aquel par de tábanos implacables que herían sus paletas.

Así pasó un mes.

—Larguelo en el potrero — aconsejó el hacendado. Juan se opuso.

—¿Quiere quedar a mano conmigo, don Fariña? — dijo.

—Espero pagarle.

—Deamé la propiedad del "malacara".

—Va'a perder plata, domador.

—Tal vez —repuso Juan,— pero pa mí esto es cuestión de decencia. Necesito poder con ese animal.

—¡Peligra que lo mate!

—Peligra, mesmo. Aura que si no sirvo pa domador, ¿pá' que ando por el mundo?

Diéronle el “malacara” Continuaron peleando.

Roto a espuela y talero el animal se rendía en apacencia. Juan respiraba Le tomó cariño Sintió admiración por el orgullo de la bestia En el fondo, le consolaba saber que acabarían por entenderse.

Unas horas de descanso reanimaban al potro y al sentir el primer golpe del rebenque, gruñía de nuevo y se desensillaba bellaqueando

Hace un mes, Juan, distraído, se aproximó a las patas del “reservao” y recibió una coz en la ingle Recaredo acudió en su socorro. Llamaron a un médico El facultativo aconsejó una intervención quirúrgica. Antes de marchar al pueblo para someterse a la operación Juan dijo a su compadre

—Le recomiendo el “malacara”.

—Yo tengo ganas'e degollarlo, compadre — repuso el vecino

—Si mi amistá vale algo pa'usté, Recaredo, cuídemelo como a un hijo. Dealé maíz...

—¡No lo merece!

—Quiero hallarlo bien crudo y gordo a mi guelta ¿oye? Ese caballo, si el dotor no me mata, va'saber lo que es rigor. Cuando lo haiga doblao se lo via' emprestar a mi comadre pa que pasee

Como Recaredo no tenía ganas de envidar, cuando el compadre marchó en la diligencia, soltó el “malacara” en un potrero “pelao”, prohibiendo a su muchachos que se acercasen a la bestia y el caballo vio el maíz en espiga y por entre el alambrado del vecino.

Hoy Juan Basualdo regresa del hospital.

—¿Entonces lo charquiaron no más, compadre?

—Dos ucasiones.

—¿De las dos ingles?

—De una mesma. Parece que tuve recáida . .

—¡Lo que habrá padecido! — observa el ahijado.

—Aquí nos tuvo con ganas de rezarle, Juan.

—¿Por diunto?

—Eso es.

—Y lo soy, no más .

Catalino se ha sentado frente al visitante y desde allí espera turno para exteriorizar su desilusión. Así aprovechando una oportunidad, dice:

—El padrino me olvidó.

—No habrá sido eso — observa Pancha en vista de que el acusado no se defiende.

—¿Por qué no escribió nunca, entonces?

—Será que no sabe, hijo

Juan continúa callado. Entonces la comadre le pregunta:

—¿Verdá que usté no es hombre de letras, Basualdo?

El interrogado despierta

—No tuve colegio — dice y torna a ensimismarse.

Nunca supo nada. Ni escribir, ni cultivar un amor, ni conservar tibio un rescoldo para convalecer. La desgracia le sorprendió “de a pie”. Jamás pensó enfermarse. Esperaba morir aplastado bajo un bagual, lejos de toda vivienda y de todo socorro. Considerábase con derecho a caer en campo abierto, donde su “osamenta” pasase días al sol

Quería agusarse libremente. Este fue uno de sus pensamientos favoritos. Sonreía imaginando “la ca-

ra que iría a poner el curioso" que se acercase a su cadáver.

Entendía que, para llegar a eso, no necesitaba aprender a escribir.

—¿Hasta es mejor ser bruto, no es eso, compadre? — dice Recaredo.

—Así es

Vuelven a quedar en silencio. El angelito suelta el delantal de la madre Tambalea. Alcanza el marco de la puerta. Adopta la precaución de "bandiar" gateando Pisa, por fin, el patio Recobra la vertical y tiene la puntería de caer de bruces sobre el único charco. Pancha no se apercibe. Acaba de tomar asiento. El marido la imita. Ambos miran las manos sarmentosas del "porfiao". Juan se ha puesto tan flaco que las zarpas le quedan grandes.

—¡Cencia bárbara la medicina, ché Recaredo!

—Mesmo, mujer .

—Allá el cristiano dentro por la puerta y sale por una rendija.

Juan asiente con la cabeza.

Catalino, que se mira en el domador como en un espejo, mueve también la despeinada cabecita.

—¿Pero aura, compadre — dice el dueño de casa — está dao de alta?

—Parece...

—¿Qué dijo el doctor?

—¿Cuál?

—El del pago — aclara Recaredo

—No juí a verlo porque los doctores. — busca el final del pensamiento. No le encuentra. Se fatiga Siente asco de sí mismo, de los médicos, de las palabras. Acaba por escupir en los tizones. Los amigos comprenden

—Sí, claro — dice Pancha, — dentran a cortar ajeno. Lo remiendan a uno y lo largan. ¿Cierto?

—Ansí es, comadre

—Desde la puerta — continúa la mujer — miran al enfermo que siempre es pobre, porque está probao que a los ricos no los patean los baguales y le recomiendan caldo 'e pollo y no se mueva y no haga nada. ¿Digo bien, Juan?

—¡Como si lo hubiese óido, comadre!

El domador se vergue, cierra las manazas, tiembla atado al palenque de su invalidez ..

—No puedo domar más — gime.

—¡No le dije!

Catalino, indignado, pregunta:

—¿Por cuánto tiempo?

Teme que la prohibición se prolongue por más de un bienio. Cuenta doce años. Le faltan dos para saltar sobre su primer potro

El padrino lo prometió así y es necesario que los “dotores” le permitan cumplir su palabra.

—¡Pa siempre! — responde Juan.

Los ojos del niño se llenan de lágrimas

—Es una herejía — declara Recaredo. — ¿Cierto, Pancha?

—¡Si lo será!

El ahijado enmudece. Si a Juan lo apean de sus baguales, queda a la poca altura de cualquier matorrango. Por eso Catalino se empeña en dudar

—¿Lo que él dijo no es cierto, verdá, tata?

Como el interrogado guarda silencio, el niño se dirige al domador.

—¿Palabra, Juan?

El “porfiao” no responde. Busca la chupa. En segunda recuerda que no puede pitar, porque los ac-

cesos de tos acaso reabran su herida. Se ahoga de sed Necesita un trago de alcohol. Le está vedado Quisiera encontrar una mujer, un entusiasmo, cualquier emoción, un camino nuevo para escaparse. Nada tiene. No sembró una sola semilla en su espíritu virgen. Carece de remedio Sobrelleva desde hace un mes su idea fija Está decidido a morir.

—No hay que desesperarse — dice Pancha. — Hambre no va a pasar el compadre.

—¡Dejuro, mujer! .. A más en las chacras están tomando chaladores..

—¡Callesé, tata!

—¿Por qué, mocoso?

—¡Faltaría ver mas qu'eso! ¡Juan el "porfiao", deschalando como un gringo!

—¿Y qué querés que haga, aura?

Basualdo acariciaba a su ahijado. Agradece su sarcasmo.

El "guri" acaba de pronunciar la sentencia

Siente deseo de tranquilizar al niño Jamás envejecerá entre mansos.

—¡No! — exclama. — Usté, compadre, sabe que no sirvo para andar de infante

—Yo decía, no más ..

—Haberá que disculparlo, Juan — ruega Pancha

—Lo que pasa es que lo queremos...

—Compiendo.

Todos sienten que Basualdo ha vuelto para morir.

La idea del suicidio está en rueda con ellos. Conociendo la vida de Juan se explican su muerte. La encuentran justa. Ninguno se opondrá. Pancha tiene algunas dudas; pero Recaredo que es hombre y Catalino que aspiran a serlo, comprenden y aprueban en silencio. Sin embargo, ignoran que Juan, inválido,

pudo sobrellevar su desgracia. Si no se entrega es por culpa del "malacara". No logró derrotarle. Muchas veces juró poder con la bestia. Le asfixiaría entre sus rodillas o se dejaría aplastar en cualquier rodada. Perdió y viene a pagar.

—Compadre —dice,— ¿siempre tiene mi caballo?

—En el potrero anda, Juan

—¿Cómo está?

—Muy flaqueron . .

—¡En los guesos! — subraya Pancha.

Y el niño, remacha.

—El potrero está como la mano. .

Pausa.

—Pensé que le habría dao maíz. Recaredo — dice, a poco, el domador.

El marido mira a la mujer y ésta al hijo. Los tres, confusos, bajan "las vistas".

—No se lo dí, Juan — declara el compadre, — porque pa mi gusto ese animal no lo merece. ¿No es esto, mujer?

—¡Verdá, marido!

—Después de la porquería que el caballo le hizo a usted — continúa el dueño de casa, — he desiao que se muriese de hambre. ¡Crealó!

Y en atención a que Juan permanece adusto, Pancha intercede.

—¿Halla que hicimos mal, compadre?

—Sí, señora — confiesa el domador

—Disculpe, entonces. . .

—Está bien.

—Aquí, dende que lo soltaron, denguno se le arri-mó. Es un asesino ese bicho. . .

Para dar color a la disculpa, la mujer se santigua.

Catalino cierra los puños y Recaredo suelta el segundo taco

—Vengo a llevarmelo — dice el domador.

—¿De tiro?

—No, señor: horquetao.

Todos permanecen inmóviles.

—Si me empresta un lazo, Recaredo — agrega Juan, — viá ver de agarrarlo...

—Andá vos, marido.

—¡Dejuro que voy! Antes quisiera hablar de eso con mi compadre...

—¿Pa qué? — dice Juan calmoso

—¿Es cosa tan risuelta, entonces?

—Lo es.

Recaredo agarra un sobeo y sale. Al pasar por el patio ve al angelito con la nariz pelada y cubierto de lodo.

—¡Pancha! ¡vení'alzar a tu hijo!

Ella no se mueve. No levanta los ojos, siquiera. Está velando al "porfiao".

—¡Lo maliciabamos, compadre! — murmura.

Sin mirar a la mujer, el suicida responde:

—Es lo más de varón... ¿No halla?

Silencio. Desde el potrero llegan las voces del enlazador. Catalino se acerca a Juan, toma una de sus manos y no la suelta. Pasan cinco minutos interminables. Piensa el "porfiao" en su vida salvaje, sin una mujer. Fue primero huérfano y después, bruto. Nunca le acariciaron. Para no enternecerse, aleja con suavidad al niño.

Desde la puerta, Recaredo pide que le alcancen el recado. Cuando termina de ensillar, pregunta:

—¿Porfía en lo propio?

—¿Puedo hacer otra cosa, compadre?

—Tal vez, mesmo ..

Juan el "porfiao" agradece a sus amigos el permiso que le otorgan para morir en su casa. Toma el pesado rebenque. Se levanta para llegar hasta el "reservao".

—Este caballo me debe una buena muerte — dice.

—¡Cierto!

Sale al patio. No reconoce al "malacara". Tampoco el animal parece lo que fue. Es un cuero embarrado, lleno de huesos. En la crinera, y hasta en las pestañas ha "juntao" abrojo. Juan le mira con lástima. Si la orgullosa bestia se hubiese doblegado, su domador podría durar. Después de él, nada "halló" tan altanero como el "malacara". Sobre su lomo no resultaba humillante ir a pedir trabajo de mujeres. Juntos podían caminar al paso con un barril a la cincha. Pero el mancarrón no quiso. Sigue potro. Cuando el domador se acerca, la bestia le enseña los dientes. Sacude la cabeza. Hinch a lomo... Parece que lo reconoció. Y Juan, vencido en la porfía, se dispone a morir. Estrecha la diestra de la comadre, besa a Catalino, toca las enlodadas mejillas del "angelito", abraza a su compadre y le ordena

—¡Tengaló de la oreja!

Recaredo obedece. Juan Basualdo estriba con esfuerzo y consigue montar.

—¡Compadre! — dice el dueño de casa, sin soltar la presa. — ¿Quiere dejar algo pa alguien?

—¡A naides tengo!.. ¡Largueló!

El compadre no obedece aún. Busca con los ojos a su mujer. Pancha llora a un costado, cubriéndose la cara con las manos. Catalino ha huído.

En el patio, el angelito ha logrado atrapar un pollo y soporta a pie firme las "atropelladas" de la clueca.

—¡Juan! — dice Recaredo. — En la chacra 'e Batista están deschalando .

—¿Y dī áí?

—Es que es pecao salir a darse uno mesmo la muerte. Yo que usté enderezaba el “malacara” pa la chacra. Haciendo ansina usté puede alegar a San Pedro que resinao con su suerte iba a buscar trabajo cuando el arisco lo mató en el camino — Juan el “porfiao” medita y responde

—Gueno

Sale al paso hasta la tranquera. Confía en su asesino. Sabe que bastará un rebencazo, el primero, el de siempre. El caballo avanza arrollado, tembloroso, pronto para el salto. Juan pone, por la dudas, rumbo a las chacras

—¡Hasta nunca! — grita

Levanta el rebenque. La sotería cae sonora y el “malacara”, tal vez por hambre, acaso por el miedo de aquellas rodillas que le ahogaron, de aquellos talones que destrozaron sus paletas, de aquel rebenque pesado e implacable, “testerea”, bufa y se tiende manso a galopar en dirección de las chacras.

HERIDOS

Hace ya sabe Dios cuantas horas que me traen en una carreta lunanca. Sobre el piso, ande bailan algunos granos de maíz, en dos colchoncitos pá pobres, nos han dejao a Eladio y a mí. Semos soldáos en un escuadrón de campaña. Nos hirieron en la pelea de ayer... ¿De ayer? ¿Tan poco hace que me balaron?... Gueno, ricién aura estoy sacando la cabeza de la pesadilla. A gatas cái, oiba los tiros y el sol me judiaba los ojos, en seguida llegó la cerrazón, un retobo de lana sucia que se iba espesando... espesando, me hundi del todo en aquella neblina, y al mismo tiempo era como si boyase, si andara en el aire. Eso es la llama boyá, pero, sujeta al pabilo, no puede subir. Así me acontecía. Iba perdiendo peso al desangriarme, me puse livianito, pero en esta pierna herida, tenía un grillo e' fierro, que no me dejaba remontar. Con hamacones de llama en la virazón, el grillete se hizo ampolla y después carne viva. El campo era lunarejo de espartillo sasonao... las puntas de una mata distante, eso es lo raro, se dentaban hasta mi gueso roto. ¡Qué sé yo! Dormían mi cabeza y mis manos y el ujero del balazo seguía despierto. A ucasiones yo, que no véia con los ojos, véia por allí...

Esa madrugada, me hubiese jugao hasta el poncho a que saldría bien de la pelea. ¡Qué certeza tuve sobre el particular! Y me duró hasta después del avance. Nos mandaron echar de barriga entre un espartillal. Un poco adelante é la guerrilla estaba,

rodilla en tierra, el teniente Báez. Bien frente a mí Me cubría con el ancho del lomo . . Por ahí, a mano derecha, los contrarios abrieron el fuego; dentro a correrse el pororó cada vez más cerca, en abanico Y nos dió frío a todos Las moras pasaban despeinándonos la nuca Yo tenía la atención fija en mi compañero é la derecha, pardo él Un día antes, el teniente le había dado algunos palos. Parece que sin motivo y el pardito juró que en la primer pelea, iba a atracarle bala de atrás Unos creyeron, otros negaron. Y vide a tres o cuatro muy curiosos por saber en que pararía la amenaza.

—¡Fuego! — nos ordenó el teniente

Le obedecemos El alcanzó a pararse.

—¡Avancen!

En eso, junto con nuestra descarga, vide a Báez abrir los brazos, estirarse en la punta de los pieses y caer de boca sobre los yuyos. Vaya a saber quién lo hirió: si el enemigo o su abuso e' la juerza. Salió un sargento al frente Hacíamos por seguirlo entre el mucho viento. . . A los pocos pasos, recibí como una patada é mula en la pierna y ya cái también.

Dispués vengo saliendo é la torpeza, a trompezones, porque dentra a clariar en lunares la cerrazón aquí acierto y allá me confundo. Entuavía preso en este retobo, comencé a oír, como en sueños, tres palabras, siempre las mismas, en el mismo tono cansáo, que se arrastra como mis pensamientos

—Hosco Resignáo . . Hosco .

Y un chiflido sonso, largo. Durante horas, las palabras y el silbar eran míos, de ese desgano, de ese gusto que me dejó la bala, pero redepente, Eladio pegó un grito.

—¡Ese chifle odioso!

Veo claro entonces nos lleva un carrero, un hombre con salud. Va a caballo. Va en mitad del día. puede chiflar. Aquí adentro, esa polquita se mistura con el chirrido de los ejes secos y con la fiebre húmeda y se aferrugina. Es un ahento afilado. Da frío. Me trae en un chucho.

—¡Carrero!

El hombre asoma en la culata. Veo, como entre agua, su gordura.

—¿Tiene sé, amigo?

—Tengo. — respondo.

Me alarga una cantimplora. Tomo hasta encharcarme. La dejo redamar por gusto a los costaos de la boca cuartada. Después, amago pasarle el trasco a Eladio y el carrero media.

—¡Ese hombre no puede tomar!

Miro a Eladio. sigue boca arriba con los ojos hundidos, muy abiertos, sin pestañar, fijos en el toldo de la carreta. Está desencajao, como si la calavera hiciese juerza por salir. Cuasi no es él. Amas, la barba crecida se le rejunta en los surcos de la cara y los ahonda. Suda. El polvo ande lo revolcó el balazo, se hace zurco en las arrugas de la frente. No se mueve. No habla. No está. Levanto cuanto puedo la cabeza y alcanzo a verlo desde arriba: tiene los labios finos, color tierra seca. Las barbas comienzan a borrarle como el yuyal borra las taperas.

—¿Quiere agua, Eladio?

—Vea que el doctor... — comienza el carrero.

—¡Que doctor! Aquí vamos tres cristianos.

Arrimo la botella a la boca de Eladio. ¿No me siente? No sufre sé... Sigue duro, callao...

—Es que un trago lo puede matar — dice el carrero.

Quedamos solos Tengo coraje. Converso Pero Eladio sigue ausente .

—¡Hosco Resignao Hosco!

Marchamos otra guelta Al poco, me entreduermo. Es difícil dormir, aunque estoy tranquilo. Llevo el cogote duro pa medio defender la nuca que golpea y golpea en el andar Cada pozo grande me despierta Abro los ojos, miro el perfil afilao de Eladio, me duermo . Este relampaguear, este pestañeo, me embarulla más. Comienza a “jederme” el compañero como un dijunto Siento que él agarra mi coraje. No es justo eso. La misma carreta, agatas dormito cambea, me maltrata aquí es mi propia espalda que hace por dirse de mí Redepente muda, se hace un bicho extraño. . clava un colmillo en la herida, se sacude rabioso y pronuncia con lentitud.

—¡Hosco . Resignao . Hosco!

Hago juerzas pa sahr de esa rueda el perfil blanco, la carreta negra, el perfil blanco. Quiero gritar, romperla:

—¡Eladio!

No rispunde ¡Me naqueo grande! A lo mejor está baliho en una pierna. . y si él se muere. .

—Eladio — le digo al oído — ¿dónde le acertaron?

Con pausa lleva una mano a la barriga y deja un dedo apuntando allí, junto al ombhgo.

—Hum

Y la mano guelve a cair blanda sobre el piso. Me callo ¡Respiro! Voy en una carreta cualquiera, sobre un camino feo, junto al perfil de un moribundo Esa es la realidá No me duele nada La enfermedá sale de este hombre mudo, envarao . Y yo puedo moverme, dirme . . Aura mesmo mi vista asoma a la culata y pasea por el día. Nos sigue una cola de

polvo esponjao de sol... Parece que semos una tropa de carros con heridos, porque atrás nuestro viene uno alcanzo a ver la cabeza de un guey pampa En el ujero del toldo, el animal asoma y se dentra, como si jugase Al rato me marea...

Aura el carrero se arrima Observa a Eladio.

—¿Vive? — me pregunta

—Creo que sí .

—Mejor . dos me dieron y dos quisiese entregar

Dejuro vamos ú van a embarcarnos. pá algún hospital No se sabe nada Es la guerra No hay ¿quiere dir? Quiere que le aserruchen la pierna? Porque, a lo mejor, uno prefiere reventar antes que lo lisen Yo mesmo, baliao a medio muslo, si me rengan, ¿cómo subo a caballo? Y, de a pie, se me pone lejos la comida ¿Y pa qué pienso en esto? Los doctores, no preguntan; asigún dicen, meten cuchillo y salvan Lo malo estará, digo yo, en el apuro de ellos . Cuando hay mucho herido “¡Venga ese!” Fierro con él ¡Juera! . ¡Y pasen al otro! Gueno, tal vez me salve, porque aura sufro, pero con cierto alivio ya . También el traqueteo encona algo. , ¿no? Lo afirmo, visto que en los altos de la marcha, cuasi no siento dolores Pero, dende ace rato ya, siento como un hormigueo en este pie . Y lo hallo frío de más .. Debe ser por la mucha sangre que perdí Si esta carreta no dimorase tanto . Quiero llegar a la estación, allí puede que pase cerca un dotor de gorro blanco. Lo agarro de una manga y, a lo mejor me rispunde , porque uno es soldao y criollo, pero es cristiano No lo viá entretener mucho. “Dotor, perdone este frío que comienza a subirme del pies, ¿es guena señal u mala? .,” ¡Nada más! Si uno quiere su pierna, a

naide ofiende con preguntar Y, aunque soy un
inoiante, tal vez me rispunde

¿Iremos muy atrás de la tropa? Mientras los de
adelante llegan y bajan despacio, este frío me avan-
za Ya está en el tobillo Quiere subir, lo sujeto
allí con el coraje. Cuanto me asuste, se viene .

Hay un alto. Oigo, a lo lejos silbar un tren .
Pronto acaba esto. . Cuando acierte a pasar un do-
tor, ya sé. Tal vez me conteste un sí o un no,
por prisa que haga, eso se dice pronto Me duele
la nuca una barbaridá Eladio sigue mirando el
techo Hay olor a fiebre y medicinas Y, redepente,
Eladio rompe a conversar

—Yo sabía ler — dice — fuí al colegio. Me sa-
caron de allá pa uñirme

Disvaréa, Ya lo hacía diunto ¡También! Con
un balazo en la panza, horas tirao sobre el campo, y,
dispués este aporreo en la carreta! ¡Es duro un
cristiano! ¿Será gueno ú malo este frío en el pies?

Hay un silencio que asusta. Estamos paraos entre
árboles mudos. Los pájaros han juido é las carretas
Nades se nos arrima No tienen apuro ¡Claro!
Mis óidos andan en la estación y a ratos me parece
entender los disparates del compañero Parece que
Eladio se arrepiente de haber sido guapo

—¡Avisel — le digo

No me oye. Habla y habla con alguno que está
allí y que no soy yo ¡Gueno!

En el pies me andan como gusanos fríos Parece
que la mano podrida é la muerte se agarró é mi to-
billo pa subir en busca de Eladio . ¡Estoy mejor!
Se ha equivocado la Nata Lo malo es que el frío se
viene. . ganó ya mi canilla. La herida arde
Si el frío sube has'á allá, ya no viá sentir la pierna .

Viá crer que me falta, que me la cortaron dormido a traición.

—¡Eladio! — grito, naquiao.

Nada...

—Me emprestaron un libro — le dice al otro, — lo aprendí .. lo tenía acá — prosigue él, llevando la mano a la cabeza. — Me raiba é los pobres que iban a votar . Yo no era partidario ni criolla cuasi.. era un hombre quería arar en paz, un pedazo é la tierra

Y por ahí sigue soltando locuras . Resuella con trabajo . Allá, la máquina é ferrocarril le hace hurla.

—¡Hosco Resignao .. Hosco!

Nos allegamos un trecho. Aura la carreta cái con tino en los pozos Talvez le duelen las caderas, como a mí O se le contagió mi dolor . ¡Se me ha muerto media pierna! De la rodilla pá abajo, no siento . ni frío ya

Amago dar un grito. Pero la vista de Eladio, que agoniza, hablando dormido, me fuerza a llamar muy bajo.

—¡Carrero! ¡Carrero!

¡No viene! Ha de estar prosiendo con los otros
¡No le hace! Ya es cuestión de minutos bajamos, agarro a un doctor por la manga, le priegunto, me risponde que este frío no es nada y ya está. ¡Se me jueron los gusanos!

—¡Qué bruto juí! — dice Eladio aura — No iba a peliar nunca mas . Quería vivir pa decirle a otros pobres que no saliesen a hacer guerra más que por nosotros . , pa nosotros... ¡No puedo más!

—¡Carrero! — grito.

El hombre me contesta.

—Va...

¡Y no viene! Eladio no se mueve, ni calla

—Yo — dice — veía clarito ya Riventó esta rigolucón oí gritar vivas a un partido y salté en mi caballo y agarié un jusil . ¿Por qué . No sería pa que me tuviesen por guapo . pa que no pensarán mal de mí ¿Por qué vine, entonces, a recibir un plomo en la barriga? Me muero ¿Por qué?

Lo miro con rabia. Tiene las ojeras azules Ha puesto una mano sobre el corazón

—¿Por qué? — guelve a preguntarse al rato

Y ya no dice nada más, creo No le priesto atención . Tengo frío cuasi en la cintura, ¡junto al fuego é mi herida!

—¡Carrero!

—¡Ya va, hombre! — rispuede.

La mano de Eladio rifala despacio, cae y queda abierta sobre el piso, con la palma callosa pa'riba. ¿Será finao, ya? ¿Vendra, por aquí un dotor de gorro blanco? Le preguntaré si este frío es mala seña ¡Si, claro! No es curioso al ñudo Hay su razón Yo quiero mi pierna, la necesito pa trabajar a caballo Aunque soy pobre, con preguntar, no ofendo a naide...

LA MANO DERECHA

¡Avancen!.. ¡Avancen!

Cada cuatro u cinco varas, el oficial se guelve, nos grita y sigue adelante moviendo el brazo derecho como quien siembra. Atras va la guerrilla los gueyes. Semos treinta infantes leidos, de cabeza gacha, de cogote duro, haciendo una juerza bruta con todo el cuerpo pa romper el aire. ¡Y eso que el día es calmo! Traemos el sol en el lomo. Las sombras, más corajudas que nuestros cuerpos, se nos adelantan. Suebra luz. Es difícil que el enemigo nos erre. Hov vamos a cáir todos.

—¡Avancen!... ¡Avancen!

Así dentramos en un lugar de mucha "mosca". Guelo a osamenta. Las balas zumban, aturden, enfrían.. El oficial se ha sacao el sombrero y lo revolea en l'aire. Busca espantar las "moras" así. Me pregunto si estará loco y al propio tiempo veo, a mi derecha, pero lejos, que Eladio Núñez, cái de rodillas, forma un arco hasta juntar la nuca a lo talones y de allá medio se para, como la víbora en la cola, pa chicotiar con la cara en el suelo. ¿Ha muerto? No alcanzo a pensarlo, me lo impide el tartamudeo de una ametralladora que nos sale a la mano zurda. Me tomo ese pulso. Tiembla el aire. Se recalienta. A la vez, veo salir de ese ruido globitos blancos, como vellones de humo, indiferentes, ajenos a la pelea. Son como pa guises. Me entreparo a mirarlos. ¿Es distracción? ¿Es pretesto pa quedarme atrás?

Siento un culatazo entre las paletas y la orden del sargento Aguilar.

—¡Avance, Pérez!

Ubidezco. Medio me asusta verme solo Troteo y me gano al abrigo 'e la guerrilla. ¡Qué luz presta el miedo! Ajuera, en la cáscara, el milico piensa que vá morir; pero adentro hay un algo que llama a los sentidos y les confea la vida ¿No? Se la ricomienda. Por eso van los cinco despiertos. Si la vista se distrai el óido la desempeña. ocupa su lugar, cierra el claro, se hace de una pupila. Digo esto porque lo esperimenté. Son testimonios oscuros, estraños, junciones de sentidos máistros en lo suyo, pero redomones en los que suplen. Talvez por eso sera, digo yo, que en el peligro, el tiempo parece tan largo. En realidá, es hondo. Uno, tranquilo, vive de frente, ahorrando, con una sola luz encendida y la puerta entornada. Aquí abre todas de par en par y se asoma por todas a la vez. Vive mucho en poco tiempo. Vive con l'ansia que ponemos en las despedidas. A ucaciones, parece que no estoy en mí, que ando ajuera rondando mi casa vacida y abierta, pa atajar a tiempo la muerte, ansina, si me descuido y dentra, no me halla en el cuerpo. Estaré asustao. No lo niego. ¡Si un entusiasmo y algún fin noble, le forman calle, el miedo se acabó! ¡Por disgracia, no es ansina y cuesta mucho avanzar! Y valga que el oficial de la puntera es el filo é la guerrilla. Semos una cuña. Aguilar nos golpea con la culata del máuser, y la cuña dentra y dentra en lo apretao del peligro. ¿Por qué no haremos fuego? No hay orden. Llegará cuando coronemos esa loma. Yo quisiese gritar, tirar, hacer ruido a lo chiquilín que cruza chiflando, la escuridá. Se me hace que un estampido nos aumenta y cubija, ¡ansí vamos tan

desnudos! Delante mío no hay ni un árbol ni una piedra está el campo liso, desesperante Gueno. si hallo cualquier reparo y me gano atrás, ¿cómo salgo al fuego después? En este desamparo, nuestro oficial, con ser delgao, resulta un escudo pa toda la guerrilla Si él llega a cáir, nos tiramos al suelo. Hemos caminao, diez varas bajo el castigo ¿Cuántas horas harán?

— ¡Mande hacer fuego! — grita Olayo

Este Olayo Galván que viene a mi derecha, se echa el jusil a la cara. Va a romper la pelea, de su cuenta nomas. Una bala enemiga le aventa el máuser Olayo se para Se mira una mano Está herido. Palidece Y cae sentado en el suelo Yo me tiro de lomo a lo largo Dentran a oirse más lejos los

— ¡Avancen! ¡Avancen!

¡Que alivio! Ahora estoy tirao en un colchón de yuyos Y me tapo hasta la cabeza con el aire azul, abugao. ¡mío! ¿Por qué lo hice? ¿Juí yo? No lo pensé, ni hubo tiempo Me llevaron a esto los dos talones se jueron pa delante y cáí Dentraba apretada la cuña y saltó una astilla Por la mella que dejó mi cuerpo, cruzan y cruzan las balas, está feo pa enderezarse y hasta pa moverse, dan ganas de arañar, de abrir cueva. Los estampidos se embolsan, retumban, llegan rodando, tocan mis pieses y revientan Pues entre semejante tronar, puedo oír hasta la respiración del herido. Soslayo la cabeza: él sigue sentado, como si estuviese solo y entúavía se mira la mano Es la derecha De los cinco dedos le cae sangre Visto ansina, este hombre doblao y triste, me parece una madre mirando a su gurí enfermo.

— ¡Acuéstese, Olayo! — le grito.

El se mueve igual que si estuviera en la paz, entre

los baguales que amansa pa vivir. Aquella lucidez que tráiba cuando avanzábamos, se le jué por la herida. Ahura parece estar en su rancho, ni busca alivio, ni oye chiflar la "ñata"

¡No se da cuenta que yo me tiré al suelo como una luz y que los muertos cáin despacio! El vivo aquí, anda más ligero que las balas. Cuando le grito, él traí pa mí, atortugao, los ojos redondos, los deja aquí y sigue quieto, con la boca abierta y la mano en el aire, pa mí ver, está pasmao de miedo

Nuestra guerrilla hace alto en la loma Oigo el:
—¡Cuerpo a tierra! ¡Fuego!

Entre los estampidos, llega el sargento Aguilar.

—¿Esta lastimao, Olayo? — le pregunta.

El herido no me desvía los ojos. Rispunde alzando la muñeca distrozada.

—¿Y vos, Pérez?

—Yo, sargento, me quedé pa ver de ayudarlo a éste.

—Ligale el brazo, lo acompañás a retaguardia y venite.

Aguilar sigue repechando. ¡Es valiente que da gusto verle!

Olayo ni lo mira; porque campea por sus bolsillos los avíos de pitar. Entonces se ve manco. Con la zurda sancocha siempre, estruja rabioso, la tabaquera Pechó, por primera vez, contra su disgracia. Se tira sobre los yuyos, hunde la cara y queda aplastao que es un bofe. Sólo dejó en el aire su derecha herida, y esa mano llora por él. Yo, sin moverme me ausento, me descuido, me gana el refugio. Ahora mis sentidos pesan como párpados Arriba de la cubija azul anda un ruido oscuro, mientras estoy mirando con curiosidad, con novelería fuera de ucasión, la sangre que

cae de esa mano. El peso de cada gota cuajada duebla un espartillo. ¡Cuando me sorprendo en tal distracción, un chuchó despierta mi instinto cansao! De prisa, mis dedos, ágiles, más baquianos que nunca, andan en el pañuelo de Olayo. El se deja hacer. Lo fajo po'el codo. La mano hinchada y lustrosa es un tomate al sol...

—¡Gueno, amigo, sigamé!

Hago punta, me arrastro. El jusil en bandolera, me lonjea la nuca. Olayo no trae arma. ¡Ya pa qué la precisa! ¡Es una tortuga! Guelta a guelta vengo es-perándolo. El bracea con la zurda, clavando el codo derecho y a cada arrastrón se mira el balazo. Ya no puede ni cerrar el puño. ¡Esa mano es un guante sop-lao! Cuando me la aprosima alcanzo a ver en el uje-ro, como brujones, unas puntas de gueso bajo la tela del cuajarón. De atrás nos siguen chiflando, menudean los proyectiles. Pican cerca. Me desinflo. Quedo chato, pegao al suelo y le doy coraje al otro.

—¡Apúrese. Olayo. Parece mentira. Por un raju-ñón!...

Le digo veinte veces lo mismo. Y se lo repito, siempre igual. No es que yo haya perdido el resto del habla. Es que como pienso y atiendo tantas cosas a la vez, dejo en la boca, como un buche, esas palabras, y ella las pronuncia por su cuenta ya.

—¡Apúrese, Olayo. Parece mentira!...

Avanza otra guerrilla en protección de la nuestra. El oficial se agianda al trote de un tordillo. Ni nos ve, por mirar la loma ardiente. Apunta el caballo derecho a nosotros. Veo un montón de patas. ¡Grito! Entonces, el animal nos cueipea, va casi enriedao con Olayo. Al poco los infantes se acercan corriendo y nos pasan por encima entre el run-run de las cartu-

cheras. Toda esa brazada é leña sigue rumbo al horno. Cuando la echan, sube el chisporroteo allá. Y la ametralladora, como falta de carne, corta y corta el picadero..

—¡Apúrese, Olayo Parece mentira' .

Ya nos corremos por el bajo... En la orilla del peligro. Aura puedo pensar, el alma dentró a acomodarse en la carne Envideo a Olayo Total . ¿Qué tiene? La muñeca rota. . una herida con suerte .. ¡me la hicieran a mí! Lo digo y me da como un rejucilo en el estómago, ¡porque pienso que debo volver al fuego!

Aguardo. Husmeo el aire no guelo a plomo Entonces me paro y ayudo al herido Mi compañero se ha descuidado. a la cuenta jué cuando cuasi nos aplasta aquel oficial de a caballo. Olavo revolcó la herida y se le ha enllenao de tierra. Menos mal que ya no sangra, porque ese retoño de barro rellena el desgarrón. Debe pesarle mucho .

—Olayo, afirmese en mí

El sigue mudo, empañao, ni me atiende Yo mismo tengo que alzarle la mano aplomada y ponerla sobre mi hombro. Ansina nos movemos paso a paso, rumbo a la azotea gris ande tendieron el hospital de campaña. Este bruto de hombre se deja cáir. Pesa. Me ladea. ¡Tamién! El puño es una porra de barro esponjoso que gotea sangraza Si un oficial me preguntase ¿qué hago? ¿Si es duro el hombre y me manda al fuego? Seria una lástima, porque aquí, de la tierra calentada por el sol, sube un vaho que adormece. Esa neblina me llega al pecho. Voy con solo la cabeza juera del algodón y ella misma se me tapa al rato, como en zambullones Cuando la saco a reahidá, el tartamudear de aquella ametralladora, guel-

ve a cortar en tajadas mis pensamientos. . Hablo por sílabas Los camilleros y las riservas, las veo como al trasluz de unos espartillos con guindas de sangre Tal vez mi compañero me contagea su cerrazon. ¡Es tan grandote! ¡Tan pesao! ¡Siquiera hablase! ¡No ha dicho palabra, viene mudo, traído; camina nomas. Si me paro queda parao como una bolsa e' papas, torcido. Si lo largo, talvez cái Y todo por un ujero en la mano! ¡Amalhaya lo tuviese yo!

Desde acá oigo la pelea, pero áura el ruido viene como de otro día . en recuerdos Hay algo roto entre aquel apurón, aquel pulso e' fiebre y este paso lerdo que tráimos Ese cambio, pone tiempo y distancia en cosas recién sucedidas . ¡Así es el barullo que traigo en la cabeza! No estov ni allá, ni aquí, estoy en viaje pa dos rumbos a la vez. De muchos laos, vienen camilleros con montones de tiapo que hacen cimbrar las pariguelas Algunas cruzan cerquita D'entre los refajos, sale un quejido de gurises ¿Serán niños todos? ¿Y no es un guri grandote este Olayo? Lo digo porque al ver el hospital de sangre, esa casa guena, mi compañero hace rechinar los dientes y se empaca ¿Buscará res.stir aura? ¿Y con qué juerza? ¿No ve que aquí todos se mueven en ese rumbo, como si la puerta los chupase?

—Siga, pues, ¡parece mentira! — le digo.

Y nos paramos nomás, porque dos enfermeros que venían delante nuestro se han detenido. Parece que eran nuestra maquina No podemos salir del riel, no se nos ocurre avanzar po'el costao Ellos ponen la camilla en el suelo. Su herido traiba el sombrero sobre la cara Lo destapan. está blanco. Entonces lo vuelcan como tierra de una carretilla El infeliz, queda sobre los yuyos, de cara al sol, y no entorna

los párpados. Los dos hombres de la cruz roja se vuelven, creo que protestan. Nosotros quedamos así cerca de la estacion . olvidaos . Yo miro al cáido; me parece dijunto Olayo no ha levantao los ojos. ¿Será miedo lo que siente? Y este criollo es domador. Debía estar más hecho a los dolores. ¿No es más feo un bagual que un médico? Sí, claro... la tijerita fría y tan brillante cortando en crudo la carne que suebra .. ¡me hago cargo! ¡Por qué dicen que los dotores no le dan a usté ni una caña! Un proyectil lo sacan así nomas, hablando entre ellos, cosas que uno ni entiende. Es una herejía, pero despues queda la paz ancha por delante . el rancho de uno, los gurises... y este Olayo tiene unos cuantos hijos. ¿No verá la ventaja de estar lastimao?

Venimos llegando al hospital. Un ordenanza nos para en la puerta.

—¿Ande está herido? — pregunta

—En la mano — rispuendo yo.

—Tienen que aguardar

Ya lo sabía ¡Si no es nada! Olayo sigue afirmao en mi hombro. Me duebla. Poco a poco, golvemos a quedar quietos... olvidaos, mientras por la otra vía, cruzan y cruzan camillas. Naides habla. ¡El aire de matadero y medecinas, olores calientes, me dan una sueñera! A poco pienso que soy yo el herido, que me brotó una tercer mano en el hombro .. ¿duermo? Todavía no; pero pestañeo largo. Pasa un practicante, de gorrito Quisiera hablarlo. El se me refala como en la sangre del piso. Ajuera está todo ahumao y adentro tamién. En el corredor, se pechan quejidos que salen con clarinadas que dentran, olores espesos y hombres de blanco Los estampidos golpean en las ventanas. El cañón, de puño cerrao sacude los vi-

drios. Olayo no habla, ni se mueve, ni resuella cuasi es puro ojos. Las vistas le rejucilan a cada delantal, a cada venda, a cada trapo blanco de estos que parecen tendidos en el corredor y el viento, se lleva... Mira. . Mira . . ¡Si los hijos de él, lo viesen despa-
vorido así! Es pobre como yo y tan bruto también. ¡En tamaño montón de carne, ni se nota el pedazo que le corte una tijerita, por más brillante que sea!...

Tal vez horas más tarde, los dos vagones, el del tope roto y yo, seguimos aquí, en la vía muerta, olvidados . ya semos de la casa... Dos manchones más, dos trapos sucios colgaos de una paré gris ..

En esto, acierta a asomarse un doctor. Me descuelgo y le hablo.

—¿Doctor, atiéndalo, quiere?

—¡Pasen! — nos dice

Aura Olayo no se mueve. Echa pa trás la mano. Yo lo rempujo entonces, porque aquí el tiempo escasea .

—¡A ver la herida! — le ordena el médico.

Mientras lo lavan, mi compañero hace por sonreír, sacude la mano como para causarle gracia al doctor, que lo mira ceñudo. Quiere mover los dedos .. No puede. Se arranca la ligazón. Prueba otra vez... ¡y al ñudo! Entonces me mira enojao, como si yo tuviese la culpa, se acomoda pa hablar y suelta este dispropósito:

—Doctor, vea de salvarmelá, ¿no? Soy pobre .., preciso esta mano. Pa dejarme manco, mejor me matan derecho...

El doctor no lo escucha. Se ha dao guelta a preparar unos fierros y le dice al otro de gorrito que lo acompaña.

—¡Hay que amputar! ¡Vamos!

DECLARACION

Señor Isabelino Ortega.

En "Ñandú Culeco".

Manduca, noviembre en 1915.

Isabelino:

La mayor disgracia que puede cairle a un cristiano, es el nacer como yo: en horqueta, con una punta en flor y otra en espina. Te lo afirmo porque truje pretensiones de zorzal y espresión de pato. Podés rairte, Isabelino, pero es así. Veo cualquier lindura florecida en lo alto y, sea jazmín, lucero o mujer, ya siento necesidá de alzar vuelo p'alcanzarla. En realidad, solo consigo pararme de manos y llorarle como perro a una achura. Pero la ilusión que hay en mí, la parte de pájaro, abre alas invisibles, sube y hace querencia en la luna. Mi razón alvierte el peligro y le suplica que abaje. Es al ñudo: el sueño porfea en apeligrar, corta la collera, acampa y engorda independizao de mí. Al poco, ya ni me conoce. Yo, aquí abajo, me voy hundiendo hasta el garrón en la realidad, porque me falta el cuartador, el zorzal, el loco. Así voy andando, hasta que un día el lucero le chamusca las alas al consentido; mi sueño cae en redota, y yo, humillao, tengo que emplumarlo otra guelta pa que en el primer vuelo, me lo quemen unos ojos.

No sé si acierto a explicarme. Vos, hermano, sos más letrao que yo, y tenés pueblo. Siempre te quedó

justa l'alma Trujiste pa todo una mano especial. Bien se vido en el colegio Pá mí la clase tenía puertas por donde el tiempo se asomaba a distraerme. Ande yo atendiese la lección, una chicharra se ponía a rascar el silencio, a meter su pluma abierta y borroniar con puntos y rayones mis entendederas. Los tabanos dentaban por un ventanillo y salían por el otro, zumbando igual que las palabras por mis oídos. Y como siempre jui apajarao y amigo de ver lo que no existe, ya véia a "Doña Virazón" soplando el rescoldo e'la siesta. Los insectos eran chispas. Al rato, comenzaba a dormirme. Perdía el cuerpo. Un rebozo tupido me tapaba hasta las orejas. Sólo tenía los ojos ajuera e'lagua. Y eso, pa ver las manos de la señorita. Nada más. Si la máistra llega a ser manca, yo salgo dotor. ¿Te acordás de las manos de aquella mujer? A mí me tenían como encandilao. Pa' mis vistas de gurí bagual, le salía luz de los dedos. Ella diba al pizarrón, y, de lomo a la clase, comenzaba a escrebir. ¡Gueno! Sus manos andaban volando, igual que palomas bajo un nubarrón. ¡Cómo iba a tener guena letra! Yo me aplicaba a copiar aquel dibujo y al ver mis dedos cortados, tiré desesperanzao el lápiz.

Una ucación ella me agarró en falta

—¿Cuántos años tenés, Recaredo? — preguntó con su modo tan fino.

—Yo creo que ya dentré en los trece — le respondí, y me zumbaba el pulso en las orejas.

—¡Sos un mozo!

¡Si lo sabería yo, hermano! Mama quería sacarme sabio y mi padrasto, guey. Dende que dentré en edá de colegio, hasta cumplir mis trece años, los dos viejos se pasaron en alegaciones: ella, que pál libro, y él, que pal arao.

En esto el hombre pierde una mano entre los dientes de la trilladora. Se lo llevan de la trilla al hospital. A la tarde, entré en la escuela. Tenía que aprender todo. Y de apuro, porque cuanto el lisiao golviase, era sabido que me apagaba la luz. Ahí tenés el porqué entré ya en edá de salir. A más, era canilludo como un potrillo. Aunque, por cortedá, arrojase el cogote, le llevaba la cabeza a todos ustedes.

Nunca he olvidao la vergüenza que la señorita me hizo pasar esa tarde.

—Niño — prosiguió — tenés unos ojos muy bellos... Prometés ser un lindo hombre. Cuando te enamores y necesites escribir a la novia, lamentarás tu desaplicación.

Yo, Isabelino, aprender, algo aprendí. Con la pluma me remedeo. Es verdá, que, a veces, pongo una letra por otra, que, si bien se dibujan diferentes, suenan parecido. Algunas las he olvidao del todo, me queda el gueco. Sé como pa escribir a mi familia. Siempre al final, me dan ganas de agarrar un puñao de haches y espolvorearlas sobre la escritura. Pero, acordate que, a los tres meses de hospital, cuasi todo mi padrasto golvió a casa y tuve que dejar la escuela. Aquel reto de la señorita Julia me hizo rumiar profundo. Ella aludió a mis ojos y dejó entrever novias. Esas cosas, cuando uno tiene trece años, son peor que un gofetón; ensultan como un beso. A tal edá, hay pureza entreverada con miedo. Ves un casal de enamoraos y le tirarías un cascotazo. Enrabale al bochorno las risas de los gurises y comprenderás que estuve por disparar de la clase. Al salir, lo que nunca, me aparté de los otros niños y agarré solo la calle. Iba cruzando la "cañada del bagre" y me senté en un albardón lambido por l'agua, a es-

perar que bajara la noche. Tenía mucha vergüenza, hermano. El silencio llegaba de todos laos, arrastrándose, a tomar agua en la orilla. Yo veía temblar la corriente, dirse estirando en la costa hasta alcanzar el musgo, como arriman dos potrillos los hocicos afelpaos. Redepente, zambullía, lejos un carpincho. El cañadón pegaba aquel trago, y golvía a dormirse. Poco después ya me costaba estar enojao. Yo también tenía un fondo de arena blanda ande se iban hundiendo, despacito, igual que piedras, las palabras duras de la señorita. Pero el sol entró a dorar una línea de juncos. Eran patente, las pestañas del cañadón. Eso me llevó a pensar en mis ojos. Yo no quería ser lindo. Al contrario, la belleza del varón, está en parecerlo. Era capaz de entuertarme antes de andar ofreciendo al ridículo unos ojos de mujer. ¡A! tenés, clarito el drama! Levanté las vistas del juncal odioso, y un ceibo en flor se me reiba. Entonces, busqué con ansia, un pedazo fiero, macho. Tropecé con el nudo de un tala, apretao entre dos piedras. Ese amigo huraño, no sabía p'ande crecer. Era un remolino e'púas. Había abrazao un nido de urraca y se lo discutía al viento. Al mirarlo, sentí envidia. Lo pior de todo, Isabelino, es que yo, varón y arisco, tiraba a verme en el cañadón. ¡Ese era clavao, un capricho de niña! Ellas no pueden ver espejo sin arrimársele. Pa no ceder, fijé las vistas en el tala. Había en el cuadro una paz. . . así como de lechera echada, junto a la cría. Algunas nubes quietas. En el malezal, borroneado de sueño; una torcacita se puso a contarme lo que los yuyos callaban. Comprendí que, si en ese momento miro mis ojos, tenía que hallarlos lindos a la juerza. Alcé los cuadernos, y salí de cogote duro, derecho a mi rancho. Mama tenía luz en el dormi-

torio. Me dejé cair en la primer silla. Y en una de esas, me vide parao frente al espejo.

—¿Te dentro algo en las vistas, Julián? — preguntó mama.

Entonces le supliqué.

—Diga, señora. ¿tengo ojos de mujerengo?

—Son grandes y dulces m'hijo, pero bien de varó

Resollé.

Y aura, vas a crerme esto: aquellas palabras de la señorita Julia me robaron la inocencia. Porque mi gurí ya dentro a enriedarse con el hombre Miraba a las chiquilinas como si las estuviese amando. Era un presumir puro, porque ande una me asetara el envite, disparo. ¡Por esta! Tenía unos pantalones cortos a media pierna, los fajé por las verijas y así conseguí alargarlos hasta el tobillo. Pitaba Hice rancho aparte, como dicen. Y anduve guen tiempo en la orilla e' las cosas, porque me preocupaba de hallar abajo e' todo una declaración de amor. Eso, pa mí no podía expresarse con palabras cortonas, ni fáciles. ¿Cuálas serían?

Todas las noches, mi vieja reventada e' cansancio, en vez de ganar el catre se sentaba y con los codos clavados en la mesa, me ayudaba a escribir los deberes

Tu mama, Isabelino, tuvo colegio. La mía, no. Es inoranta ¡Y tiene por la cencia un respeto! Sus pupilas brillantes veían salir las letras de mi pluma y formarse las palabras, como quien presencia un milagro

—¿Cómo se llama esa letra, m'hijo?

—¿Cuála?

—¿Esa con forma e' cruz? — aclaraba: pongo por caso.

—Es la te, señora.

Y al terminar cualquier palabra difícil

—¿Qué dice aí, niño?

—Tal cosa, mama. ¡Vaya a dormir!

Quería que riposase. Ella créiba molestar con sus preguntas y no abría más la boca. Pero no se iba, hasta verme firmar la plana. Una vez, me pidió que le llevase la mano pa' prender a escrebir, no su nombre el mío. Y cuando lo vido en el papel, se réiba con lágrimas.

Siempre me faltó paciencia pa todo. Antes de bien saber algo, aprendiendo entuavía la cola, ya se me iba olvidando la cabeza. Salí novelero y de una codicia especial, nunca ambiciono más que la mitá de un bien Sueño que la otra mitá es mía y así la completo. Ande acuerde me voy de lo que estea. Tengo una mella en la goluntá, por ande sin notarlo se filtra mi atención. Pa aplicarme al fastidio de la escritura, me inventé un pecao: aprendería pa'cerle versos a las manos de la máistra. ¡Te das cuenta! Al golver mi padraсто, dejé la clase y como me pasmaron el payador, padecí ausencias de enamorao. Hoy lo rícuero y me burlo, pero, con todo, me cambiaría por aquel muchachón triste, que soltaba los gueves, pa' acostarse de panza a escribir con un dedo, en el polvo, las iniciales de la señorita.

Entonces mi máistra jué mama. Ella era un ciego, pintando a otro lo que es la luz. Noche a noche me sentaba a escrebir. Acaso, por eso, desconfío de mi saber. ¡Y en ancas, la precetora me previno que nunca haré una misiva de amor! Han pasao siete años. Aquella señorita se jué. Ya ni de sus manos me acuerdo. Hoy mozo, necesito como el aire redatar una declaración y aquel aviso se cumple, no sé, ¡Cómo lo oís! Tengo mucho sentimiento pa'pocas palabras.

Ajuntó las más finas y no formó ni una frase. Por eso hermano, te pido que me desempeñés. Una ocasión estuve en tu barbería. Vide que se había roto el espejo y vos desimulaste la quebradura pintando sobre ella una guirnalda de rosas. Gueno busco que me escribás una carta ansina, bien florida y ande se vea la pintura. Yo también soy un espejo quebrado un charco ande cayó una estrella ¡Desimulalo con arte, Isabelino! Ponele palabras finas y largonas, a estilo e' ciudá, o tan siquiera de pueblo. Esa vez a que aludí, me diste a ler una misiva que le mandabas a tu novia. Decías al comienzo: "Tomo la evidente pluma y en el débil papel ." Eso te pido delicadeza, puesía. Mirá que Ugenia no es paisana. Si lo juese, yo me tiemplo y le balo. Si con mi amor enciendo un amanecer en ella, hallaría natural mi canto e' pájaro gaucho. Es moza de Guenos Aires y ha recibido una educación de primera. Apareció aquí con las violetas. Una tarde, se apiaba el sol, cuando la vide salir muy delgada y con su blancura trasparente de luna recién nacida. Dijeron que había estao muy enferma y venía buscando arriba. Desde aquella ocasión, cada vez aparece más brillante y más dentro e' mi noche. Al prencipio yo me ponía retirao a mirarla subir. Al verla, quedaban mudos los pájaros en los árboles. Era algo sereno, como de olvido, semejante al desmayo que nos dentra cuando vemos apagarse un rescoldo. Ansí. Ausente. Trascordao. Perdido en la querencia. Entuavía ella no reinaba del todo. Le disputaron mi cielo algunas luces tembleques. cabitos de ilusiones humildes, recuerdos, orgullo. La luna jué creciendo, hermano, apagó todos los resabeos y hoy cruza sola en una noche tan linda, ¡que hasta miedo da! Yo te asiguro que ando lleno e' lechuzas

mojadas en plata y muchas veces me santiguo pa no espantarlas aullando.

Este domingo los otros piones se jugaron a ver novias y madres. Las tres serían Yo estoy entregao. Ni mi caballo agarré. Pitaba. Guelta a guelta, las vi-razones tráiban una ampolla de aire tibio y lo ponían despaciosas en mis manos Ugenia suele sentarse en el patio, bajo un "llorón" A cada brisa, el sauce barría el sol pa ofertarle asiento fresco Al mucho, la moza salió con sus útiles de pintar. Es artista. Agarró un pincel . y en eso me vido Dejó desmayar el brazo. Así se estuvo ausente, trascordada, triste. Lo propio que yo. En eso, un ruido cualquiera nos trujo a la realidad Yo golví a mi pucho y ella a su pincel. Todo pasó sin una palabra, sin mirarnos. sin saber. ¿Te das cuenta? Después comenzó a pintar un pedacito de campo Yo créiba conocerlo porque llevo unos cinco años aquí, pero no era ansina Estaba borrao porque los ojos del indiferente, deslucen las cosas. Esa tarde Ugenia resucitó los colores viejos Yo lo vide fresquito, ricién pintao, como si ya estuviera en su marco y uno supiese que era algo artístico de un pedazo e' tierra gris, iban creciendo en lunares los espartillos Esos chorros finitos, razaos po' el sol, desbordaban en peluzas de oro Entre esas islas, algunos cardos con sé, estiraban la copa azul, mendigando. Yo nunca había visto un cardo, Isabelino. Son ciegos y tienen los ojos crucificaos de alfileres. Más allá, unos pirinchos atrevidazos, le faltaban al silencio. Pero, en cambio, el aire, al rodar a Ugenia, temblaba, y ese pulso se corría por el campo y yo era un yuyo más emocionao de verla...

Ayer, me hizo sentar cerca suyo; agarró una suerte

de carbones que maneja y porfió con ellos buscando retratarme. No pudo. ¡Es claro! Yo tampoco sabría pintarla...

—Usté tiene una cara interesante — me dijo. — Hablemé...

Y no supe. Entonces pensé escribirle

¿No te parece?

¡He pasao la noche más blanca e mi vida! Con los ojos entrecerraos, mi pucho era un lucero, che. Mi cabeza entornada entre realidá y sueño, inventó una porción de palabras. No tenían cuerpo, eran pura alma, música solo. Naide las ha usao entuavía. Dengu una mujer se emborrachó con ellas. Me las dictó bajito el relente, se hacían gotas de rocío y cáiban repicando en mi corazón... Yo te las mandarí . pero están en gaucho; y ansí no sirven. Conféo más en vos, Isabelino Y tenés guena letra Desempeñame. Tu agradecido.

Julán.

EL TRIUNFO DE LARRIERA

Amanece.

Primitivo Larriera ya cansó un mate y está por ensillar el segundo. Las espuelas, margaritas con voz, acompañan el trajín de los peones. Las campanas de los estribos repican en el corral. Dos o tres "agregados" cansados de dormir, aguardan en la cocina a que se ase un churrasco para tomarse el trabajo de mascararlo. Pirincho, recostado a una puerta, espera la bendición del padrino, que en "chancletas", "camisilla" overa y chiripá de franjas celestes, espía el momento de poder retar a alguno.

—Don Primitivo .

—¿En que andás, Quintín?

—Preocupao.

—¿A causa?

—Del forastero ese que llegó anoche.

—¡Pero amigo, vos vivís más disconfiao que perro entre muchachos! ..

El capataz, indio crudo de ojos como anca de haba, mano corta, facón corto e historia larga, insistió

—Sucedé que naide sabe quién es. ni pa qué vino. Mira como por abajo el poncho. Dijo carecer hasta e' tabaco y el viejo Encarnación alcanzó anoche a verle una sortija e' mujer...

—Será de la novia. El mozo, si es de verguenza, no va. pa pitar, a vender un ricuerdo.

—Puede.. —Quintín se agachó para prenderse una nazarena, y desde abajo. — Pero es el caso que

Encarnación también le vido un reló de esos con cencerro asujetao a cadena — le dijo

—¿Y si es de herencia esa prenda?

—También puede... Pero...

Don Primitivo se levantó. Pirincho se echó a caminar “distráido”, y Quintín bajó el ala del poncho contra la garúa.

—¿Entonces nos estamos agringando? Hombre que llega, siempre jué dios que llegó a lo de Larriera. El viejo Encarnación anda muy metido en tiradores ajenos... Lo más acertao que pueden hacer, en adelante, será dormir con las puertas trancadas y enllenar el cuarto de teros y perros... ¡Vaya unos varones, capataz! Via poner un candao en la portera grande y un letrero en inglés que diga: aquí no dentran pobres ..

La noche anterior, después de la “cena”, cuando Pirincho testereaba en el gajo del sueño, Encarnación mentía y don Primitivo aburrido, tarjaba con un palito las cenizas, un “llegao” golpeó las manos. Cuando salieron, el hombre les enseñaba un facón a los barcos. Hubo un “¡juera!” y un “¡dentre, amigo!” El forastero caía de a pie, sin poncho y sin relaciones. Se abrió el fogón como un abrazo. El humo aboceto aquel cuadro. Se estiró un brazo con un amargo en la punta. El desconocido aceptó el cimarrón, se echó el gacho sobre los ojos y esperó las preguntas

—¿Ya cenó.

—Sí, señor.

Se hizo un silencio. Nadie le indagó nada más. Allí no averiguaba otro que don Primitivo, quien se comía siempre los primeros higos. Cuando largaba, con basteras, a la novedad, la paraban a mano en el fogón.

—Ha de estar cansao, ¿no es eso, amigo?

—Mucho, don Larriera.

La hospitalidad cerró toda interrogación. Era preciso dejar dormir al “nuevo”. A la mañana siguiente, bien fresco, como los pájaros, el estanciero le tiraría de la lengua, igual que de un cabestro, para sacarlo campo adentro, memoria adelante. No hay como chupar un mate para apurar la marcha de cualquier tema. Diéronle al hombre una cama chillona; pero de una plaza. Y el huésped durmió a lo milico. Está el sol alto, dos horas lleva Primitivo esperando y el forastero no aparece

—¡Pirincho!

—Mande, padrino.

—Che, estoy dentrando en cuidao con ese mozo. ¿No se habrá muerto?

—Aura mesmo, padrino, yo lo viché y andaba bufando con la cabeza zambullida en la palangana.

—¡Sepa, ahijao, que es muy fiero ser curioso! Usté no sea nunca mujerengo . .

Pirincho necesita justificarse.

—Es que. . . como los viejos saben lo que dicen y Encarnacion y los otros carculaban en el galpón que ese llegao bien pudiera ser un juído. . .

—¡Vaya a lo que le mando!

—¿A lo qué, padrino?

—A eso mesmo A rejuntar hormigas. . .

El gurí tranquea sin rumbo.

—¡Un juído. . . ¿Y di áy? A ocasiones se juye por decencia. Al “alsao” le llaman éstos “escapao”. Por un tajo contra un arañón se dispara también. El que dentra pa hacer mal, no dentra de a pie. . .

En la puerta del galpón apareció el forastero Era un paisano con un metro mal despachao, de laya. Mo-

reno, simpático y suave. Tiene ojos inquietos y palabra lerdá. Ve mucho más de lo que habla.

—Guenas tardes — le dice burlón Larriera. — Allegué.

—Yo, señor, soy Casiano Perujo, pa servirlo.

—¿De los Perujo e “Carreta Quemada”?

—No, don Larriera, de los del “Barrizal”.

Al viejo ya le gustó. El ha oído mentar mucho aquel pago. Tierras campo adentro; madre de hombres muy criollos adentro. Según era fama, en “Barrizal”, todos los yuyos tenían espinas, los baguales chinosos, porras de abrojo, las chinas con calostro todavía, destetaban a los varoncitos para no sacarlos mujerengos, y el cuchillo era como una uña larga en la zarpa de los hombres. Allí los negocios cerrábanse sobre la palabra, no se abría más que ante la muerte. Los ranchos se alzaban todos junto a los caminos, eran huecos en la tormenta, macizos ante la delación. Hasta el burro “bellaquiaba” por derecho. En aquellos montes los viejos hachaban leña de ley para trasfogeros de sus consejas, cuando en las cocinas, entre amargo y amargo, se encendía una leyenda osamenta con luz de la raza. Del “Barrizal” solían salir, en orejanos, los pocos criollos andantes, de alas en los sombreros y en las “ranillas”. Campos cimarrones, se plantaba un malvón y salía un zapallo. El día que un gurí de por allá roba algo, es un cuchilto. Después lo saca poco y no lo envaina seco. Como negro o blanco, allí se nace bueno. Van a la escuela en la sierra: el criollismo. Tienen un arnero: el sol. De ese pago, archivo de gauchos noblotes, salió aquel Casiano Perujo.

—¡Está gueno! Usté parece mozo joven, Perujo...

—Lo soy mesmo. Pronto alcanzo los veintiún años.

Primitivo cree en todos los hombres de esa edad. Según él, a los gringos desde los quince a los veinticinco se les puede fiar un novillo. De ahí hasta los cuarenta venderse al contado, mordiendo las monedas de la paga, y de los cuarenta para arriba lo mejor es no hacerles negocio. Es el tiempo en que los criollos caminan de ojos cerrados y voluntad abierta. Por eso mira con envidia a Perujo. Retrocede hasta la época en que le apuntaba el bozo y recuerda de todo ese verdeo cuatro cosas, todas con punta, una rubia, un "valse", un cuchillo y una cicatriz.

—A su edad yo era paisano que creía hasta en ánimas, Perujo. Las chinas eran pa mí más abiertas que tranquera de haraganes. El interés no me desconfiaba el tirador. Me dejaba de a pie cualquier necesitado. Después, rodé a lo taba. Mostrador de boliche jun por lo pechao. No pasó bicho por ese camino que no me alzase un desengaño en sus maletas... Anda mucha gente y poca vergüenza por aquí, amigo. Los criollos de por aquí son criados a maíz, ligeros de mano y duros de boca. Cuando uno quiere sofrenarlos ya están pisando en el código. Ande quiera van, llevan al Alcalde entre los cojinitos. Y crea, Perujo, cuando usted los halla más derechos, es cuando están agachados entre las pitas bombiándole un capón pa llevarseló...

Perujo lo oye y asiente. El tuvo también su inocencia, novia calladita. Se la fueron "conversando" no bien se distraía en una tranquera, en un boliche o en la puerta de un corral, hasta que un día, con buenas caras y mejores razones, se la robaron muchos hombres "leídos".

—Don Larriera, se mi hace que no vamos quedando más que dos criollos usted y yo

—Yo, muy arisco, m'hijo . Me han sacao mosquador las experiencias. Sigo siendo horcón; porque me clavarón y eché raíces . .

Perujo calla. Hay demasiada luz. En la puerta de la cocina Pirincho deschala unos maíces blancos para el puchero, mientras los limpia de gusanos y barbas, canturrea una milonga de morenos

A mí me llaman el negro,
será porque no me lavo.
Pero yo tengo el refrán
la cáscara guarda el palo

Unas gallinas trillan las chalas

—¿Qué observa, Perujo? ¿Esos choclos? No se los via hacer comer, deje el recelo. Son cosas del viejo Encarnación.

Y con un poco de vergüenza, explica Allí en su estancia no se uncían novillos, ni había potreros, ni se pintaba la azotea como no fuese sola con polvo y lluvia. El yuyal nacía y se quedaba. El viajero pedía “noche” y se quedaba también. No conocieron lujos ni novelorías. Un par de gallos de pelea con lanzas y gollas. Un parejero de la marca con clavijas en el tuse y un nidal de “agregaos” con historias viejas y hambre nueva. Eso era todo. La vida tranqueaba allí, aunque cruzase al galope por el camino.

—¿Querés callarte de una vez, Pirincho? . Gueño . . y como le decía, resultó que mi invitao Encarnación se me avichó y no pudo comer más carne. Había que darle verduras, yuyos. Mi capataz en contró que habiendo campo libre y brazos libres, era asunto de hacer una chacra. ¿Ha oído, Perujo? Yo no le contesté. Juí a mi petaca e'cuero crudo y me vine con un rollo e'papeles . . .

Desde el interior de la cocina les llegó otra vez el

A mí me llaman el negro ..

—Pirincho, ¿has risuelto no dejarnos conversar hoy? — le gritó.

—Prosiga, don Primitivo. .

—Abrí los títulos a mi capataz y le expliqué esta es mi estancia. Son del año 30 La salida del Estao, que se llama, pa mi aguelo el vasco Pedro Larriera . Aquí está el dibujo. La forma del campo se parece a una bota e'potro. ¿Ve, Quintín? Estas rayas son los arroyos Estos puntos, el monte. Estos erizaos aquí, las cuchillas .. Campo virgen, bien cerril. Cuanti más, lo habrá escarbao algún peludo. ¿Ande ve usté sobre estos papeles señales de arao? No hay melgas, ni chacras, ni tierras pialadoras. Aura atienda, capataz Mientras yo viva, en esta bota e'potro naide ha de arar, como no sea con el lomo cuando yo le dé un rempujón a alguno. Si ese pobre Encarnación ha de comer papas, dé orden que salgan a cualquier chacra e' gringos a comprarlas. Dende el entonces, ese gurí cantor galopa unas leguas cuasi todos los días, pa precurarle verduras a quien se humille a tragarlas .. Me dio un poco e'verguenza la cosa, por eso se la explico...

Perujo sonríe.

—Yo sabía eso, don Primitivo. Anoche llegué a su azotea cabestriao por una corazonada Con la tardecita caimos a un boliche que hay de la cuchilla e'Marincho p'acá un poco Llevaba un peso y se me jué en convidar. Allí, en el mostrador, un mamao saltón de ojos, con la nariz como avergonzada del agua...

—Es Toranza...

—Ha de ser. Me asiguré que pal criollo con hambre, con frío y peligro, no hubo en el pago más que un remedio: Larriera.

—En efeto: no lo engaño.

—Don Larriera soy un juído...

—Lo malicié.

—La policía me campea por el lao de Arbolito. Una calumnia. Acusao de robo, señor .. Me acorralaron pa prienderme, saqué el cuchillo y me abrí cancha. Creo que lastimé a uno u dos .. Mi caballo y mis pilchas las tengo en casa de mi compadre Aparicio. A unas seis leguas de aquí.

—¿Y usted andaba de a pie?

—Sí, señor... No ve que yo trabajo de peón carretero. ¡Vivía tan lindo! Pero soy gaucho, don Primitivo, y he de andar siempre en las guascas... Yo por mí no sentiría tanto el calabozo, aunque se mi hace que habré de augarme encerrao. Lo siento por mama y sobre todo por mi apelativo. Llevamos como cien años el Perujo limpio. No hay barro pa quien se aficiona al hambre..

Primitivo Larriera admira aquel coraje sin aspavientos. Perujo cruza por el dolor al tranco, dignamente. La verdad anda así

—Yo sé que me rastrean. Acaso hoy mesmo lleguen a prienderme.

—¿Y si nos resistiéramos, Perujo?

—No, criollo lindo. Nunca consentiré en que usted se comprometa por mí. Me entrego, más bien. Haciéndolo, probaré al menos una cosa: mi honradez. La sangre se lava.

El estanciero siente que aún andan por el mundo criollos a la antigua usanza

—Don Primitivo, feliz de usted que es gueno y se lo aprecean Yo, Casiano Perujo, gauchito inocente y campiao, estoy contento que sea su cara noblota la última que tal vez me enfrente en esta vida. El destino no quiso que yo besase la frente e'mama

—¿No quiere juir?

—No.

—¿Y qué precisa pa dir a despedirse d'la viejita gaucha?

—Una yegua y un freno.

—Perujo, deamé un abrazo. — Es un apretón de osos. — Naide cree en usted ¡Dejuro! Naide queda ya pa saber lo que es un criollo Yo creo.

El forastero inclina la frente

—Aura verá como no está nunca solo quien pisó estos campos. ¡Pirincho! — llamó.

—Mande, Padrino.

—Agarre mi recaio de plata y oro y lo lleva al palenque.

Luego con sus propias manos embozala Larriera su parejero

—Es mi crédito, Perujo. Tiene el pelo tordillo, es malo pa los que se asustan porque se ve de lejos Gueno pa los que por coraje les gusta torear la pelea. Se lo empriesto. Bajelé la mano sin asco

Pirincho tiene los ojos como patacones. Una a una le va alcanzando las prendas al "juído", que ensilla en silencio.

—Estos pasadores de plata y oro, Perujo, valen por una cosa, por la edá Los míos se los llevaron a los bautismos, a los casorios, a las peleas y a los entierros. Alguna abolladura la causaron colmillos de jaguares y otras colmillos de moharras . Se los empriesto por gauchito, oyó.

—Gracias, señor .

—Sobre el lomillo ese se han horquetao varones. No lo olvide Está medio quebrao, porque era mucho peso el de aquellos Larrieras. Esos estribos están cri-baos por las espinas . .

Luego miró al amigo Perujo, al amigo recado y al amigo tordillo, y le gritó

—¡Monte! ¿Pa cuándo lo espero?

—Pa la dentrada del sol, señor. .

—Que Dios lo ayude.

Pincho se tiró al suelo Larriera no veía más que una soterá, unos balances y un escintilo que se achicaban mientras se agranda el tiempo. Cuando se vol-vía orgulloso, tropezó con el muchacho

—¿Qué hacés aí tirao?

—Padrino.. , ¿qué hizo? Ese hombre no guelve más

—¿Y por qué lo asigura usted so atrevido?

El muchacho lo toma de una mano.

—Venga, patrón . .

Juntos entran al dormitorio de Larriera

—¿Usté, padrino, si acuerda de su cinto con las libras de la última tropa? Gueno, campéelo aura.. , ¡ha desaparecido!

Primitivo se enoja, como siempre, cuando debe re-tarse. reta

—Buscalo bien, hereje Y no me andés alborota-do Búsquelo a boca cerrada ¿Será posible? ¿Siempre los desconfiaos, los fríos, los agringaos se saldrán con la suya? ¿Tendré que trancar el alma?

Poco después mira el sol alto, piensa en "Barrizal", en la juventud, hasta en el nombre del forastero en-cuentra olor a gramilla y espera. Mientras un cima-

rrón lo endulza, oye que en la cocina Encarnación y Quintín cruzan apuestas

—¡Te juego diez pesos a que no se corre!

—Pago

Después el patio, Primitivo, erizado ya, pregunta:

—¿Quién se rai en la cocina?

—Naide, patrón. Hablábamos de una penca atada en lo de Cirilo...

—¡Ah!

Cae la tarde. No se ve un alma por el camino. Se envaina el sol. En la portera, don Primitivo mira hacia el rumbo de "Barrizal". Alineados en los alambrados, como todos, Encarnación, Quintín, Pirincho, todo el personal, cambia miradas y se compone el pecho. Se ve primero medio sol rojo, luego la frente, luego la uña. .

Cuando desaparece el astro, Primitivo Larriera se dirige a su capataz:

—Che, Quintín, ¡qué linda estampa de criollo tenía ese mozo Perujo a quien le regalé mi tordillo ensillao!...

“LOS POBRES” DE CASAMOURET

Estaba en Paraná, cuando recibí de mi viejo amigo Casamouret estas dos líneas:

“Cacique. El domingo corre mi potrilla. Puede ganar Venga.”

Recién el sábado por la noche llegué a la estancia. Allí queda criollo el campo y el espíritu malicioso de su dueño. El nombre del establecimiento es inglés. Los peones visten pantalones a cuadros. Son ingleses los reproductores y pretende serlo el tabaco. Se ven más pipas que “chalias”. Los días de lluvia o de cerrazón, cuando un cortinado londinense cierra la cocina, en la sartén flotan como lotos las tortas fritas que luego se cortan con tenedor y cuchillo “mocho”. A veces, salta alguna interjección con marcado sabor nativo. Es preciso hacer notar que la energía es inglesa también. Las vacas dan a sus terneros leche condensada. El domingo, en vez de la Biblia, suele abrirse el libro de naipes. Esto es menos edificante, pero más entretenido. Desde las diez de la mañana hasta las once de la noche, el patrón soltero, el mayordomo soltero y diablo y el veterinario soltero y zonzó, pasan en silencio jugando al “whist”. Ese día se comete el pecado, siempre dulce, de tomar un mate amargo. Durante la semana, el cimarrón está prohibido en el establecimiento. Enterradas en la última cebadura, las bombillas reverdecen de lunes a sábado. De lo antedicho podría desprenderse que el estanciero es gringo o agringao o, por lo menos, rubio. ¡Nada de eso! Na-

ció en Buenos Aires, creció en Entre Ríos criollísima, p.ñtoresca y cordial, donde se mantienen con maza-morra, galanura y braveza las virtudes de la raza. Y es moreno, bien "indio", de ojos oscuros, mejilla "pelada" y lacia cabellera.

Heredó cinco mil cuabras de tierra "potra". Las amansó tal como aconsejan las revistas de ganadería y agricultura. Allí cada toro lleva un "diario". Casamouret abatió ombúes y plantó eucaliptos. Compró arados y maquinas. No quiso matar el tiempo. Por el contrario hizo de él su mejor peón. Cortó la siesta. Alargó los sueños. Puso el reloj por encima de su autoridad. Gracias a todo esto, tiene un gran campeón y diez primeros premios. Se propone empapelar el escritorio con diplomas de exposiciones rurales. Y para consuelo de su criollo, del paisano que asoma por el cuello de su camisa de trabajo, reservó dos cosas: un cuarto de huéspedes y un parejero. El cuarto es terreno neutral. En cinco metros por cinco se encuentra la "legación gaucha". Allí está permitido el uso del chiripá, la taba, el cuento picaresco, la siesta y hasta la guitarra. Allí la vida se rige por el sol y el sueño de los mosquitos. Casamouret ejerce la hospitalidad a la antigua. En su casa el forastero lo puede todo excepto aburrirse.

El domingo amaneció tibio y nublado. Los gallos anunciaban agua. Un peón, que iba y venía por el patio con su escoba de carqueja, aseguró "garuga".

Noté a Casamouret bastante preocupado.

—¿Teme la lluvia?

—No, charrúa — repuso, — porque en tal caso suspenderemos la carrera.

—¿Qué lo inquieta, entonces? — insistí.

—Mi corredor.

Me sorprendió su respuesta. Siempre había corrido los parejeros de la estancia un morenillo jorobado, liviano, ducho y leal. Sabía "partir", podía perder, pero "hacía" por ganar

—¿Y Rigoletto?

—¡Se me ha enfermado el negro!

—¿Quién montará al potrillo?

—Toribio Pargas — respondió.

—¿Profesional?

—Sí, cacique . . , y muy buen rebenque, pero

Tomados del brazo nos encaminamos a los "bocks" Cuando entramos, Toribio Pargas, tijera en mano, emparejaba las crines del potrillo Era el "jockey" un "tape" chicuelo, de piernas torcidas y brazos largos Vestía camisa a cuadros, breches y alpargatas Su mentón fino y los ojos pequeños y vivaces me hicieron pensar en un coatí Al vernos, corrió hacia la frente, a modo de saludo, la visera de su gorra.

—¿Estás en el peso, Pargas? — preguntó el estanciero

—Ansí es, patrón — repuso.

—¿Cómo encontras al "Bandera"? — interrogó Casamouret, palmeando el anca del caballo.

—¡Lindazo!

—Yo creo que en los ochocientos no puede perder .

—¡Dejuro!

El tape llevaba pronunciadas cuatro palabras Las elegía expresivas, sin duda por ahorro Soltaba su exclamación y volvía a reanudar la tarea, que sólo suspendía para oír una nueva pregunta de mi amigo.

—¿Y si llueve, Pargas?

—Eso ya es diferente — dijo.

La tijera volvió a morder.

Casamouret se dirigió a mí para ponerme en antecedentes de la carrera

—Hace mucho tiempo —dijo— que nos tenemos ganas con don Pablo Delfino. Hoy sabremos, por fin, cuál es mejor, si mi zaino o su ruano.

—¿Por cuánto corren?

—Por mil pesos.

Toribio Pargas, grave, poseído de su importancia, no se dignaba oírnos.

A poco, Casamouret, inquieto, se volvió tal tape

—Pargas, —le dijo, — ¿sabes que no las tengo todas conmigo?

—¿Por?

—Me dicen que el ruano corre mucho.

—¿Y de ahí? —preguntó Pargas con altanería.

—Es que, además, lo monta Evaristo..

Pargas herido en su amor propio, abandonó la tarea y la reserva

—¡Deje que lo monte el mismo diablo, señor. Pa qué viene el hablar del asunto Yo soy paisano de poca palabra y mucha verguenza. ¿No es ansina?

Mi amigo asintió.

—En tal caso, todo está dicho.

—¡Es que va mi plata en juego, muchacho!

—¿Y mi nombre, patrón? —preguntó Pargas. — Es bien de pobre, pero vo lo cuido mucho. Sus libras son redondas, hechas pa rodar Mi apelativo no se ha gastao en manoseos tanto así. Por eso y con respeto hablo, creo que voy perdiendo más, u cuando menos, tanto como usted.

—¡Está bien, Pargas! ¿Ganaremos entonces?

—¡Si no ruedo, gano! —respondió el criollo.

Su indignación me convenció. Casamouret, no obs-

tante las réplicas categóricas de Pargas, continuaba dudando

—Creo en usted, Toribio — dijo, sin embargo.

—Hace bien, patrón. De los seiscientos metros pa' adelante el "Bandera" puntea. Dea luz...

—¡Luz!

—Como l'oye. Me sobra caballo. Los ví robar de rebenque alzo. Ande vea mi látigo arriba, patrón, dea usura y jueguesé.

Entusiasmado el estanciero le abrazó. Mientras Pargas pudo vernos, demostró mi amigo su fe en el triunfo. Cuando nos sentamos, en el patio, aún resplandecía.

—¿Qué quiere tomar, cacique — preguntó.

—Afirmino que ese paisano Pargas es un hombre de bien — dije

Sin duda no me oyó, pues volvió a interrogar.

—¿Un churrasco? ¿Un mate? ¿Un "whisky"?

—Siempre me han gustao los hombres silenciosos — continué a mi vez

Mi amigo se apagó. Acabé por burlarme de él. Pargas respondía del éxito. El "Bandera" no podía estar más lindo. El tiempo amenazaba, sin decidirse...

—¡Claro! — observó el peón recién llegado con el mate. — ¡Si Dios es aficionao también!

En esto se detuvo en la portera un paisano, pobremente vestido, jinete en un "mancarrón" rosillo, de osamenta grande y cuero escaso.

—¡Apeesé! — gritó mi amigo.

El visitante obedeció con lentitud. Luego, con paso "desengañado" se aproximó. Un cuzco amarillento y bigotudo enredábase en las piernas flacas del hombre.

—¿En qué anda, Valerio? — le preguntó Casamouret.

—En flaco ando, señor — repuso el interrogado

aludiendo a su montura. Luego se quitó el gacho y nos alargó la diestra tan inexpresiva como su mirada. Después, dio un paso atrás y guardó silencio.

Yo no podría decir cuál era más flaco, si el hombre, el perro o el rosillo. Veía a los tres de perfil. En la portera el caballo, de rienda caída, parecía simbolizar la "seca". Miré el basto "quebrado", el cojinillo calvo, la cincha barbuda. Después, observé el cuzco con sus bigotes amarillos como si fumara y el rabo lacio. Por último dediqué mi atención al paisano. Valerio era feo y triste. Sobrábanle bombachas, le faltaba saco...

—¿Qué le trae por aquí, Valerio?

—La necesidá, patrón — repuso

—¿Quiere sentarse?

—Gracias, don Casamouret — dijo

—¿Trae apuro?

—Así es...

—¡Póngase el sombrero! — medé compadecido.

—¡No faltaba más, señor! Bien sé darme mi lugar.

Entonces, Casamouret me explicó que el visitante era un buen paisano, viudo. "pero" fuera de eso, sin suerte.

—Es un muchacho de campo, charrúa — agregó. — ¡Ingenuo, llano!...

Valerio bajó "las vistas".

—¡Qué he de ser tanto, patrón! — murmuró

—No puede conseguir trabajo por causa de su salud — agregó mi amigo, haciéndome un guiño.

—¡Esa es la cuestión!

El pecho enjuto de Valerio, sus pómulos salientes, la frente amarilla y sudorosa, me dijeron su mal.

—¿Los bronquios? — pregunté.

—Está tísico el pobrecito — aclaró Casamouret — Cuando anda mal, se acuerda de nosotros... y él anda mal a menudo...

—Hoy es un día 'e los piores...

—¿Será la tormenta, Valerio?

—No, señor, es el domingo — replicó seriamente — Naide trabaja... Yo en la semana, me remedeo con alguna changa. El rosillo ahí ande lo ven, naide creería lo guapo que es pa la cincha.

Resultaba difícil aceptarlo. Mas ni Casamouret ni yo sonreímos. ¡Era tan doloroso el optimismo del paisano!

—¡Pero lo que es hoy, denguno va' romper la costumbre, pa darme e ganar a mí, tan luego!

—Lo peor es que el domingo también se come — observé.

—¡Ahí ha dicho una verdá el señor! — y agregó — Y aunque me dentre cortedá, aquí me tiene .

—Desembuche, Valerio, usted es uno de "mis pobres" preferidos

—Cierto, don Casamouret Por eso, cuando me dijeron que ese mozo había caído — dijo señalándome — y conocidos los guenos sentimientos del patrón, me llegué'n busca de un alivio

Mi amigo sonreía para animarle.

—Porque usted, mozo — me dijo el criollo, — tal vez no sepa el gaucho que don Casamouret lleva tapao con esa ropa gringa. El es el tata e los apocaos de este pago.

—Le conozco — asentí.

—Nu'es eso y perdone. Por lo que veo, uste no carece e nada y Dios lo siga ayudando, ¿no? Pa saber bien lo que es este indio, digo con perdón, tendría que haber llegao hasta él con falta e todo...

Tocó a mi amigo bajar la cabeza. Valerio, al notarlo, agregó.

— ¡Es al ñudo que se escuenda, patrón!

— Está bien, Valerio — protestó — Vamos a lo suyo.

Pero al desdichado se le presentaba ocasión de probar su agradecimiento y.

— Cierto es — me dijo — que el patrón es amigo e defender lo suyo ¡Claro! Llegan aquí, lo ven de inglés y quieren ganarle en maliceos. El los deja venir mansito.. Lo palmean por las paletas y se rái . Al rato se arrocinan y cuando el otro bolea la pata ya se arrolló don Casamouret y se le quedó con el negocio y la ganancia.

Pintor y retratado rieron a carcajadas.

— ¡Y hace bien! — continuó el paisano. — ¿Pa quién es esa plata que tironea? Pa él y pa sus hijos los pobres

Guardó silencio. Casamouret envanecido, “soltó el queso”

— ¿Cuánto precisás, Valerio? — preguntó

Por toda respuesta, el criollo volvióse a mí para decirme:

— ¿Vido? Aí lo tiene. ¡ansina es él!

— Bien lo sé, Valerio — repuse.

— Y no crea que le gustan las pasadas de mano. Aura no más se me enoja.

— Ya has dicho bastante, hijo.

— ¡Está bien, patrón! — reconoció entonces. — No quiero lastimar su modestia. No hablaré más aquí, por complacerlo Pero de esa portera pa'juera — señaló, — he de seguir diciendo a todo el pago la verdá!

Guardó silencio. Estaba visiblemente emocionado.

Casamouret, enternecido también, me hizo una segunda guiñada. Valerio no lo advirtió.

—Preciso mucha plata, jefe — dijo.

—¿Mucha?

Debía un capital en el boliche y el “desalmao” del pulpero se proponía embargarle el “rosillo”. Dejarlo de a pie era condenarle a muerte, porque la fatiga no le permitía caminar una cuadra.

—¿Cuánto precisas, hijo?

—No me animo, don Casamouret...

—¡Hable, amigo! — tercié.

—Diez pesos, señor...

El estanciero se puso serio. Olvidó el inglés, pues con un fuerte sabor crollo, gritó:

—¡Pucha que te dejás cair, m'hijo!

—¡Sí, señor! — gimió el pobre Valerio — ¡Tiene razón hasta pa enojarse, lo comprendo! Yo con perro, caballo y todo, no alcanzo a valer diez pesos...

Casamouret sacó su cartera y tomando un billete:

—Con cinco pesos vas a remediarte — dijo.

A Valerio se le cayeron los brazos. Suspiró. Reconocía que era mucha pretensión la suya. Pedía disculpas por su tristeza, por su enfermedad, por su desahento. Y, a pesar de todo, agradeció con tanta emoción la limosna, que yo saqué otro billete y completé la suma.

—Yo tengo — le dije — mucho gusto en ayudarlo, amigo.

—Señores...

El desdichado quiso hablar. No pudo. Llevó a los ojos las hilachas de su gorilla. Vacilaba. Acabó por volvernos la espalda. A poco, seguido del cuzco, alcanzó el rosillo. Montó con esfuerzo y salió al tranco. Durante un momento lo miramos alejarse.

—¿Qué le parece, cacique?

—Tristísimo — repuse.

—¡Sabe que es sonso usted!

Le miré sorprendido.

—¿Por?

—¡No le ha dado cinco pesos a ese sinvergüenza!

—Dijo que tenía hambre, querido — observé.

Casamouret rompió a reír

—¡Qué va'tener, amigo! — exclamó.

Comprendí que había caído en la trampa, más por culpa de mi amigo que del propio Valerio

—¡Le tomé por uno de sus "pobres"! — dije.

—¡Es que usted no conoce a "mis pobres"! —

—De acuerdo Acepto que fui engañado por ese "infeliz". ¿Y usted por qué le dio dinero?

—¡Charrúa! — repuso, — este Valerio vive de lo que otros se mueren. su enfermedad. La explota desde que nació.

—¡Pero está tuberculoso!

—Por lo menos tiene interés en parecerlo

—¿Y la famosa cuenta con el pulpero?

—No existe: porque el almacenero no le fía Por otra parte, con sólo ver la facha del "rosillo" usted puede descubrir el engaño. Tiene más "mataduras" que cuero ¿Quiere saber por qué vino hoy Valerio?

—¿Porque hay carreras?

—¡Naturalmente!

Confieso que las carcajadas de mi amigo acabaron por incomodarme. Casamouret hacía esfuerzos por contenerlas. Secaba sus ojos. Y cuando parecía volver a su gravedad, mi fastidio le tentaba nuevamente. El cebador de mate se adhirió a la fiesta. Las risas llegaron hasta la cocina de los peones.

—Y si usted sabía eso, compañero — dije, — ¿Por qué creyó en la historia?

Al fin, ya desahogado, Casamouret explicó:

—Esta gente me considera un pueblerito incapaz de librarme de sus “agachadas”. Olvidan que llevo muchos años entre ellos. He acabado por afilarme. Esta mañana usted me notó preocupado — asentí. — ¡Bien! Si el tiempo se mantiene sin llover y mi potrillo corre normalmente, tiene que ganar. Quedaba un solo punto oscuro. Toribio Pargas.

—¿Quedaba?

—Sí, charrúa — dijo alegremente, — porque acabo de aclararlo.

Los antecedentes del “corredor” hacían presumible un “acomodo”. Según mi informante, más de una vez Pargas “ahogó” su caballo, largó mal o le “calzó” con objeto de jugar de “afuera” al parejero contrario. Nunca le faltaron pretextos, explicaciones y “padrinos”

—Sólo me quedaba por saber — agregó — a cuál de los dos parejeros apostaría el “tape”.

—¿Y lo ha averiguado?

—Estoy sobre la pista — repuso. — Toribio Pargas es casado. Y la mujer, según los maldicientes — agregó mi amigo con voz baja — tiene algo que ver en la delgadez de este Valerio que acabo de presentarle. ¿Entendido?

—¡Confieso que no! — declaré,

—Por ella y en secreto de familia, “mi pobre” sabe qué caballo gana la carrera.

—¡Adelante!

—Esta tarde, los pesos que Valerio acaba de robarnos serán jugados al firme.

—¡Magnífico! — no pude menos de exclamar.

—Sí, reconozco que no está mal —confesó Casamouret. — Ahora todo se reduce a espiarle, charrúa. Si Valerio juega al “Bandera”, nos jugamos. Si da usura, la daremos.

—¿Y si apuesta al ruano?

—¡Se le juega al parejero contrario! — dijo el peón.

Casamouret se indignó.

—¡No, señor! — gritó. — Si Valerio juega contra mí, protesto ante el comisario. Don Pablo Delfino no puede menos de estar conmigo. Es un criollo a la antigua, hombre de bien, de los que firmaban con una cruz y se hacían enterrar debajo para cumplir su palabra.

—¿Qué ocurriría entonces?

—Hago bajar al Pargas. Sube en su lugar cualquier “voluntario”. Corremos y ganamos. Ahora, indio — agregó, — ya sabe por qué le entregué a ese vivo mis cinco pesos.

Eran las dos de la tarde cuando llegamos a la “cancha”. Veinte mirones rodeaban a los dos potrillos. A lo largo de todo el tiro, mil paisanos cruzaban comentarios y pronósticos. Casamouret me presentó a don Pablo Delfino, criollo alto, de voz abaritonada y lenta, un tanto solemne, en contraste con sus ojos infantiles. Luego, nos aproximamos al “jockey” del “Bandera”.

—¿Cómo vas a correrlo, Pargas? — preguntó mi amigo.

—Apareao hasta los seiscientos, como le dije, señor — repuso. — D’íay p’adelante saco luz y ansina lo llevo hasta la raya.

—¿Y si le falta caballo? — observé.

El “tape” me miró de arriba abajo

—Eso es como todo, “dotor” — repuso. — Cuestión de oficio. Si yo no supiese lo que da un parejero, no estaría aquí. Habería ido a seguir una carrera en el pueblo

Lo dejamos con su orgullo para ir a la pesca de Valerio. La “aparcería” nos asediaba a preguntas. Lentamente, respondiendo a saludos e indirectas, nos abrimos paso.

—¿Gana el “Bandera”, don Casamouret? — oíase a menudo.

—Tal vez .

Algunos de los “pobres” de mi amigo le aplaudían. Veíanse flamear golillas multicolores, ponchos livianos, alguna que otra bombacha caudal. En los “autos” escalonados, abríanse sombrillas. Entre las patas de los caballos pasaban guríes con canastas llenas de pasteles y moscas. En todas partes pronunciábanse los nombres de los parejeros. Estaban a la par las apuestas.

—¡Diez pesos al “Bandera”!

—¡Tomo!

—Pago. .

—¿Qué paga? — preguntaba un chacotón...

Vaciábase el tirador del estanciero y corría arrugado el peso del peón. Buscábamos a Valerio. El paisanaje nos rodeaba. Allí encontró aperos antiguos, “chapeaos” cuyos estribos de copa, al rozar con los otros, hacían temblar a los fletes de estimación. Todo el concurso jugaba, desde el viejo parsimonioso hasta el gurí que “con medio bozal” escapó a la chancleta materna.

—¡Allí está el hombre! — me dijo Casamouret señalando a Valerio. El tísico jugaba poca plata, pero sobre seguro. No nos había visto.

—¡Doy luz con el "Bandera" — gritaba.

Mi amigo, tranquilizado al oírle, empezó a jugar.

—¡Doy cuatro pesos a dos! — seguía diciendo Valerio.

Le aceptaron la apuesta. Así, le vimos apostar diez pesos. Al principio pensé que fueran los nuestros. Pero, por lo visto, el hombre había recurrido a todos sus canonigos, porque siguió sacando pesos sueltos de sus bolsillos. Avanzaba sembrándolos. Detrás de él, Casamouret, radiante, daba usura y luz. Así, su malicia y su oro corrieron en casi todo el tiro antes que los caballos.

—¡Juéguese, charrúa! — me aconsejó. — Estos pillos han decidido ganar con mi potrillo.

Obedecí.

En una de las vueltas, Valerio me vio. Intentó esconderse. Taloneó el rosillo, mas le flanqueamos.

—¿Cómo sigue, mi hijo?

—Aliviao, don Casamouret — repuso.

—Por lo menos de plata..., ¿verdad?

—Ansí es, patrón; pero ajena.

—¿Mucha?

—Poquita, señor — se inclinó al oído del estanciero. — Son unos pesos de Toribio Pargas. , ¿sabe? — murmuró — Al corredor le gusta de alma el "Bandera".

A poco le dejamos atrás. La aparcería del zaino se jugó hasta la ropa. Yo quedé con el pasaje de regreso. Casamouret tapó en oro su potrillo. Después, sonrientes, seguros del éxito, nos dispusimos a presenciar la carrera.

Partían

—¡Se vienen!

La bandera permaneció en alto. Los parejeros vol-

vieron a la raya. El ruano de Delfino tascaba el freno, atravesábase en la senda. Empezó a sudar Y el zaino, por el contrario, manso, entero, "picaba" y volvía al paso, llevado de la rienda por el patizambo Pargas. Bajó la proporción de las apuestas Dábase usura de cinco a uno con el zaino.

—¡Largaron! — se oyó borrosamente.

—¡Se vienen! ..

Y veníanse. en efecto, paleta con paleta, entre alaridos, revuelos de ponchos, voces roncás. .

—¡El zaino!

—¡Ruano!

Redoblaban los cascos. Los corredores bajaron los rebenques.

—¿Castiga Pargas? — pregunté alarmado

—Peina, mi hijo — repuso con calma mi amigo.

—¡Está tranquilo!

—Más que nunca..

Frente a nosotros el "Bandera" y el ruano pasaron en una línea, con los dos corredores amontonados en las "cruces". Cuando llegaron a los seiscientos metros, Casamouret frunció el seño El tape Pargas, que prometiera llegar de rebenque alto, castigó Desde allí hasta la raya, los potrillos corrieron entre una nube de polvo, entre los chasquidos de las soterías y un clamoreo ensordecedor

—¿Qué ha pasado, inglés? — pregunté a mi compañero.

—No lo sé..

Picó espuelas. Le seguí Llegamos a la sentencia en tiempo para oír el fallo

—¡El ruano ha ganao por la cabeza! — dijo un juez.

—¡Sí señor, ha ganao! — asintió el otro.

El zaino perdió la carrera. Yo, mi dinero Casamouret, mil pesos y la fe en su malicia.

Esa misma noche tomé el tren de regreso a la ciudad.

Varios días después, recibí otras cuatro líneas de mi amigo.

"Cacique.", me escribía, "Ayer supe la verdad Me creía criollo y resulté un gringo cerrado. Valerio llegó a la estancia aquel domingo, mandado por su socio Pargas. Los pobres diablos presumieron mi juego. El tísico sirvió de carnada Nos esperó en la cancha, simuló no habernos visto y con sus diez pesos me indujo a jugar mil. Los que tomaron con usura mis "paradas" eran compinches del "tape", quien, como es lógico, se dejó ganar la carrera. Parece que Valerio lloró en el bolche la derrota de mi zaino Luego, empezó a beber para consolarse y, borracho, confesó la treta Estuve tentado de salir a pelearles. Perdí tiempo. Acabé por reír; pero el disgusto me ha puesto más inglés que nunca. Acabo de vender el potrillo. Cuando venga por aquí, si quiere usted jugar con caballos, jugaremos al ajedrez..."

FIN



